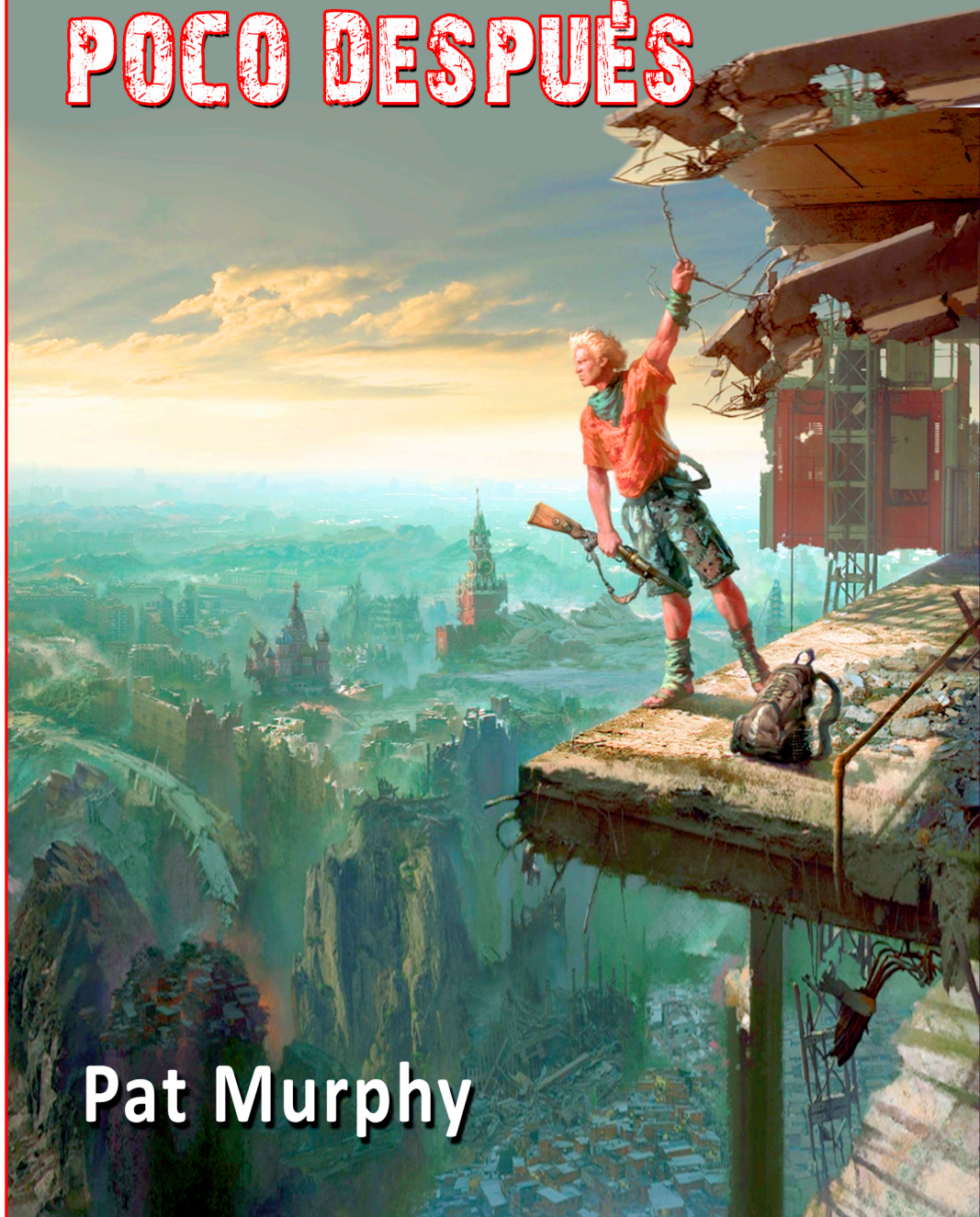


LA CIUDAD POCO DESPUÉS



Pat Murphy

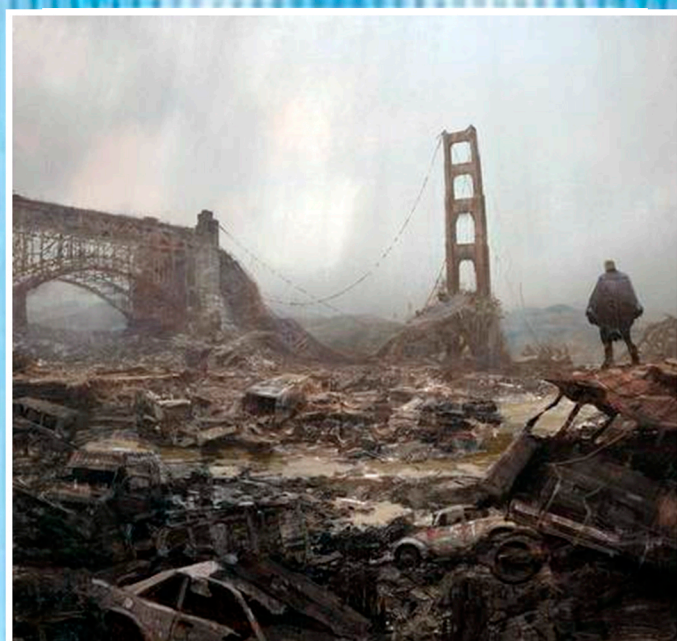
Nadie duda que Pat Murphy es una escritora extraordinariamente dotada. Su libro *THE FALLING WOMAN* (La mujer que caía), recibió el Nebula. Sus relatos breves también han obtenido premios, entre ellos el Nebula y el premio Memorial Theodore Sturgeon.

Pero incluso tras estos éxitos, *LA CIUDAD, POCO DESPUÉS* es un logro notable. Es una historia de amor, de renovación y de revolución, en un entorno postapocalíptico, que nos narra el intento de reinstaurar la dominación para sojuzgar una sociedad antiautoritaria a través de la reconstrucción de la herramienta del Estado.

Hace media generación una epidemia recorrió la Tierra y sólo perdonó a una persona de cada mil. Ahora San Francisco es un lugar extraño, encantado, donde supervivientes deambulan como fantasmas y que de una extraña manera casi tiene vida propia. Pero, a pesar de la desolación, la ciudad se está recuperando. Hasta que unos hombres armados pretenden conquistarla, y sus habitantes, indefensos al parecer, deben defenderse como puedan.

ICARO
ENTERTAINMENT

LA CIUDAD, POCO DESPUES



PAT MURPHY



Pat Murphy

LA CIUDAD, POCO DESPUÉS

Título original: *The City, Not Long After*

6º del Premio Arthur C. Clarke (1991)

Traducción: Alejandro Pareja

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo

PRIMERA PARTE. La ciudad de los sueños

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

SEGUNDA PARTE. El misterio y la melancolía de una calle

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

TERCERA PARTE. El arte en la zona de guerra

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Epílogo

PROLOGO

LA BRISA DEL AMANECER RECORRÍA EL HUERTO de la plaza Unión y hacía temblar las hojas de las plantas de judías y los brotes de encaje de las zanahorias. La ciudad de San Francisco estaba dormida. La ciudad estaba soñando.

En el hotel Saint Francis, a un paso de la plaza, Danny-boy estaba soñando con el color azul. Tenía un rodillo de pintor con un mango muy largo, con el que pintaba el cielo.

Llevaba trabajando muchas horas. Ya estaba embadurnada la mitad por lo menos del espacio sobre su cabeza, con pintura de mil tonos diferentes: azul cobalto, marino, turquesa, de Prusia, cerceta, del frágil matiz de los huevos de petirrojo, del azul grisáceo traicionero del océano en el crepúsculo. Hacia el horizonte, donde no había llegado todavía el rodillo de Danny-boy, los azules se disolvían en un gris nebuloso. Pero en el cenit se arremolinaban los colores luminosos y fluían como el agua de un río.

Dentro del cuadro se unieron dos manchas de azul grisáceo. Unos ojos brillantes observaban a Danny-boy

desde el centro del cielo. Unas sombras azul oscuro esbozaron los ángulos de un rostro, las curvas de un cuerpo de mujer. Al alzar la vista Danny-boy, una mujer joven salió del cielo, con aspecto de estar bastante desconcertada.

La ciudad dormía, y sus sueños vagaban por las mentes de sus habitantes y deformaban y alteraban sus pensamientos.

El hombre que se llamaba a sí mismo La Máquina dormitaba en un estrecho catre al fondo de su taller. En su sueño construía un ángel con materiales que había ido recogiendo. Los huesos del ángel eran cañerías de la fontanería de una antigua mansión victoriana; sus músculos eran amasijos de alambre de cobre arrancado de los cables que recorrían el subsuelo de la ciudad. Sobre las macizas alas del ángel se solapan miles de chapas de botella pulidas, en filas superpuestas, como las escamas de un pez.

La Máquina soldó la última chapa de botella al ala y retrocedió unos pasos para admirar su obra. Al contemplarla, se dio cuenta de repente que su criatura no estaba completa. Su pecho estaba hueco: no tenía corazón.

Oyó pasos y volvió la vista atrás. Una mujer se dirigía hacia él, y llevaba algo en el hueco de sus manos. No podía ver lo que llevaba, pero oía el palpitar cadencioso de un corazón, que seguía el ritmo de los pasos de la mujer.

Rompió el alba en la ciudad: la luz gris brilló sobre los edificios de piedra grises que rodeaban la plaza del Centro Cívico. Las estatuas de la fachada de la biblioteca pública daban muestras de abandono. A lo largo de los años, las palomas habían adornado de chorretes blancos las cabezas de las estatuas, y habían acumulado montones de plumas y de nidos rotos a sus pies.

En un árbol que crecía en la plaza, un mono de hocico gris, de los más viejos de la manada que vivía en la ciudad, soñaba con el Himalaya. Los carámbanos del borde del tejado de un templo se derretían al sol de la mañana. Las gotas de agua, al caer, golpeaban una campana, cuyo metal resonaba con una nota musical. El agua se iba escurriendo y se abría camino por la nieve al fundirla, susurrando y crujiendo. El mono, todavía dormido, se estremeció. Se avecinaban cambios.

Estaba saliendo el sol cuando la señora Migsdale salió de su casa de la calle Kirkham y se dirigió a la Playa del Océano. Llevaba zapatos sólidos de excursionista, calcetines de lana, una falda de tweed, una blusa de hombre y un abrigo que podría protegerla de la más furiosa de las tormentas. La señora Migsdale era partidaria de la ropa duradera.

Su delicado reloj de pulsera parecía fuera de lugar: era un objeto primoroso de oro, con un círculo de diamantes que refulgían alrededor de la esfera minúscula. El reloj lo habían

perdido en su huida unos saqueadores, y la señora Migsdale lo había encontrado en la cuneta. Ella misma no quería tocar las baratijas rutilantes que se cubrían de polvo en los escaparates de las otras tiendas, pero recogió del arroyo aquel reloj, y se justificó a sí misma diciéndose que no lo había robado, lo había encontrado. El que encuentra algo, es para él.

Antes de la epidemia, la señora Migsdale había vivido sola.

Había trabajado de bibliotecaria en una escuela primaria cercana. Después de la epidemia, siguió viviendo en la misma casa pequeña, se ocupaba de publicar el *New City News* y lanzaba mensajes al mar.

Paseaba cada día por la playa con una bolsa de ir a la compra a la hora de la marea baja. En la bolsa llevaba una docena de botellas de vidrio verde que habían contenido vino. Ahora las botellas contenían cuadrados de papel blanco en los que la señora Migsdale había escrito mensajes a máquina.

Todas las notas eran diferentes. En algunas escribía refranes o citas. («Las opiniones son como las narices: cada uno tiene la suya».) En algunas escribía breves declaraciones sobre sus propias ideas. («No creo en Dios, y, por tanto, supongo que Dios no cree en mí.») Y en otras escribía poesías: haikus, pareados, sonetos y algún virelai de vez en cuando.

Las botellas golpetearon y tintinearón en su bolsa de compra cuando bajó las escaleras de cemento hasta la playa. Al llegar ella huyeron las gaviotas, chillando mientras el viento las atrapaba y las empujaba lejos, como jirones de papel sucios. La marea, al bajar, había dejado la playa cubierta de grumos de algas y de trozos de madera arrastrados por el mar. Al volver llenaría de madera su bolsa para quemarla en la estufa de leña.

Cuando la señora Migsdale llegó al borde del agua, dejó la bolsa sobre la arena y empezó a trazar grandes círculos con su brazo derecho para desentumecer los músculos.

Luego, eligió una botella y esperó hasta que rompiera una ola sobre la playa y empezara a retirarse hacia el mar. Después de tomar carrerilla sobre la arena húmeda, lanzó la botella con un grácil juego de brazo, estilo que había perfeccionado a lo largo de los años.

La botella describió un arco elevado y dio vueltas sobre sí misma antes de caer al agua con un chapoteo, un poco más allá de donde rompían las olas. La señora Migsdale retrocedió un paso para que la ola siguiente no llegara hasta sus zapatos, y observó cómo se balanceaba la botella sobre el agua al pasar una ola.

A la señora Migsdale le gustaba esta hora del día, cuando ella estaba despierta pero el resto de la ciudad seguía durmiendo. A veces, veía cosas que surgían de los sueños de

la ciudad: una vez una sirena de largo pelo negro cantó a la señora Migsdale en un idioma que no pudo comprender. Otra vez, se encontró con un lobo que trotaba por la arena. El animal llevaba puesto al cuello un pañuelo rojo, y le dirigió una sonrisa al cruzarse con ella, como el saludo desenfadado de un vecino.

La señora Migsdale tomó su bolsa y empezó a pasearse por el borde del agua. Una bandada de pajaritos de playa pardos, que se movían como juguetes mecánicos, corrían un poco por delante de ella, piando furiosamente. La bandada se deshizo para rodear un montón de varec y se reunió en el otro lado.

La señora Migsdale titubeó junto al varec, al advertir el brillo del vidrio entre la maraña de fibras. Algunas veces se encontraba sus propias botellas, devueltas a la playa. Retiró el varec con la punta de uno de sus zapatos sólidos, para descubrir una botella de color ámbar que había contenido whisky escocés. No era de las suyas. La extrajo de las algas.

A través del vidrio pardo podía ver un trozo de papel que parecía estar hecho jirones.

Sus manos temblaban al desenroscar el tapón de plástico de la botella. En quince años de enviar mensajes jamás había recibido una respuesta. Intentó sacar la nota a base de sacudir la botella, pero el papel se atascó en el cuello y no se movía. Al darse cuenta de la futilidad del sistema,

recogió su bolsa y se dirigió apresuradamente al rompeolas, junto al cual las tormentas invernales habían depositado piedras de todos los tamaños.

Con su fuerte brazo derecho golpeó la botella contra una roca. El vidrio pardo se hizo pedazos y saltó hecho añicos en todas direcciones. Extrajo el trozo de papel del cuello de la botella y lo desdobló.

El papel había sido arrancado de un periódico publicado antes de la epidemia. El mensaje decía: «Un extraño trae noticias interesantes. Asíciense con amigos de su misma mentalidad para evitar las intromisiones en sus asuntos. Piense en el futuro.»

La señora Migsdale reconoció el estilo del texto y el tipo de letra: el recorte había formado parte del horóscopo que un periódico local había publicado diariamente. Lanzó al mar el resto de sus botellas sin los miramientos que acostumbraba y se dirigió a casa.

«Asíciense con amigos de su misma mentalidad...», había dicho la nota. Se preguntaba qué diría de todo esto su amigo Edgar Brown.

Edgar Brown, un hombre a quien la mayoría de la gente llamaba «Libros», extendió el trozo de papel de periódico sobre su rodilla y lo observó detenidamente. La señora Migsdale esperaba impaciente. Le caía bien Edgar, pero a

veces le exasperaba. Si se le preguntaba cómo se preparaba un huevo pasado por agua, sacudía la cabeza con un gesto de perplejidad. Una semana más tarde, salía de la biblioteca con bibliografía sobre todos los aspectos relevantes a la operación, desde la desnaturalización de las proteínas del huevo a los 100º C hasta la importancia del huevo en la literatura china. Antes de la epidemia, había sido bibliotecario de investigación en la Universidad de San Francisco.

Abordaba todos los problemas con la misma erudición cuidadosa que había aplicado en grandes controversias teológicas.

– Diría que está arrancado de un periódico –dijo al fin. Quizá del *Examiner*.

Compararé los tipos de imprenta, y...

– Ya lo sé –interrumpió la señora Migsdale–. Pero, ¿qué opinas de lo que dice? –no le dejó responder–. Creo que quiere decir que se avecinan problemas. Eso es lo que creo.

– Parece una conclusión precipitada, Elvira –dijo Libros.

– Puede que sea precipitada, pero eso no quiere decir que no tenga razón.

Se recostó hacia atrás y dirigió la vista al otro extremo de la plaza del Centro Cívico.

Estaban sentados en la escalinata de la biblioteca pública, donde vivía Libros. Al otro lado de la plaza, Danny-boy y Gambito construían algo con reflectores brillantes de aluminio y con alambre.

– Gambito está construyendo un arpa eólica –dijo Libros–. Está tendiendo cables de la azotea del Ayuntamiento a la plaza. Los reflectores amplificarán el sonido del viento cuando haga vibrar los cables.

La señora Migsdale le miró a la cara.

– No intentes cambiar de tema –frunció el ceño.

– Bueno, supongamos que tienes razón y que se avecinan problemas. ¿Recuerdas cuando los Dragones Negros quisieron ampliar su territorio hasta el centro de la ciudad?

La ciudad resolvió el problema enseguida.

– Fantasmas –dijo la señora Migsdale–. La ciudad los asustó con fantasmas. Pero, ¿y si nos tenemos que enfrentar a alguien que no se asuste tan fácilmente?

– No sé por qué te preocupas tanto –gruñó Libros–. Si viene algo, ya lo arreglaremos.

Ella se encogió de hombros, observando a Danny-boy y a Gambito. Tommy, el hijo de Ruby, les estaba ayudando –o seguramente, les estaba estorbando. El sol relumbró sobre los reflectores de aluminio, y la señora Migsdale se sintió

triste de repente, como si recordase todo esto desde un futuro distante, evocando los tiempos felices.

– No he oído nada de Leon –dijo, reconociendo por fin cuál era su verdadera preocupación. Leon era uno de los mercaderes que siempre le traían noticias del resto del estado de California–. Lo esperaba hace varias semanas, pero no he sabido nada de él.

– Se habrá retrasado, eso es todo –dijo Libros.

– Puede.

Tembló, sintiendo un escalofrío repentino.

– Por la noche, cuando escucho las olas, parece que susurran advertencias.

Libros se frotó las manos nerviosamente.

– Y tú también lo notas.

– Supongo que sí –reconoció él con desgana. Rodeó los hombros de ella con su brazo, lo que le agradó. Era un hombre cabezota, un pesado, pero a pesar de ello un buen amigo. Juntos, podrían superar cualquier problema que se presentase.

PRIMERA PARTE

La ciudad de los sueños

CAPÍTULO I

DIECISÉIS AÑOS ANTES QUE LA SEÑORA Migsdale encontrase la botella, Mary Laurenson había tenido una hija. Mary yacía en una cama de matrimonio de una granja abandonada, agarrándose al cabecero de bronce con ambas manos. Gemía de dolor y de miedo a cada contracción, pero no había nadie que pudiese oírla.

Le parecía que los gemidos procedían de alguna fuente externa, sin apenas relación con su cuerpo. Sentía vibrar los gritos en su garganta, pero le resultaban tan incontrolables como las contracciones que sacudían su cuerpo.

Estaba sola. Cuando había huido de San Francisco, había querido estar sola, había querido poner tierra por medio y esconderse. Pero no se había imaginado las consecuencias.

Había sentido las primeras contracciones a media tarde. Había roto aguas a medianoche. Ya brillaba el sol por la ventana. Fuera, los mirlos cantaban y saltaban de rama en

rama en los almendros. Podía oírlos en los momentos dichosos en que sus músculos se relajaban entre dos contracciones. Pero cuando llegaba la contracción no oía más que sus propios gemidos y el martilleo de su corazón.

Su cuerpo ya no era suyo. Había luchado durante horas por controlarlo, intentando respirar como le habían enseñado, relajarse entre los espasmos. Ahora se había rendido y dejaba a su cuerpo que hiciese lo que quisiese. Soltó la cabecera de la cama y se sujetó los costados con las manos, buscando una postura que la librase del dolor. Otra contracción, y agarró la colcha, empapada en sudor, sobre la que yacía, y sus manos desgarraron el tejido.

Su mente era tan indomable como su cuerpo. No podía controlar sus pensamientos.

Sufría alucinaciones, y se imaginaba que su difunto esposo estaba sentado sobre el borde de la cama, pidiéndole que respirase como le habían enseñado en clase. Lo que pedía era imposible: su cuerpo hacía lo que quería, y ella no tenía voz ni voto en el asunto.

– Ayúdame –sollozó, intentando tocar el fantasma de su marido. Su mano atravesó el espacio vacío–. Maldito seas, ayúdame –desapareció, fundiéndose con la dorada luz del sol que llenaba la estancia.

De pronto se dio cuenta de que no era la luz del sol. La luz dorada procedía de una figura alada que estaba de pie junto a la cama. Ella extendió la mano, y sintió en ella el calor de la luz.

– Te ayudaré –dijo el ángel. Sintió la voz dentro de su cuerpo, como el temblor de sus piernas y las contracciones de su vientre–. Déjame dar nombre al niño, y te ayudaré.

Ella jadeó, y arqueó la espalda con una nueva contracción.

– Sí –exclamó–. Sí, ayúdame. Ayúdame, por favor –la cálida luz brilló sobre su cara y cerró los ojos al recibirla.

Las contracciones se hicieron más frecuentes, un arrebatado de dolor sin fin. Cerró los ojos y no pensó más que en empujar. Sintió la distensión al salir la cabeza del niño. Volvió a empujar, buscando la liberación del dolor que la estaba destrozando.

Cuando el niño salió de su cuerpo, llegó repentinamente el descanso. Siguió echada en silencio unos momentos. Luego, volvieron los espasmos al arrojar la placenta.

Sintió el movimiento de una manita contra su muslo, y extendió los brazos hacia el recién nacido. Limpió la sangre y la mucosidad de su cara con una esquina de la colcha.

La niña dio un jadeo, lloriqueó, y luego abrió los ojos y contempló a Mary sin enfocar la vista. Por último, Mary se quedó dormida dando el pecho a la niña, para no

despertarse hasta que la brisa nocturna irrumpió en el cuarto por la ventana abierta.

Mary no dio nombre a su hija. La llamaba «niña» o «nena», a veces «hija». No sabía si volvería el ángel para imponer un nombre a su hija, pero le pareció que lo más sensato era esperar. Desde que la epidemia se había llevado a su marido y a sus amigos, Mary se había vuelto precavida. Dar nombre a la niña parecía que era correr un riesgo inútil; como si el nombre fuese a llamar la atención de un universo malévolo. La falta de nombre era una especie de protección.

Cuando se planteaba la cuestión, Mary se daba cuenta de que no era lógico no querer dar nombre a la criatura. Pero la lógica no desempeñaba un papel demasiado importante en la vida de Mary. Además, a la niña no le hacía falta nombre. Cuando Mary la llamaba, decía simplemente «Ven aquí.» La niña sabía que su madre la llamaba. No había nadie más a quien su madre pudiese llamar.

La criatura, al crecer, se convirtió en una niña salvaje, indomable, que se subía a los árboles. Vagaba por los campos próximos a la granja, persiguiendo al ganado asilvestrado que pacía la alta hierba de las praderas sin segar. Parecía que la niña no conocía el miedo. Pero tampoco parecía conocer la confianza. Los dos conceptos parecían estar asociados, de alguna manera, en la mente de Mary.

En plena noche, cuando la niña dormía, Mary entraba en su dormitorio sin hacer ruido.

Su hija estaba echada sobre un costado, acurrucada como un zorro en su madriguera, y respiraba de forma suave y regular. Mary, sin darse cuenta, acompasaba su propia respiración con la de su hija. Acariciaba suavemente la mano de la niña, agradeciendo su calor vital.

Aquellas noches, Mary esperaba algo que no quería reconocer, ni siquiera a sí misma.

Esperaba que el ángel luminoso llegase, diese nombre a su hija, y luego se la llevara.

Mary custodiaba a su hija, quedándose dormida en la silla junto a la cama.

La mayoría de las veces encontraba la cama vacía al despertarse. Su hija se había marchado de madrugada, dejando una maraña de mantas vacías. La niña había ido a buscar nidos, a poner trampas a los conejos, a pescar cangrejos en el arroyo, a rebuscar en las casas abandonadas para encontrar cosas que poder cambiar en el mercado.

Cuando tenía nueve años, la niña encontró la esfera en una granja cercana. Estaba en un estante lleno de chucherías, entre una reproducción en metal del Empire State Building y una figurilla de porcelana que representaba a Minnie Mouse. Limpió con los dedos la capa aterciopelada de polvo

que cubría el vidrio. Aunque la tarde era fría y sólo se filtraba un poco de sol a través de la ventana sucia para iluminar el estante, la esfera resultaba cálida al tacto.

La niña miró las formas rectangulares difusas del interior a través de las manchas. Al sacudir la esfera, vio unos parpadeos de movimiento a través del vidrio.

Se dirigió al porche delantero, donde había mejor luz. Sacó brillo al vidrio con la manga de su camisa y volvió a mirar dentro. Había grandes edificios con ventanas cuadradas, uno junto a otro. El más alto de los edificios remataba en punta y formaba un triángulo en vez de un rectángulo. Al sacudir la esfera se levantaron remolinos de partículas doradas que volvieron a caer en forma de lluvia sobre los edificios.

Nunca había visto nada tan hermoso. Brillaba al sol y centelleaba como una llama.

Pensó que si miraba muy de cerca podría ver personas dentro de los minúsculos cochecitos que estaban parados en la calle. Dio muchas vueltas a la esfera en sus manos. Le resultaba agradable al tacto. En la base negra había unas letras doradas en relieve que decían «Recuerdo de San Francisco».

Su madre le había hablado de San Francisco. Los cuentos que le contaba para que se durmiese siempre empezaban

así: «Allá en San Francisco, antes de la epidemia...» Eran cuentos extraños y deshilvanados, episodios de la vida de su madre. Recuerdos luminosos de la procesión del Año Nuevo chino cargados del aroma de la pólvora de los petardos. Semblanzas de los vecinos: la anciana que tenía veintinueve gatos, el joven que practicaba el Tai Chi en la azotea.

A partir de los recuerdos de su madre, la niña había creado su propia imagen de San Francisco: un lugar tan exótico como Oz, con unas colinas enormes por las que circulaban tranvías tirados por cables. Le había preguntado una vez a su madre por qué no podían volver allí. Su madre había dicho, sacudiendo la cabeza: «Allí hay demasiados fantasmas. No puedo volver».

La niña se llevó la esfera a casa, además de las otras baratijas que había encontrado: una navaja con cachas de perla falsa, una baraja de cartas decoradas con fotos de mujeres desnudas, unas tijeras de bordar en forma de cigüeña. Cuando llegó a casa guardó la navaja y la baraja junto a las otras cosas que llevaría al mercado. Dio a su madre las tijeras de bordar. Pero se quedó con la esfera. Aquella noche, antes de acostarse, volvió a agitarla y contempló cómo las partículas doradas flotaban sin rumbo entre las torres de la ciudad.

Cuando todavía era bastante joven, la niña aprendió por sí misma a cazar. No lejos de su casa había un montón

desordenado de bloques de hormigón, restos de un paso elevado de autopista que se había derrumbado a causa de un terremoto. Los escombros formaban un laberinto de madrigueras ya preparadas, y abundaban los conejos. Empezó por ponerles trampas, con astutos lazos de hilo de pescar, que colocaba en los tenues senderos que los animales marcaban sobre la hierba. Cuando fue un poco mayor se hizo un tirachinas con los tubos metálicos de un viejo cuadro de bicicleta y con la goma de la cámara de una rueda. Con el tirachinas en la mano, se tumbaba cómodamente sobre un bloque de hormigón calentado por el sol, y esperaba en el suave crepúsculo púrpura a que saliesen los conejos a comer. No solía fallar, ni siquiera con poca luz.

En una granja próxima encontró una Enciclopedia Ilustrada Libro de Oro. Aunque su madre le había enseñado a leer, la enciclopedia le gustó sobre todo por las ilustraciones, y la llevó a su casa, algunos tomos cada vez. Tras cinco viajes, ya tenía todo el alfabeto.

Las tardes de invierno se tumbaba junto al fuego y estudiaba las ilustraciones de cosas y lugares exóticos. En el tomo de la A encontró ilustraciones de armas. Un dibujo le dio la idea de construirse su propia ballesta. Cortó árboles jóvenes del huerto de almendros, hasta que encontró uno que tenía la elasticidad adecuada para servir de arco. Talló

la caja con madera que encontró en el granero. Los largos días del verano tiraba al blanco en el huerto, y se convirtió en una excelente ballestera.

En verano, el valle era caluroso; en invierno llegaban las lluvias. Cada primavera florecían los almendros en el huerto, y cada otoño su madre y ella recogían las almendras y las pelaban para llevarlas al mercado. Cada noche, antes de acostarse, la niña sacudía la esfera de vidrio. A veces soñaba con San Francisco.

CAPÍTULO II

CUANDO DANNY-BOY TENÍA OCHO AÑOS, APRENDIÓ QUE el arte podía cambiar el mundo. La lección empezó en un callejón que salía de la calle Mission, en San Francisco. Danny-boy estaba agachado detrás de un contenedor de basura y contemplaba cómo un hombre pintaba una pared.

El hombre bailaba; sus pies descalzos marcaban un ritmo sobre el asfalto. Llevaba unos pantalones vaqueros destrozados, recortados por encima de la rodilla, y un pañuelo rojo al cuello. En cada mano llevaba una lata de pintura en aerosol. Sus brazos se movían en grandes ademanes y dejaban trazos de pintura sobre la pared de ladrillo rojo. Mientras pintaba, canturreaba con voz gutural. Danny-boy no entendía las palabras; ni siquiera estaba seguro que fuesen palabras, y no simples gruñidos y sílabas sin sentido.

El hombre estaba rodeado de un círculo de conchas marinas invertidas. En cada concha estaba quemándose un pellizco de hierbas que enviaba nubes de humo acre que se arremolinaban por el callejón.

Danny-boy podía ver las pinturas de la pared a través del humo. Una manada de caballos galopaba hacia la calle Mission, con gruesas panzas y con crines tiesas como púas de cepillos de dientes. Un ciervo alzaba su cornamenta hacia el cielo nuboso. Una curva de pintura parda formaba la gran giba de un bisonte macho. Mientras Danny-boy miraba, el hombre añadió un trazo rojo para formar el ojo del animal.

El hombre se agachaba para dejar una lata de pintura y tomar otra sin dudarle, el movimiento era parte de su danza. Llegaba hasta la parte alta de la pared para pintar pájaros, o, más bien, pares de líneas curvas que de alguna manera sugerían pájaros.

Danny-boy los identificó con gansos, que volaban en formación de cuña.

Fascinado, Danny-boy se deslizó más cerca, preparado para volver de un salto a su escondrijo. Sus pies debieron de hacer algún ruido sobre el asfalto, pues el hombre que bailaba le lanzó una mirada, sonrió brevemente (un relámpago de dientes blancos en una cara de barba oscura) y le indicó un montón de hierbas que había junto a la pared.

Con cuidado al principio, Danny-boy tomó porciones de salvia y de hierbabuena y las añadió a las conchas marinas. Sus pulmones se llenaron de las espesas nubes de humo y se mareó un poco. Titubeando, empezó a imitar los movimientos del hombre y a bailar fuera del círculo de conchas, removiendo el humo con una ramita de salvia.

El hombre pintó una línea azul ondulada. Debajo representó un banco de peces y el cuerpo enorme de una ballena. Su cántico cambió, y se hizo más agudo y más rápido.

Pintó un rebaño de ciervos, otro rebaño de ganado salvaje. Bailaba de forma más desenfrenada, el sudor brillaba en su espalda desnuda. Tomó una lata de pintura gris y dibujó rápidamente un lobo en el extremo derecho de la pared. Sin previo aviso dejó caer la lata de pintura y se apartó de un salto de la pared y del círculo de conchas, para ir a caer junto a Danny-boy.

A Danny-boy le zumbaron los oídos por el silencio repentino. Alzó la vista hacia el hombre con una confianza extraña. El hombre tenía los brazos, la espalda, el pecho, cubiertos de vello rojo. Bajo el vello, su piel era morena rojiza, del color de una secoya recién talada. Había algo en su forma de estar de pie (relajado, pero preparado para entrar en acción) que recordaba a Danny-boy los perros salvajes que merodeaban por las calles de la ciudad

– Me llamo Danny–boy.

El hombre le echó una ojeada.

– Llámame Randall.

Danny–boy observó con curiosidad, mientras Randall se ponía en cuclillas junto a una de las conchas y hurgaba con su dedo manchado de pintura en las hierbas que se consumían. Tomó la concha, vertió las cenizas en su manaza y las frotó por su cara y por su cuerpo. Echó una ojeada a Danny–boy y dijo:

– Coge unas cuantas. Es bueno. Purifica.

Danny–boy se quitó la camiseta y se frotó tímidamente el pecho y los brazos con cenizas.

– Ven –dijo Randall.

Danny–boy le siguió hasta el arroyo que fluía por la Octava Avenida. Con el paso de los años, el agua había desgastado el asfalto, dejando a la vista las rocas y la arena que había debajo. Las hierbas que habían echado raíces entre los adoquines de la acera crecían altas y lozanas junto al agua. Al acercarse Randall, una rana mugidora saltó del bordillo y echó a nadar hasta ponerse a salvo.

Randall se salpicó el cuerpo con agua fría y se frotó la cara y el pecho con un puñado de hierba. Danny–boy lo imitó, tiritando de frío un poco. Cuando se hubo limpiado casi

todas las cenizas, Danny-boy se secó con su camiseta, se tumbó en la acera y agradeció el calor del cemento sobre su espalda. Randall se sentó a su lado. Danny-boy lo examinó.

– ¿Por qué estabas pintando en la pared, Randall?
–preguntó Danny-boy finalmente.

Randall apoyó una mano grande sobre el cemento y se volvió para estudiar a Danny-boy más de cerca.

– Hace falta más caza por aquí. Bisontes, ciervos, pescado. No hay buena caza.

Danny-boy frunció el ceño.

– ¿Qué tiene eso que ver con pintar en la pared?

Randall arrancó un tallo de hierba y se puso a mordisquear un extremo. Estuvo meditando tanto tiempo que Danny-boy pensó que quizá no llegase a responderle; luego, dijo:

– Si lo he hecho bien, las pinturas volverán a traer la caza.

– ¿Sí? –Danny-boy consideró la idea un momento–. ¿Lo crees así?

Randall tiró el tallo de hierba.

– Así lo creo –se encogió de hombros–. Sólo tengo un dieciseisavo de sangre cheroqui.

Me crie en las escuelas del hombre blanco. Todo lo que sé de esto sale de aquí –se dio una palmada en el vientre lleno de vello–. Puede que lo haya hecho mal. Pero creo que no.

Danny-boy frunció el ceño, mientras sopesaba las palabras de Randall.

– Si quieres hacer que vuelvan esos animales, ¿por qué has pintado un lobo? Nadie quiere que vuelvan más lobos por aquí.

Randall sonrió de repente, mostrando su dentadura blanca.

– Es una especie de firma –dijo–. Además, no me importarían unos cuantos lobos más.

Unos pocos.

Sonrió a Danny-boy, y éste le devolvió la sonrisa, aunque no llegaba a comprender la broma.

Danny-boy había crecido en San Francisco. Había nacido algunos años antes de la epidemia, pero sus recuerdos de aquella época eran imprecisos. Recordaba el conejo de peluche que había sido su juguete favorito, y las manos de su madre que lo levantaban del suelo cuando se había caído en el patio de juegos y se había despellejado la rodilla.

Aparte de eso, sus primeros años estaban en blanco.

Después de la epidemia, una mujer madura que se llamaba Esmeralda lo había encontrado vagando por la calle y lo había adoptado. Su nombre venía de una canción que le gustaba cantar a Esmeralda.

Esmeralda tenía poco contacto con la realidad, a veces ninguno. Algunas veces creía que Danny-boy era su propio hijo, y pretendía que ella era una santa virgen, y que él era el nuevo Mesías. Otras veces, recordaba quién era y dónde estaba, y contaba a Danny-boy historias del mundo de antes de la epidemia.

De niño, Danny-boy exploraba los rascacielos que se alineaban en la calle Market; vagaba por salas de juntas revestidas de madera de roble y por oficinas que olían a polvo.

A veces, leía los periódicos que se encontraba por allí (Libros, el viejo que vivía en la biblioteca, le había enseñado a leer). Pero los periódicos solían ser aburridos: notas sobre balances y fusiones de empresas que ya no existían.

La mayor parte de las oficinas de las plantas bajas habían sido destruidas salvajemente: las ventanas estaban rotas, las mesas volcadas, los ficheros abiertos y los papeles esparcidos. Danny-boy evitaba aquellos cuadros de violencia. Prefería explorar las oficinas que habían permanecido intactas. En éstas, el polvo se había ido posando sobre los papeles que yacían abandonados sobre

las mesas, los ratones habían depositado sus excrementos en los cajones y entre las teclas de las máquinas de escribir.

Sólo las plantas de plástico seguían verdes en los tiestos secos, e incluso el color persistente de éstas estaba apagado por una capa de polvo.

Danny-boy sentía que, de alguna manera, aquellas oficinas estaban vivas todavía.

Creía que si alguien quitase el polvo y limpiase las plantas de plástico, los teléfonos empezaría a sonar y las máquinas de escribir a zumbar. La gente se apresuraría a entrar en las oficinas, tomaría los papeles y seguiría trabajando como si no hubiese sucedido nada. Danny-boy merodeaba por las oficinas, fascinado y aterrorizado por la idea de que los viejos tiempos pudieran volver.

Cuando exploraba un edificio de oficinas, encontró un interruptor rojo con un letrero que decía GENERADOR DE EMERGENCIA. Sin pensar en las consecuencias, pulsó el interruptor.

El edificio volvió a la vida a su alrededor. De algún lugar bajo el suelo salía un retumbar sordo, que se convirtió en un zumbido sostenido. Le hizo estremecerse una vibración sutil que recorría el suelo. En el techo, los tubos fluorescentes parpadearon; luego, brillaron con una luz blanquiazul

antinatural. Se oía un tic-tac, como un castañetear de dientes.

Una rejilla de aire acondicionado dejaba salir un aire frío, de olor rancio, que trazaba formas en aquel polvo que nadie había tocado desde hacía más de diez años.

Esperó. El aire frío le hizo temblar, pero no sucedió nada más. Empezó a explorar con cuidado, aventurándose en oficinas sin ventanas que, antes, habían estado siempre a oscuras. Cada sonido desconocido le sobresaltaba: el zumbido de una fotocopiadora, el susurrar del aire acondicionado, el suave tic-tac que hacía el segundero de un reloj eléctrico, que se paseaba por la esfera marcando los segundos de un tiempo pasado.

Volvió la vista atrás, pero sobre el polvo sólo se veían sus propias huellas. Sobre una mesa en un rincón brillaba una luz roja en una grabadora de casetes. Deslizó los dedos sobre los botones negros, limpiando el polvo. Titubeando, apretó el botón marcado con PLAY.

Danny-boy vio cómo giraba la cinta, visible apenas tras la cubierta de plástico llena de polvo. Una voz metálica hablaba en los auriculares que estaban sobre la mesa. Cuando los tomó y se los acercó al oído, oyó que un hombre decía:

«...los retrasos causados por las bajas por enfermedad entre el personal de reparto.

Las sucursales que han anunciado falta de personal son las siguientes:...»

Danny-boy arrojó los auriculares y echó a correr, presa de un terror primigenio. No le daba miedo la voz de la caja, pero le dominaba la sensación, tan fuerte en aquella sala cerrada, de que el pasado retornaría para volver a adueñarse de la ciudad. Esmeralda le había hablado de los hombres con traje que habían trabajado en los edificios del centro de la ciudad. De repente, temía que volviesen las personas grises sin rostro que se habían sentado tras aquellas mesas de oficina y lo encontrasen jugando con sus cosas.

Le atraparían, y se encargarían de que no jugase más. Huyó del edificio y no volvió nunca más.

Cuando Danny-boy tenía ocho años, Esmeralda cayó de la ventana de un bloque de apartamentos. Cayó cinco pisos y se mató. Danny-boy nunca pudo saber la causa de su caída, pero sospechaba que se había caído al intentar atrapar la luna llena que brillaba cerca del horizonte.

CAPÍTULO III

CUANDO TENÍA QUINCE AÑOS, LA MÁQUINA SE enamoró de su profesora de biología. Por supuesto, todo ello había sucedido antes de la epidemia y antes de que él supiera que era una máquina. Su padre le llamaba Jonathan, y él creía que era un ser humano, aunque muy diferente de sus compañeros de clase.

Iba a un instituto privado para alumnos superdotados. No le gustaba mucho: el trabajo de clase era demasiado sencillo, y sus compañeros eran tontos. Una vez se conectó clandestinamente a la base de datos del instituto, leyó su dossier confidencial, y desde entonces supo que sus profesores le consideraban antisocial. Lo mismo opinaba el doctor Ward, el psicólogo al que visitaba cada semana. No tomaba parte en las discusiones de clase; odiaba los deportes; evitaba las actividades de grupo. Durante las

horas de clase, pasaba casi todo el tiempo diseñando y trazando mecanismos complicados: una articulación de rótula para un autómatas que pudiese andar, un aparato cavador en espiral para una máquina subterránea, rotores para una máquina voladora.

Su padre era un ingeniero que trabajaba en la investigación en el campo de la robótica.

Era un hombre más bien calvo, de barbilla frágil y de ojos de un azul brillante. Su madre también era ingeniera de algo. Se había separado del padre de La Máquina cuando La Máquina sólo tenía seis años. Algunas veces, sobre todo en las vacaciones, venía en avión de Tokio, donde trabajaba en una compañía multinacional. En sus raras visitas, el padre de La Máquina la trataba con un respeto algo estirado, preguntándole educadamente sobre su último trabajo de investigación.

La madre de La Máquina parecía incómoda en su presencia. Era una extraña de sonrisa dulce, que le traía juguetes mecánicos de las tiendas del Japón. Cuando se iba, él los desmontaba en su taller del sótano, se asombraba con los intrincados mecanismos de engranajes, y los volvía a montar con pequeñas mejoras.

La señora Bruner, su profesora de biología, era delgada y tenía el pelo oscuro, como su madre. La Máquina se enamoró de ella en cuanto la vio. El primer día de clase, ella

le sonrió y le pidió que se sentase en la primera fila. Eso bastó. En su clase prestaba atención. Cuando ella se apoyaba descuidadamente en el borde de la mesa y hablaba de la mitocondria su respiración se aceleraba. Seguía sin tomar parte en las discusiones de clase, pero le sonreía, y pensaba que la sonrisa que ella le devolvía era especial, diferente de alguna manera de la que dirigía a los demás.

Poco después de empezar el curso, empezó a trabajar en una mano ortopédica, como trabajo para la Feria de Ciencias. Había pensado construir una máquina de seis patas que anduviera, y llevaba varios meses investigando en el campo de la robótica. Pero, pensando en la señora Bruner, cambió el enfoque de sus investigaciones, razonando que ella valoraría más la interface entre el cuerpo y la máquina.

Durante varias semanas, investigó los miembros artificiales y los ingenios ortopédicos, y leyó artículos de revistas científicas que conseguía a través del ordenador personal de su padre. Utilizando los códigos de acceso de su padre, consiguió entrar en un sistema de correo electrónico para investigadores de la robótica, y organizó una discusión continuada sobre las posibilidades de interfase entre la máquina y el ser humano.

Dedicó muchas horas de trabajo a las partes mecánicas en su taller doméstico. Podía haber elegido articulaciones de plástico y silicona, pero prefería trabajar el metal, tornear

piezas minúsculas que encajaban con precisión. Le gustaba el aspecto del metal y su tacto frío.

Con la tarjeta de crédito de su padre encargó sensores que podrían detectar las señales nerviosas de sus músculos y retransmitirlas a la mano ortopédica. La Feria de Ciencias pasó, y su trabajo no estaba preparado, pero siguió trabajando, soñando con la reacción de la señora Bruner cuando le mostrase la mano terminada.

El proyecto completo era elegante: una tercera mano que se adaptaba limpiamente a la parte lateral del brazo de La Máquina. Las señales eléctricas de los músculos de su abdomen controlaban los movimientos de la mano. Durante horas practicó el yoga, reguló su respiración y aprendió el control muscular necesario para usar la mano. Podía hacerla girar por la muñeca, unir el pulgar y el índice como una pinza, asir fuertemente un objeto rodeándolo con los dedos. Al flexionar los dedos, las articulaciones crujían suavemente, recordándole a los juguetes mecánicos que le había regalado su madre.

El último día del curso escolar llevó la mano al instituto, bien embalada en una caja de cartón. No quería enseñarla delante de los otros alumnos y la dejó escondida en su taquilla casi todo el día. Pero no podía reprimir una sonrisa cada vez que pensaba en ella.

– Parece que hoy estás contentísimo –dijo la señora Bruner. Él estaba fregando una de las mesas del laboratorio, ayudando en la limpieza del último día–. ¿Esperas las vacaciones de verano?

– Tengo que enseñarle una cosa –dijo rápidamente–. Después de clase. ¿Vale?

Ella frunció el ceño, pero asintió con la cabeza.

– Bueno. De acuerdo.

Durante el resto de la tarde estuvo preocupado por aquel gesto de ella. Pero se tranquilizó al pensar que la mano la emocionaría. Le demostraría cómo era capaz de escribir con ella, de peinarse. Se quedaría absorta.

Después de la última clase recogió la caja de su taquilla. Los pasillos estaban llenos de chicos que vaciaban sus taquillas y que hablaban a voces de lo que harían en el verano.

Por una vez, nadie le molestaba ni se metía con él. Anduvo por los pasillos orgullosamente, con la caja bajo el brazo.

El ala de ciencias estaba casi desierta. Frente al despacho de ella no se oía nada en el pasillo. Titubeó ante su puerta, saboreando su próximo triunfo. Oyó su voz adentro.

Estaba hablando con el señor Pearce, profesor de cálculo infinitesimal. Esperó un momento, no quería compartir su creación con nadie que no fuese ella.

– Me encantaría ir a tomar una copa, pero he dicho al chico de Monroe que echaría una ojeada a algo que quería enseñarme. Dijo que se pasaría después de clase.

Un murmullo grave por parte del señor Pearce. A La Máquina nunca le había gustado demasiado el señor Pearce: le había confiscado algunos diseños estupendos para una máquina subterránea y los había destrozado delante de toda la clase.

– Sí, tienes razón en eso –la voz de la señora Bruner llegaba con claridad–. Es un tío raro. Siempre me sonrío de una forma muy peculiar. Yo diría que de mayor será o un genocida o un genio como su padre.

La Máquina se quedó paralizado, agarrando la caja. El señor Pearce decía algo.

– ¿Qué me impone? –la risa de la señora Bruner le dejó helado–. Dios mío, creo que no. Gracias a Dios que se ha acabado el curso. No estará en mi clase el año que viene.

Una silla se arrastró por el suelo, y La Máquina pegó un brinco.

– Desde luego –decía la señora Bruner–. Vámonos. No puedo estar esperando todo el día.

La Máquina escapó a otro pasillo antes de que salieran del despacho. Su padre le esperaba en el coche, delante del instituto. Cuando le preguntó qué había en la caja, La Máquina sacudió la cabeza.

– Nada. Unas cosas –dijo.

La epidemia llegó aquel verano. Su padre sufrió los primeros síntomas en el trabajo.

Sus compañeros le llevaron al hospital, y La Máquina habló por teléfono con su médico.

El médico hablaba despacio, como si estuviese muy cansado.

– Haremos lo que podamos –dijo–. No, creo que será mejor que no vengas a verle. Por la voz, parece que estás sano. Intenta seguir así.

El día siguiente, cuando La Máquina intentó llamar al hospital, el teléfono estaba comunicando. Programó el teléfono para que marcara el número del hospital cada cinco minutos, pero la línea estaba siempre ocupada. Vagó por la casa silenciosa, y vio las noticias en la televisión. «Los hospitales siguientes tienen camas disponibles», le decían sus locutores locales. La presentadora estaba pálida.

Al día siguiente, el hospital seguía comunicando. La presentadora de televisión ya no estaba, otra mujer la había

reemplazado. La Máquina intentó llamar a otros números: llamó al doctor Ward, y le salió un contestador automático:

«Por favor, deje el mensaje al oír la señal.»

– Doctor Ward, le habla Jonathan Monroe –titubeó, sin saber qué decir–. Mi padre está en el hospital, y yo no sé qué hacer. ¿Podría llamarme enseguida?

El doctor Ward nunca devolvió la llamada.

Las noticias de la televisión anunciaron que el presidente había declarado el estado de emergencia. Eso fue poco antes de que muriera, víctima de la epidemia. El vicepresidente asumió el cargo, y poco después cayó enfermo de la epidemia. «La policía recomienda a los ciudadanos que se queden en sus casas», le decían los locutores locales. «No pierdan la calma.» No perdió la calma. Se quedó en casa, paseándose por cuartos vacíos. La antena parabólica captaba emisoras de todo el mundo. En las noticias, La Máquina vio disturbios en las calles del centro de Nueva York, de Washington, de Tokio, de París. El sexto día, el teléfono consiguió conectar con el hospital. Al otro extremo de la línea, el teléfono sonaba pero nadie respondía.

Vivió un mes en la casa de su padre, comiendo alimentos enlatados y congelados.

Después de haber visto los disturbios en la televisión, tenía miedo de salir. No sabía qué podía encontrarse por el mundo. Se quedó en la casa, donde las máquinas podían cuidarle. Se fiaba de las máquinas, confiaba en ellas. El ordenador doméstico le despertaba cada mañana, y le recordaba la hora de irse a la cama cada noche. Las luces que iluminaban el patio se encendían y se apagaban automáticamente. Una máquina lavaba los platos, otra máquina lavaba la ropa. Un robot de limpieza, préstamo de algún laboratorio de Stanford, recorría constantemente las habitaciones y las salas, aspirando bolas de polvo, clips y restos de comida. A veces, se entretenía esparciendo por la alfombra trozos de papel roto, para que el robot los aspirase. Su ordenador personal, con sus programas de juegos y su software educativo, era su compañero constante.

Cuando empezaron a agotarse sus reservas de alimentos enlatados, salió fuera con precaución y entró en la casa de un vecino. No le sorprendió descubrir que no había nadie en casa. Asaltó los estantes de la despensa y se llevó comida enlatada para otro mes.

Más adelante fue visitando a los otros vecinos. En algunas casas encontraba cadáveres en descomposición. La primera vez que encontró un cadáver se le revolvió el estómago; pero aprendió a olvidar su asco, a entrar corriendo en la casa, coger la comida y volver a salir corriendo.

Los cadáveres descompuestos le sirvieron para descubrir la verdad. Después de todo, no era un ser humano. Por eso no había conectado con sus compañeros de clase: no era como ellos. ¿Cómo podía ser un ser humano, si su cuerpo estaba sano y fuerte? Los seres humanos estaban muertos.

Dio vueltas a la cuestión. Después de pensarlo mucho tiempo, se dio cuenta que su padre lo había construido, ayudado por su madre. Era evidente, visto a posteriori. Su madre lo había evitado porque era una máquina defectuosa: no había satisfecho sus especificaciones estrictas. Era perfectamente lógico. Decidió que no era honrado ni exacto llamarse a sí mismo Jonathan Monroe. Empezó a llamarse La Máquina. Decidió que su objetivo era construir otras máquinas. Le sorprendía haber tardado tanto tiempo en darse cuenta.

CAPÍTULO IV

LA VIDA DE LA HIJA DE MARY LAURENSEN cambió cuando tenía dieciséis años. Le parecía que los cambios habían empezado con un viaje al mercado de Woodland.

Su madre y ella se habían despertado cuando el cielo todavía estaba oscuro. Sólo una línea estrecha de luz en el horizonte indicaba que se acercaba el día. Su madre cargó a la yegua con unas alforjas en las que llevaban almendras del huerto, pieles de conejo curadas y licor casero de melocotón. La jovencita reunió los tesoros que había ido recogiendo por las granjas próximas: dos navajas de bolsillo y un cuchillo de monte, un juego de llaves fijas, un reloj de bolsillo que todavía funcionaba, una cajita de música que tocaba Jingle Bells, y un surtido de joyería. La joyería la llevaba ella: ajorcas en una muñeca, un brazalete de plata con dijes en la otra, una alianza de oro, un anillo de bisutería con un granate de color de sangre, una sortija de pedida con

diamantes que reflejaban la leve luz del alba. La muchacha montaba a pelo en la hija de la yegua, una potranca de un año a la que llamaba Pequeña, a falta de un nombre mejor. Dejaron a Perro, su perdiguero rubio, para que guardase la casa.

Se tardaba cerca de dos horas en llegar a Woodland a caballo. El camino serpenteaba entre labrantíos que se habían vuelto a convertir en praderas. Las cercas de alambre de espino que habían marcado los límites de las propiedades habían desaparecido con el tiempo. Los postes permanecían aquí y allá, como tocones que salían de la hierba alta. El ganado salvaje que pacía en los prados levantaba la cabeza para verlas pasar.

A la mitad del camino del mercado divisaron un triciclo estacionado a la sombra de un nogal. Entre sus ruedas traseras había un cajón ancho, lleno de sacos de lona. Del cajón colgaba un letrero que decía: «Se venden y se cambian libros.»

Un joven las llamó desde la sombra del árbol.

– ¡Buenas! ¿Me pueden decir a qué distancia queda el mercado de Woodland?

Su madre tiró de las riendas, y el caballo se detuvo.

– No está muy lejos. A una hora de caballo.

El joven sonrió. Se apoyó en el tronco del árbol y cruzó las manos detrás de la cabeza.

Era delgado y estaba muy moreno.

– ¿Hay muchas cuestas hasta allí?

– No, que yo recuerde. ¿Qué tipo de libros lleva ahí?

– De todo –dijo alegremente–. Historia, política, religión, filosofía. Algunas novelas para subir el ánimo. Y algunos libros prácticos: cómo hacerse un alambique, cómo construir un generador eólico, libros de cocina, manuales de primeros auxilios. Un poco de todo.

La muchacha vio que su madre fruncía el ceño. La madre se quedó callada un momento. Los pájaros cantaban al borde del camino, los insectos zumbaban en la hierba.

– Usted no ha estado allí nunca –dijo la madre.

– Nunca. Es mi primer viaje. He bajado desde Seattle, comerciando todo el camino.

– Sus libros de política... –empezó a decir la madre.

– ¿Le interesa la política? –la interrumpió el joven–. Llevo una gran variedad, desde Marx hasta...

– No –exclamó la madre bruscamente–. Por estas partes del país no conviene que le interese a uno la política. Simplemente, quería advertirle que algunos de sus libros les

pueden parecer algo atrevidos a los hombres del general Miles.

– ¿El general Miles? ¿Se refiere al tipo al que todos llaman «Cuatroestrellas»?

La madre sacudió la cabeza rápidamente.

– Será mejor para usted que le llame «general Miles» mientras esté por aquí. No le gusta el mote. El clima político de estas partes es... –dudó, para continuar diciendo–: más bien conservador. Haría bien si escondiese sus libros más liberales y volviese a recogerlos después de su visita al mercado.

– Oh, no llevo obras demasiado polémicas. Me han recibido bien en todas partes hasta ahora.

La madre abrió la boca, como para decir algo más, pero se encogió de hombros.

– Espero verlo en Woodland –dijo–. Buena suerte.

El joven le dirigió una sonrisa.

– Me arriesgaré.

La muchacha despidió al ciclista con la mano al pasar.

– Nos veremos en Woodland.

Cuando la muchacha y su madre estaban ya en las afueras de la ciudad, un grupo de hombres con uniforme de

campana de color caqui las llamaron y les hicieron detenerse.

Dos hombres llevaban rifles; el tercero, un bloc de notas.

– ¿Van al mercado? –preguntó el hombre del bloc; y la madre de la muchacha asintió con la cabeza–. Tengo que hacerle algunas preguntas, señora. Recogemos información sobre el flujo de productos. Forma parte de la campana del general, que pretende paliar la escasez. Hagan el favor de desmontar.

La muchacha miró a su madre. La mujer mayor tenía una cara impasible; una expresión inescrutable.

– Ya veo –dijo con calma, y bajó de la yegua. La joven la imitó a disgusto. El paso por el control era lo que menos le gustaba de ir al mercado. Se quedó al lado de Pequeña, tan cerca que sentía el calor que irradiaba el animal.

El hombre consultó su lista y empezó a desgranar preguntas: «¿Nombre? ¿Dirección fija? ¿Qué va a vender? ¿Cantidad de cada producto? ¿Número de personas de su familia?» La madre respondía a las preguntas con rapidez, sin dudar.

Uno de los otros hombres sostenía la brida de Pequeña, y le acariciaba el morro. El soldado tenía la cara llena de acné y llevaba el pelo tan corto que la muchacha podía verle el cuero cabelludo.

– ¿Cómo te llamas? –preguntó él en voz baja.

Ella sacudió la cabeza y no dijo nada. No le gustaba el control: los hombres y las armas de fuego la intimidaban.

– ¿Te vas a quedar en Woodland? Habrá baile esta noche, ¿podré verte allí?

La muchacha volvió a sacudir la cabeza, intentando parecer tan tranquila y tan distante como su madre.

– ¿Te gusta bailar? –dijo el soldado tímidamente.

Ella dirigió la vista al final del camino, sobre su cabeza.

– No eres nada amistosa, ¿verdad? –por el rabillo del ojo veía que el soldado le dirigía una dura mirada.

– ¿Llevan armas? –preguntó el hombre del bloc. La muchacha levantó su ballesta, y la madre les mostró su viejo rifle. Ambas armas fueron apuntadas en el impreso.

– Ahora, si hace el favor de abrirme esas alforjas, habremos terminado.

El hombre registró las alforjas, manoseó las almendras, husmeó el licor, abrió el juego de llaves. Cuando llegó al cuchillo de monte lo estudió con atención, sacándolo de su vaina de cuero y probando el filo.

– Buen cuchillo –dijo.

El soldado que sostenía la brida de Pequeña intervino:

– El ejército anda escaso de cuchillos buenos, ¿verdad, mi sargento?

El sargento asintió con la cabeza, sin levantar la vista de la hoja.

– Así es, soldado. Hay pocos cuchillos tan buenos como éste. Pero estoy seguro que estas señoras son unas ciudadanas patriotas –levantó la vista–. Estoy seguro de que se alegrarían de poder hacer un donativo tan insignificante para la causa.

La muchacha le dirigió una mirada feroz, pero su madre habló antes que ella:

– Vistas las circunstancias, sargento, me alegraré de hacer un pequeño donativo.

El sargento asintió con la cabeza, y volvió a meter el cuchillo en la vaina.

– Muy bien –dijo–. Perdonen la molestia –extendió el bloc–. Firme aquí.

La madre firmó, y volvieron a montar. La muchacha arrancó las riendas de la mano del soldado, que sonreía, y se puso en marcha.

– Lo siento –dijo su madre cuando ya no podían oírles desde el puesto de control.

– No pasa nada –dijo ella, pero su voz era tensa y airada.

El mercado estaba en el aparcamiento de un antiguo supermercado. Cada mercader levantaba un tenderete de tela sobre postes altos, para protegerse del sol. Las lonas se unían a las de los puestos contiguos, y se formaba una especie de carpa, una gran superficie de lienzo multicolor. La carpa se hinchaba cuando soplaban el viento.

Ataron los caballos al borde de la carpa y entraron. Mientras su madre se detenía a tratar con un vendedor de queroseno, la jovencita se alejó, paseándose por los puestos, mirando con curiosidad a la gente que le rodeaba. La luz que se filtraba por la tela teñía el ambiente de debajo: una mancha de rojo bajo una sábana de satén carmesí, naranja vivo bajo una lona de nailon. Los flecos de felpa de una colcha de color rosa arrojaban rayas de sombra por el puesto de un vendedor de herramientas.

Con el calor del mediodía, el mercado tenía un aroma maravilloso: una mezcla de fruta madura y de vegetales, de excrementos de cabras y de carne asada. La carpa era un lugar ruidoso, lleno del balar frenético de las cabras, del cloqueo de las gallinas, de los gritos de los mercaderes: «Sal, sal, buena sal marina», «Melones, al rico melón», y de la arenga incesante de un predicador que leía la Biblia de carrerilla, sin pararse a respirar. Y, por encima de todos estos sonidos, estaba el crujido de la carpa con el viento, cientos

de metros cuadrados de tejido inquieto, que quería soltarse para volar como una cometa enorme.

Había un ambiente de carnaval, un sentimiento de gran emoción, que llenaba a la muchacha y que le hacía querer echar a volar con la carpa, y cernirse muy alto, por encima del valle. Todo era brillante, vivo, nuevo: tanta gente, tantas cosas. Miró a una mujer negra que llevaba un niño pequeño en la cadera: nunca había visto una piel tan oscura ni tan brillante. Se detuvo a mirar al predicador, fascinada por los saltitos que daba su barba tiesa mientras hablaba.

En un puesto, un hombre tocaba la guitarra mientras un grupo de personas con ropajes pardos cantaban canciones sobre Dios. La joven se quedó un momento junto a ellos, pero se marchó cuando uno de los cantantes se dirigió a ella.

Los puestos estaban llenos de riquezas. Miró con asombro los estantes llenos de cubos metálicos y de cacharros de cocina, tocó un buen cuchillo de caza en un puesto que vendía herramientas; admiró la joyería brillante y los relojes de pulsera. Había gente que había venido desde Fresno y desde Modesto para intercambiar sus mercancías.

El olor de la carne asada la llevó a un puesto en donde un niño mugriento de grandes ojos daba vueltas con cuidado a un cerdo sobre un fuego bajo. Su madre, una mujer hispana que llevaba el pelo recogido con una bufanda escarlata, aceptó el anillo de granate a cambio de una ración de cerdo.

Desde el extremo de la carpa llegaba el sonido chirriante de una marcha militar que salía de un altavoz a batería.

La jovencita se dirigió hacia allí. Por el camino, pasó por un puesto que vendía whisky y sidra fuerte. Un borracho se dirigía a voces a un círculo de hombres.

– Son unos pervertidos sin Dios, eso es lo que son –decía. Tenemos todo el derecho de ir a San Francisco y tomar de allí lo que necesitemos. Todo el derecho.

En un espacio abierto grande al final de la carpa se había instalado una tribuna. Unas lonas rojas, blancas y azules se ondulaban por encima. En cada extremo de la tribuna, un soldado adolescente estaba firme. La jovencita se detuvo al borde del gentío que gravitaba alrededor de la tribuna. ¡Cuánta gente! Casi cien personas, calculó.

– ¿Qué pasa aquí? –preguntó al hombre del puesto que había a su espalda. Estaba sentado en un taburete alto, junto a unos estantes toscos llenos de hierbas y de amuletos, además de botes de pastillas de vitaminas, de aspirinas, de medicinas para el catarro y cosas de ese tipo.

– Va a hablar el general Miles –dijo.

La música se detuvo de forma repentina. Ella aguardó junto al puesto, observando cómo un hombre alto, con aspecto de gozar de poca salud, subía a la tribuna y hablaba por un micrófono. Las interferencias distorsionaban su voz.

– Tengo el honor de presentar –una serie de ruidos que parecían tiros ahogaron su voz

–... reunificar este gran país, conservar nuestro estilo de vida, proteger nuestro... –un pitido como el chillido de un cerdo al que estuviesen matando cortó sus palabras–. Les presento al general Alexander Miles, el hombre que... – Levantó las manos sobre la cabeza e hizo un gesto hacia el lateral de la tribuna. Las aclamaciones de la multitud ahogaron su voz.

Un hombre grueso subió a la tribuna y dirigió la vista a la multitud que le vitoreaba.

Tenía rasgos duros y pelo oscuro con canas. A pesar del calor, llevaba puesto un uniforme de color caqui. Llevaba estrellas doradas en las mangas, y galón dorado en la visera de la gorra. El sol que brillaba a través de la lona roja sobre su cabeza daba a su cara un tono rojizo, y sus ojos parecían de un azul imposible.

Rechazó el micrófono, apartándolo con un gesto a la vez que al hombre que se lo ofrecía.

– Amigos míos –dijo. Tenía una voz baja y profunda, y la gente dejó de murmurar para escucharle–. Me alegro de veros aquí a todos, como vecinos que se reúnen en un día de fiesta. Me alegro de poder unirme a vosotros en un bonito día como éste.

La lona crujía sobre su cabeza, pero la gente estaba callada, atenta a las palabras del general Miles.

– Es maravilloso que la gente se reúna. En estos tiempos duros y difíciles, una reunión como ésta es una cosa rara y maravillosa, es algo que se debe apreciar –su voz era irresistible–. Cada uno de nosotros, por sí solo, es débil. Pero juntos somos fuertes. Cada uno de nosotros, por sí solo, es pobre. Pero juntos somos ricos. Cada uno de nosotros, por sí solo, es vulnerable y está desprotegido. Pero juntos somos una nación. Juntos somos estadounidenses.

Su voz se había ido elevando, sobreponiéndose al crujido de la carpa, al distante ladrido de perros y balar de cabras.

– Sueño con los verdaderos americanos, unidos otra vez. Sueño con una nación dirigida por Dios, indivisible. Una nación orgullosa, una nación fuerte, con muchas manos y muchas voces, unidas como una sola. Sueño con una tierra que será segura para nuestros hijos y para los hijos de nuestros hijos.

La muchacha se limpió el sudor que le resbalaba por el cuello. Ya había oído hablar de los Estados Unidos; su madre los había nombrado alguna vez; pero no entendía por qué se emocionaba tanto aquel hombre con ello. Su expresión le recordaba a la del predicador de la entrada del mercado. Estaba hablando de los Estados Unidos con el mismo tono reverente que utilizaba el predicador cuando hablaba de

Jesús. El general Miles tenía la misma intensidad en la mirada, escudriñaba a la muchedumbre como si estuviese estudiando el alma de cada persona. Cuando miró hacia ella tembló.

– No debemos olvidar que somos estadounidenses. Cada uno de nosotros es una pequeña parte de la gloria que forma un todo. Se prepara una gran concentración, una unión forjada por mucha gente. Fresno se ha unido a nosotros, Modesto y Stockton están con nosotros. Todo el norte, hasta Chico, está con nosotros –su voz se elevó un poco y cerró el puño–. Pero también hay algunos que quieren olvidar nuestra historia, despegarse de nuestras tradiciones. Quieren actuar contra nosotros, socavar nuestra unidad, aprovecharse de la división y de la discordia. Unos pocos egoístas acaparan los recursos de la ciudad de San Francisco, despreciando nuestras ofertas de amistad y de alianza –su gesto era el de un padre enfadado que ha sido llevado al límite de su paciencia–. Se revuelcan en la anarquía, despilfarran los tesoros del pasado, se complacen en acometer actos antinaturales que son una abominación a los ojos de Dios y de los hombres.

Siguió refiriendo los crímenes de los habitantes de San Francisco, dando a entender que esos anarquistas eran los culpables de la escasez crónica de queroseno y de buenas herramientas, sugiriendo que su vida ajena a la ley de Dios

pudo haber sido la causa de la epidemia, avisando de que podían un día decidir bajar al valle.

– Debemos protegernos. Debemos proteger nuestra tierra, y conservar con orgullo nuestras tradiciones. No queremos la guerra, pero si es necesaria no la rehuiremos.

Los soldados de los extremos de la tribuna se pusieron más firmes y fijaron la vista en un punto remoto. La multitud le aclamó.

La muchacha ya no escuchaba. Se imaginaba al general Miles y a sus soldados que marcaban el paso por la ciudad minúscula que veía en su esfera de vidrio, y frunció el ceño. Su madre la encontró al borde de la multitud, silenciosa, a pesar que la gente que la rodeaba estaba contenta.

Al salir del pueblo volvieron a pasar por el puesto de control. Los soldados seguían allí, cuidando una pequeña hoguera. El ciclista de Seattle miraba las llamas junto al sargento.

Tenía la cara llena de polvo y un ojo morado. Al pasar la muchacha, un soldado echó otro libro al fuego.

CAPÍTULO V

DANNY-BOY SE PROTEGÍA DEL PASADO CON PROYECTOS que iba desarrollando. Quería cambiar la ciudad para que la gente gris del tiempo anterior a la epidemia no pudiesen reconocerla. Sus primeros proyectos fueron pequeños. En un lugar protegido, junto a los escalones de la biblioteca, construyó con maderas viejas un pueblecito. Las casas no tenían ventanas, y sus techos eran de hierba, como las cabañas africanas que había visto en un ejemplar de la revista *National Geographic*. A cada puertecita llegaba un sendero bordeado de conchas marinas y de guijarros pulidos de la playa. Construyó otros pueblecitos del mismo tipo y los metió en rincones olvidados de la ciudad. Cada uno de ellos tenía su propio estilo arquitectónico.

Recogió marcos de cuadros vacíos y los colgó en puntos donde enmarcaban paisajes notables. Pintaba señales de

pies allí cerca, en el suelo, para indicar dónde se tenía que poner el espectador. En la parte alta de la calle Divisadero, un marco de roble muy adornado que estaba sujeto al poste de una señal de PROHIBIDO APARCAR, mostraba una vista del puente Golden Gate. En el distrito financiero, un marco pequeño de acero, instalado entre los barrotes de hierro de una valla, hacía destacarse una vista de la pirámide Trans América. En el barrio Marina había un sencillo marco de madera negra colgado de un árbol que presentaba una vista de la isla de Alcatraz.

Al ir creciendo, Danny-boy se dio cuenta que no era el único que luchaba por embellecer la ciudad. Muchos otros iban añadiendo en silencio sus propios adornos. De vez en cuando les echaba una mano.

Tomaba el sol sentado junto a la iglesia de Santa Mónica, y escuchaba a Rose Maloney hablar de cómo transformaría la estructura por medio de la jardinería.

– Creo que aquí, en la pared norte, crecerá muy bien la hiedra. No necesita demasiado sol. Creo que en cosa de diez años habrá cubierto la pared.

Se sentaba junto al fuego y escuchaba a Gambito hablar de la música que oía por las calles de la ciudad.

– ¿Sabes, Danny-boy, cómo cantan al viento los cables del teléfono? Voy a construir un arpa que podrá ser tocada por

el viento. Si tiro unos cables a través de la plaza del Centro Cívico, donde el viento sopla con fuerza...

Los proyectos del propio Danny-boy se fueron haciendo más ambiciosos. Tomó kilómetros de cintas y de galones del departamento de mercería de los almacenes Macy.

Colgó escaleras de cuerda y trenzas a través de una calle estrecha del centro, marañas que imitaban el entrelazarse de las parras, diseños geométricos invariables que se repetían de forma rigurosa. Al mediodía, cuando el sol brillaba a través de las cintas, la luz trazaba formas intrincadas sobre el asfalto.

Colocó trescientos pares de zapatos de mujer en la escalinata que subía de la calle Taylor a Broadway. Zapatos de tacón y sin él, zapatillas deportivas y de andar por casa, todos ellos hacia arriba, como si un ejército de mujeres invisibles que estuviese subiendo se hubiese detenido para descansar.

La inspiración para el mayor proyecto de Danny-boy le llegó a éste a raíz de una conversación con Duff, un hombre industrial con forma de huevo, que tenía tres esposas e infinidad de hijos. En una ciudad llena de artistas, Duff era un hombre de negocios. En la orilla del lago Mountain, que era el mayor estanque de agua dulce de la ciudad, Duff había establecido un mercado y un emporio comercial.

Resultó que había elegido bien el sitio, e hizo grandes negocios, siempre a base de trueques. Al cabo de los años, el mercado de Duff se había labrado una reputación. Si una cosa no la encontrabas donde Duff, es que no existía en la ciudad. Licor destilado en casa, whisky de los viejos tiempos, leche y huevos frescos, queso de Marin, manzanas de Sebastopol, caviar recogido en las tiendas de comida de lujo, pescado seco, artículos enlatados, piedras preciosas, material para soldaduras, gas metano, servicio de lavandería y duchas calientes: todo ello lo vendía Duff.

Danny-boy visitaba el mercado una bonita tarde de primavera. Era la hora del crepúsculo, y el gris purpúreo luminoso del cielo se reflejaba sobre el estanque tranquilo.

Las ramas lánguidas de los eucaliptos se balanceaban cerca del agua. De vez en cuando, un pez que perseguía a un insecto rompía la superficie tersa. Al final del estanque, donde el agua era poco profunda, cinco de los hijos de Duff pescaban cangrejos de río con redes. Sus voces agudas llegaban lejos en el aire de la tarde, resonando sobre el agua.

Por encima de ellos, el generador eólico que proporcionaba electricidad a Duff hacía un traqueteo regular.

Danny-boy se paseaba por el borde del estanque, cuando Duff le llamó desde un banco de mármol y le invitó a que acudiese a sentarse con él y a fumarse un porro.

– ¿Cómo va eso? –le preguntó Duff. Lió un porro con la marihuana que llevaba en su petaca–. Hace tiempo que no me traes mercancías para comerciar.

Danny-boy asintió.

– Sí. He estado ayudando a Rose Maloney a trasplantar algunos de sus árboles. Tenía un gomero que debe tener unos cinco metros de alto. Lo trasplantamos a la pila de agua bendita de Santa Mónica.

– ¿Por qué te molestas en hacer todo eso? –Duff encendió el porro, le dio una calada y se lo pasó a Danny-boy.

Danny-boy se encogió de hombros.

– A ella le gusta.

– No te llevará a ninguna parte.

– ¿Y? ¿Adónde tendría que llevarme? –Danny-boy le dio una larga calada al porro.

El sol estaba marchándose del cielo. En la playa, por debajo de donde ellos estaban, había una hoguera. Un grupo de artistas y de recolectores se había reunido para sentarse junto al fuego y tomar whisky. Danny-boy les oía discutir.

Duff hizo un gesto con su porro en la dirección de la hoguera.

– Siempre están hablando. Pero no parece que hagan gran cosa.

Danny-boy frunció el ceño al oír la voz amarga de Duff.

– ¿Qué quieres decir? Hacen muchas cosas.

– Viven de las reliquias del pasado –dijo Duff–. Sabes, creo que te preocupas por cosas que no tienen importancia.

Danny-boy lanzó una bocanada de humo y no respondió.

– No eres el único –dijo Duff–. Todos los recolectores de la ciudad. Si simplemente os organizaseis, podríais conseguir algo. Llegaríais a alguna parte.

– ¿Qué querríamos conseguir? –preguntó Danny-boy distraídamente. Le ofreció a Duff el porro, pero éste lo rechazó con un gesto, absorto en la discusión. Danny-boy sonrió tranquilamente y dio otra chupada. Cuanto más hablase Duff, menos fumaría.

– Imagínate que quieres marihuana. ¿Qué harías?

– Buscaría plantas silvestres para cosecharlas. Conozco un patio en Mission donde hay plantas tan altas como yo mismo.

– Vivir de la tierra, como un salvaje –replicó Duff burlonamente–. ¿Y si alguien hubiese cosechado ya las plantas de Mission? ¿Qué harías entonces?

– Quizá fuese a ver si Serpiente me pudiese prestar un poco –Danny–boy estaba dispuesto a seguir proponiendo soluciones mientras Duff siguiese pidiéndoselas.

– Y si él no tuviese, vendrías a mí.

– Desde luego. Y te la cambiaría por algo.

– Me la cambiarías por algo que te hubieses encontrado por las ruinas, ¿verdad? Y, ¿por qué vendrías a mí? ¿Qué tengo yo que no tengas tú?

– Marihuana –dijo Danny–boy.

– Un invernadero lleno –asintió Duff–. Y tú también podrías tener un invernadero. Los materiales están allí –señaló la ciudad con un gesto de la mano–. Con un poco de trabajo podrías ser autosuficiente.

Danny–boy se recostó sobre el banco y dirigió una mirada soñadora al estanque.

– Si todo el mundo trabajase conmigo, podríamos reconstruir esta ciudad –siguió diciendo Duff.

– ¿Por qué querríamos hacer tal cosa? –preguntó Danny–boy–. Me gusta como está.

– Tú no la conociste antes.

Danny-boy se encogió de hombros.

– A veces sueño con ello. Me gusta más como está ahora.

Duff no prestaba atención: parecía absorto en sus propias imaginaciones.

– Lo único que tenemos que hacer es trabajar juntos. Piénsalo: un solo hombre no podría haber construido él solo el puente Golden Gate. Ni una familia. Fueron cientos de hombres, que trabajaban juntos, los que construyeron el puente. Para conseguir las cosas hace falta un trabajo de equipo. Y si quisieras tener un invernadero...

– No lo quiero –le interrumpió Danny-boy.

Duff sacudió la cabeza con enojo.

– Muy bien. Si quisieses tener un generador eólico...

– No lo necesito.

– No importa –gruñó Duff-. Lo que sea. Si quisieses pintar el puente Golden Gate de azul. No podrías hacerlo tú solo. Pero si tuvieses un número suficiente de gente que quisiera cooperar, podríais hacerlo en una semana. Cooperación equivale a civilización. Sin ella, estás solo.

Danny-boy se puso serio y le prestó verdadera atención por primera vez.

– Ya veo lo que quieres decir –dijo-. No me lo había llegado a plantear.

Duff le miró con desconfianza.

– ¿El qué? –parecía sorprendido por el hecho de que Danny–boy le llegase a prestar atención.

– He estado trabajando solo. Podría ser interesante abordar un nuevo proyecto.

– ¿Como un invernadero? –sugirió Duff.

– Pensaba más bien en el puente –dijo Danny–boy–. El azul es un color bonito. Bueno, creo que tendré que irme.

Pasó a Duff la colilla del porro, le lanzó una sonrisa agradable y se perdió en la noche con paso tranquilo.

La semana siguiente, Danny–boy empezó a acumular pintura azul.

CAPÍTULO VI

LEON LLEGÓ POCO DESPUÉS DE QUE LA muchacha oyese hablar al general Miles. Apareció un día al principio del otoño. Las hojas verdes del nogal que había cerca de la casa colgaban desmayadas por el calor; las abejas susurraban en el jardín, buscando las últimas flores de la temporada. La muchacha estaba quitando los bichos de la última tomatera.

Oyó caballos a lo lejos: el clap-clap de los cascos sobre el pavimento y el cascabeleo de los arneses. Perro abandonó la sombra del porche y miró en la dirección del ruido.

Después de un momento se puso a ladrar. La muchacha oyó cómo le respondía otro perro, que parecía más pequeño. Corrió hasta su madre, feliz de poder abandonar su trabajo.

– ¡Viene alguien!

Se subió a un almendro para poder ver venir al forastero. Su carromato tenía decorado un lateral con un mural que parecía fuera de lugar en aquel paisaje monótono y polvoriento. El mural representaba la ciudad de San Francisco, la reconoció por el alto rascacielos de forma triangular. Estiró el cuello, deseosa de ver a la persona que guiaba el carromato, y se quedó algo desilusionada cuando lo pudo atisbar entre las hojas: era un hombre maduro, de pelo castaño algo ralo. Se apreciaba su cuero cabelludo rojo al sol del atardecer. Ella había esperado algo mejor.

Su madre saludó al mercader desde el porche. La madre llevaba pantalones vaqueros y una camisa azul desteñida; su pelo oscuro estaba suelto en el calor del verano.

Sostenía su viejo rifle.

– Saludos, buena mujer –gritó el hombre desde el pescante del carromato mientras tiraba de las riendas de sus caballos, que se detuvieron en el patio–. ¿Me permite que le ofrezca artículos de San Francisco?

Perro olisqueó las ruedas del carromato, y gruñó al fox-terrier que estaba sentado junto al hombre. El perro más pequeño meneó el rabo.

– Tengo clavos, tornillos, herramientas –dijo el hombre–, tejidos de fantasía, semillas, queroseno...

La madre miró con atención al hombre, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos por el sol.

– ¿Viene usted de San Francisco? –le interrumpió.

– Así es –dijo el mercader.

– Del Haight –dijo ella lentamente.

El hombre pareció sorprenderse. Se rascó la cabeza.

– Así es. ¿Cómo pudo...?

– Le conozco –exclamó ella, y dejó caer su rifle al suelo–. Usted tenía una tienda de revistas. Yo le compraba revistas –bajó del porche–. No me acuerdo de cómo se llamaba, pero recuerdo su cara. ¿No se acuerda usted?

A través de las hojas, la muchacha vio que el mercader descendía del carromato. Su madre lloraba al abrazarle. La muchacha contemplaba la escena desde el árbol, maravillada. Perro husmeó las piernas del hombre con desconfianza.

El mercader, que se llamaba Leon, se quedó a cenar. Después de la cena, la muchacha se tendió sobre la hamaca del porche, dormitando al calor. Oía la conversación de Leon con su madre a través de la puerta mosquitera.

– Qué tonta he sido, llorar de esa manera –decía su madre–. Es que parece que ha pasado tanto tiempo. Como si fuese un mundo imaginario. Está tan lejos ahora.

– ¿Cómo llegaste aquí? –le preguntó él.

– Supongo que cuando murió mi marido me dejé llevar por el pánico. Me volví un poco loca. Tomé nuestro viejo Volvo y me puse a conducir, sin tener idea de adónde iba. Me dirigía a Sacramento, pero la carretera estaba cortada, me salí de la carretera principal y me dirigí a Woodland. Me quedé aquí, pero sólo porque estaba casi sin gasolina.

– Sola y embarazada –murmuró Leon–. Debió de ser duro.

– Iba como un autómata. No recuerdo casi nada de aquellos días.

– Parece que es un lugar solitario. ¿Tienes vecinos?

– Unos pocos. No son demasiado amistosos. Casi toda la gente de por aquí dicen que San Francisco tuvo la culpa de la epidemia. Como yo soy de la ciudad, no se fían de nosotros, no les caemos bien. Hacemos nuestra vida aparte. ¿Qué me cuentas tú? ¿Qué pasa por San Francisco últimamente?

– La ciudad sigue allí –dijo él–. Un tal Duff lleva un mercado al borde del barrio de Presidio. Sobrevivió un puñado de personas en el barrio chino. Hay algunas familias en Fisherman's Wharf que viven bien, de la pesca. Y el centro... el centro es más bien raro.

– ¿Por qué?

– Esta ocupado por los artistas. Así se les puede llamar, supongo. Pintores, poetas, escultores, escritores, músicos, algunos que no pertenecen a ninguna de las categorías clásicas. Construyen cosas.

– ¿Qué tipo de cosas?

– La verdad es que es difícil describirlo. Disponen de todos los recursos de la ciudad.

Están un poco locos, por supuesto. Reconozco que no comprendo muchas de las cosas que hacen. No sé... la verdad es que hay que verlo.

– Me gustaría.

La madre hablaba con voz soñadora.

– Bueno, ya sabes: voy a volver allá dentro de poco. Tengo sitio para un par de pasajeros. Si os apetece venir.

Un largo silencio. La joven aguzó el oído para oír la respuesta de su madre.

– No sé si sería capaz. Hay demasiados fantasmas. Todos murieron: mi marido, todos mis amigos. No sé.

– No debes tener miedo a volver a causa de –Leon titubeó, y no terminó la frase–. Sé quién eres. No te reconocí al principio, pero sí al cabo de un rato. Pero no debes tener miedo. Nadie te echa la culpa ya. La gente lo ha olvidado.

– Yo no lo he olvidado –dijo ella.

– Los monos viven ahora por toda la ciudad –dijo él–. La gente vive su vida. No viven en el pasado.

La madre guardó silencio. La joven frunció el ceño, intentando comprender la conversación.

– Piénsalo –dijo Leon–. Hagas lo que hagas, lo comprenderé. Yo no paso mucho tiempo en la ciudad, aunque siempre acabo por volver, porque es mi hogar. Tengo amigos allí; les llevo noticias del resto del estado. Les cuento que vuelven a crecer las secoyas en el norte. Les digo que vi un lince rojizo en la Sierra.

– Debes estar muy solo, siempre de viaje –dijo su madre.

– A veces. Pero siempre estoy haciendo cosas –Leon dudó un momento, y dijo de repente–: Puedo decírtelo. Estoy escribiendo un libro.

– ¿Un libro?

– La señora Migsdale, que es una mujer que publica el periódico de la ciudad, también publica libros de vez en cuando. Algo de poesía, algunas crónicas de la epidemia, algún manual técnico: cómo se construye un calentador solar y cosas así –Leon hablaba deprisa, con repentino entusiasmo en la voz–. Trabajo en un libro de viajes. Un tratado, sobre todo de avisos a los viajeros. Dónde ir, dónde no ir. Algunas anécdotas sobre la gente que me he ido encontrando. He estado explorando toda la costa. Me he

dirigido tierra adentro, hasta que las montañas me cortaron el paso. Tengo una máquina de escribir, y algunas cintas para la máquina, y he tomado notas por el camino. Creo que tengo cosas bastante buenas. El capítulo de Los Ángeles creo que es bueno. Por aquí, creo que casi todo son sitios que se deben evitar, que yo sepa. La señora Migsdale ha leído aquel capítulo y cree que está bien.

La madre se echó a reír. La risa era un sonido que la muchacha no había oído casi nunca.

– No me creo que todavía existan editoriales. Es fantástico. Y lo de tu libro me parece estupendo. Pero háblame de Los Ángeles. ¿Cómo están las cosas por el sur?

– Una locura. Los Ángeles siempre estuvo al borde. La epidemia acabó de derribarlo.

La Iglesia de las Revelaciones controla prácticamente el pueblo. Predican lo que cabría esperar: la epidemia fue un castigo de Dios por nuestros pecados y todo eso. Los hombres van de negro, y las mujeres llevan la falda hasta los pies, hasta cuando están a cuarenta grados. Unos deprimidos de narices. Y son evangélicos. Pronto enviarán misioneros hasta aquí.

– Tendrán competencia –dijo la madre–. Tenemos nuestras propias locuras.

– Ya he oído hablar de eso. Parece que se os está preparando una bonita dictadura militar. Dirigida por un militarcete que se ascendió a sí mismo a general de cuatro estrellas. He oído que le llaman General Cuatroestrellas.

– No le llames así por estas partes. Aquí es el general Miles, que no se te olvide. Tiene grandes proyectos. Deberías advertir a la gente de San Francisco de que se está tomando en serio lo de ampliar su territorio. Con una población tan pequeña, se diría que habríamos dejado de pelearnos, pero no parece que haya sido así.

– Supongo que la naturaleza humana no ha cambiado.

– Supongo que no –un breve silencio tranquilo–. ¿Te apetece una taza de té? O, si quieres, abro una botella de licor de melocotón. He guardado una.

La muchacha oyó el sonido de un corcho al destaparse la botella. Su madre propuso un brindis «por tu libro» y se oyó un choque de vasos. Amodorrada por el suave murmullo de las voces, la muchacha se quedó dormida. En sus sueños, vagaba por las calles de San Francisco.

Leon se quedó con ellas el día siguiente, para ayudar a su madre a arreglar una gotera del tejado de la granja. La jovencita se largó por la mañana, diciendo que iba de caza.

Entre los frutales encontró una rama desde la que se dominaba bien la casa. Vio que entre Leon y su madre

Llevaban una escalera de mano desde el cobertizo hasta la casa y se subían al tejado. De vez en cuando la brisa le llevaba sus voces: su madre se dirigía a Leon mientras sujetaba la escalera; Leon le contestaba. Parecía que había una camaradería desinhibida entre los dos. La muchacha oyó reír a su madre por algo que había dicho Leon. Mientras los contemplaba, pensaba en viajar a San Francisco con Leon y con su madre. Por último, cuando empezaba a tener calambres en las piernas de tanto estar quieta en el árbol, descendió y se fue a cazar conejos.

Leon se quedó un día más, esta vez para ayudar a su madre a cortar leña de un árbol caído y llevarla al cobertizo para el invierno. Y otro día más. A la muchacha no le importaba. Su madre estaba cambiada por la presencia de Leon: hablaba más, se reía más, parecía descansada. Por la noche, cuando creían que la muchacha estaba dormida, Leon y su madre hablaban de San Francisco; recordaban los viejos tiempos.

– Bueno, ¿qué opinas? –dijo alegremente su madre–
¿Escribirás un relato sobre mi hija y sobre mí en tu libro?
«Ciudadana célebre de San Francisco se esconde en el Valle Central»

Leon se quedó callado un momento. Luego, dijo con suavidad:

– Ojalá fueses algo más que un relato. ¿Por qué no vienes a viajar conmigo? Juntos podremos entendérmolas con los fantasmas. Este no es tu sitio.

– Puede ser –dijo su madre–. Quizá podamos. Quizá tengas razón.

– Tengo razón –dijo Leon.

– Está bien –dijo la madre–. Iremos.

La muchacha se quedó despierta en la cama, escuchando los planes que hacían Leon y su madre. Podrían salir en pocos días, decía su madre. Tenían poco equipaje.

La muchacha salió a cabalgar sola al día siguiente, de madrugada, cuando la hierba todavía estaba húmeda de rocío. Visitó sus lugares favoritos: el paso elevado de la autopista donde había buena caza, el arroyo donde crecían los berros, la granja abandonada donde se había encontrado la esfera de vidrio. Estaba llena de una emoción incontrolada, al pensar en San Francisco y en las tierras de más allá todavía. Intentó imaginarse cómo sería la ciudad. Se lo figuraba como el mercado de Woodland pero mil veces mayor.

Cabalgó hacia la casa poco después de mediodía. Desde el extremo del huerto de frutales llegaban unos ladridos. El ladrido de Perro era un sonido grave y desesperado, lleno de furia y de frustración. El fox-terrier de Leon daba ladridos

agudos, furiosos. Oyó dos tiros que se sucedieron rápidamente, y los perros se callaron.

Desmontó de Pequeña, y ató la yegua a un árbol. Cubierta por la hierba alta, se deslizó hasta cerca de la casa.

Desde el borde de los árboles podía ver el patio. El fox-terrier yacía junto a la bomba de agua; la sangre de su cabeza relucía al sol. Perro estaba tendido al pie de los escalones del porche. Los caballos, atados a la barandilla del porche, abrían los ollares y se meneaban nerviosos contemplando el cadáver de Perro.

Mientras la muchacha miraba, dos soldados salieron de la casa. Uno de ellos, un veinteañero grueso con flequillo rubio, llevaba a Leon a empujones. El mercader tenía las manos atadas a la espalda. Le caía sangre en la cara, de un corte que tenía en la frente.

La escena tenía una claridad cristalina. La joven oía las pisadas de las botas de los soldados en el porche, olía la pólvora y la sangre fresca. Se quedó quieta entre la hierba, casi sin respirar.

Su madre seguía a los soldados. Un soldado caminaba junto a ella. Le apuntaba con el fusil a la cabeza, como sin darle importancia, pero parecía que ella no le hacía caso.

Le habían juntado las manos por delante, como para rezar, y se las habían atado con una cuerda. Parecía tan pequeña

junto al soldado. Tenía una expresión tranquila, como si estuviese en algún lugar tranquilo y pacífico.

Un oficial, con uniforme caqui y galones dorados en los hombros, salió de la casa. En su escondite de la hierba alta, la muchacha se agarró a su ballesta. Los tres soldados iban armados de fusiles; el oficial llevaba un revólver en una funda de cuero al cinto. No tenía nada que hacer contra ellos.

Mientras miraba, Leon empezó a decir algo. El oficial le abofeteó con dureza.

– Pronto podrás hablar –dijo el oficial–. Ya nos encargaremos de eso.

Sacaron los caballos del corral de la parte trasera de la casa, y los uncieron al carromato de Leon. Ataron la yegua de su madre a la parte trasera. El soldado grueso empujó a Leon a la parte cubierta. Torpemente, por tener las manos atadas, su madre subió al pescante.

La muchacha bajó más la cabeza, con miedo a que los jinetes se asomasen por encima de la hierba y la vieses. Escuchó el crujido de las ruedas del carromato, olió el polvo que levantaban los cascos de los caballos, oyó cómo se desvanecía en la distancia el ruido de los arneses. Cuando salió de la arboleda, se habían ido. Ya sabía dónde iban.

Su madre le había señalado una vez el cuartel general del ejército en Woodland.

Los soldados habían registrado la casa. El suelo de la cocina estaba lleno de platos rotos. En la sala de estar habían tirado uno de los estantes de libros. Había páginas arrancadas de los libros esparcidas por en suelo como hojas caídas.

El espejo sobre la chimenea estaba hecho añicos, y habían tirado al suelo las chucherías de la repisa.

Estaba confusa, y le dolían las manos de tanto apretar su ballesta. Tenía miedo, y no le gustaba tener miedo. Esta casa, donde había crecido, ya no era su casa. De pie en la sala de estar se sentía fría y vacía, con la misma sensación que había experimentado a veces cuando exploraba las casas que estaban abandonadas desde la epidemia. Había demasiadas sombras por los rincones del cuarto. El aire conservaba el olor de los forasteros, de la pólvora, del sudor de los caballos, del cuero.

Enterró a los perros en el huerto y recogió del suelo los libros de su madre. Luego tomó una chaqueta gruesa, una manta y todas las joyas que tenía para comerciar con ellas. Se montó en Pequeña y se dirigió a Woodland.

El cuartel general del ejército estaba en un antiguo banco, en el mismo centro del pueblo. La muchacha llegó a media

tarde. El soldado que montaba guardia en la puerta no quiso decirle nada, pero ella vio el carromato de Leon en la calle, junto al juzgado.

Aquella noche durmió en una casa de las afueras del pueblo.

Tardaron más de una semana en soltar a su madre. Todas las mañanas iba al juzgado y hablaba con el sargento que estaba sentado junto a la puerta. Era un cuarentón de carnes blandas, más viejo que la mayoría de los soldados que había visto hasta entonces.

La primera vez que le preguntó por su madre, la interrogó con dureza, echando miradas a los otros militares que estaban en el vestíbulo.

Ella dijo que no sabía nada de un mercader de San Francisco. Le contó que había salido de caza varios días. Cuando había vuelto a casa, su madre no estaba. Dijo que un vecino le había dicho que los soldados se la habían llevado.

La muchacha se fue, pero volvió la misma tarde, cuando el sargento estaba a solas en el vestíbulo. El sargento le habló con más suavidad, y le recomendó que se volviese a casa.

– ¿No tienes más familia? –le preguntó. Negó con la cabeza. El sargento frunció el ceño, y ella se marchó.

Iba a preguntar por su madre todos los días, mañana y tarde. Entre las visitas, cazaba conejos por el campo próximo. El tiempo se volvió frío, y por las mañanas se despertaba tiritando en la manta. Pasaba el menor tiempo posible en el pueblo. Los habitantes la vigilaban de cerca, y a ella no le gustaba aquello.

Cuando no había nadie, el sargento hablaba con ella, que se ponía de pie junto a la mesa del frío vestíbulo.

– Sabes –le dijo una tarde–. Una vez tuve una hija. Si ella hubiese sobrevivido después de la epidemia, creo que ahora tendría casi tu edad.

La joven le miraba, intentando averiguar qué quería de ella. No sabía qué decir.

– Creo que puedo hacer que suelten a tu madre –dijo el sargento–. No sabe nada.

Vuelve aquí mañana y veré qué se puede hacer. No prometo nada.

Ella asintió con la cabeza, su mirada fija en la cara del sargento.

– ¿Qué pasa con el mercader?

Él estudió su cara.

– Creía que no lo conocías.

– No lo conozco. Pura curiosidad... –se encogió de hombros.

– Lo llevarán al cuartel general. Yo no perdería el tiempo preguntándome cuándo volverá. Yo no me molestaría en esperarlo.

Ella asintió.

– Volveré mañana –dijo–. Gracias.

– No me des las gracias todavía –murmuró él.

Sin pensarlo, extendió la mano y tocó la de él. Luego retrocedió y salió corriendo de la sala.

Al día siguiente, la muchacha esperaba junto a la mesa mientras tres soldados sacaban a su madre al vestíbulo. La temporada de cárcel la había envejecido. Su piel tenía un tinte grisáceo; tenía unas ojeras tan oscuras que parecían cardenales. No llevaba puesto más que una camiseta y unos vaqueros, las mismas ropas que llevaba cuando los soldados se la habían llevado.

La muchacha rodeó con su brazo los hombros estrechos de su madre. La madre tiritaba de forma incontrolable en aquel vestíbulo frío.

– Hija –dijo con voz quebrada–. ¿Estás aquí de verdad?

– Ponte esto –dijo la joven, y cubrió los hombros de su madre con su chaqueta, y la rodeó con ella–. Estoy aquí de verdad. Todo va a salir bien. Saldrá bien.

Su madre despreció la chaqueta, y alzó la mano para tocar la cara de su hija.

– Estás aquí de verdad –dijo con un tono de gran sorpresa–. Creía que eras un fantasma.

– Puedes llevarla a casa –dijo el sargento. Hablaba sin énfasis, y sin dirigirle la vista. La muchacha sabía que él no quería que ella hablase. Rodeó los hombros de su madre con el brazo, y la guio hasta fuera del edificio.

El viaje a casa pareció durar una eternidad. La muchacha iba sentada detrás de su madre, y le rodeaba la cintura con los brazos. La madre tenía fiebre, y se tambaleaba a cada movimiento del caballo. La muchacha notaba a través de la gruesa chaqueta que su madre temblaba, como si tuviese frío. Mientras cabalgaban, la muchacha empezó sin darse cuenta a decir frases tranquilizadoras: «Vamos a casa, y estarás bien. No está lejos. Te haré una sopa caliente cuando lleguemos allí, y te sentirás mejor. De verdad que sí.» No estaba segura de si decía aquellas palabras para su madre o para ella misma. Por último, llegaron a la granja.

Su madre siempre había sido una persona frágil, más fuerte de espíritu que de cuerpo.

Siguió tiritando a pesar de estar envuelta en mantas y sentada junto al fuego. De noche tosía con un ruido áspero, desgarrado. Los días los pasaba acurrucada junto al fuego, envuelta en una manta de lana.

La jovencita hizo lo que pudo: ordenó lo que los soldados habían revuelto, hacía caldo y té fuerte para que lo bebiera su madre, movió la cama para que la enferma estuviese cerca de la estufa. Pero su madre comía poco, y su fiebre empeoraba. Dormía mal, murmurando y dando vueltas. A veces, en plena noche, la muchacha creía que su madre estaba hablando con fantasmas, e intentaba hacerle callar.

– Descansa, madre –decía en voz baja–. Duerme, para que te pongas mejor.

– Tengo miedo –murmuró una vez la madre mientras dormía–. Siempre tengo tanto miedo –abrió los ojos y miró fijamente a su hija. – Pueden matarte, ¿sabes? Te pueden reventar con apretar un botón. Apretar un botón, y el mundo se quemará; nosotras nos quemaremos –dio una vuelta en la cama–. Quemarse.

La muchacha limpió el sudor de la frente de su madre con un paño húmedo. El fuego se convirtió en brasas, y la muchacha retiró la manta que cubría a su madre, que quedó cubierta sólo por una sábana.

– Es la fiebre –dijo la muchacha–. Es la fiebre lo que te da calor.

– La fiebre –repitió la madre–. La fiebre los mata a todos. Los está quemando. Se están muriendo. Tengo que ayudarles –le temblaron los párpados, y empezó a agitarse, como si se quisiera levantar de la cama–. Se están muriendo por mi culpa. Pero yo no lo sabía; no sabía que la paz llegaría de esta manera.

La muchacha retuvo a su madre con suavidad, empujando sus hombros hasta la cama.

– Quédate echada –le suplicó–. Tienes que descansar.

Le asustaron las palabras de su madre sobre la muerte. La luz de la lámpara de queroseno que estaba encendida sobre la repisa de la chimenea parecía más apagada que otras veces, como si las sombras estuviesen atacando. Las brasas del fuego crujieron levemente.

– Por mi culpa –murmuraba su madre–. Por mi culpa.

– Calla –dijo la jovencita–. Duérmete.

– Lo único que queríamos era la paz –su madre hablaba con voz fuerte de repente–. Eso era todo. Queríamos la paz. El fin de la guerra. No sabía cuánto iba a costar.

Murmuró algo más, pero la muchacha no fue capaz de entenderla.

Sumergió el paño en el cubo de agua fría para enfriarlo; lo escurrió, lo dobló y lo extendió sobre la frente de su madre. La madre se quedó callada. La muchacha estaba sentada junto a la cama, también medio dormida. De vez en cuando se animaba lo suficiente como para escurrir el paño y volverlo a empapar de agua fría. Estaba muy cansada.

La frontera entre el sueño y el estar despierta se volvió difusa. La lámpara se apagó, y levantarse para ajustar la mecha y volverla a encender le parecía una molestia enorme.

No había más luz que la que salía de las brasas del fuego. A veces contemplaba las brasas, puntos de luz como ojos en la oscuridad. Y, otras veces, se limitaba a soñar que miraba las brasas, imaginándose el resplandor rojo oscilante.

– Siento no haberte dado un nombre –dijo su madre de repente–. El ángel te impondrá un nombre, después de todo.

La muchacha parpadeó en la oscuridad, intentando despertarse. Su madre tenía los ojos abiertos, en los que se reflejaba la luz de las brasas.

La muchacha extendió de forma automática su mano hacia la de su madre.

– Me vuelvo a San Francisco –dijo la madre–. Tengo cosas que hacer allí.

– Cuando estés mejor, iremos las dos –dijo la muchacha–. Podemos coger los caballos e ir con ellos a San Francisco. Cuando mejores, podremos...

Su madre negaba con la cabeza.

– No, me voy ahora mismo. Tendrás que seguirme como puedas –parecía que miraba más allá de su hija, al fondo de la oscuridad–. Habrá una guerra, ¿te das cuenta? y tendrás que avisarles que llega Cuatroestrellas –miró a su hija con ojos que brillaban por la fiebre. Apretó la mano de su hija–. Tienes que prometerme que irás a San Francisco para avisarles. ¿Me has comprendido?

– Te he comprendido –la muchacha se agarró a la mano de su madre–. Pero vendrás conmigo. Te pondrás mejor, y...

Un relámpago de luz dorada inundó la casa, tan repentino como un rayo de sol en un cuarto oscuro. La jovencita tuvo que entrecerrar los ojos por la luz, y vio que su madre arrojaba la manta, salía de la cama y se ponía a andar. Oyó un sonido como el retumbar de las alas cuando echa a volar una garza, pero más fuerte. Luego, la luz se hizo más brillante y ella tuvo que cerrar los ojos.

Cuando abrió los ojos vio la luz del día que entraba por la ventana. Sostenía la mano de una mujer muerta que se parecía un poco a su madre. Tenía la manta ceñida al cuerpo. Sobre la almohada, junto a la cabeza de la mujer muerta,

había una pluma dorada que parecía brillar con luz interior. Cuando la muchacha intentó asir la pluma, ésta cambió y se convirtió en un punto brillante de luz que procedía del reflejo de una esquirla del espejo roto.

La muchacha estudió la cara de la muerta. La mujer muerta sí se parecía algo a su madre, pero ella sabía que su madre se había ido a San Francisco con el ángel. Esos no eran los ojos de su madre; esa no era la boca de su madre. Esta mujer muerta era una extraña: mucho más pequeña que su madre, mucho más delgada.

La muchacha se quedó mucho tiempo sentada junto al cadáver, esperando que sucediese algo. Temblaba de frío, pero no echó leña al fuego. Parecía más adecuado que hiciese frío en la sala.

Por fin, a última hora de la mañana, se dio cuenta que tenía que hacer algo, y se levantó. Vistió a la mujer muerta con uno de los vestidos favoritos de su madre, sabiendo que así lo hubiese querido ella. Amortajó el cadáver con una manta de lana, para que la tierra fría no manchara su piel. Recogió su pelo negro y enmarañado con una cinta de raso azul. La mujer enterró el cadáver junto al huerto y construyó un túmulo de piedras sobre la tumba.

Al día siguiente se despertó al alba, llena de inquietud. Aquella mañana se dedicó a dar vueltas por la casa, preguntándose qué cosas debería llevarse. Cargó sus bienes

más preciados en su mochila de cuero y en sus alforjas, entre ellas su ciudad en una esfera de vidrio, sus cuchillos, saetas de repuesto para la ballesta. Recogió flores de mostaza de la arboleda y las puso sobre la tumba. Pasó una última noche en la granja, y se despertó al amanecer.

El valle estaba lleno de niebla, una densa nube gris que ocultaba el huerto y que se arremolinaba por las ramas de los almendros. Se ajustó la cazadora de cuero, puso las alforjas a Pequeña, tomó la mochila y se montó en la yegua.

Cuando estaba a poca distancia de la casa volvió la vista atrás. La niebla se había tragado su pasado: la casa ya no estaba, los árboles ya no estaban, el huerto y la tumba ya no estaban. Se subió la cremallera de la cazadora y se puso en marcha, por el camino hasta la I-80, la antigua autopista que discurría entre las colinas. Nunca había estado allí pero Leon había dicho que había venido por aquel camino.

A mediodía ya se había disuelto la niebla. Poco después, ya estaba fuera del territorio que conocía y miraba a su alrededor con una emoción nueva, estudiaba cada granja con interés penetrante. Pequeña parecía contagiarse de su emoción, y resoplaba y tiraba de las riendas con ganas de galopar. Ella dejó que la yegua se diese ese gusto durante un rato, luego la frenó tirando de las riendas. Adelantó a rebaños de ganado que alzaban la cabeza cansinamente

para observarla. Por dos veces levantó bandadas de codornices, y cada vez abatió un ave gruesa con su ballesta.

Aquella noche durmió en una casa extraña. Encontró los restos de uno de sus habitantes, metido todavía en la cama en un dormitorio del piso de arriba, pero ya había hecho muchos descubrimientos del mismo tipo cuando exploraba de niña, y el hallazgo no le afectó especialmente. Cerró la puerta del dormitorio, hizo fuego en el hogar de la sala de estar y se tendió sobre el diván. La tapicería olía a polvo, y el tejido se rompía por su peso, pero el cuarto estaba seco y los muebles no estaban mohosos.

El fuego irradiaba un calor alegre, pero ella no estaba a gusto, se sentía sola de una manera que no había conocido en la vieja granja. Cuando oyó a lo lejos los ladridos de los perros salvajes, hizo entrar a Pequeña en la sala de estar, guiándola a través de la puerta principal. Se sentía más a gusto cerca de la yegua; su bulto y su calor le daban seguridad.

Pasó mucho rato mirando el fuego, y luego se durmió y soñó que paseaba por las calles de San Francisco y buscaba algo que no era capaz de determinar.

Siguió la autopista tres días más. Cada noche paraba en una casa diferente. A veces cazaba conejos. Un día, en el que se le había dado mal la caza, encontró un restaurante en el que todavía había alimentos enlatados en los estantes de la

cocina. Los ratones se habían comido las etiquetas de papel. Tuvo que abrir cinco latas, hasta encontrar una que no estuviese llena de herrumbre y de moho. La quinta lata contenía chile con carne, que calentó en un fuego pequeño.

El cuarto día llegó a la cima de una colina y frenó a la yegua. Bajo ella se descubrían las ruinas de Berkeley y la superficie brillante de la bahía de San Francisco. Veía la cinta de la autopista que se ceñía a la costa y que dejaba atrás edificios oscuros y angulosos.

Allá lejos, difusos por la distancia, los altos edificios de San Francisco lanzaban un fulgor blanco con el sol. Aquel edificio triangular que Leon había llamado Pirámide Trans América se destacaba del resto, como un dedo alzado en señal de advertencia. Entre la ciudad y las ruinas oscuras de Berkeley había tendida una línea blanca: el puente de la Bahía.

La mujer miró hacia San Francisco y dudó, por primera vez, de la prudencia de su viaje.

Al mirar la ciudad en su esfera de vidrio, no había ni soñado que fuese tan grande y tan extraña. Pensó un momento en volver al valle, donde conocía las mejores zonas de caza, los bosques donde tenían sus nidos las codornices, los prados donde venían a pastar los ciervos. Sacudió la cabeza y espoleó a su yegua para que siguiese adelante, siguiendo la cinta de autopista.

A la mitad de la bajada de la colina, alguien había escrito un nuevo mensaje con un aerosol de pintura roja sobre una antigua señal de la autopista. Decía: «¡¡¡Prohibido el paso!!!» y «Dominios de los Dragones Negros». Mientras seguía cabalgando, se preguntó qué querían decir con «el paso».

Poco después de entrar en los términos de la ciudad, pasó por donde había sucedido un antiguo accidente de tráfico. Un BMW negro había chocado con el muro divisor de la autopista y había dejado largas marcas negras sobre el cemento. Por las abolladuras de la carrocería y del capó, parecía que había chocado de lado, había hecho un trompo y había acabado por estrellarse de frente contra el muro. El lado del conductor estaba hundido.

Más adelante, la autopista estaba llena de más accidentes. Un descapotable rojo estaba volcado, con las ruedas hacia el crepúsculo. Una camioneta se había salido de la carretera, llevándose parte del pretil. La camioneta estaba volcada sobre un costado, al fondo del terraplén, con la carrocería ennegrecida por el fuego.

Las calles y los edificios que veía más abajo de la autopista le fascinaban. Nunca había visto tantos edificios tan juntos entre sí. Algunas zonas se habían quemado; aquí y allá se veían pilares chamuscados que se alzaban entre la hierba, y los vidrios rotos brillaban a la luz que se extinguía.

No le gustaba aquel ambiente; olía a ceniza y a peligro. El cielo tenía el color de la carne magullada: morado oscuro, atravesado por el carmesí de la puesta de sol. Se cernía sobre la ciudad, como un techo que no estuviese más arriba de los tejados.

Apremió a Pequeña entre las ruinas, y el aire que le rodeaba pareció vibrar con un ruido sordo como el de un trueno lejano. El sonido fue aumentando; procedía de las calles más abajo de la autopista. Acució a la yegua hasta hacerle trotar.

Atravesaba un paso elevado cuando aparecieron tres motocicletas en la calle de debajo. El primer motorista la vio, y levantó un brazo desnudo para señalarla a los otros.

Sólo pudo verlos un momento: motos negras, motoristas con el pecho desnudo y pantalones de cuero, pelo negro que flotaba al viento tras ellos.

El primer motorista dio la vuelta, y se dirigió a un acceso próximo de la autopista. El ruido de una sirena rasgaba el aire. Ella no tuvo que incitar a Pequeña para que se diese prisa. La yegua huía del chillido de la sirena, con las orejas hacia atrás y el pescuezo estirado. La mujer se tendió sobre el cuello de Pequeña y oyó amortiguarse los motores cuando las motos pasaban bajo el paso elevado, y luego subir de volumen cuando se acercaban. Al volver la vista no vio más que faros brillantes.

El puente estaba por delante de ella: podía ver su silueta contra el cielo. El acceso al mismo estaba lleno de automóviles, sombras negras que cortaban el paso. Pequeña sorteaba los restos a todo galope sin que la guiasen. La sirena seguía ululando. La mujer se arriesgó a volver a mirar los faros.

En aquel momento la yegua dejó de galopar y se preparó para dar un salto. Tomó por sorpresa a la mujer, que perdió el equilibrio; cuando saltó Pequeña, la mujer soltó las crines de la yegua y cayó al asfalto. Un dolor agudo le recorrió el hombro, pero no tuvo tiempo de ocuparse de ello. Buscó un escondrijo instintivamente, rodó hacia el coche que su yegua había saltado y se apretó en la oscuridad de allí debajo, arrastrando su mochila.

Se quedó quieta y escuchó pasar la sirena; el rugido de los motores se fue desvaneciendo. Luego llegó el dolor, que le llenó la cabeza de luz roja caliente.

Esperó quieta allí tendida, viendo los relámpagos de dolor que invadían la oscuridad más allá de sus párpados. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando volvieron los motores y la sobrepasaron por segunda vez. Cuando se apagaron a lo lejos, salió retorciéndose de debajo del coche; cada movimiento le costaba un estallido de dolor.

Tenía un brazo raspado que le sangraba. Lo vendó como pudo con su pañuelo. El dolor punzante que acompañaba

cualquier movimiento de su hombro venía de dentro. No sabía cómo podría vendar aquello. En vista de lo cual se puso la mochila en el hombro sano y emprendió el largo viaje hacia las torres distantes de la ciudad.

CAPÍTULO VII

TIGRE ERA UN ARTISTA DE LA PIEL. Con agujas delicadas y un aparato de hacer tatuajes que ronroneaba como un gato que hubiese tomado anfetaminas, grababa hermosos dibujos sobre cualquiera que estuviese dispuesto a llevarlos.

Años atrás, poco después de la epidemia, se había tatuado la cara. Se había mirado al espejo durante un viaje de LSD. La luz del sol que caía a través de las persianas venecianas trazaba formas sobre su piel, bandas anchas que le cruzaban la cara diagonalmente. Con el aparato de hacer tatuajes las hizo permanentes.

Prefería tatuar a otras personas, y recurría a su propia piel sólo cuando no encontraba otros voluntarios. Durante el año en que la escultora pelirroja Lily había sido su amante, Tigre le había pintado en la espalda una exuberancia de flores silvestres: ranúnculos, campánulas y margaritas, correhuelas, altramuces y lirios silvestres azules. Parras en

flor se retorcían por sus omoplatos, y había nomeolvides en la parte baja de su espalda.

Unos fantasmas cruzaban el puente por delante de la muchacha, unos espectros pálidos cuyos andrajos flotaban al viento de la noche, que se confundían con la niebla fría que surgía de la bahía de San Francisco. Las gaviotas, posadas entre los tirantes metálicos del puente, se agitaban inquietas y graznaban advertencias ininteligibles al pasar la mujer.

Tropezó en la oscuridad en un lugar en que la calzada estaba deteriorada, pero recobró el equilibrio antes de caer. Le dolía la cabeza, y su hombro herido palpitaba de dolor a cada paso. Sacudió la cabeza para despejarse y se volvió a poner en marcha.

Tenía calor en la cara, y las gotitas de niebla que se le condensaban no la refrescaban.

Los fantasmas susurraban bajo sus pies con voces líquidas. Vio luces que bailaban en la niebla, toques de color, rostros que giraban y que se desvanecían cuando se volvía a mirarlos. A veces, unas formas blancas intentaban atraparla con largos brazos que fluctuaban. Cuando avanzaba, los brazos extendidos se hacían impalpables, no eran más que niebla que flotaba. Pero ella sabía que los fantasmas eran

algo más que niebla. Su madre había dejado la ciudad a causa de los fantasmas.

Escuchó sus propios pasos, amortiguados por la densa niebla. Entonces se oyó en la oscuridad una nota aguda, dulce, resonante: un sonido penetrante que se quedaba en el aire como el grito de alarma de un ave asustada. Un momento después, ella estaba agazapada junto a una de las barandillas del puente, con su cuchillo en la mano. La nota se fue apagando.

Esperó, escuchando en la oscuridad. Se guardó el cuchillo en el cinto y tomó su ballesta de la mochila, con movimientos lentos. Montó la ballesta con dificultad, a causa de su hombro herido, y colocó una saeta. Con la ballesta en la mano derecha y el cuchillo en la izquierda, se puso de pie y dio con cuidado un paso adelante.

La niebla menguaba ante un viento suave, y se oía un tono grave, seguido de un repicar metálico, como si unas ratas con garras metálicas estuviesen corriendo por encima de un techo metálico. Otra pausa, seguida de un frotar sigiloso, como si alguien sacase un cuchillo de una vaina de metal.

La mujer intentó localizar los sonidos espectrales, con su ballesta y su cuchillo en la mano. Venían de más abajo, en la carretera. Se detenía con cada sonido, y sólo continuaba cuando volvía el silencio.

El sol salía en algún lugar, más allá de la niebla. Veía el rectángulo oscuro de una señal de la autopista por encima de la calzada. Unas formas extrañas colgaban de la señal y oscilaban con la brisa. Se acercó con cuidado.

El tanque cilíndrico de un calentador de agua doméstico estaba colgado de un grueso cable de metal. Su pintura blanca estaba desportillada, y la superficie, que había sido tersa, estaba moteada de manchas de óxido.

El tanque estaba rodeado de una colección sorprendente de otros objetos metálicos.

Un platillo de bronce golpeaba contra una espada que tenía signos extraños grabados, y producía un tañido agudo. Un muelle metálico largo, que formaba bucles como el espumillón en un teatrillo de variedades, repicaba contra el tanque, y ella volvió a oír las garras metálicas que correteaban. Se acercó. Tiró con indecisión de una ristra de diapasones que estaban colgados de sus mangos. Chocaron entre sí, y un zumbido apagado le hizo cosquillas en el oído.

La mujer retrocedió. Se preguntó por qué habría nadie colgado tales cosas para que oscilasen con la brisa. Un diapasón golpeó el platillo, y la nota trémula le hizo temblar.

Rodeó aquel extraño carillón eólico, y siguió andando con dificultad hacia las torres invisibles de San Francisco.

La aurora sobre la ciudad: la luz gris sobre la piedra gris. Los mismos edificios de ladrillo rojo parecían grises; la luz les robaba el color. La brisa de la bahía de San Francisco jugaba con algunas plumas de paloma y las hacía girar y bailar en el arroyo.

La maleza y la hierba habían echado raíces en los intersticios de las losas de la acera.

La mujer pasó junto a un Mercedes abandonado. Su tapicería de cuero servía de base a toda una colección de musgos y de hierbas jóvenes y tiernas, regadas por la niebla que entraba por el parabrisas roto. Un gato negro la observó desde un portal; sus bigotes se contraían mientras husmeaba el aire de la mañana.

Los pasos de la mujer resonaban en el silencio de la ciudad. Nunca había visto edificios tan altos: tremendas losas de piedra y de vidrio, manchadas de excrementos de los pájaros e incrustadas de líquenes de un verde pálido. Las ventanas rotas la miraban. Los pisos altos quedaban ocultos por la niebla. Ella no sabía si los edificios seguían hacia arriba indefinidamente, llegando a desafiar a la Luna y a las estrellas.

Estaba débil y cansada; le dolía el cuerpo y quería descansar. Pero no era capaz de aventurarse en ninguno de los edificios, y tampoco podía descansar bajo sus ventanas.

Siguió arrastrándose por la calle Market, casi en un sueño, pues sabía que debía seguir andando.

Mientras andaba, oyó música de órgano; notas grandes y sonoras que vibraban por las calles. Una máquina que se parecía un poco a una araña mecánica apareció traqueteando por una esquina, y la adelantó. Iba por los carriles del tranvía que recorrían el centro de la calle. Habían pintado rostros delicados de mujeres sobre los globos de luz esféricos de los faroles; las caras sonreían de forma benigna sobre la cabeza de la muchacha.

Pasó por delante de la Pirámide Trans América y se detuvo para dirigir la mirada a la punta, que se perdía entre la niebla. Hasta donde alcanzaba su vista, la fachada de cemento del edificio estaba cubierta de pinturas extrañas. Un grupo de figuras con cuerpos humanos y cabezas de animales le devolvió la mirada. Una serpiente de vivos colores trepaba por la pared hasta el cielo lleno de niebla. Su mareo le hacía creer que se movía y reptaba. Cerró los ojos y se volvió.

Titubeó al llegar a un cruce. En la luz gris veía una muchedumbre de personas vestidas de negro, que estaban quietas en el espacio abierto que formaba la intersección de cuatro calles. La muchacha se quedó en la esquina de un edificio, esperando algún movimiento que le indicase algo sobre aquellas personas y quiénes eran. Cuando la brisa

soplaba hacia ella, podía oír murmullos de voces, pero no era capaz de distinguir palabras. Por último, cuando la niebla la había helado y ya no podía esperar más, se acercó lentamente a la gente, con la ballesta preparada.

Las personas estaban construidas de metal oscuro; la niebla se había condensado sobre ellas en gotitas minúsculas. Cuando soplaba el viento, sus mandíbulas articuladas oscilaban arriba y abajo, y sus gargantas huecas proferían voces generadas por el viento.

Sus ojos vacíos pusieron nerviosa a la mujer. Rodeó la multitud y siguió bajando por la calle.

Oyó un aleteo pesado mientras algo volaba sobre su cabeza y descendía hasta acercarse a la calzada. Alzó la vista y vio la silueta de un ángel que se recortaba sobre la niebla. La luz del cielo le rodeaba, de tal forma que sus alas y su cuerpo parecían bordeados de oro. El ángel la adelantó volando, y la mujer se apresuró en seguirle, intentando alcanzarle. Si consiguiese alcanzarle, estaba segura de que el ángel le llevaría a su madre.

El camino se volvió complicado, a través de callejones oscuros en los que los edificios altos no dejaban pasar la luz. Le dolía la cabeza, y el mundo que le rodeaba se oscurecía, como si fuese la hora del crepúsculo en lugar del amanecer. Los edificios la abrumaban.

Volvió la vista atrás una vez, y vio que la calle bailaba y cambiaba, y los edificios se movían para cerrar el camino por el que ella había venido.

Dejó de pensar, dejó de preguntarse adónde iba. Siguió el tamborileo apagado de las alas del ángel. Cada vez que pensaba que se había perdido, veía una luz dorada por delante, única nota de color de un mundo gris.

Siguió apresurándose tras el ángel, sin hacer caso del dolor de su hombro. Intentó correr, pero se cayó; estaba enferma y sentía las piernas débiles, la cabeza enorme y ligera como un globo abultado que tuviese que arrastrar tras su cuerpo. Dio la vuelta a una esquina, y la luz la rodeó. El ángel estaba delante de ella. Detrás, la oscuridad era completa.

La parte derecha del rostro del ángel era humana, una cara atractiva con una sonrisa benévola. Pero la piel del lado izquierdo de la cara había sido arrancada, y habían quedado al descubierto láminas planas de metal. En la curva del pómulos había una línea estrecha de óxido que indicaba dónde se habían soldado dos láminas. El ojo izquierdo era una luz dorada, desprovista de párpado y de pestañas. Mientras ella le miraba, la luz parpadeaba: amenazaba con apagarse, y luego volvía a dar todo su brillo.

El ángel estaba desnudo, y su piel brillaba. No tenía genitales, sólo piel tersa donde deberían haber estado los genitales. Extendía las manos hacia ella. La piel se había

desgastado: ella podía ver las delicadas articulaciones de metal que formaban los nudillos. Las juntas tenían los bordes oxidados.

La mujer se quedó quieta, mirando la gran cara inhumana. De repente, sintió el frío de la brisa que venía de la oscuridad.

– ¿Dónde está mi madre? –preguntó en un susurro–. ¿Me lo dirás? –El ángel no respondió. Ella dio un paso hacia él–. Dímelo –dijo, con voz quebrada–. ¿Dónde está?

El ángel extendió la mano metálica. Cuando se movía, ella oía el crujido de maquinaria antigua.

– No –dijo la mujer, Y retrocedió un paso, poniéndose fuera del alcance de las manos de metal del ángel. Pero no era capaz de retirar la vista de la cara desfigurada, del ojo dorado brillante.

Oyó un ruido en la oscuridad. Un animal pequeño y peludo estaba agazapado en la oscuridad, directamente detrás del ángel, mirándola. Reconoció al animal por la imagen que había visto en una cartilla escolar cuando era niña: M de Mono. El animal la estudió con ojos legañosos que parecían cargados de una especie de inteligencia maliciosa.

Luego, dio un ladrido, un ruido repentino, como una orden, corrió hasta ella y la sobrepasó, dejándola atrás.

Ella dio la espalda al ángel y echó a correr tras el mono con sus últimas reservas de fuerza. Rodeaba las esquinas como una rata en un laberinto. Corría ciegamente, temiendo el tronar de las alas sobre su cabeza y el contacto frío del metal sobre su espalda.

Mientras corría, la luz volvió al mundo. Los edificios ya no le agobiaban. Respiraba mejor. Llegó al Mercedes abandonado. El mono estaba sentado sobre el techo del coche y se buscaba perezosamente las pulgas entre el pelo. Alzó la vista al acercarse ella, y reanudó su tarea sin hacerle caso. Ella miró atrás: el ángel no la había seguido.

Agotada de correr y de dolor, tiró de la portezuela del coche y se dejó caer en el asiento trasero. En la alfombrilla habían echado raíces brotes de anís silvestre, y el coche se llenaba de su aroma. Por último, se quedó dormida.

Danny-boy llevaba su bicicleta por la calle Market; se dirigía a la zona de almacenes que estaba al sur del centro. Su bicicleta con remolque, que era un vehículo extraño pero práctico, hecho con el cuerpo de un triciclo de reparto y las ruedas de una bicicleta de montaña, traqueteaba tras él.

La tarde anterior había descubierto tres faroles Coleman, milagrosamente intactos, en un rincón de un almacén destruido por el fuego. Aquella mañana volvía a ver qué otros tesoros yacían escondidos en las ruinas. Como

siempre, buscaba más pintura azul para utilizarla en el puente Golden Gate.

Jezabel, la perra mestiza de Danny-boy, trotaba tras la bicicleta y el remolque. A veces se quedaba atrás para olisquear un automóvil abandonado. Los vehículos oxidados servían de refugio a los gatos que vagaban por los edificios del centro de San Francisco.

Era temprano, y la niebla no se había disipado todavía. Una neblina gris se deslizaba por las calles, abrazaba lánguidamente las farolas y acariciaba los edificios al pasar.

Mientras pedaleaba, Danny-boy iba admirando las formas que hacía la niebla al fluir entre los edificios.

Las ventanas oscuras que se percibían entre zarcillos de niebla le recordaban un juego de viejas cortinas de encaje que había visto en una casa en Pacific Heights. Mientras contemplaba la niebla se preguntó si podría hacer algo interesante con las cortinas: quizá alguna escultura que se moviese con el viento. Tomó nota de la idea; tendría que hablar de ello con Zatch o con algún otro escultor.

En mañanas como ésta, Danny-boy veía a veces cosas que no era capaz de explicar.

Una multitud fantasmagórica en la calle Market, que bailaba al son de una música que él no era capaz de oír. Una bandada de ángeles, que volaba a baja altura, sobre los

edificios. Una mujer que guiaba un carro arrastrado por caballos de fuego y que seguía el recorrido del sol. No le importaban esas cosas; eran parte de su vida. Sabía que aquellas visiones procedían de la ciudad, estaban atrapadas de alguna manera en el asfalto y en el cemento, salían como la hierba que crecía en las fisuras de la calle Market y serpenteaban entre los edificios como la niebla.

Poca gente vivía en la ciudad, pero los sueños de muchos habían quedado atrás en los edificios quemados, los automóviles abandonados, las calles vacías. Danny-boy pensaba a veces que eran aquellos sueños los que daban forma a la ciudad. Los sueños de los muertos, sospechaba Danny-boy, eran lo que impulsaba a Lily a coleccionar cráneos y a exhibirlos en el escaparate de los Almacenes Emporium.

Danny-boy dejó de pedalear al llegar a la esquina de las calles Quinta y Market, y la bicicleta se deslizó hasta quedarse parada junto al Emporium. Tras el vidrio del escaparate había una exposición ordenada de cráneos humanos pulidos. El anonimato limpio y blanco del hueso fascinaba a Lily.

Junto a cada cráneo había un objeto: unas gafas bifocales con montura de alambre; una garrafa de whisky vacía; una muñeca de plástico desnuda, de pelo rubio rizado y ojos de vidrio azul celeste; una pipa de hachís; una Biblia; un guante

de ganchillo. Cada vez que Lily elegía un cráneo, también tomaba un objeto de su entorno. Sacaba brillo a cada cráneo con cera para suelos, tomada de los supermercados y de las ferreterías, y las colocaba de la forma que más le gustaba.

Desde la última visita de Danny-boy, Lily había añadido un cráneo sin dientes y una dentadura artificial. Danny-boy admiraba la habilidad de Lily en la selección y en la disposición. Las gafas bifocales, el guante, la dentadura, la Biblia: todas esas cosas transformaban un montón de cráneos, de ser una cosa morbosa y común, a ser algo profundamente humano. El escaparate parecía un memorial, una ofrenda para el descanso de las almas de los muertos anónimos.

Danny-boy se quedó de pie un momento junto al escaparate, estudiando la exposición.

Luego dio un silbido a Jezabel, que se había alejado entre los coches. El perro no acudió a su silbido, sino que empezó a ladrar de algún lugar próximo. Danny-boy volvió a silbar, pero el perro seguía ladrando con un ladrido apremiante que pedía claramente la presencia de Danny-boy.

Danny-boy siguió la dirección del ruido hasta llegar a un Mercedes que estaba en el centro de la calle. Había un mono agachado sobre el techo del automóvil, que parloteaba airadamente al perro. Cuando se acercó Danny-boy, el mono se largó de un salto, y desapareció por la puerta

abierta de un bloque de oficinas próximo. Jezabel olisqueaba nerviosamente la portezuela cerrada del coche, y meneaba el rabo con furia.

Danny-boy atisbó a través del parabrisas roto. Había dentro una muchacha, que procuraba alejarse de Jezabel lo más posible.

– Está bien –dijo–. Puedes salir. Jezabel no te hará nada.

La mujer no habló ni se movió. Estaba muy pálida, y se ceñía fuertemente al cuerpo la cazadora de cuero gastada, como buscando calor y protección.

– ¿Estás bien? –preguntó Danny-boy. Ella le contemplaba con la mirada temerosa de un animal que está demasiado enfermo para defenderse. Pestañeó, como si le costase trabajo fijar la mirada sobre él. Jezabel volvió a ladrar y arañó la portezuela del auto.

Los forasteros no solían llegar al centro. Los mercaderes solían ir derechos al mercado de Duff, al borde de Presidio. Pocos se querían arriesgar a enfrentarse con las cosas extrañas que los viajeros solitarios solían encontrarse en el centro de la ciudad. Alguna vez, una de las bandas de Oakland cruzaba el puente para recolectar. Pero una banda no hubiese dejado atrás a uno de sus miembros.

– ¿Estás herida? –preguntó Danny-boy. Mientras la miraba, ella cerró los ojos, como si mirarle supusiese de

repente un esfuerzo demasiado grande. El tiró de la puerta del coche, y ella abrió los ojos de par en par. Se lanzó adelante y saltó sobre él para huir.

Pero a pocos pasos del coche tropezó y cayó, dio una vuelta sobre sí misma y se quedó encogida sobre el asfalto. El cuchillo de su mano resonó sobre el suelo junto a ella al caer.

Danny-boy se acercó con cuidado. La cara de ella estaba manchada de sangre, de una rozadura que tenía en la frente. Se le había abierto la cazadora y tenía el hombro derecho envuelto en telas que parecían a primera vista decoradas con un diseño floral rojo y pardo. Danny-boy lo inspeccionó más de cerca, y se dio cuenta que las flores rojas eran sangre fresca que empapaba el paño; el fondo pardo era sangre seca más antigua.

Del departamento de ropa de cama del Emporium tomó mantas, y las colocó en su remolque para formar una especie de nido para ella. Tan suavemente como pudo, levantó a la mujer y la puso en el remolque. Luego, la llevó a su casa.

Cuando se dirigía al hotel Saint Francis se encontró con Tommy y le pidió que fuese corriendo a traer a Tigre. Tigre había sido auxiliar sanitario antes de dedicarse a los tatuajes, y era lo más aproximado a un médico de que disponía la comunidad. Danny-boy subió a cuestras a la

mujer por las escaleras hasta sus habitaciones y la metió en su propia cama.

Tigre llegó con su maletín de médico. Miró a la mujer que yacía en la cama y echó a Tommy de la habitación, a pesar de las protestas del chico.

Danny-boy sujetó a la mujer mientras Tigre le quitaba la cazadora de cuero y la camisa.

Permaneció prácticamente inconsciente mientras Tigre la examinaba. A veces se despertaba lo suficiente como para pestañear y farfullar algo sobre fantasmas y sobre ángeles.

– Parece que ha sufrido una caída importante –supuso Tigre–. Diría que sufre una ligera conmoción cerebral. Una clavícula rota. Ahora, échame una mano.

Danny-boy la mantuvo sentada mientras Tigre preparaba un vendaje elástico en forma de ocho que rodeaba los hombros de la mujer y se cruzaba sobre su espalda.

– Con esto no se saldrá el hueso. Tendré que apretárselo mañana o pasado. Es joven.

Se curará, pero tendrá que reposar toda una semana o cosa así.

– Puede quedarse aquí –dijo Danny-boy.

– Mejor –dijo Tigre–. No tiene aspecto de ir a ningún sitio.

Lavó con una esponja las rozaduras de la espalda y de los hombros, y la dejó tumbada en la cama.

Danny-boy la tapó suavemente. Vio cómo dormía, y se preguntó qué la habría traído a San Francisco.

Al cabo de los años, Danny-boy había ido llenando su apartamento del hotel de cosas que le gustaban, y las habitaciones habían adquirido una grandeza peculiar. La moqueta original estaba enterrada bajo montañas de alfombras orientales, que cedían bajo los pies como las hojas y el mantillo del suelo de un bosque. Había más alfombras colgadas en la pared, que formaban un desorden de formas geométricas y colores profundos: carmesí oscuro, azul de ultramar, crema y ámbar.

En un rincón, tres relojes de cuco marcaban con precisión tres horas diferentes. Danny-boy sabía la hora por el sol, pero le gustaban los relojes por la música que tocaban al dar la hora.

En una ventana había una hilera de molinillos de papel que giraban con la brisa ligera de la tarde. En la otra había colgada una cadena de collares de diamantes. Danny-boy podría haberle dado los collares a Duff a cambio de pintura azul o de otros artículos que necesitase, pero le gustaba la forma en que reflejaban la luz los días de sol, y siempre podría encontrar otras cosas para cambiar.

El hotel era un lugar cómodo para vivir. Las alfombras servían de aislamiento. Una lámpara de queroseno colgada de un gancho del techo llenaba el cuarto de luz amarilla suave.

Danny-boy estaba sentado en el suelo; apoyaba la espalda en un cojín tapizado.

Jezabel estaba echa un ovillo sobre la alfombra, a sus pies.

La Máquina se sirvió un vaso del licor destilado fuerte de color ámbar al que Duff llamaba brandy. Su tercera mano, que estaba sujeta con correas a su sitio, un poco por debajo de su codo derecho, imitaba los movimientos de su mano derecha con una fracción de segundo de retraso. A muchas personas les ponía nerviosas La Máquina, pero Danny-boy se llevaba bastante bien con él.

Esa misma semana, La Máquina había encontrado un equipo industrial para pintar en bastante buen uso. Tenía la boquilla obturada, pero La Máquina había prometido arreglarlo y entregárselo a Danny-boy para que lo utilizase en el puente Golden Gate.

Para devolverle el favor a La Máquina, Danny-boy le había invitado a cenar. Las sobras estaban sobre una bandeja: media empanada de carne, dos panecillos y algunas lonchas de queso.

– Conque no sabes nada de esta mujer –decía La Máquina–. Sólo que te atacó con un cuchillo cuando intentaste ayudarle.

– Estaba asustada –dijo Danny-boy–. Creo que no quería más que escaparse.

– Te fías demasiado –gruñó La Máquina.

Danny-boy sonrió. La Máquina llevaba años diciéndole que se fiaba demasiado. La Máquina no se fiaba de nadie.

– Considéralo una estrategia para sobrevivir –dijo Danny-boy–. Soy tan abierto que nadie me quiere hacer daño.

– Es una mala estrategia –dijo La Máquina.

– No es más que una niña. No hay nada que temer.

– No temo nada.

El puño derecho de La Máquina se cerró, y su mano ortopédica imitó el movimiento un momento después.

– Simplemente, creo que no eres sensato.

– ¿Cuándo he sido sensato en mi vida? –preguntó Danny-boy, y sonrió ante el silencio de La Máquina–. Ahí te he pillado, ¿a que sí? –La Máquina no sonrió–. No sé por qué te preocupas tanto.

– Puede ser una espía.

– ¿De quién?

– De la Iglesia de las Revelaciones, de los Dragones Negros, de Cuatroestrellas. De cualquiera.

Danny-boy le observó.

– Estás verdaderamente preocupado.

– Según los mercaderes, donde Duff, Cuatroestrellas ha estado hablando de invadir.

– Cuando Cuatroestrellas decida invadir, no enviará un espía. Se planteará entrar directamente y tomar posesión –dijo Danny-boy–. No creo que esté preocupado por nuestro poderío militar, ni...

– Danny-boy –le interrumpió La Máquina–. Tu amiga está despierta.

Danny-boy volvió la mirada hacia el dormitorio, justo a tiempo de ver cómo la muchacha salía corriendo y se apoderaba del cuchillo del pan de la bandeja. Con el cuchillo en la mano, retrocedió hasta la puerta del dormitorio. Estaba desnuda, sólo llevaba puesto el vendaje blanco que le rodeaba los hombros. La luz de la lámpara metía sombras bajo sus pechos, entre sus piernas. Su piel parecía tersa y brillante. Le recordaba a Danny-boy a una estatua de bronce de Diana que había visto en uno de los museos de arte de la ciudad. Diana tensaba un arco, lista para disparar,

y la mirada de sus ojos de bronce era fría y firme. Los ojos de esta mujer eran salvajes y febriles.

Miró a Danny-boy.

– ¿Eres un fantasma?

Le temblaba ligeramente la punta del cuchillo, pero tenía la mirada firme. No parecía importarle su desnudez; dedicaba toda su atención a Danny-boy.

Danny-boy le devolvió la mirada.

– ¿Un fantasma? –le tardaron en salir las palabras. Se sintió atrapado por su intensidad

– ¿Qué quieres decir?

– Mi madre me dijo que la ciudad estaba llena de fantasmas.

Danny-boy se encogió de hombros tranquilamente.

– Hay algunos fantasmas por ahí. Pero nosotros somos de verdad. Yo me llamo Danny-boy, y éste es La Máquina.

– ¿La Máquina? –intercambió una mirada de desconfianza con La Máquina.

– ¿Cómo te llamas? –preguntó Danny-boy.

– ¿Cómo me llamo? –sacudió la cabeza rápidamente.

Aflojó un poco la mano con la que sostenía el cuchillo, y bajó la hoja. Danny-boy se dio cuenta que estaba mirando los restos de la cena.

– ¿Tienes hambre? –le preguntó. Con movimientos lentos, se inclinó hacia delante para servir un vaso de brandy. Tomó el cojín de detrás de su espalda y lo tiró de forma que cayese cerca de la bandeja de comida–. Siéntate –dijo con suavidad–. Come lo que quieras.

Su mirada de desconfianza recordaba a Danny-boy a los gatos salvajes que recorrían los edificios abandonados de la ciudad. Cuando les ofrecía restos de comida, comían.

Pero toda tregua era temporal. No se fiaban de él. Lo único que querían era que les dejasen en paz. No tenían miedo, pero eran prudentes. No eran hostiles abiertamente, sino levemente desdeñosos. Oportunistas: estaban dispuestos para aprovechar cualquier oportunidad, ya de saltar sobre la presa, ya de huir a la oscuridad, según lo exigiese la situación.

La mujer avanzó hacia la habitación, y se dejó caer torpemente hasta quedar sentada sobre el cojín. Dudó, y acabó utilizando el cuchillo para cortar la empanada. Apreciaba la comida: masticaba lentamente, como persona que sabe lo que es pasar hambre y que no cometía la torpeza de engullir rápidamente la primera comida después de un ayuno.

– ¿De dónde vienes? –le preguntó Danny-boy.

Tragó un bocado de empanada y lo hizo pasar con un trago de brandy.

– De allí arriba, cerca de Sacramento. No lejos de un pueblo que se llama Woodland.

– ¿Has venido por la I-80 y por el puente? –preguntó él.

Ella asintió. Se le iba tranquilizando la cara. Tomó otro trago de brandy.

– He venido a avisaros de que viene Cuatroestrellas. Va a apoderarse de San Francisco.

Danny-boy miró a La Máquina. No podía ser espía de Cuatroestrellas.

– ¿Cómo te rompiste la clavícula?

– Al otro lado del puente, unos hombres me persiguieron con motos. Me caí del caballo.

Me quedé escondida hasta que se hizo de noche y luego crucé el puente.

– Los Dragones Negros –dijo Danny-boy–. Esa es la banda que controla casi todo Oakland. ¿Así que has andado ocho millas y media con una clavícula rota?

Ella le lanzó una mirada fría.

– No andaba con las manos.

– Oakland es un lugar peligroso para alguien que viaje solo –dijo Danny–boy.

Ella torció la boca con una especie de sonrisa.

– ¿Conoces algún lugar seguro para viajar? –le preguntó–. Yo no.

– Oakland es de los peores –dijo Danny–boy.

Ella no respondió. Había terminado la empanada de carne y se ocupaba del segundo panecillo, pero ya más despacio. Bostezó sin el menor empacho, como un gato que se estira. Parecía que había decidido confiar en ellos de momento. Tenía los ojos entrecerrados.

– Estoy un poco cansada –dijo. Dejó el panecillo a medio comer sobre la bandeja.

Vaciló, y se le cerraron los ojos. Danny–boy la agarró en el aire.

Por segunda vez en lo que iba de día, Danny–boy metió a la mujer en la cama.

– Muy agradable –dijo La Máquina con sarcasmo–. Totalmente de fiar, estoy seguro.

Danny–boy no le hacía caso. Acarició la frente de la muchacha y le echó hacia atrás los mechones desordenados.

CAPÍTULO VIII

LA SEÑORA MIGSDALE IMPRIMÍA EL *NEW CITY NEWS* todos los miércoles. Era el único periódico de San Francisco. Tommy le ayudaba en el proceso: daba a la manivela de la prensa manual, ayudaba a plegar las doscientas y pico copias del *News* y llevaba los periódicos plegados a la biblioteca pública, donde Libros los repartía entre los habitantes de la ciudad, y a donde Duff, que se los cambiaba por otras cosas a los granjeros y a los mercaderes.

La señora Migsdale daba lecciones a Tommy a cambio de su ayuda. Su madre, Ruby, creía que le hacían falta estudios, por lo cual la señora Migsdale le enseñaba pequeñas cosas que creía que un día le podrían resultar útiles. Las tardes soleadas estudiaban botánica: identificaban las flores y las hierbas silvestres que crecían en los patios abandonados y en los solares. Cogieron renacuajos juntos en el arroyo que discurría junto a la biblioteca. Tommy guardó los animalitos en una pecera durante semanas, y observó maravillado cómo les empezaban a salir patas. Con el paso de los días,

las colas fueron acortándose hasta desaparecer. Por último, la señora Migsdale y Tommy soltaron una docena de ranitas junto al arroyo. Las noches de verano, en las que la señora Migsdale enseñaba a Tommy los nombres de las constelaciones, oían a las ranas que cantaban con voces agudas y débiles, poco más fuertes que las de los grillos.

La señora Migsdale se sentía un poco culpable a veces, porque sabía que aprendía de Tommy tanto como él aprendía de ella. Él sabía dónde crecían las setas comestibles, y dónde flotaban los berros sobre el agua tranquila. Cuando ella no sabía por dónde ir entre las calles cambiantes de la ciudad, Tommy conocía el camino. Él fue quien le explicó que Randall se convertía en lobo las noches de luna llena, y le habló de los fantasmas que veía en las calles del centro.

A ella le resultaba difícil aceptar todo lo que él le contaba: a él le parecían naturales todas las cosas extrañas de la ciudad, actitud que a ella le parecía algo turbadora. Pero era su mejor fuente de noticias. Si había sucedido algo interesante en cualquier punto de la ciudad, Tommy lo sabría.

El miércoles después que Danny-boy descubriese a la forastera, Tommy no sabía hablar de otra cosa.

– Mi mamá dice que es una salvaje –gritaba por encima del golpeteo rítmico de la prensa–. Dice que Danny–boy debería volverla a echar.

– Parece raro que Danny–boy la encontrase en el centro –respondió la señora Migsdale a gritos. Estaba sentada en un taburete frente a una destartalada mesa de dibujo de madera, plegando ejemplares del *News*–. La mayoría de la gente se vuelve atrás, asustada, antes de llegar hasta allí.

Tommy dejó de dar a la manivela de la prensa y echó un poco más de tinta sobre los rodillos.

– Esta no se asustó –dijo. Parecía estar orgulloso, como si hubiese tenido parte en la llegada de la mujer–. Estaba en el mismo centro de la ciudad.

– ¿Llegaste a hablar con ella?

Tommy titubeó, como pensando hasta dónde podría estirar la realidad. Pero reconoció la verdad:

– No. Tigre me echó. Pero le he preguntado a Danny–boy, y me ha dicho que vino de Sacramento.

La señora Migsdale asintió con la cabeza, de forma pensativa.

– Qué interesante. Me pregunto si tiene noticias de lo que hace Cuatroestrellas. Podría ser importante.

– Claro que es importante –dijo Tommy, volviendo a operar la prensa–. Si no, la ciudad no la hubiese dejado entrar.

La señora Migsdale sacudió la cabeza, sorprendida por la fe inquebrantable que tenía el chico en la ciudad. Su confianza parecía llegar a veces a lo religioso.

– ¿No crees que puede haber sido un simple accidente? – sugirió.

Tommy se rio.

– No. A la ciudad le gusta ella, eso es todo –dio a la manivela de la prensa con energía redoblada–. Ella tenía una ballesta. ¿Crees que me enseñaría a disparar con ella? A lo mejor me puedo hacer una.

– Podrás preguntárselo, por lo menos.

– No tiene nombre –dijo Tommy–. Eso dijo Danny–boy. Ningún nombre. ¿Por qué crees que ha venido?

– Se lo preguntaré –prometió la señora Migsdale–. La entrevistaré para el próximo número del *News*. Ya te lo contaré cuando me entere.

A última hora de la tarde, mientras Tommy pedaleaba hacia casa de Duff con las cestas de la bicicleta llenas de ejemplares del *News*, la señora Migsdale se dirigió a casa de

Danny-boy, que estaba a un paseo corto en bicicleta de la imprenta de la calle Mission.

La mujer estaba sentada en un sillón frente al hotel Saint Francis. Había tres monos posados entre las esculturas de la fachada de piedra del hotel. Cuando bajaban a la acera, Jezabel los perseguía a ladridos y les volvía a hacer subir.

Ahora, el perro estaba tumbado junto al sillón de la mujer, resollaba y miraba con expectación a los animales, esperando repetir el juego.

El hotel daba a la plaza Union. Desde el sillón, la mujer podía contemplar lo que había sido un pequeño parque. Del centro de la plaza surgía una columna de piedra, donde se cruzaban cuatro caminos ondulantes de cemento. Sobre la columna había una figura de bronce de una joven que formaba un gracioso arabesco, con un brazo extendido hacia adelante y una pierna hacia atrás. La base de la columna estaba rodeada de plantas de judías. Entre los caminos crecían tomateras, patatas y pepinillos; las jardineras de madera que habían contenido rododendros ahora estaban llenas de matas de guindilla con hojas brillantes; los brotes de los pepinos serpenteaban por las aceras y ocultaban el cemento bajo las hojas vellosas. Algunas gallinas flacas y un gallo descuidado escarbaban entre las plantas. Al fondo de la plaza, unos cuervos reñían en los manzanos.

La mujer percibió una pequeña forma que se acercaba en bicicleta por la calle. Buscó el cuchillo, que había deslizado entre el cojín del sillón y el brazo del mismo, donde no se viera pero al alcance de la mano. Danny-boy le había asegurado que no tenía por qué preocuparse; nadie en la ciudad le haría daño. De momento parecía tener razón, pero se sentía más segura con el cuchillo a mano.

– Hola –gritó la mujer mayor de la bicicleta. Se detuvo frente al hotel, bajó de la bicicleta y la apoyó contra una farola. Jezabel corrió a recibirla, meneando el rabo con furia-. Ya había oído decir que Danny-boy tenía un huésped. Soy la señora Migsdale.

La mujer se tranquilizó, y aflojó la mano que sostenía el cuchillo. La señora Migsdale parecía bastante inofensiva.

– ¿Está Danny-boy por aquí?

La mujer negó con la cabeza. La señora Migsdale sonrió: parecía claro que esperaba algo más.

– Ha ido a buscar a Randall –dijo la mujer por fin-. Mi yegua salió corriendo cuando me caí. Danny-boy dice que Randall puede saber dónde se fue.

La señora Migsdale asintió, y se instaló en el otro sillón. Jezabel apoyó la cabeza sobre el regazo de la mujer mayor, con un suspiro de felicidad, y la señora Migsdale le frotó las orejas.

– Si alguien lo sabe, lo más fácil es que ese alguien sea Randall –la señora Migsdale sonrió a la mujer–. ¿No te importa si espero un poco a ver si vuelve, verdad?

– Si quiere –dijo la mujer. Estudió con curiosidad a la mujer mayor. Leon había dicho que en la ciudad vivían artistas. No sabía exactamente qué aspecto tenía un artista, pero sabía que esta mujer vieja no se ajustaba al vago concepto que tenía de los mismos.

La señora Migsdale acarició la cabeza de Jezabel y devolvió el escrutinio de la mujer.

– Me dicen que vienes de Sacramento –dijo la señora Migsdale–. ¿Sabes muchas cosas del sujeto a quien llaman Cuatroestrellas?

– Más de lo que quisiera –dijo la mujer–. He venido aquí a prevenir de él a los artistas. Está planeando venir y apoderarse de San Francisco.

La señora Migsdale asintió lentamente, pero no dio muestras de inquietud.

– Lleva años planeándolo, por lo que he oído. Pero me gustaría oír más cosas sobre el tema. Publico un periódico, el *New City News*, y me pareció que podría hacerte una entrevista, si a ti no te importa.

La mujer asintió, al darse cuenta de repente por qué el nombre le había resultado familiar.

– He oído hablar de usted. Conocí a un mercader que habló de su periódico.

La señora Migsdale se inclinó hacia delante llena de interés.

– Debes de haber conocido a Leon. ¡Qué maravilla! Empezaba a preocuparme por él.

¿Cuándo le viste?

La mujer se miró las manos, sin saber qué decir. No quería hablar de Leon ni de lo que le había pasado. Tiró nerviosamente con una mano del relleno del sillón que salía por un desgarrón de la tapicería. El estampado de flores de la tela se había desvanecido por el sol, y había dejado manchas grises donde antes habían crecido las rosas.

– Dime – la señora Migsdale hablaba con voz suave y le daba ánimos–. ¿Cuándo le viste?

– Creo que hará una semana –la voz de la mujer era débil, y sentía una opresión en el pecho–. Se lo llevó el ejército para interrogarle –alzó la vista, sus ojos se cruzaron con los de la señora Migsdale y luego desvió la mirada. Sus dedos hurgaban los bordes deshilachados del desgarrón del sillón–. También se llevaron a mi madre.

La señora Migsdale puso la mano sobre la de la mujer, haciendo parar sus dedos inquietos.

– Cuéntame lo que pasó.

– Soltaron a mi madre, pero se llevaron a Leon al cuartel general. No creo que vuelva nunca –tenía la cabeza baja, sin querer levantarla–. Mi madre volvió enferma. La cuidé todo lo que pude.

Advirtió un matiz defensivo en su propia voz. La mano de la señora Migsdale apretó la de la mujer.

– Murió –dijo la señora Migsdale.

– ¡No! –la mujer apartó su mano de la de la señora Migsdale–. Una noche vino el ángel y se la llevó a San Francisco –miró a la señora Migsdale–. Vine a la ciudad para encontrarla. Y sé que está aquí. He visto al ángel.

La señora Migsdale asintió lentamente. Tenía las manos crispadas sobre el regazo. La mujer se irguió en el sillón, observando a la señora Migsdale.

– Siento contarle lo de Leon –dijo. Esperó un momento, pero la señora Migsdale no levantó la vista. La mujer extendió la mano y la tocó ligeramente en el hombro, como gesto tranquilizador titubeante–. Me caía bien Leon.

– Era un hombre bueno –dijo la señora Migsdale–. Siempre me traía noticias del Valle Central –se enjugó los ojos rápidamente con una mano, pestañeó, y miró a la mujer a los ojos–. Supongo que ahora tendremos que empezar a

tomarnos a Cuatroestrellas más en serio. Supongo que ha llegado el momento.

– Mi madre me dijo que viniera a la ciudad –dijo la mujer–. Antes de irse, me hizo prometer que vendría a avisarles.

La señora Migsdale asintió. Buscó dentro de su bolso, y extrajo una pequeña libreta con muelle en espiral.

– Esta entrevista hará pensar a la gente –su voz había adoptado un tono de seriedad–.

El poder de la prensa, ya sabes. Quizá puedas decirme algo de tu viaje de Woodland a San Francisco.

Guiada por las preguntas de la señora Migsdale, la mujer habló del Valle Central, de las granjas y las casas que había explorado de pequeña, del mercado de Woodland y de los soldados que llevaban el puesto de control. La señora Migsdale tomaba notas cuidadosamente. Los monos miraban desde la fachada del hotel.

– Eh, perro –dijo Danny–boy. El perro negro alzó la vista de la rejilla de alcantarilla que estaba olisqueando y lanzó a Danny–boy una mirada de desconfianza. Era un animal con aspecto de lobo, del tamaño aproximado de un pastor alemán–. Mira –Danny–boy lanzó un trozo de panecillo duro hacia el perro. El animal olfateó la comida con precaución, y se la comió de un bocado. Se sentó sobre las patas traseras, y estudió a Danny–boy con interés renovado.

– Oye –dijo Danny–boy–. Estoy buscando a Randall. ¿Lo conoces?

El perro inclinó la cabeza a un lado, y sus orejas se desplazaron hacia delante.

Danny–boy frunció el ceño, sin estar seguro de lo que quería decir la respuesta del perro. Cuando le hacía falta encontrar a Randall, sobornaba a alguno de los perros asilvestrados que vivían en la ciudad para que le llevase el mensaje. El sistema funcionaba algunas veces, otras no. Se imaginaba que algunos de los perros se hablaban con Randall y otros no. Pero no era capaz de distinguirlos.

– ¿Estás seguro?

El perro le miró con interés, fijando la vista en sus manos, y de lo más profundo de su garganta salió un ruido expectante. Danny–boy rompió otro trozo de panecillo, y el perro saltó para atraparlo.

– Dile que tengo que hablar con él. Me podrá encontrar en el parque Golden Gate, junto al museo grande. ¿Te has enterado?

El perro avanzó un paso hacia Danny–boy, con el rabo en alto. Danny–boy se encogió de hombros y echó al animal el resto del panecillo, que desapareció de un solo bocado.

– Eso es –dijo Danny–boy–. Encuentra a Randall –levantó sus manos vacías, y el perro dejó caer el rabo. El animal se marchó al trote, y sólo una vez volvió la vista atrás.

Danny–boy se montó en la bicicleta y se dirigió al parque Golden Gate por el bulevar Geary, que era una de las arterias principales de la ciudad. No se dio prisa, ya que se imaginaba que el perro tardaría un rato en encontrar a Randall. Buscó entre los montones de camisas y de pantalones vaqueros de una tienda de ropa algunos que pudiesen venir bien a la mujer. Mientras examinaba la ropa, descubrió que estaba pensando en la mujer.

Le intrigaba. Nunca había hablado mucho con gente de fuera de la ciudad. Los granjeros y los mercaderes que pasaban por donde Duff eran tímidos y cuidadosos a la hora de acercarse a los habitantes de la ciudad. Después de buscar algún rato, descubrió una camisa roja y unos vaqueros que se habían escapado del moho y de las polillas.

Descubrió un departamento de pinturas bien surtido en el almacén de una ferretería. La mayoría de los artistas de la ciudad que se dedicaban a la pintura mural vivían en Haight, o en el barrio Mission, y no solían recolectar en las tiendas de cerca del bulevar Geary.

Danny–boy abrió una lata tras otra, comprobando sus contenidos. La mayoría de las veces, las latas sólo contenían pedazos de pintura seca; pero llegó a encontrar cinco latas

de esmalte en tonos diferentes de azul, y tres latas de spray de pintura azul. Terminó de cargar su remolque con brochas y rodillos, y se dirigió al parque.

El parque Golden Gate llegaba desde el corazón de la ciudad a la playa Océano, más de dos mil hectáreas de terreno abierto. Estaba sin cultivar desde la epidemia. Por las praderas y arboledas descuidadas del parque vagaban ciervos de cola blanca, y caballos que descendían de los pencos de alquiler de los establos Golden Gate. Los patos migratorios se detenían para alimentarse en los pequeños estanques.

El prado que había delante del Invernadero de Flores estaba exuberante y crecido.

Hacía mucho tiempo que los arriates habían sido invadidos por la maleza. Una manada de bisontes, descendientes de los animales que habían comido pan duro y bollos pegajosos de la mano de los turistas, pastaba la hierba alta y olisqueaba las plantas exóticas resistentes, que habían traspasado las paredes del invernadero para acercarse más al sol.

Danny-boy inspeccionó las trampas que había dispuesto en los matorrales bajos tras el invernadero, y descubrió un conejo, atrapado y estrangulado por el lazo. Lo evisceró con rapidez, dejó las entrañas en la hierba y siguió su camino.

Danny-boy guio su bicicleta alrededor del camino circular que pasaba por el Jardín de Té Japonés, por el museo De Young, por el museo de Arte Asiático y por la Academia de Ciencias de California. Asustó a una bandada de palomas que habían estado comiendo tranquilamente las semillas de las hierbas que crecían entre los intersticios del pavimento.

– ¡Hola! –exclamó–. ¡Randall! ¿Estás ahí?

Un bisonte joven le dirigió una mirada siniestra desde la entrada del Jardín de Té Japonés. El melocotonero ornamental que estaba plantado junto a la puerta había sembrado el suelo de hojas entre las pezuñas del bisonte.

– ¡Randall!

Tres ciervos de cola blanca saltaron del abrigo de los árboles en el centro del paseo circular, y se fueron corriendo más allá del museo de Arte Asiático.

– ¡Hola!

Danny-boy volvió a recorrer el círculo llamando a Randall. Su voz volvía en forma de eco de la fachada de cemento de la Academia. El aire tenía un frescor agradable, y las sombras de la última hora de la tarde cubrían el suelo. Alborozado por la belleza del día, dio una tercera vuelta, trazando círculos anchos y exuberantes alrededor de los socavones del camino, gritando de alegría en cada ancha curva.

El remolque saltaba y traqueteaba, amenazaba volcarse pero se quedaba obstinadamente firme.

Trazaba la curva junto al Jardín de Té Japonés cuando se dio cuenta que le miraban. Randall estaba de pie junto al bisonte que pastaba, observando impasible a Danny-boy. Llevaba un par de alforjas de cuero sobre un hombro.

– Randall –dijo Danny-boy, frenando hasta parar junto a la puerta–. Me alegro de verte.

Randall dejó caer las alforjas a sus pies.

– Estas son de la mujer que encontraste –dijo.

Danny-boy frunció el ceño. Siempre parecía que Randall sabía más de lo que debía.

– ¿Cómo te has enterado?

– Me lo contaron los monos.

– ¿Sí? ¿Qué dicen?

– Dicen que va a haber cambios por aquí. Se avecina un problema. La mujer forma parte de ello.

– ¿Parte del problema? –Danny-boy sacudió la cabeza–. No lo creo.

Randall se encogió de hombros.

– Puede formar parte de la solución. No está claro todavía.

– ¿Qué tipo de problema? –insistió Danny-boy.

Randall bulló sobre sus pies, con aspecto de estar a disgusto.

– Un problema –dijo–. Es todo lo que sé –miró las alforjas mientras se frotaba la barba con una mano grande. Después alzó la vista; sus ojos negros estaban llenos de preocupación bajo sus cejas cargadas–. Su caballo se ha unido a la manada del parque.

Puedes decírselo.

– Muy bien, se lo diré.

– Ten cuidado –dijo Randall.

– ¿Cuidado con qué? –preguntó Danny–boy.

Randall volvió a encogerse de hombros.

– Cuando lo sepa te lo diré.

Luego se marchó, encontrando de alguna manera un camino entre la masa de árboles y de arbustos que había justo detrás de la puerta. Danny–boy se quedó a solas con el bisonte, que sacudió la cabeza y dio un resoplido. La expresión de sus ojuelos enrojecidos era francamente hostil. Danny–boy se retiró.

La mujer estaba dormida en el sillón cuando Danny–boy volvió a casa.

Estaba hecha un ovillo, y tenía un aspecto frágil y vulnerable. Su pelo oscuro y rizado formaba pequeños bucles en su nuca.

Danny-boy la despertó rozándole un hombro. Abrió mucho los ojos inmediatamente. A Danny-boy le recordaba a las criaturas salvajes que se encontraba a veces cuando exploraba los edificios abandonados. El zorro plateado que se escapó por la puerta trasera cuando él entraba por la principal.

La familia de mapaches que le miraron de forma airada por haberles molestado. La mujer tenía manos pequeñas y hábiles, como las de un mapache. Sus ojos eran los de un zorro: sabía secretos, y se los guardaba.

– Ya estoy de vuelta –dijo–. Te he traído ropa limpia. Y encontré a Randall. Dice que tu caballo está en el parque.

Ella intentó asir las alforjas, pero hizo un gesto de dolor y se detuvo.

– Deja que te ayude –dijo Danny-boy. Luchó torpemente con las hebillas, consciente de que ella le miraba.

Colgó las alforjas sobre el ancho brazo del sillón, y la observó mientras ella revolvía su contenido: retiró una bolsa de melocotones secos, otra de cecina, una tercera de almendras. Encontró lo que buscaba bajo la comida: una esfera de vidrio montada en una base negra.

– Es San Francisco –dijo, mientras lo levantaba para que él lo viese.

Lo sacudió, y unos copos dorados empezaron a bailar alrededor de las torres de la ciudad–. Lo tengo desde hace años.

Él lo tomó de su mano con cuidado.

– Por supuesto –dijo–. Se ve la plaza Union. –Dio un golpecito al vidrio, indicando el minúsculo rectángulo verde. – Y esa es la Pirámide Trans América.

Ella miró en el interior del vidrio.

– Pasé por allí –dijo–. Alguien la había cubierto de pinturas.

– Los Neo–Mayanistas –dijo Danny–boy–. Es un grupo de pintores de murales. Se han apoderado de la pirámide. La están convirtiendo en una especie de templo.

La mujer contemplaba aquellas partículas brillantes que flotaba por las calles de la ciudad.

– Cuando entré en la ciudad vi una multitud de hombres metálicos. Cuando soplaba el viento murmuraban entre sí.

– Es una escultura que hicieron Zatch y Gambito –dijo Danny–boy–. La llaman «Hombres que Hablan sin Nada que Decir».

– Oí música: unas notas profundas y huecas que se lamentaban, como el viento.

– Es el órgano eólico de Gambito. Toca música cuando el viento sopla por los tubos.

– Vi una araña metálica del tamaño de un perro. Pasó a mi lado. Corría por el centro de la calle.

– La Máquina la construyó. Construye muchas máquinas que van por su cuenta. A algunas personas no les gustan, pero no están mal. No te harán daño ni nada malo.

La miró a la cara. Ella se humedeció los labios como un gato nervioso, titubeando. Por último, dijo:

– Vi al ángel que se llevó a mi madre. ¿Lo construyó La Máquina?

– ¿Un ángel? ¿Qué quieres decir?

Ella describió el ángel; le brillaban los ojos de emoción.

El sacudió la cabeza, perplejo.

– No he visto nada que se parezca a eso. Supongo que La Máquina podría haberlo construido, pero creo que no. Se lo preguntaré de tu parte.

Ella asintió con la cabeza, llena de interés; tomó la esfera de su mano y volvió a meterla en las alforjas.

– ¿Tienes hambre? –preguntó él. Ella asintió–. Suelo cocinar arriba, en la azotea. Ven; te lo enseñaré.

Ella le siguió por las escaleras hasta el tercer piso, y de ahí a la azotea. Antes de la epidemia, esto había sido una especie de jardín en la azotea, que unía el antiguo Hotel Saint Francis al edificio más moderno. Estaba incrustado entre el edificio antiguo y el nuevo, protegido del viento por dos lados. Danny-boy utilizaba ese recinto como cocina y como lugar de trabajo al aire libre. Había colocado un hibachi contra la pared del hotel viejo. Cuando hacía buen día cocinaba al aire libre; hacía una hoguera con leña que había recogido. Prendió la hoguera y desolló el conejo que horas atrás había recogido de la trampa.

La mujer estaba sentada con las piernas colgando por el borde de la azotea, y daba taconazos a la pared del edificio. Danny-boy se sentó a su lado mientras esperaba que el fuego se redujese a brasas. Jezabel estaba echada entre ellos, dormida en un lugar donde daba el sol.

Se iba poniendo el sol, y dejaba a Danny-boy con la impresión melancólica de que iba a perder algo inminentemente. El ambiente estaba cargado de posibilidades. Una gaviota se cernió cerca del borde de la azotea, y la luz del sol poniente teñía sus alas de tonos morados y magenta. El cielo estaba azul oscuro. Aquí y allá se alzaban columnas de humo oscuro que pintaban sobre el azul signos de interrogación perezosos. Las líneas de humo sucio simplemente hacían que el azul pareciese más puro.

– ¿Cuánta gente vive aquí? –le preguntó.

– No sé. Puede que unos cien o así.

– ¿Cuántos vivían aquí?

El sacudió la cabeza.

– Sería mejor preguntárselo a la señora Migsdale. O a Libros: puede que él lo sepa.

La mujer frotó las orejas a Jezabel, y la cola del perro golpeó el tejado con un ritmo sostenido.

– ¿Te gustan los perros? –le preguntó él.

Ella asintió.

– Teníamos un perro, allá en casa. Ahora está muerto.

– Yo me encontré a Jezabel. Su madre era una perra asilvestrada. La encontré a ella y a sus hermanos en el sótano de una casa. Al verme lloriqueaban y ladraban, y querían mamar de mis dedos.

– ¿Dónde estaba su madre?

Danny-boy se encogió de hombros.

– Muerta, supongo. Estuve vigilando un día entero, y no apareció. Así que me llevé los cachorros y los alimenté con leche hasta que pudieron comer alimentos sólidos. Duff tiene los otros dos: se los quedó a cambio de la leche. Pero Jezabel era la mejor de la camada.

Jezabel se inclinó hacia la mano de la mujer, y ella acarició a la perra bajo la barbilla.

La mujer preguntó:

– ¿Sueles adoptar a los seres abandonados?

– Claro –dijo él–. ¿No lo harías tú?

Ella lo pensó un momento.

– A los perros, puede. Pero no a las personas.

– Esmeralda me adoptó –dijo él–. Yo sólo tenía unos tres años cuando la epidemia mató a mis padres. Me acuerdo que los vi allí tendidos, muertos, y me escapé llorando.

Esmeralda me encontró y cuidó de mí. La gente no es mala.

– Mi madre se fiaba de la gente –dijo la mujer en voz baja–. Me acuerdo de cuando era pequeña; llegó a nuestra casa un mercader y nos propuso cambiar algunos litros de queroseno por un saco de almendras. Dijo que le apetecía comer frutos secos, y a nosotras nos hacía falta el queroseno. Mi madre fue hasta el cobertizo para coger las almendras. Él la siguió, y cuando ella soltó el rifle para llenar el saco, él la agarró. Yo estaba fuera y la oí gritar –la mujer dudó un momento; tenía la mano enterrada en el grueso pelaje de Jezabel–. Agarré el hacha de la pila de leña y le di. De la misma manera que hubiese derribado un árbol, le di

en las piernas, y cuando cayó le di en la cabeza. Mi madre lloraba; tenía la camisa rasgada. Había sangre por todas partes. Lo enterramos en el jardín, sin lápida. Nos quedamos con sus caballos y con su carromato, y yo aprendí a montar.

Danny-boy se acercó a ella involuntariamente, y ella alzó la vista, con una amenaza marcada claramente en los ojos.

– La gente es mala. Nunca les caímos bien. Éramos forasteros, y nunca les caímos bien.

Jezabel apartó de sí la mano de la mujer, y ésta siguió acariciando al perro.

– La gente es buena, a veces –dijo Danny-boy.

Ella se encogió de hombros, pero no respondió.

Danny-boy inspeccionó las brasas y puso la parrilla sobre el fuego. Cortó el conejo en trozos, y puso la carne sobre la parrilla. El jugo chisporroteaba sobre las brasas.

– Mira esto –dijo la mujer de repente. Un colibrí, atraído por la camisa roja de la mujer, flotaba a pocos pies del borde de la azotea. Danny-boy oía el zumbido de sus alas. Las plumas de su cuello eran del azul verdoso iridiscente de una gota de rocío sobre una hoja de hierba.

La mujer sonrió al pajarillo. Este dio una vuelta a su alrededor y se marchó disparado.

– Se creía que yo era una flor –dijo–. Se equivocó.

Danny-boy cuidaba del fuego, y la carne se iba asando. Al cabo de un rato cenaron. El conejo sabía a humo de leña, y comían con las manos en platos de porcelana que Danny-boy había tomado de la cocina del hotel mucho tiempo atrás.

Se puso el sol, y las brisas de la penumbra recorrieron la azotea. Se había oscurecido el cielo, pero todavía no se veían las estrellas. La calle, a sus pies, estaba vacía: sólo había un gato que se deslizaba como un espectro por el arroyo y se dirigía al jardín, donde podría encontrar ratones entre las verduras.

– Doy de comer a los gatos, a veces –dijo Danny-boy.

La mujer recogió en un sólo plato los huesos que habían quedado.

– Yo me encargaré de eso –dijo.

Danny-boy la observó sin hacer comentarios, mientras ella tomaba el plato y descendía por las escaleras. Desde la azotea la vio salir por la puerta lateral del hotel. Parecía formar parte de la penumbra.

La mujer colocó el plato en el suelo, se sentó en el borde de la acera y se quedó quieta, formando parte de la calle. Danny-boy la observaba desde la azotea. Le pareció que algo se movía en los portales y en las alcantarillas. Se iban reuniendo gatos: sombras oscuras con bigotes, ladrones

sigilosos, carroñeros que estaban tan maltratados como boxeadores que hubiesen conocido tiempos mejores. Se escurrían de los arbustos, de los portales, como el agua que fluye. Un macho negro se deslizó hasta el plato, se apoderó del hueso mayor y se retiró. La mujer no se movió. Una hembra gris y delgada se acercó, con el vientre contra el suelo. Sin retirar la vista de la mujer, escarbó delicadamente los restos de comida. Un gato flaco de color carey saltó del borde de la acera para unirse a ella.

Danny-boy la observaba desde la azotea. Tigre había dicho de la mujer: «Se comporta como si la hubiesen criado los lobos.» Danny-boy lo había negado, había defendido a la mujer y había dicho que, sencillamente, era tímida: tardaría tiempo en acostumbrarse a estar rodeada de tanta gente. Al observar a la mujer y a los gatos, juntos en la penumbra, dudó de sus propias palabras.

SEGUNDA PARTE

El misterio y la melancolía de una calle

«Definición general de la civilización: una sociedad civilizada es aquella que posee estas cinco cualidades: la verdad, la belleza, la aventura, el arte y la paz.»

ALFRED NORTH WHITEHEAD

«Estamos locos de una forma muy diferente.»

MARX ERNST

CAPÍTULO IX

LA MUJER SE DESPERTÓ LENTAMENTE; FLOTÓ PEREZOSAMENTE hacia la conciencia como un halcón que se remonta arrastrado por una corriente térmica. Sentía calor, y había algo blando debajo de ella. Le dolía el hombro, pero con un dolor lejano, y se había acostumbrado al mismo. Se preguntó vagamente dónde estaba.

Abrió los ojos y vio un techo blanco. En la parte en que el techo se juntaba con la pared había un ribete de madera tallada en el que revoloteaban gruesos querubines entre guirnaldas de flores.

Salió de la cama en silencio y se vistió. Se asomó a la ventana. Todavía no había salido el sol. Se veía confusamente la plaza Union, con la luz débil que precedía a la aurora.

Encontró su ballesta y su cuchillo sobre una silla, en un rincón de la habitación.

En la habitación de fuera, Danny-boy dormía envuelto en una manta de lana azul, sobre un montón de alfombras orientales. Jezabel levantó la cabeza para ver salir a la mujer, pero no la siguió.

Fuera, la ciudad estaba gris de niebla. Los rascacielos del centro recogían los primeros rayos del sol naciente. Estaba poco dispuesta a volver a los desfiladeros desolados del centro, pero era demasiado inquieta como para quedarse en el mismo sitio, y se alejó de los edificios altos. Era buena hora para los conejos, si era capaz de encontrar un buen sitio para cazar.

Anduvo con firmeza, agradeciendo el aire fresco. A pocas manzanas del hotel cambiaba el barrio: en lugar de tiendas y de restaurantes, había casas residenciales pared con pared, a ambos lados de la calle. Contempló las casas mientras andaba. La desconcertaban más que los rascacielos, en cierto modo. Había vivido gente en aquellas casas, pero ¿era posible que hubiese habido gente suficiente para llenarlas? No se podía imaginar tanta gente. Casa tras casa tras casa... cada una de ellas con una personalidad diferente.

Desde el patio minúsculo de una casa de ladrillo rojo, unos enebros pequeños tendían sus ramas tiesas a través de las losas de la acera. Setos con hojas altas tapaban las ventanas y la puerta principal de un bloque de apartamentos de

formas rectilíneas, con la fachada revestida de estuco. En el parterre que había frente a un edificio de estilo victoriano, el espliego se disputaba el terreno con la hierba y la mostaza silvestre. Dos leones vaciados en cemento lanzaban una mirada adusta entre una exuberancia de rosas: unos rosales grandes, picados por los parásitos, con espinas largas y unas pocas flores rojas oscuras.

La mujer se sentía incómoda, rodeada de las huellas de tantos extraños. Mientras andaba, se dio cuenta que estaba mirando inconscientemente a las ventanas vacías, casi esperando ver aparecer rostros que la observasen, que advirtiesen la invasión de su territorio.

Nunca le había importado estar sola. Había pasado casi toda su vida vagando sola por el campo, en la granja. Pero este lugar era diferente. No se sentía sola. La calle estaba llena de recuerdos que no eran los suyos. Miró instintivamente por encima de su hombro, pero nadie la seguía.

Dio la vuelta a una manzana en la que un incendio había dejado vigas ennegrecidas y escombros revueltos. Se dirigía hacia arriba siempre que podía; buscaba un punto elevado desde el que se dominase mejor la ciudad. Las calles tenían cuestas pronunciadas, y pensó a veces en dar la vuelta o en buscar un camino más practicable.

Pero siempre le parecía que el final de la cuesta estaba muy cerca. Siguió subiendo, a pesar del dolor de su hombro.

En el momento en que el sol atravesaba la niebla, llegó al final de la cuesta y contempló un mar de hojas verdes a sus pies. La calle estaba alfombrada de hiedra. Los tallos resistentes habían rodeado los coches e invadido las casas. El follaje suavizaba las líneas de los edificios, y desdibujaba las esquinas pronunciadas. Había borrado todos los rasgos, salvo los más marcados: la cresta del tejado de una casa, una ventana salediza de otra. Las farolas eran torres de hiedra; los automóviles eran túmulos de hojas. De uno de tales túmulos salía una antena de radio, único indicio visible del coche que había debajo. Un único tallo de hiedra subía por la antena y trepaba hacia el sol.

La mujer bajó de la colina, abriéndose camino entre las plantas. Podría haber dado la vuelta, pero aquel desfiladero cubierto de hojas, entre las casas llenas de hiedra, tenía algo de cautivador. El aire llevaba un olor verde y fresco, como en las orillas del arroyo invadidas por la vegetación que había cerca de la granja. Aquel lugar le recordaba un cuento que le había contado su madre una vez, algo de una princesa que se había pasado mil años durmiendo. La rosaleda que rodeaba el castillo del rey se había desbordado, y había formado muros de espinas para proteger a la princesa dormida.

Soplaba el viento, y las hojas oscilaban. Le rozaban suavemente los tobillos al andar entre ellas. Las hojas que susurraban parecían cuchichear suavemente, contando secretos que ella no podía entender.

La hiedra había cerrado la entrada de la mayoría de las casas, impidiendo el paso de forma permanente con redes de tallos entrelazados. Pero a la mitad de la manzana había una casa que tenía la puerta abierta. La hiedra rodeaba la apertura, dejando un hueco oscuro, como la entrada de una cueva. En algún lugar entre la hiedra, un pájaro cantó tres notas agudas. Las hojas de hiedra se agitaron, como en un saludo.

Estaba al pie de la escalera, mirando dentro del portal, cuando oyó el choque rítmico de metal contra metal, un sonido discordante e inhumano que iba aumentando de volumen mientras ella lo escuchaba. Titubeó, pero subió las escaleras y se metió en el portal.

Una criatura mecánica de cuatro patas pasó corriendo junto a la casa. Iba cuesta arriba. Le recordaba a los lagartos que tomaban el sol en el muro de piedra cerca de la granja y salían corriendo a esconderse cuando ella se acercaba. La piel de la criatura brillaba de humedad a causa de la niebla; sus patas se movían convulsivamente, desplazándola a una velocidad sorprendente. De su espalda salían unas aspas que chocaban entre sí. La criatura parecía no ser consciente

de su entorno, y pasó apresuradamente por delante de la casa donde se escondía la mujer.

Vio pasar a la criatura y luego dirigió la mirada al portal. La hiedra se acababa en el umbral, y no se aventuraba dentro de la casa. Justo detrás de la puerta habían crecido otras plantas en la alfombra: trébol, hierbas silvestres, borrajas, acederas. Las paredes blancas del zaguán estaban adornadas de verde oscuro: crecían algas dentro de la pintura, que se extendían a lo largo de fisuras que eran demasiado pequeñas para percibir las a simple vista.

Entró con cuidado en el cuarto de estar. El sol brillaba a través de las hojas que cubrían las ventanas, y llenaba el cuarto de luz verde apagada. El reloj de la repisa de la chimenea se había parado a las tres menos veinte.

Había un tablero de Scrabble sobre la mesita de café baja. Varias palabras se entrecruzaban en la cuadrícula: MANTA, HOLA, GUANTE, TUMBA. Junto al tablero, la tapa del juego contenía fichas de madera con letras, puestas boca abajo. Había crecido una capa de moho sobre las fichas, que había dejado la madera del color del cobre deslucido. La mujer estudió el tablero y se preguntó para qué servía. Leyó las palabras, pero juntas no tenían ningún sentido. No tocó el tablero, y exploró el resto de la casa.

Mucho tiempo atrás, los roedores habían roído todos los embalajes de la cocina hasta abrirlos, habían devorado su

contenido, habían esparcido los envoltorios y habían cubierto el desorden con sus excrementos. Quedaban algunas latas oxidadas en un armario, rodeadas de los jirones de bolsas de plástico. En un rincón del suelo de linóleo había restos de pelaje y unos huesos revueltos, reliquias roídas del banquete de un gato.

Se aventuró al piso superior. Había fotografías enmarcadas en las paredes blancas del rellano: un hombre y una mujer sonrientes, junto a sus dos hijas, observaban cómo la mujer se paseaba por su casa. Asomó la cabeza al cuarto de baño del piso de arriba, y un movimiento dentro del cuarto la sobresaltó. Levantó su ballesta antes de darse cuenta que la persona que la miraba desde el otro lado del cuarto no era más que su propio reflejo en un espejo de cuerpo entero.

La puerta del dormitorio se abrió cuando ella hizo girar el pomo. El viento, que soplaba por una ventana rota, hacía deslizarse las hojas secas por el suelo de parquet. Había dos esqueletos tendidos en la cama; quizá los del hombre y la mujer de las fotos del rellano.

Los pájaros y otros animales pequeños habían picoteado la carne en descomposición, y habían hecho agujeros en las mantas que cubrían los cadáveres. Las hormigas y los escarabajos se habían llevado los trozos de carne, y habían dejado unos huesos mundos sobre un amasijo de trapos

destrozados. La mujer los dejó en paz; dejó la puerta del dormitorio bien cerrada tras ella y volvió al cuarto de estar.

En el exterior de las ventanas del cuarto de estar, la hiedra murmuraba al viento.

Volaban sombras por el cuarto, temblaban en el techo y se lanzaban a los rincones. Las sombras del papel de la pared parecían moverse, como si una brisa impalpable las impulsara. La luz verde que parpadeaba le hacía pensar en las formas de luz y sombra que se movían en el fondo del arroyo. Era difícil respirar; el aire parecía denso y pesado.

La luz cambiante la mareaba y le daba vértigo, y le dolía el hombro herido.

Se sentó en una silla de madera junto a la mesita de café. La mesa estaba moteada por el mismo moho que cubría las fichas del Scrabble. Oía cantar a un pájaro fuera de la casa, una canción dulce y elevada, que se debilitaba por la distancia. Permaneció sentada en silencio, escuchando. La casa hablaba: un sonido suave, como el crujido de una tabla del suelo bajo los pies. Un cristal de la ventana dio un golpe, sacudido por la misma brisa que hacía temblar la hiedra. El viento entraba por la puerta principal, que estaba abierta, y la casa suspiraba.

Hasta ahora, había permanecido aislada de la ciudad por Danny-boy, por Tigre, por la señora Migsdale. Sola, sentía la

ciudad a su alrededor: una construcción frágil y elaborada, un laberinto de calles tan complicado como los hilos de una tela de araña; casas en las que la gente había vivido, había dormido, había hecho el amor, y cada individuo había dejado una huella imborrable en el lugar. La ciudad la rodeaba, la tocaba con una presión sutil, como la presión del agua sobre su piel cuando nadaba en el arroyo.

Sentía las corrientes cambiantes, hacia aquí y hacia allá, que la empujaban.

Cerró los ojos un momento. Afuera, el pájaro se quedó callado. El viento producía un sonido sobre la hiedra parecido a un aleteo. En el silencio repentino oyó un pequeño chasquido. Otro. Un tercero. Esperó, pero el cuarto siguió en silencio.

Se le pasó el mareo, y le pareció que el aire se hacía más ligero. Respiraba mejor.

Abrió los ojos. Las sombras movedizas no eran más que formas causadas por el efecto de la luz entre las hojas. La luz verde jugaba sobre la tapa de la caja del Scrabble. Había ahora tres fichas boca arriba, que mostraban madera clara que no había sido afectada por el moho. La mujer se inclinó para mirar las tres letras: J, A y X. JAX.

Pronunció la palabra en voz alta, y le gustó su sonido. «Jax.» Recogió las fichas de la caja y se las metió en el

bolsillo. «Jax», dijo otra vez, aceptando su nombre. Se sentía a gusto con él. Sabía que le pertenecía.

Cuando Jax abandonó la cabaña cerró la puerta con cuidado tras ella. Se quedó de pie encima de las escaleras, mirando las casas cubiertas de hiedra del otro lado de la calle. El sol de la mañana había disipado la niebla. Extrañamente, se sentía como en su casa en ese lugar.

– Gracias –dijo a la hiedra y a la luz del sol–. Gracias por mi nombre.

Esperó un momento, pero no sucedió nada.

Volvió sobre sus pasos, otra vez hacia arriba de la colina. Desde la cima pudo ver lo que había sido antes un pequeño parque, que ahora parecía más bien una selva en miniatura. Se dirigió hacia allí.

Al acercarse ella, tres conejos echaron a correr y se ocultaron. Deslizó una saeta en su ballesta y se sentó silenciosamente en un banco del parque, a sotavento de donde habían estado pastando los conejos. Uno de los conejos más valientes se aventuró a salir para comer. Poco después le siguieron los otros. Esperó hasta que uno estuviese bastante cerca, y lo abatió al primer tiro. Descuartizó el conejo allí mismo, y dejó las entrañas a los perros y gatos salvajes.

Le empezaba a doler el hombro otra vez. Se dirigió hacia abajo, en la dirección aproximada del hotel. Al principio las calles que seguía le parecían más o menos iguales a las demás. Las alcantarillas estaban atascadas por vidrios rotos. Los automóviles descansaban sobre los restos de neumáticos podridos. Entre el óxido y la suciedad podía ver palabras cromadas: TOYOTA, DODGE, BUICK. Se preguntó qué querrían decir.

A mitad del camino de vuelta al hotel, advirtió una chapa de metal que estaba tendida a lo ancho de la calle, colgada de farolas a cada lado. Alguien había perforado el metal; podía ver a través de los orificios de forma extraña. Jax se quedó perpleja un momento ante las formas: le resultaban familiares en cierto modo. Luego se dio cuenta que las formas eran letras del alfabeto puestas al revés e invertidas de derecha a izquierda, como si se vieran en un espejo. Les dirigió una mirada inquieta, mientras se preguntaba por qué habría hecho alguien un letrero de ese tipo.

Avanzó un paso, mirando todavía el letrero. Detrás de la chapa habían colocado un espejo, que reflejaba la luz sobre sus ojos y le hizo bajar la vista. Sobre el pavimento, a sus pies, las manchas de luz reflejadas por el espejo formaban grandes letras que decían: EL JARDÍN DE LA LUZ.

Siguió bajando por la calle con precaución. Aquí no había basura que llenase las alcantarillas; no había automóviles

aparcados junto al bordillo. Los edificios a ambos lados tenían un blanco brillante, como si los acabasen de pintar.

En la fachada moteada de luz junto a un árbol, vio un guiño de color: unos arcos iris quebrados saltaban por el estuco blanco, raudos como los lagartos al sol. Había prismas, cristales y trozos de vidrio biselado colgados de las ramas, que oscilaban con la brisa ligera. Cerca de la copa, una bola de espejos oscilaba perezosamente y enviaba puntos brillantes de luz del sol a todas partes. Jax levantó la mano, y los colores chispearon por sus dedos: rojo como una puesta de sol, verde como las hojas nuevas, azul como una pluma de arrendajo. El viento sopló y los colores se alejaron bailando; Jax miró su mano vacía con una sonrisa.

Más abajo, en la misma calle, la luz del sol centelleaba sobre unas estructuras de forma extraña. Un obelisco cubierto de espejos reflejaba su cara en miles de facetas y descomponía su imagen en piezas que no encajaban exactamente. Su reflejo no tenía ojos. Movié la cabeza y miles de ojos la guiñaron desde las facetas. Al pasar, trozos de rojo de sus camisas y de azul de sus vaqueros parpadearon en la superficie reflectante, como pececillos en un estanque.

Una flecha roja que apuntaba hacia abajo la invitaba a meter la cabeza por el orificio de otra estructura. Se asomó con cuidado, y luego metió la cabeza. El interior de la

estructura, cubierto de espejos, reflejaba su cara infinitamente: una multitud de mujeres de pelo negro revuelto la rodeaba, todas ellas mirando con perplejidad a los reflejos de los reflejos de los reflejos. Giró en el centro, y las otras mujeres giraron vertiginosamente. Se rio con fuerza, y vio cómo las otras mujeres se reían en silencio.

Volvió a sacar la cabeza por el orificio. La calle, por delante de ella, estaba llena de estructuras con espejos: cubos cuyas aristas medían varios pies; pirámides más altas que ella. Anduvo entre las formas gigantescas, empequeñecida por las superficies brillantes.

Los espejos recogían su reflejo y lo distorsionaban: alargaban su cuerpo, lo encogían, lo ondulaban de formas imposibles. Se encontraba con su propio reflejo a cada vuelta.

Titubeó con un poco de recelo. Frente a ella, las estructuras formaban un pasillo sinuoso. Volvió la vista atrás y no vio más que su propio reflejo, multiplicado mil veces.

Desde cada superficie la desafiaban sus propios ojos.

Hubo un parpadeo de movimiento a su derecha; lo percibió por el rabillo del ojo. Se volvió y vio que alguien corría entre dos cubos y escapaba por el pasillo lleno de espejos.

Sólo vio un destello de pelo negro y una cara pálida, pero Jax reconoció a su madre, lo supo con una certeza que le paralizaba las palabras en la garganta. Por supuesto: la ciudad la había llevado hasta su madre. Llamó a su madre:

– ¡Espera! ¡Estoy aquí! –pero la figura que corría desapareció tras una esquina.

Sin pensarlo, Jax la siguió, sorteando los espejos. Intentaba oír el ruido de los pasos de su madre, pero sólo oía los suyos propios. Los espejos la cercaban, le cortaban el paso y la llevaban a callejones sin salida. Chocaba contra paredes de cristal, para rebotar y seguir corriendo en otra dirección. Para cualquier lado que mirase, sólo veía su propio reflejo. Dejó caer la ballesta y el conejo muerto, pero no se detuvo: antes hubiese dejado de respirar que de correr. Sus pies seguían el ritmo del latido desbocado de su corazón.

Pasó por delante de una vidriera colocada en una pared del pasillo. La Virgen María sonreía desde la vidriera al pasar Jax. Jax siguió el pasillo sinuoso: tiró por el camino de la derecha en una intersección, por el de la izquierda en otra, luego otra vez por la derecha.

María sonreía con una paciencia infinita cuando Jax volvió a pasar por delante de ella.

Una intersección hacia la izquierda, otra hacia la derecha... y María volvía a aparecer a la vuelta de la esquina.

Jax se apoyó en la pared frente a la vidriera, intentando recobrar el aliento. La luz del sol resplandecía a través del halo que rodeaba la cabeza de María. Sobre ella flotaban unos niños regordetes con alas cortas. Alguien había pegado un espejo entre sus manos.

Jax cerró los ojos; no quería verse a sí misma.

Respiró profundamente, y esperó a que su corazón recobrase su ritmo habitual. Su madre había desaparecido. Estaba sola, pero eso no le importaba. Encontraría una salida y buscaría a su madre en el resto de la ciudad. No necesitaba que nadie le ayudase.

Su respiración se tranquilizó; los latidos de su corazón se fueron normalizando. En la oscuridad, tras sus párpados cerrados, oyó el canto de un pájaro a lo lejos. Luego, oyó otro sonido: se acercaban unos pasos de pies que se arrastraban. Abrió los ojos y echó mano a su cuchillo. Oyó que un hombre decía:

– Tranquila. Quédate donde estás y te encontraré.

Un hombre calvo con un traje gris desgastado dio la vuelta a la esquina arrastrando los pies, y siguió murmurando frases tranquilizadoras. «Bueno, todo va bien. Te sacaré de aquí».

Su corbata, azul pálido (marcada en el centro con una mancha indefinible), hacía juego con sus ojos azules claros,

que miraban nerviosamente desde detrás de unas gafas con montura de alambre.

– Te he estado viendo desde la azotea –dijo, señalando hacia arriba vagamente–. Parecías un poco nerviosa, y creí que... –advirtió por primera vez el cuchillo en su mano.

Extendió sus manos vacías. – No te hace falta eso. No te hace falta para nada.

– ¿Has visto dónde ha ido mi madre? –preguntó ella.

– ¿Tu madre? –sacudió la cabeza–. Eres la única persona que he visto.

– La estaba siguiendo –insistió Jax–. Iba por delante de mí –sacudió la cabeza, mientras miraba los espejos que la rodeaban–. Vine a la ciudad para encontrarla. Sé que está aquí.

– Ah –dijo él, sacudiendo la cabeza–. La ciudad gasta bromas a veces. Engaña a la gente –se encogió de hombros–. Puedes haberla visto. Pero ahora ya no está –extendió la mano–. Bueno. Ahora ven conmigo y te llevaré adonde dejaste caer ese arma tuya.

Le asió de la mano a disgusto y le dejó que la guiase por el laberinto. En cada bifurcación, él seguía un camino sin dudarle, hablando todo el tiempo.

– Antes de la epidemia había laberintos como éste en los parques de atracciones y en las casas de la risa. Bueno, no eran como éste, por supuesto, pero se parecían. Creo que a la gente le agrada en cierto modo sentirse desorientados. Por supuesto, lo que yo pretendía era recoger algo del espíritu de la ciudad. La falta de control, la confusión, la incertidumbre.

Jax miró a su alrededor, segura de que no había recorrido aquel pasillo antes.

– Casi llegamos –dijo él–. Ah, aquí estamos.

Recogió la ballesta, que estaba en el suelo a sus pies, aliviada al sentir la caja en sus manos de nuevo. Cogió el conejo muerto, y miró a su alrededor. El lugar le seguía pareciendo poco familiar.

– ¿Sorprendida? –dijo él–. ¿No te parece el mismo sitio? –le dio ánimos con una sonrisa–. Te acostumbrarás. Es una buena práctica para la vida en la ciudad. Ahora ven por aquí y te enseñaré la salida. Por cierto, me llamo Frank. Y tú, ¿tienes nombre?

– Jax –dijo ella. Le gustaba su sonido. Era un nombre breve, fuerte, anguloso.

– Ya veo. Bueno, Danny-boy anda buscando una mujer que no tiene nombre. Supongo que tú no serás. Qué raro... no pensaba que hubiese dos forasteras vagando por ahí.

– Es un nombre nuevo –dijo ella–. Danny–boy no lo conoce todavía.

– En ese caso, Danny–boy te busca. Parece que creía que te habías perdido.

Los espacios entre las paredes cubiertas de espejos se iban haciendo mayores.

Cuando Jax vio la calle vacía por delante, se tranquilizó.

– Aquí estamos –dijo Frank–. Espero que te encuentres mejor.

Parecía nervioso y preocupado por ella.

Ella asintió.

– Estoy bien.

– Ya te guiaré por el laberinto alguna otra vez, si quieres. Y te enseñaré las otras cosas que estoy preparando. He construido una cámara oscura en una casa de abajo, en la playa Norte. Y estoy construyendo un palacio de cristal al otro lado de la ciudad. Danny–boy sabe dónde está. Tendrás que venir a visitarme.

Ella asintió.

– Quizá lo haga.

Él le sonrió.

– Quizá sea mejor que te acompañe a casa. Te puedes encontrar cosas raras por la ciudad, si no conoces el camino.

Siguió andando por la calle a su lado.

Anduvieron juntos en silencio un rato. Ella estaba incómoda, pues se daba cuenta que él estaba estudiando su cara.

– Sabes –dijo él–, no te pareces en nada a cómo te imaginaba.

– ¿Qué quieres decir?

– Tommy te describe como si fueras una salvaje, casi sin civilizar –hizo esta observación con un tono de voz natural que eliminaba la crítica que podía contener–. Por supuesto, le fascinas; pero eso se debe a que ha conocido a muy pocos forasteros. A la señora Migsdale le pareciste bastante reservada, un poco misteriosa. Y Danny–boy estaba preocupado por ti, parecía creer que te perderías o te harías daño –Frank dudó y frunció el ceño–. Bueno, no me entiendas mal. Me limito a recoger opiniones, eso es todo. Ver un tema a través de varias opiniones es un poco como moverse por una sala de espejos, ¿no te parece? Supone un cambio interesante de perspectiva.

Ella asintió, intranquila, un poco mareada por tanta charla. Le dolía más aun el hombro, y de repente se sentía muy hambrienta.

– Es importante no creerse demasiado la realidad del espejo –dijo él–. No puedes confiar en ella. Es como la ciudad. Todos la ven de forma diferente.

Se encaminó hacia el hotel. La única realidad que le importaba era la de la comida y la de una cama para descansar. Podía ver al frente la alta torre del Hotel Hyatt, que estaba en uno de los lados de la plaza Union.

– Conozco el camino desde aquí –dijo ella–. Gracias por tu ayuda.

El asintió.

– Está bien, te dejaré que sigas sola. Puedes encontrarme junto al laberinto de espejos casi todos los días. Vuelve a visitarme.

– Lo haré.

Jax descubrió a Danny–boy sentado en el sillón de la acera. Sostenía su esfera de vidrio en las manos y observaba cómo giraban los copos. Levantó la vista al oír sus pasos.

– El parque de allí arriba tiene buenos conejos.

Alzó el conejo muerto que llevaba.

– Creí que a lo mejor te habías ido. Creí que te habías marchado para no volver.

– ¿Por qué creíste eso? –él guardó silencio. Ella continuó:
– Ya tengo nombre. La ciudad me lo dio.

Sacó las fichas del bolsillo y las extendió para que él las viese.

– Jax –leyó él–. ¿Es ése tu nombre?

– Claro.

Estaba cansada, pero contenta de tener nombre por fin. Levantó el conejo.

– Podremos comernos la carne para cenar. También te curtiré la piel.

– Te puedo guiar por la ciudad, sabes –dijo él–. Me gustaría. Es un lugar peligroso si no conoces el camino. Tienes que tener cuidado.

Ella le miró con seriedad, sorprendida ante su preocupación.

– Siempre tengo cuidado –dijo.

CAPÍTULO X

CUANDO DANNY-BOY SE DESPERTÓ Y COMPROBÓ QUE la mujer ya no estaba allí, se había dejado dominar por el pánico. Estaba acostumbrado a la vacuidad: calles vacías, casas vacías, ciudad vacía. Pero la vacuidad del dormitorio era diferente a todo eso. Era como el silencio repentino que se produce cuando una persona deja de cantar de repente a mitad de la canción.

Se la había imaginado perdida, confusa, herida, atrapada. Se caería a través del suelo podrido de una casa, le mordería un perro salvaje rabioso. Se quedaría desconcertada ante el laberinto de calles, no sería capaz de volver sobre sus pasos al hotel. Se iría de la ciudad y no la volvería a ver. Se imaginaba lo peor.

– No sabía qué decir cuando volvió –contó Danny-boy a La Máquina. Estaba sentado sobre el capó de un Chevrolet rojo

cereza modelo del 67, y miraba cómo La Máquina se ocupaba de un equipo industrial para pintar. Antes de la epidemia, el taller de La Máquina había sido un taller de chapa de automóviles, y quedaban algunos coches. El suelo estaba cubierto de grasa y salpicado de pinturas de vivos colores—. Tenía miedo de que se hubiese ido para siempre.

La máquina trasteó en el aparato, apuntó la boquilla a la pared y puso en marcha el compresor. El chisme expulsó un borrón de pintura y se puso a escupir gotas que volaban en todas direcciones. La Máquina lo apagó. Con las pinzas delicadas de su tercera mano empezó a desmontarlo.

– Parece tan de paso –dijo Danny–boy–. Como si pudiese desvanecerse en cualquier momento. Puf, desapareció –agitó las manos–. Nunca sé lo que está pensando. No dice gran cosa.

La máquina se encogió de hombros. Seguía desmantelando la boquilla y colocaba las piezas sobre el suelo de cemento. El mecanismo de su mano daba chasquidos suaves al moverse.

– Eso puede ser una ventaja. La mayoría de la gente de por aquí habla demasiado.

Danny–boy sacudió la cabeza, sin prestarle atención en realidad.

– No sé qué habría hecho si se hubiese ido. La hubiera intentado encontrar, supongo.

La Máquina frunció el ceño, pero Danny-boy no supo si era a causa de su trabajo con las piezas de la boquilla o por las palabras de Danny-boy.

– No te cae bien –dijo Danny-boy–. ¿Por qué no?

La Máquina empezó a limpiar cada pequeña pieza con disolvente de pintura.

– La mayoría de la gente no me cae bien –dijo–. Porque a la mayoría de la gente no les caigo bien.

– ¿Cómo sabes que no le caes bien? No te conoce.

La Máquina sacó brillo concienzudamente a una pequeña arandela de bronce y la colocó en el suelo con las demás piezas.

– Culpable mientras no se demuestre lo contrario. No me fío de ella.

Danny-boy sacudió la cabeza.

– Ella es diferente. No sé lo que tiene...

La Máquina le interrumpió.

– Ya sé lo que es –levantó la vista de la boquilla. Tenía la voz cargada de sarcasmo.

– ¿No lo reconoces? Es el amor. También llamado hormonas. Reacciones biológicas. Habla la carne, no el corazón. Es una de las muchas razones por las que me alegro de ser una máquina.

– Las reacciones biológicas no tienen nada de malo –dijo Danny-boy con tranquilidad–. ¿O sí?

La Máquina murmuró algo, pero no levantó los ojos. Danny-boy supo que La Máquina evitaba su mirada.

– ¿Cuál es el problema? –dijo Danny-boy.

– Ya sabes cuál es el problema –dijo La Máquina. Respiraba más agitadamente–. Te dejó y te causó dolor. Es una reacción biológica. Dolor –lanzó una mirada furiosa a Danny-boy–. Y esto no es más que el principio: cuanto más quieres, más dolor recibes. Es una sencilla ecuación.

– Pero, LM –empezó a decir Danny-boy.

– Si yo no fuese una máquina, me habría muerto con los demás en la epidemia –dijo La Máquina–. Me habría muerto en la casa vacía, donde sólo las máquinas funcionaban y se ocupaban de lo suyo como si no hubiese pasado nada. Todo había cambiado, pero a las máquinas no le importaba. Me di cuenta que es mejor que no te importen las cosas.

Danny-boy se miró las manos. Sabía que toda la charla del mundo no bastaría para convencer a La Máquina.

– No todo es malo, LM –dijo–. No puedes limitarte a mirar el dolor. Tienes que...

– Es peligroso –le cortó La Máquina–. Ten cuidado; no te digo más. Cuidado con lo que haces.

Cuando Danny-boy regresó al hotel encontró a Jax dormida sobre el sillón. Un rayo del sol del atardecer se deslizaba entre los edificios para ponerla de relieve. Estaba hecha un ovillo, como un gato que duerme. Tenía la esfera de vidrio en el regazo. En su sueño sonreía, con una cara serena y pacífica. Un mono joven la miraba, posado sobre el respaldo del sillón.

Danny-boy nunca había estado enamorado antes de verdad. Cuando tenía quince años había cortejado algún tiempo a una de las hijas de Duff, una bonita rubia que soltaba una risita cada vez que él decía algo. Se habían besado en las sombras, junto al lago, y él recordaba el tacto sedoso de su pecho bajo su mano. Al parecer, Duff se había enterado.

A finales de la semana siguiente, ella estaba comprometida con un granjero de Marin; su padre había arreglado la boda. Danny-boy se había lamentado por ella una temporada, pero no le había importado mucho.

Jezabel corrió hasta el sillón, y el mono saltó al suelo y trepó al toldo de la entrada del hotel. Una vez allí, dirigió sus charloteos al perro.

– ¿Jax? –llamó Danny–boy en voz baja.

Jax abrió los ojos y conservó un momento la sonrisa de su sueño.

– Se me hace raro tener nombre –murmuró–. Creí que nunca lo tendría.

Él se sentó en el otro sillón.

– Ese nombre te sienta bien.

– ¿Sí? –se enderezó, bostezando–. Eso me pareció. Pero no lo sabía seguro.

– Es así.

Se calló, sin saber que decir. Quería inclinarse hacia ella y tomarla de la mano, pero tenía miedo de que aquello volviese a traer a su cara el gesto de cautela.

– La señora Migsdale pasó por aquí –dijo–. Me pidió que te recordara que esta noche hay una reunión de la ciudad en el Ayuntamiento. Dijo que yo debería asistir para decir a la gente lo de Cuatroestrellas.

– Desde luego –dijo él–. Podré presentarte a todo el mundo. Después de todo, si vas a quedarte por aquí una temporada, lo mejor será que vayas conociendo a la gente.

– Tienes razón, supongo.

Él sonrió aliviado. O sea, que ella sí pensaba quedarse por allí.

– Fenomenal. Es fenomenal.

Ella le miró como si estuviese loco, pero en aquel momento eso a él no le importaba.

Ardía una hoguera al pie de la escalinata de mármol que quitaba el frío del aire de la tarde. El alto techo abovedado de la rotonda estaba negro del hollín de fuegos anteriores.

Más allá de la luz que el fuego lanzaba, unas velas hacían charcos de luz amarilla. Los relieves primorosos que decoraban los muros de la rotonda estaban cubiertos de goterones de cera.

Cuando llegaron Danny-boy y Jax ya se había reunido una multitud. El olor dulzón de la marihuana se mezclaba con el humo de la leña. En un extremo del salón, Gambito tocaba un instrumento de percusión que había construido a base de material de laboratorio de vidrio. Un tocador de armónica y un guitarrista improvisaban con él. La gente estaba sentada o de pie a su alrededor, en grupos ruidosos, hablando y riendo. La música de Gambito burbujeaba entre las conversaciones como el agua que fluye sobre los guijarros pulidos.

– ¡Eh, Danny-boy!

Danny-boy levantó la vista y vio que Serpiente le hacía una seña desde un grupo de personas en lo alto de la escalinata.

– Ven aquí; tenemos que hablar contigo.

Serpiente llevaba ropa de cuero, como siempre. Tenía la oreja izquierda retorcida, un pliegue nudoso de carne que se parecía un poco a un capullo que empezase a florecer.

Una cicatriz arrancaba de la oreja deformada y se extendía por el borde de la mandíbula.

Se afeitaba la parte izquierda del cráneo, como si quisiese llamar la atención hacia la cicatriz. En el cuero cabelludo desnudo tenía tatuada una serpiente de cascabel, que se dirigía a la maleza protectora de su pelo oscuro y rizado. Por una vez no llevaba gafas oscuras, y sus ojos parecían curiosamente desnudos.

Danny-boy le devolvió la seña. A Jezabel no le gustaban las multitudes, y permanecía a su lado, pegada a una de sus piernas. Jax estaba al otro lado. Danny-boy la miró. Ella había acercado la mano derecha al cuchillo.

– Te presentaré a todo el mundo –dijo, intentando tranquilizarla–. Ése es Serpiente.

Seguramente quiere hablarme del puente Golden Gate. Y allí está la señora Migsdale; ya la conoces. Está hablando con Libros, que vive en la biblioteca. Estoy seguro que Tigre está por aquí. Los que están alrededor de Serpiente son todos

pintores murales. Los que están junto al fuego son todos poetas de un tipo u otro. Todo el mundo se alegrará de conocerte.

La expresión de Jax no varió. El rozó su mano suavemente.

– Todo irá bien.

Ella asintió, pero su expresión siguió siendo intranquila.

Serpiente volvió a llamar a Danny-boy, y éste se dirigió hacia el grupo, llevando a Jax de la mano. Saludó a amigos por el camino, y les presentó a Jax.

– Esta es mi amiga Jax. Eso es, la mujer que no tenía nombre. Ahora tiene nombre.

Jax, te presento a...

Rose, Mercedes, Zatch, Ruby, Marie, Lily. Jax saludaba con la cabeza de forma distanciada a cada persona que le presentaba. Le agarraba de la mano fuertemente.

Tardaron casi media hora en subir la escalinata.

Como había previsto Danny-boy, Serpiente quería hablar del puente Golden Gate. Se había estado dedicando a convencer, a algunos de los artistas del grupo que le rodeaba, de que deberían ocuparse de sectores del puente. Danny-boy echó un trago de vino casero de una botella que le pasaron, y asintió.

– Así es. El diseño depende de vosotros. Podéis usar el tono de azul que queráis, pero tiene que ser azul.

– ¿Por qué azul? –preguntó un pelirrojo enjuto, al que llamaban el Viejo del Sombrero–. No me gusta el azul.

Danny-boy se encogió de hombros.

– Fue idea de Duff. Él eligió el color. Si no te gusta, no te apuntes.

– ¿Quién decide lo que es el color azul? –preguntó otro–. Mi concepto es muy amplio.

– Yo lo decido. Pongo la pintura.

– Me apuntaré –dijo el Viejo del Sombrero–. Supongo que hay colores peores.

– Yo también –dijo el artista que tenía un concepto muy amplio del color azul. Otros varios asintieron.

– Estupendo. Venid al puesto de peaje el sábado que viene a mediodía, y os repartiré por secciones. Si queréis empezar antes, hablad conmigo después de la reunión y arreglaremos algo.

Anotaba los nombres de los artistas que querían pintar, cuando Libros empezó a pedir silencio.

– Orden, por favor –gritó el viejo–. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

Danny-boy miró a su alrededor, y descubrió que Jax y Jezabel se habían esfumado.

– ¿Dónde ha ido Jax? –preguntó a una mujer que estaba a su lado, pero ésta se limitó a pedirle silencio, y le indicó que se sentase para que pudiese empezar la reunión. Se sentó a disgusto.

– ¿Hay algún anuncio? –dijo Libros. Algunas personas hicieron anuncios: Mario, un poeta que tenía una barca de pesca, disponía de una partida de salmonetes ahumados para comerciar; Frank buscaba más provisiones de prismas, y agradecería cualquier sugerencia; el viernes a las cinco se estrenaría una obra de teatro junto a la fuente Vallencourt, si el tiempo no lo impedía; Libros organizaba un recital de poesía en la biblioteca, el sábado al caer el sol; se rogaba a los participantes que llevarsen velas.

Durante los anuncios, Danny-boy recorría con la vista la multitud en busca de Jax. Por fin la vio sentada junto a la señora Migsdale. Tenía cara de susto.

– Asuntos de la comunidad –anunció Libros. El primer asunto era un largo pleito entre dos escultores. Los dos habían decidido erigir una gran obra de arte en el aparcamiento de Twin Peaks. Bartlett, hombre con aspecto de oso y con una voz sorprendentemente suave, había empezado a erigir una reproducción de Stonehenge, utilizando neveras en lugar de piedras. Explicó con gran

detalle que el emplazamiento en Twin Peaks era el único sitio que había encontrado en la ciudad donde se podían observar los fenómenos astronómicos adecuados. Zatch, un hombre negro delgado que vivía con Ruby, había planeado una escultura cinética para el mismo lugar.

– Necesito un lugar en el que haya mucho viento –dijo–. Ese aparcamiento era ideal.

Danny-boy no hizo caso de la discusión subsiguiente. Ya la había oído antes. Varias veces al año surgían conflictos de este tipo y generaban lo que parecían ser unas discusiones inacabables. Lo habitual era que el artista más enérgico o testarudo aguantaba más, y se quedaba con el sitio. El otro se rendía y buscaba otro sitio.

– Apostaría por Bartlett –dijo Serpiente al oído de Danny-boy–. Está un poco loco, y los locos tienen aguante.

– No hay apuesta –respondió Danny-boy–. Creo que tienes razón. Antes oí a Zatch hablar de los principios del asunto.

Serpiente sacudió la cabeza.

– No tiene suerte. Los principios no importan tanto como el aguante.

Después de mucho discutir, el asunto se remitió al comité. Zatch se sentó, meneando la cabeza.

– La semana que viene ya habrá encontrado otra ubicación –murmuró Serpiente.

– Me gustaría presentar a una recién llegada a la ciudad –decía Libros–. Tiene algo que decirnos.

Hizo señas a Jax para que se adelantase hasta la luz.

Danny–boy vio cómo echaba una mirada a la señora Migsdale y salía adelante. Tenía los ojos muy abiertos, llenos de pánico, y tenía la mano apoyada en el mango de su cuchillo.

Algunas personas estaban hablando al fondo. Jax esperó sin hablar hasta que guardaron silencio.

– Me llamo Jax –dijo en voz baja. Demasiado baja, pensó Danny–boy antes de darse cuenta que la gente se había quedado callada y se inclinaba hacia adelante para oír mejor–. Me crie en Woodland, que es un pueblo que está cerca de Sacramento. He venido para decirnos que un hombre que se llama Cuatroestrellas va a invadir San Francisco.

Miró a la señora Migsdale, miró al suelo. Danny–boy creyó por un momento que podía salir corriendo de la sala, pero se limitó a quedarse callada un momento, y luego continuó:

– En el mercado oí que ya ha invadido otros sitios. Tomó Fresno el año pasado, Modesto el anterior. No sé mucho sobre ello, pero sé que odia a San Francisco. Os echa la culpa

de la epidemia, dice que acaparáis los recursos. Dice que vosotros invadiréis Sacramento si él no invade San Francisco. Dice que quiere reunificar el país. Tampoco sé mucho de eso. No sé mucho de ese sitio que Cuatroestrellas llama los Estados Unidos.

Pero os diré una cosa: si Cuatroestrellas cree que los Estados Unidos son buenos, a mí no me gustan. No me gustan nada –volvió a detenerse, con la cara seria y controlada–. Mi madre venía de San Francisco. Me dijo que viniese a advertiros. Dijo que tendríais que luchar. Tendréis que matar a Cuatroestrellas. Tendréis que matarlo, u os matará a todos.

Miró fijamente a Danny-boy.

– Es todo lo que tengo que decir, supongo.

Danny-boy no intervino en la discusión subsiguiente. Libros sugería preguntas, y Jax las respondía, casi todas con un «no lo sé». No sabía de cuántos hombres disponía Cuatroestrellas, no sabía la fecha en que planeaba llevar a cabo su invasión, no sabía qué tipo de material utilizaría.

– La gente lleva años hablando de este fantoche de Cuatroestrellas –dijo Serpiente en voz baja, al oído de Danny-boy–. ¿Qué tiene esto de nuevo?

Danny-boy contempló a Jax, que estaba de pie junto a Libros. A la luz del fuego, lanzaba una sombra enorme que bailaba sobre el muro curvo.

– Parece que Jax cree que esto va a suceder pronto.

– ¿La crees?

Danny-boy asintió lentamente.

– Eso creo. Ojalá no la creyera.

Serpiente sacudió la cabeza.

– No me convence.

Unas pocas personas propusieron medidas militares inmediatas. Otros propusieron alianzas: con los Dragones Negros de Oakland, con los granjeros de Marin. Danny-boy se recostó sobre la escalinata de mármol; sabía que no se decidiría nada aquella noche.

Escuchó las bravatas de los artistas, que decían lo que le harían a Cuatroestrellas si pusiese el pie en la ciudad.

La señora Migsdale y Libros fueron los últimos que abandonaron el Ayuntamiento; se quedaron atrás para apagar los rescoldos de fuego y las velas. Cruzaron juntos la plaza del Centro Cívico y se dirigieron a la biblioteca. La luna menguante retocaba de plata los árboles; el viento de la noche arrancaba algunas notas agudas del arpa eólica.

– Danny–boy estaba irreconocible esta noche –comentó la señora Migsdale.

– No me dirigió más de dos palabras en toda la tarde –gruñó Libros–. Me arrancó prácticamente a aquella señorita, e insistió en que se tenía que ir a casa a descansar.

– ¿Qué te pareció la señorita?

– Muy agradable –dijo Libros–. Le sugerí que viniese a visitarme a la biblioteca. Parece muy interesada por la historia de la ciudad.

La señora Migsdale enarcó las cejas.

– Me cae bien, pero yo no la llamaría agradable. Estoy dispuesta a jurar que sacó los colmillos cuando Zatch sugirió que intentásemos negociar con Cuatroestrellas.

– Bueno, mujer. Simplemente estaba un poco nerviosa. No estaba acostumbrada a dirigirse a grupos.

– Danny–boy también estaba con los nervios de punta –dijo pensativamente la señora Migsdale–. Pero supongo que se aliviará algo la tensión después de que hayan dormido juntos.

Libros se detuvo y la miró detenidamente.

– Elvira, a veces me escandalizas.

La señora Migsdale le miró.

– Pero Edgar, debes reconocer que estabas pensando lo mismo.

– Creo que no es así.

– Bueno, entonces es que estás pasando por alto cosas evidentes, y eso es una mala costumbre para un investigador. Ahora, vamos; salgamos del frío.

Libros la siguió a través de la plaza.

– Creo que estás llegando a conclusiones precipitadas –dijo, cuando llegaron a la escalinata de la biblioteca–. ¿Cómo sabes que ella no se irá de la ciudad? Acabas de decir que era bastante salvaje.

– No exactamente salvaje –dijo la señora Migsdale–. Tímida, con una timidez más bien salvaje. Pero apostaría por Danny-boy. Siempre ha tenido maña con las cosas salvajes.

CAPÍTULO XI

MERCEDES HABÍA PASADO SU INFANCIA RECOSTADA SOBRE el guardabarros del Chevrolet modelo 1965 de su hermano mayor y viendo a Antonio trabajar bajo el capó. Antonio era siete años mayor que ella. Había dejado el instituto cuando ella estaba todavía en la escuela elemental. Cuando ella estaba en el primer curso de instituto, él había dejado el hogar de la familia para compartir un apartamento con dos amigos; venía a cenar los domingos para que su madre estuviese contenta.

Antonio había trabajado en la gasolinera de la esquina; despachaba gasolina, arreglaba coches, trasteaba en su propio Chevrolet pequeño. Después de clase, Mercedes iba a la gasolinera a pasar el rato y veía trabajar a su hermano. Las tardes de los domingos le había ayudado a dar cera a su coche, esparciendo pasta blanca por el acabado, que ya

brillaba, y frotándolo y puliéndolo hasta que se veía la cara reflejada en la pintura negra brillante.

Debajo de cada una de las uñas de Antonio había permanentemente incrustada una línea de grasa. En la muñeca izquierda tenía un tatuaje que decía «Mary-Ann». Antonio se había hecho el tatuaje él mismo, cuando estaba en el primer curso del instituto, con una aguja y la tinta de un bolígrafo. A pesar de ello, la muchacha le había dejado. Era una rubia que se estaba preparando para el equipo de animadoras de partidos.

Al padre de Mercedes no le agradaba que ella pasase el rato en la gasolinera. Pero tampoco le gustaban los chicos con los que ella salía (tipos duros de mala reputación), ni su música, sus amigas, sus constantes palabrotas. Por lo cual había seguido yendo a la gasolinera y les decía a sus padres que iba a estudiar a la biblioteca.

Mercedes había ayudado a veces a su hermano con las reparaciones: tras años de verle trabajar, era rápida y experta. Sus manos pequeñas podían llegar a sitios a los que no llegaban las de él. Tenía una capacidad para diagnosticar las averías de los coches que rayaba en lo milagroso: inclinaba la cabeza hacia un lado, escuchaba el repiqueteo o el suspirar o el girar de un motor, y era capaz de dar un presupuesto de la reparación sin equivocarse en más de un dólar. Había planeado meterse a trabajar en la gasolinera

con su hermano al terminar el bachillerato y ahorrar para comprarse ella también un Chevrolet pequeño. Pero las cosas no salieron así.

Su madre había sido la primera de la familia que cayó enferma de la epidemia.

Después, su padre. Mercedes se había encargado de sus padres; les llevaba comida y agua; les extendía paños húmedos por la frente, compraba medicinas en la farmacia que ofrecían aliviar los dolores y el malestar de la fiebre. Volvió de la sala de urgencias del hospital con las manos vacías. Los periódicos estaban llenos de artículos sobre la epidemia: daban advertencias, pero no ofrecían esperanzas.

Aunque nunca había tenido demasiada fe en Dios ni en la Iglesia Católica, rezaba mientras cuidaba a sus padres, rogaba a la Virgen María que le ayudase, pedía a Jesús que curase a su padre y a su madre. Una vez, después de haber pasado una noche sin dormir, se quedó dormida en el sillón junto a la cama de sus padres, a última hora de la mañana. Cuando se despertó por la tarde, tanto su madre como su padre estaban quietos y callados; yacían sin vida bajo una manta delgada. Su madre recostaba la cabeza sobre el brazo de su padre.

Se dirigió a la gasolinera para decírselo a Antonio y lo descubrió desvanecido en el asiento trasero de su coche.

Tenía la frente caliente y seca. Cuando lo despertó, no pareció reconocerla.

Sacó las llaves del coche de su bolsillo y lo condujo a casa de su familia. Allí lo cuidó, aunque ella misma estaba enferma. Pero el té, el zumo de naranja, las medicinas para el resfriado y las oraciones no sirvieron de nada. Murió, como habían muerto tantos. Ella se quedó junto a su cama, mirándolo. Tenía las manos pálidas, salvo la línea negra de grasa bajo cada uña. El tatuaje oscuro resaltaba sobre la piel.

Con la vieja chaqueta de su hermano, que llevaba el nombre del instituto, abandonó la casa de su familia. Estaba enferma, con fiebre, pero la asaltaba una inquietud airada que la impulsaba a correr por la ciudad vacía, gritando con una voz seca y ronca. Llevaba la manivela de desmontar las ruedas del coche de su hermano, y la utilizaba para romper los escaparates; el ruido del cristal roto le deleitaba.

En la esquina de las calles Valencia y 19 un grupo de saqueadores la detectó y corrió hacia ella, pero ella alzó la manivela con gran autoridad y deliró con voz alta y febril sobre la Virgen María y la sangre de Jesucristo. Salieron corriendo, más por miedo a la fiebre que a la manivela, pero ella nunca lo supo. Bajó por la calle Valencia destrozando los parabrisas de los coches y de los camiones, hasta que no pudo seguir andando.

Descubrió una cama en la parte trasera de una tienda de muebles, a la que entró por una puerta que otros saqueadores habían destrozado. Se dejó caer en la cama y durmió largo rato.

Se despertó sedienta, pero todavía viva. Tomó un trago del surtidor de la oficina del director y se puso a andar sin destino conocido. La luz del sol le hacía cerrar los ojos y tenía que ir sorteando los trozos de vidrio roto que llenaban la acera. De vez en cuando pasaba junto a un cadáver: un hombre maduro desplomado al volante de un coche, una anciana encogida en un portal, un joven (quizá uno de los saqueadores que la habían amenazado) extendido sobre el escaparate de una joyería, entre las piedras preciosas y el vidrio roto.

Antonio marchaba junto a ella y le hablaba. Estaba muy pálido. Ella percibía los trozos de vidrio roto en la acera a través de sus pies. Estaba muerto.

– ¿No vas a hablar conmigo? –preguntó él.

– No puedo –dijo ella–. Estás muerto.

Tenía un cigarrillo encendido en una esquina de la boca; llevaba las manos en los bolsillos, metidas hasta el fondo.

– Sí –dijo–. Supongo que así es.

Al cabo de un momento, ella preguntó:

– ¿Qué se siente al estar muerto?

Él se encogió de hombros y dio otra calada al cigarrillo.

– No me tengo que preocupar de que fumo demasiado –dijo.

– Quiero morirme –dijo ella.

– Ah, muchacha, eso no es verdad.

– Tony, sí que quiero. Quiero morirme. Mamá está muerta, papá esta muerto, tú estás muerto. Yo también quiero morirme.

Se frotó el pelo hacia atrás con las manos.

El sacudió la cabeza, enfadado.

– No quiero oírte decir esas cosas. Son estupideces.

– Hablas como papá –dijo ella. Él se apartó de ella, y se arrepintió inmediatamente de lo que había dicho; recordaba las discusiones de Tony con su padre–. Eh, lo siento. Tony, ¡espera! No quise decirlo.

Él se detuvo y la esperó.

– Quizá tuviese razón papá a veces –dijo él. A ella le resultaba difícil ver su expresión: su cara estaba cada vez más transparente–. ¿Lo has pensado alguna vez?

– ¿Por qué tendría que seguir viviendo? –le preguntó ella.

– ¿Tienes que tener un motivo? –preguntó él. Volvió a encogerse de hombros–. Ahora puedes hacer lo que quieras. Vivir donde quieras. Coger lo que quieras.

– Eso no me importa.

Por su cara pasaba la sombra de una sonrisa: sus enfados no duraban mucho.

– ¿Pero tienes que tener un motivo? Muy bien, entonces quédate viva para cuidar de mi coche. Te lo dejo. Eres responsable de él. ¿De acuerdo?

– Tony, eso es una tontería –dijo ella–. ¿Por qué tendría que...?

Estaba hablando sola. Estaba de pie en medio de la calle, a dos manzanas de su casa.

Anduvo hasta la casa, pero no entró. Tomó el coche de Tony y circuló por la ciudad, buscando un lugar bonito en que vivir.

Eso había pasado hacía mucho tiempo. El día en que Jax consiguió su nombre, Mercedes estaba agachada en el jardín de la plaza Union, recogiendo los últimos tomates de las matas desordenadas. Levantó la vista y vio a Antonio de pie en el camino más próximo. Ella se sentó sobre sus tobillos y lo miró. En los años después de la epidemia se le había aparecido cada pocas semanas, pasaba un rato charlando con ella. Pero llevaba años sin verlo.

Fumaba un cigarrillo y miraba a lo lejos. Seguía llevando la misma chaqueta vaquera destrozada, los mismos pantalones vaqueros llenos de grasa.

– Eh, muchacha –dijo.

– Ya no soy una muchacha, Tony –le dijo–. Ahora soy más vieja que tú.

– Puede. Pero sigo siendo tu hermano mayor –dio una calada al cigarrillo–. He venido a avisarte.

– ¿De qué?

– Viene un ejército –dijo él–. Será mejor que os preparéis.

– Eso dijo la forastera.

– Haz caso a esa forastera, muchacha. Sabe lo que dice.

– Prepararnos, ¿cómo? –preguntó.

Dejó colgar el pitillo de sus labios y extendió las manos como si no hubiese palabras para describir las preparaciones necesarias.

– Eso depende de vosotros. Yo no hago más que decir que se avecina un problema. Al fin y al cabo, depende de vosotros.

Tony dejó caer su cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie. Y entonces desapareció, dejando un aroma a humo de cigarrillo que le llenó de nostalgia de los días pasados.

Danny-boy cortejaba a Jax con precaución, como alguien que quisiera agarrar una mariposa sin dañarla. O, mejor, como alguien que quisiese atrapar una avispa sin que le picase. Fuera como fuese, tenía cuidado: iba despacio.

La observaba subrepticamente, hechizado por la cautela que veía en sus ojos. A veces, cuando ella estaba dormida se deslizaba a su dormitorio y se sentaba junto a su cama. Se le tranquilizaba la cara al dormir. Su pelo negro y revuelto formaba rizos sobre sus mejillas; tenía un gesto serio y sincero. Sus manos, que asían la manta que la cubría, eran tan pequeñas. A veces, durante el día –pescando percas, poniendo una trampa para los conejos, registrando una ferretería en busca de pintura azul–, se daba cuenta de que pensaba en sus manos: tan pequeñas, pero encallecidas por el trabajo y la vida dura.

Él preparaba la cena cada tarde, y se sentaban juntos en la azotea y veían ponerse el sol. Ella no hablaba mucho. Respondía a sus preguntas, si se las hacía, pero sus respuestas eran cortas y directas, echadas al aire rápidamente.

– ¿Qué has hecho hoy? –preguntaba él.

– Andar –contestaba ella.

– ¿Dónde fuiste?

Ella movía la cabeza hacia el oeste, pero no decía nada más.

Él le propuso guiarla por la ciudad, pero ella lo rechazó, sacudiendo la cabeza rápidamente. Dejó pasar un día, y volvió a sugerir que podría guiarla. Sus ojos se llenaron de cautela, y pareció encerrarse en sí misma, como un gato que se agazapa para saltar o para huir. No repitió su oferta por tercera vez.

Ella no charlaba, parecía satisfecha con el silencio. Él empezaba a hablar para llenar el silencio, y se daba cuenta de que estaba divagando, contándole su vida, sus proyectos, sus sueños. Su silencio le incitaba, era un vacío que esperaba ser llenado. Le habló de Esmeralda; le contó lo que recordaba de sus padres; le habló de cómo había crecido en la ciudad.

Le traía regalos: un ramo de flores exóticas recogidas en las ruinas del invernadero del parque Golden Gate, un parasol chino de papel con pinturas de garzas en vuelo, un gorila de plástico al que se daba cuerda y que escupía chispas al andar. Aceptaba cada regalo cortésmente, pero parecía confundida, como si no supiese qué pensar de él.

Por el día la dejaba sola, y se retiraba a su trabajo en el puente Golden Gate. Una tarde de niebla, algunas semanas después de que Jax hubiese llegado a San Francisco, estaba en el puente esperando a Mercedes y a Serpiente.

Se echaba encima la niebla. Veía al oeste un banco de neblina blanca que flotaba lentamente hacia la ciudad. Los primeros brotes flotaron perezosamente junto a los cables del puente. Hacia el este veía la isla de Alcatraz y los edificios del centro, pero sabía que la niebla los ocultaría en pocas horas. En algún lugar bajo el puente, aullaba un león marino.

Se paseó por el puente mientras admiraba el trabajo que se había realizado hasta entonces. Danny-boy no pretendía marcar el estilo de la sección de cada artista.

Proporcionaba los materiales y asignaba un espacio. Después de aquello, todo dependía del artista. Algunos artistas preferían los espacios amplios que ofrecían los enormes cables de soporte y las bases de las torres. Otros agradecían el desafío que suponía la barandilla, con su superficie mínima.

Una de las obras favoritas de Danny-boy era un desnudo recostado que estaba pintado en los barrotes estrechos que sostenían la barandilla. Tenía los dedos de los pies en la plaza de los puestos de peaje y la cabeza a unos 30 metros dentro del puente. Desde casi todos los ángulos, las señales azules oscuras sobre el fondo azul pálido parecían líneas al azar que no conectaban entre sí. Pero si uno se ponía en el lugar preciso, quedaban claras de repente las relaciones; el ojo llenaba los espacios entre los barrotes y aparecía el desnudo azul.

Danny-boy sonrió al pasar por una sección de barandilla marcada de huellas de pies.

Un bailarín había pintado la barandilla de azul turquesa, se había mojado los pies de pintura azul marino y se había paseado por encima, dejando sus huellas de pies desnudos en un tramo de veinte metros.

Danny-boy miró por encima del puente, hacia las colinas de Marin, consciente de la grandeza imposible de la misión que se había impuesto. Después de un año de trabajo, sólo la barandilla estaba casi terminada. La base de cada torre era azul, pero el resto de las dos torres y la mayor parte de los cables seguían siendo de su color naranja original.

Antes de la llegada de Jax, no le había preocupado la naturaleza interminable del proyecto. Pero últimamente se había empezado a preocupar. ¿Y si llegase el ejército de Cuatroestrellas antes de que terminase el puente? No había previsto tal interrupción, y no veía manera de terminar rápidamente.

Danny-boy oyó el rugido lejano de la moto de Serpiente y se dirigió a la plaza del puesto de peaje. Serpiente irrumpió de forma espectacular, como siempre: pasó el puesto de peaje a toda velocidad, y dio una vuelta de 360 grados, derrapando con un chirrido de neumáticos hasta que se quedó parado. Apagó el motor y saltó de la moto.

– Eh, Danny-boy –le llamó–. ¿Cómo va eso?

Su ropa de cuero crujía levemente mientras se dirigía hacia Danny-boy.

– No va mal.

Danny-boy agitó una mano hacia la torre que estaba más cerca de ellos.

– Échale una mirada. ¿Todavía estás dispuesto a atacarla?

Serpiente alzó la vista hacia la torre, cuya cúspide ya se perdía entre la niebla flotante.

– Claro, hombre. Tengo a una docena de tíos que se han apuntado a ayudarme. Uno de ellos practicaba el montañismo. Tenemos cuerdas y hemos estado practicando. Ahora mismo soy una persona segura sobre una pared. He estado pensando en cambiarme el nombre, de Serpiente a Araña, tan bueno soy.

Danny-boy sonrió ante las bravatas de Serpiente.

– Está bien. Entonces, ¿qué más vas a necesitar?

Anduvieron juntos hacia la torre en la que Danny-boy guardaba sus materiales.

Serpiente sólo trabajaba con pintura de spray, lo que limitaba su gama de colores. Pero, después de discutirlo un rato entre ellos, eligieron tres tonos de azul de los que Danny-boy disponía en abundancia. Volvían a la plaza del

peaje, cuando Serpiente hizo la pregunta inevitable que Danny-boy esperaba.

– Entonces, ¿a quién has engatusado para que se encargue de la otra torre?

Danny-boy respiró hondo.

– ¿Quién tiene las pelotas suficientes?

Serpiente siguió andando, meneando la cabeza.

– No conozco a nadie, así de repente. Yo...

De golpe, se quedó callado y miró a Danny-boy.

– No querrás decir que vas a dejar que lo hagan Mercedes y sus cholos.

Danny-boy asintió.

– Pues sí.

– Pero, hombre, tú estás loco. Lo echarán a perder. No lo dirás en serio.

A lo largo de los años había habido una serie de disputas territoriales entre los Neo-Mayanistas, dirigidos por Mercedes, y los otros pintores de murales de la ciudad. Una vez Mercedes había pintado encima de uno de los murales de Serpiente por razones religiosas. Cuando se le llamó la atención en el Consejo de la Ciudad, pidió disculpas por pintar encima de la obra de Serpiente, pero adujo que había sido necesario. La pared en la que había pintado estaba

colocada exactamente en el centro geográfico de la ciudad, que era un lugar de gran importancia religiosa. El Consejo la había amonestado, pero no se había llevado a cabo ninguna medida disciplinaria. Y Serpiente se quedó resentido.

– Lo digo en serio –dijo Danny–boy. Había sabido que Serpiente lo tomaría a mal, pero no veía manera de arreglarlo–. Estoy seguro de que harán un buen trabajo.

– Olvídalo –dijo Serpiente–. No podemos colaborar con ellos de ninguna manera.

Habían llegado a la plaza del peaje y a la moto de Serpiente.

– Qué pena –dijo Danny–boy–. Creí que esa torre sería una ubicación de primera para tu trabajo. Todos los mercaderes que llegasen a la ciudad lo verían.

– No intentes adularme, hombre. Ya sé que no puedes terminar el puente sin nosotros.

– Yo no estaría seguro de eso –dijo Danny–boy suavemente–. Podría hacer que Mercedes se ocupase de las dos torres.

Serpiente se apartó y anduvo hasta la barandilla. Danny–boy le siguió sin decir nada.

– Serías capaz –dijo Serpiente al fin.

Danny-boy dirigió la vista a las olas que rompían contra Fort Point.

– No querría hacerlo. Pero supongo que lo haría –Serpiente sacudió la cabeza con desagrado–. Considera que esto es un ensayo. Si Cuatroestrellas invade la ciudad, podrías tener que trabajar con Mercedes para echarle.

– Sí que eres tranquilizador, ¿verdad? –Serpiente escupió por encima de la barandilla, y se volvió hacia Danny-boy–. Quizá pueda arreglarlo. Hablaré con los otros

– Bien.

Danny-boy sabía que los otros seguirían a Serpiente.

– Estas cometiendo un error, pero supongo que sólo te darás cuenta cuando sea tarde.

– Puede ser.

Serpiente se marchó con un rugido de motores cuando Mercedes llegaba a caballo.

Aceleró al pasar por su lado, atemorizando al caballo, y se fue a toda velocidad sin volver la vista atrás.

– Sigue siendo un cabrón –dijo a Danny-boy al desmontar.

– Sí, pero hará un buen trabajo en la torre.

Ella sacudió la cabeza y ató su caballo a la puerta del puesto de peaje. Anduvieron juntos hasta la torre más cercana. Mercedes miró a su alrededor.

– Será estupendo cuando esté terminado –dijo–. Pero me pregunto si tendrás tiempo de terminarlo antes de que llegue Cuatroestrellas.

Danny–boy la miró sorprendido.

– ¿Por qué estás tan segura de que viene? En la reunión de la otra noche no parecías convencida.

– He cambiado de opinión –dijo Mercedes–. He decidido que quizá podamos confiar en esta forastera.

– Claro que podemos –Danny–boy defendió a Jax inmediatamente.

– Ah –dijo Mercedes–. ¿Así están las cosas?

– ¿Qué quieres decir? –sentía calor en la cara, y desvió la mirada.

Ella le rodeó los hombros con el brazo afectuosamente.

– ¿Estás enamorado de esa pequeña salvaje? –él no dijo nada, pero le ardía la cara.

– Ah, Danny–boy, tus orejas te delatan. Están rojas como el sol poniente. Puedes hablar.

Siguió evitando su mirada.

– No lo sé.

– No tiene nada de malo estar enamorado, chico. Pero si estás enamorado, ¿por qué no estás contento? Vamos, cuéntamelo.

Ella le llevó hasta la base de la torre. Se sentaron sobre la acera de cemento, con las piernas cruzadas y apoyando la espalda en la torre metálica.

– Ahora, cuéntame –dijo ella.

Él le contó sus problemas. No sabía lo que sentía Jax por él. Le llevaba regalos, pero no sabía si le gustaban. Se despertaba en plena noche y entraba en su dormitorio de puntillas para ver si seguía allí, por miedo de que se hubiese ido sin decirle nada.

Mercedes le escuchaba con paciencia.

– Tienes miedo de que se vaya y estás intentando retenerla –dijo al fin Mercedes–. Te gustaría encerrarla bajo llave, para estar seguro de que no se fuera.

Danny-boy protestó débilmente.

– Eso es una tontería –dijo–. No quiero encerrarla. Lo que no quiero es que se haga daño vagando por ahí ella sola. Es fácil perderse.

Pero hablaba sin convencimiento. La misma noche anterior se había descubierto a sí mismo pensando que ojalá

tuviese rota la pierna en vez de la clavícula. Entonces tendría que quedarse quieta.

Mercedes asintió satisfecha.

– Exactamente –dijo–. Podría no volver.

– Yo no he dicho eso.

– Pero es lo que has querido decir –Mercedes le dio unas palmadas suaves en la pierna–. Enfréntate a ello. La única manera de tratarla es soltarla.

Danny-boy sacudió la cabeza.

– ¿Cómo puedo soltarla? Ni siquiera la tengo.

– Ayúdale a ir donde quiera, entonces. Dale lo que necesite.

Al día siguiente, Danny-boy le dio una bicicleta: sólida, azul, de diez marchas, tomada en una tienda de bicicletas de la calle Haight. Jax estaba fuera cuando él la llevó a casa.

Pasó casi toda la tarde dándole un repaso: apretó los rodamientos de las ruedas, comprobó los frenos, ajustó el mecanismo del cambio de marchas, cambió los neumáticos. Jax llegó a casa cuando él estaba terminando. Como siempre, la seguía uno de los monos. Cuando Jezabel ladró al mono, éste saltó al techo de un automóvil cercano y una vez allí no prestó atención a la perra.

– Esto es para ti –dijo Danny–boy–. Con esto puedes moverte por la ciudad más deprisa. Puedes ir a donde quieras.

Esto le dolía en el fondo.

Ella pareció sentirse a disgusto.

– Puedo andar por toda la ciudad –dijo.

Su indecisión le confundió. Después de haber empezado un plan, estaba decidido a llevarlo hasta el final.

– Ir en bicicleta es más rápido que andar. Puedes ir de un extremo a otro de la ciudad en sólo un par de horas.

Ella miró la bicicleta y se humedeció los labios, pero no dijo nada.

– Voy a ajustar el sillín a tu altura, y estará lista para montarla.

Ella dudó, con gesto fiero.

– ¿Qué pasa? –dijo él con voz cortante. Se sentía atormentado y confuso por todo esto, y ella no le ayudaba.

– No sé montar –dijo ella por fin.

Él se dio cuenta de que a ella le desagradaba reconocer que no sabía montar. Tenía la espalda rígida y la mano apoyada levemente sobre el cuchillo.

– Yo te enseñaré –dijo él suavemente–. No es difícil. Vamos. Siéntate en el sillín, para que lo pueda ajustar.

Danny-boy sujetó la bicicleta hacia arriba mientras ella se ponía encima con desgana.

No le llegaban los pies a los pedales. Le hizo desmontar y bajó el sillín.

– Vamos. Puedes intentarlo ahora.

Le enseñó a sostener el manillar y a llevar rodando la bicicleta a su lado mientras andaba. El llevaba su propia bicicleta a su lado, y la guio hasta un tramo de calle que estaba relativamente libre de baches y de escombros. Había un Toyota marrón apagado abandonado hacia la mitad de la manzana, pero era el único obstáculo. El mono les siguió, encontró un nuevo lugar donde posarse (una pared baja que en tiempos había rodeado un parterre), y empezó a buscar tallos comestibles entre las hierbas altas que habían echado raíces en el parterre.

Danny-boy empezó dando una demostración; se subió a su bicicleta y se deslizó sin esfuerzo bajando la ligera cuesta. Trazó una amplia curva y subió dando pedales.

– Es fácil –dijo, y sostuvo la bicicleta de ella mientras montaba–. Te he metido la cuarta marcha para empezar. No toques el cambio de marchas de momento. Siéntate en el sillín y pon los pies en los pedales. Te sostendré.

Ella levantó los pies del suelo a disgusto y los puso sobre los pedales.

– Lo único que tienes que hacer es guardar el equilibrio –dijo–. Si quieres pedalear, puedes intentarlo, pero con suavidad.

Le dio un empujón, y corrió junto a ella sosteniéndola de la parte posterior del sillín. El mono chillaba y charloteaba tras ellos. Jezabel ladraba furiosa y corría a su lado. Jax pedaleó algunas veces, y la bicicleta adelantó a Danny-boy, obligándole a soltar el sillín.

Jax siguió en línea recta un momento: un deslizarse hermoso y regular, recto como una flecha y elegante como un aria. Tenía las manos en el manillar; el viento empujaba su cabello hacia atrás. Al correr junto a ella, Danny-boy descubrió que iba sonriendo irrepreensiblemente, con una expresión de alegría que nunca había visto antes en su cara.

Entonces metió la rueda delantera en un bache, la bicicleta se desvió y chocó de frente con la parte trasera del Toyota.

Danny-boy corrió hasta ella.

– ¿Estás bien? Quizá no deberías intentarlo todavía. Quizá...

Le sangraba el hombro izquierdo donde se lo había rozado con el pavimento, pero le sonrió y se desenredó de la bicicleta.

– Es como volar –dijo–. ¿Por qué no me dijiste que era como volar? –no esperó respuesta–. Es como el halcón: la forma en que coge el viento y se remonta –sacudió una mano en el aire, expresando la idea–. No me lo dijiste.

Él se quedó un momento sin poder decir nada. Ella nunca había dicho tantas palabras seguidas. Nunca le había sonreído de la forma en que le sonreía ahora.

– Quiero volver a intentarlo –dijo ella.

Volvió a impulsarla y otra vez. Cada vez llegaba un poco más lejos antes de caerse. Él le gritaba consejos, que siempre llegaban un poco tarde para ser útiles. «¡Recto ahora!»

« ¡No pedalees tan fuerte!» «¡Inclínate al otro lado... no, al OTRO lado!»

A veces conseguía girar al llegar al Toyota. Pero en esos casos, era incapaz de recuperarse de la curva, y se seguía torciendo más y más hasta que se terminaba cayendo. Con cada caída se llevaba un nuevo raspón o magulladura, pero no se rendía.

– Quizá debiésemos descansar –sugería Danny–boy. Ella sacudía la cabeza testarudamente, y continuaban.

Por fin, a última hora del día, consiguió evitar el Toyota y siguió en marcha. La bicicleta se tambaleaba cuando

pedaleaba, pero se recuperaba, enderezándose antes de perder el equilibrio, y ganaba velocidad.

Jezabel, que estaba aburrida de mirar, corrió tras ella, y Danny-boy saltó sobre su propia bicicleta para seguirla. Se la encontró a cinco manzanas; empujaba la bicicleta cuesta arriba y cojeaba un poco.

– Me di con un agujero de la calzada –dijo. Todavía sonreía.

– ¿Está bien tu hombro?

– Bien –miró hacia arriba de la cuesta y le miró a la cara–. Sigamos. ¿De acuerdo?

– De acuerdo. Si no estás cansada.

Se le oscureció un poco la sonrisa.

– No estoy cansada.

El anduvo un momento a su lado en silencio.

– Pronto podrás montar por toda la ciudad –dijo al fin–. Te podré enseñar las mejores rutas. Si eres lista, podrás evitar las cuestas peores.

– ¿Por qué haces esto? –preguntó ella–. ¿Por qué me estás enseñando a montar?

Él se encogió de hombros; se sentía incómodo y evitó su mirada. No fue capaz de responder; no tenía respuesta.

– ¿Por qué no? –hubo un largo silencio. Sentía que se le escapaba, e intentaba retenerla–. Mercedes me lo sugirió.

– ¿Qué me enseñases a montar en bicicleta?

– Que te soltase –dijo él–. Con esto puedes irte cuando quieras. No intentaré retenerte.

Ella le observó un momento. Y luego apartó la vista.

– Vamos a montar. Venga.

Salió torpemente, pero consiguió mantener el equilibrio. Danny-boy siguió detrás de ella hasta la primera esquina, y luego se puso a su lado. Habían llegado a la cima de una colina y estaba mirando la calle larga y recta que bajaba ante ellos.

– ¡Oh, vamos! –dijo sin aliento, y empezó a bajar la cuesta. Un grito emocionado de alegría llegó hasta Danny-boy, que la siguió. Jezabel iba corriendo a retaguardia.

Jax iba en cabeza a través del distrito Richmond. Desde allí, la calle iba bajando un poco. Siguió pedaleando, y de vez en cuando le llamaba para incitarle a que la siguiera.

Él le respondía gritando, y le señalaba al pasar los lugares notables: el parque Golden Gate, la Universidad de San Francisco, la iglesia de Santa Mónica. Cuando cruzaron la avenida 48, ella aminoró su velocidad, y luego frenó de forma repentina. Se quedó de pie sobre su bicicleta. El frenó

a su lado. Veía al frente las olas que rompían en la playa Océano.

– ¿Qué pasa? –dijo–. ¿Por qué te has parado?

– ¿Qué es eso? –cuando ella le miró tenía los ojos enormes–. Esa agua. No veo la otra orilla.

– Es el océano –dijo él–. La otra orilla está a centenares de millas de distancia.

Ella le miró.

– ¿A centenares de millas?

Sacudió la cabeza, incrédula.

– Es verdad –insistió–. Libros me habló de ello. Ven.

Tomó la delantera, y fue hasta el final de la calle. La arena fina y blanca había cubierto la Autopista Grande, que era la carretera que transcurría a lo largo de la playa. Al borde de la arena, Danny-boy bajó de la bicicleta y la llevó hasta el muro del borde de la playa.

Cuando volvió la vista, ella le seguía y miraba al horizonte.

Apoyó la bicicleta contra el muro de cemento y se sentó en el borde para quitarse las playeras.

– Quítate los zapatos –dijo–. Si no, se te llenarán de arena.

Pasó las piernas sobre el muro y saltó a la playa. Corrió hacia las olas que rompían, y sólo se detuvo cuando una ola

que subía por la arena le lamió los tobillos. Jezabel chapoteaba en el mar, junto a él; tiró un mordisco a la ola y ladró por el sabor de la sal. El agua estaba fría, y la ola al retirarse absorbía la arena bajo sus pies. Volvió la vista atrás.

Jax estaba de pie al borde de la arena húmeda. Cuando subió una ola retrocedió un paso.

– Pruébala –dijo él, tomando algo de agua en el hueco de sus manos y acercándosela a los labios. Cuando volvió otra ola, ella siguió su ejemplo; el sabor le hizo escupir.

– Veneno –dijo.

– No es más que sal.

Ella sacudió la cabeza y no se atrevió a acercarse más. Dejó que el agua se quedase tranquila a su lado. Estaba callada y tensa, pero era una tensión diferente de la que había visto en ella antes. Estaba impresionada por el océano. Se le había olvidado su precaución ante él; el horizonte lejano le fascinaba, y forzaba la vista para ver una costa lejana.

– Sigue y sigue –dijo Danny–boy suavemente–. Mario se fue un día a navegar con su barco mar adentro, un día entero. Dice que no vio más que agua y más agua –ella no respondió–. Ven. Vamos a pasear por la playa.

La tomó de la mano, y ella no se resistió; le siguió obediente. Subía la marea, y cada ola lamía un poco más de arena.

– Mira eso.

Por delante de ellos, alguien había construido un castillo de arena con mucho detalle.

Banderas de algas flotaban al viento desde torres con almenas. Una muralla ancha de arena unía las torres y separaba el patio del castillo del resto de la playa.

Jax se agachó sobre la arena para examinar más de cerca la ciudad en miniatura.

– Es bonito –dijo. Había soldaditos hechos de arena, que montaban guardia en el adarve junto a un cañón hecho de madera recogida en la playa. Una ola que subía inundó el foso y pasó por debajo del puente levadizo de madera.

Danny-boy vio cómo ella estudiaba el castillo. El sol poniente pintaba la mitad de su cara de luz roja, la otra mitad estaba en la sombra. Tenía las manos unidas sin fuerza.

– Las olas lo destruirán –dijo. Sacudió la cabeza con una negación automática y sin sentido–. Es hermoso. ¿Para qué construir algo tan hermoso si se va a destruir? Si no hubiésemos venido aquí, nadie lo hubiera visto.

– A veces, haces cosas que no duran por el gusto de hacerlas –dijo Danny-boy.

Observó cómo una ola quitaba un trozo de la muralla del castillo—. Las haces para ti, no para ninguna otra persona. Cuando haces algo hermoso, cambias. Pones algo de ti en lo que haces. Eres diferente cuando acabas.

Otra ola se estrelló contra la muralla y se llevó otro bocado.

– ¿Por eso estás pintando el puente?

– En parte, supongo.

– ¿Cuál es la otra parte?

– Mientras te cambias a ti mismo, cambias al mundo. Lo haces más tuyo.

Se quedaron sentados en silencio mientras las olas socavaban la torre que estaba más próxima al mar. Cuando ésta se derrumbó, Jax se puso de pie.

– No quiero ver el resto.

El anduvo a su lado mientras volvían. Casi habían llegado a las bicicletas, cuando ella se detuvo y miró más allá de él. Tenía los ojos fijos en la puesta de sol.

– El sol –dijo con voz ahogada. El disco rojo se achataba y cambiaba de forma al acercarse al horizonte.

– No pasa nada –dijo él–. Hace eso por aquí.

– Se está hundiendo en el agua –dijo ella, y había una nota de terror en su voz.

– Eso pasa todas las noches –dijo él–. No pasa nada.

La tocó en el hombro para tranquilizarla, y vio que estaba temblando.

– No pasa nada –repitió–. Créeme. Lo he visto otras veces.

Entonces, él la rodeó con sus brazos, sorprendido, incluso mientras lo hacía, de que ella se lo permitiese. Le acarició el pelo y siguió hablando con voz tranquilizadora, intentando no romper el hechizo.

– Libros dice que el sol está a millones de millas de distancia en realidad. Dice que no se acerca al océano para nada. Sólo lo parece. No te preocupes.

Ella parecía tan pequeña, ahora que él la sostenía en sus brazos. Sentía sus hombros tan delgados y frágiles. Sentía el latido de su corazón, oía el susurrar de su aliento junto a su cara. Sus ojos reflejaban la puesta de sol.

– ¿Lo has visto antes? –preguntó ella, todavía contemplando el sol.

– Muchas veces.

Ella se tranquilizó un poco; él notaba que se aflojaba la tensión de sus hombros.

Cuando el sol cayó bajo el horizonte, ella le miró a la cara y titubeó un momento. Él contuvo su impulso de estrecharla más. Ella levantó una mano y le tocó con indecisión la

mejilla, un movimiento inseguro que reprimió casi antes de terminarlo. Luego, se apartó de él.

– Será mejor que vayamos a casa –dijo–. Está lejos

Él pasó todo el camino de vuelta recordando el calor del cuerpo de ella junto al suyo.

CAPÍTULO XII

SERPIENTE ESTABA TUMBADO EN LA CAMA CON la cabeza apoyada en un brazo y contemplaba cómo se soltaba el pelo Lily. Las ventanas de la antigua mansión victoriana estaban abiertas, y la brisa de la tarde olía a pavimento húmedo y a cosas que crecen.

Lily era alta y delgada. Él apreciaba sus músculos que se movían bajo su camiseta delgada. Las líneas de los tatuajes se apreciaban aquí y allá a través del tejido: la curva de una parra, el rojo brillante de una rosa.

Lily se sacudió el pelo y se pasó los dedos a través de los mechones ondulados. Se tumbó en la cama; se recostó sobre un codo y lo miró. Él extendió la mano para jugar con uno de sus mechones; lo enredaba en un dedo y admiraba su brillo cobrizo. Cuando ella se inclinó hacia él, la

besó en los labios con delicadeza. Ella se apartó y escrutó su cara.

– Pareces ausente –dijo–. ¿Qué pasa?

Él se encogió de hombros.

– No sé lo que quieres decir.

– Creo que nunca había estado tanto tiempo en tu cama sin quitarme la ropa. ¿Qué sucede?

Él le pasó la mano por la espalda e intentó atraerla para darle otro beso. Ella se resistió.

– Es demasiado tarde para fingir –dijo–. ¿Qué mosca te ha picado?

Evitó su mirada y miró al techo. Hacía un año que dormían juntos. Sus relaciones eran informales y despreocupadas, y ninguno de los dos se quería comprometer a más. A Serpiente le gustaba Lily. Demonios, en las noches oscuras cuando ella no estaba a su lado llegaba a creer que podría quererla. Pero cuando llegaba ese pensamiento, se asustaba. Era demasiado diferente a él. En tiempos de la epidemia, él había sido un chico de la calle, y vivía en el Haight. Ella tenía carrera y trabajaba en el distrito financiero.

Nunca había hablado a Lily de amor. No se sentía a gusto con esa palabra ni con ese sentimiento. Con todo, extendió la mano y le acarició la espalda, intentando tranquilizarla.

– Bueno, ¿qué te preocupa?

– Estuve hablando con Danny-boy allí abajo, en el puente. Cree que es verdad que Cuatroestrellas invadirá la ciudad.

– Los mercaderes llevan años previniéndonos contra Cuatroestrellas. Tú mismo lo dijiste en la reunión. O sea, que eso no es todo. ¿Qué más hay?

Le ponía nervioso que le conociese tan bien. No quería que supiese que estaba preocupado. A veces pensaba que ella sabía tal vez que él casi creía que la amaba.

– Anoche me acerqué al estadio Kezar. Allí hay un muro que es ideal para pintar y me paré para inspeccionarlo. Había salido la luna, y mientras andaba junto al muro veía mi sombra lunar que andaba junto a mí –se humedeció los labios–. Y entonces vi que no estaba solo. Había la sombra de un hombre que andaba por delante de mí, y otra sombra andaba detrás. El muro estaba lleno de sombras de hombres: todos ellos llevaban fusiles y me rodeaban, como si estuviésemos en un maldito desfile –sacudió la cabeza. Estaba solo, aparte de esas sombras, de todos esos soldados que me rodeaban.

Al relatar el caso, tuvo miedo de repente. En aquel momento había contemplado las sombras con calma. Al vivir en la ciudad, tales cosas llegaban a parecer naturales.

Pero, después, comprendió lo que querían decir los hombres que desfilaban.

– Vienen malos tiempos. Viene Cuatroestrellas.

Tenía los músculos de los hombros y de la espalda en tensión, y se le endurecía el estómago por la expectación nerviosa. Llevaba muchos años sin pelear. Al recordar sus tiempos de la pandilla se acordaba del calor de la lucha, de la tensión y del miedo.

Recordaba aquel momento de lucidez cristalina que había tenido durante su última pelea, poco antes de que las peleas entre bandas perdiesen su significado con la llegada de la epidemia. El otro chico, un chicano, le había dirigido un golpe a la cara. Serpiente vio un relámpago de luz en el cuchillo y se hizo a un lado. El aire parecía relucir a su alrededor; el mundo se había quedado quieto. Levantó su cuchillo, punta arriba y desde abajo, alcanzó al chico en el vientre y cortó hacia arriba hasta llegar a las costillas. El chico cayó hacia delante, y Serpiente echó a correr.

El zumbido de sus oídos era tan fuerte que se superponía al sonido distante de sirenas.

Se tocó la oreja con la mano mientras corría, y la retiró llena de sangre. Tenía la chaqueta de cuero manchada de sangre, su propia sangre, y la sangre del chicano.

Le perseguían sombras; se metió en un callejón y se enfrentó a ellas, blandiendo su cuchillo ensangrentado.

– Tranquilo, hombre. Vamos –dijo alguien. Amigos suyos; pero casi no los reconocía. Tenían las caras distorsionadas, alteradas por la luz de la luna–. Tómalo con calma.

Le ayudaron: cortaron la sangre de su oreja rasgada, tiraron su cuchillo y le llevaron al apartamento que compartía con otros ocho. Le trataban con el respeto que merece un matador.

Al cabo de una semana todos habían muerto de la epidemia. Pocas semanas después a nadie le importaba que el Haight fuese el territorio de su pandilla. Todos estaban muertos. Y la muerte del muchacho chicano quedó tragada por las miles de muertes. Pero recordaba cómo se había lavado la sangre de las manos mientras se preguntaba cuánta era suya y cuánta del muchacho chicano.

– ¿Por qué no podrán dejarnos en paz? –gruñó.

Lily se encogió de hombros.

– Porque somos diferentes a ellos –dijo–. ¿No es eso por lo que siempre se pelea la gente?

Estaba preciosa allí tendida, con la última luz del día que le brillaba en la cara.

– Es una pelea entre bandas. Creía que estaba demasiado viejo para las peleas entre bandas –miró al techo–. Tengo que hablar con algunos de esto. Tenemos que planear lo que haremos.

Ella se inclinó sobre él y lo besó.

– Más tarde –dijo–. Todavía no están aquí. Tenemos un poco de tiempo.

Aprovecharon el tiempo que tenían.

Jax sentía que las atenciones de Danny-boy la presionaban constantemente. No sabía qué pensar de él: no sabía corresponderle. A veces le pillaba mirándola; su mirada era tan tangible como si le tocase la piel. Cuando ella le devolvía la mirada, sus ojos se perdían, como si la hubiese estado mirando por casualidad.

Ella sabía lo que era el sexo. A los animales de la granja nunca les había dado vergüenza ayuntarse. Su madre le había explicado cómo hacían el amor los hombres y las mujeres. Pero esos conocimientos de tipo biológico poco tenían que ver con la tensión que sentía cuando Danny-boy le tocaba el brazo.

Cuando se cruzaban sus miradas por casualidad, ella volvía la vista rápidamente, confusa e insegura. Tenía miedo. No solía tener miedo, pero él le daba miedo. O quizá tuviese

miedo de sí misma, de la confusión que sentía cuando se cruzaban sus miradas.

Quería algo que no sabía identificar ni definir. Se sentía inquieta e insatisfecha.

Cuando Danny-boy iba a trabajar en el puente, ella exploraba la ciudad a solas.

Recorría las calles a pie y en bicicleta, sin destino fijo. Sola en la ciudad, notaba un vacío, la interrupción de un ritmo interno, una omisión de algún tipo. Como si faltase un baldosín de un mosaico, una pieza de un rompecabezas. Si alguien le hubiese preguntado, podría haber dicho que buscaba a su madre, y era así en parte. Pero sólo en parte. Buscaba un sentimiento de realización, una sensación de que estaba en su sitio.

A veces, cuando pasaba por delante de un escaparate, creía ver de reojo el reflejo de su madre. El espectro desaparecía cuando se volvía para examinarlo más de cerca. Un parpadeo de movimiento: eso era todo. Pero ella sabía que su madre estaba allí.

A veces sentía una sensación repentina (tan sobrecogedora como un calambre eléctrico) y se daba cuenta de que su madre había andado por donde ella andaba, había estado de pie donde ella estaba de pie. Su madre se había sentado en aquel banco; su madre había

estado parada en aquella esquina, su madre había pasado un rato frente a este escaparate, admirando el broche de diamantes falsos que seguía colgado en la estola de terciopelo negro que llevaba puesta un maniquí.

Tales momentos eran raros e irrepetibles. Cuando intentaba volver a un lugar en el que había estado su madre, no podía encontrar el camino. Las calles parecían diferentes, las tiendas habían cambiado. Buscó sin éxito la casa coloreada de hiedra en la que había visto al ángel. Pero las calles se negaban a llevarla a aquellos lugares y la guiaban en cambio a nuevos barrios en los que no había estado nunca.

Al final dejó que la ciudad dirigiese su vagabundear. No elegía el camino. Salía en dirección diferente cada día, sin prestar gran atención a su ruta. Dejaba que la ciudad la guiase.

Y encontraba cosas, aunque no eran lo que buscaba. En el vestíbulo de un edificio de oficinas del centro encontró, bajo la mesa de la recepción, un pueblecito minúsculo hecho de ladrillos de barro y de guijarros. Los techos de las cabañas estaban hechos de hojas de eucalipto, que hacía mucho tiempo que habían perdido su olor penetrante. En un callejón que salía de la calle Mission, descubrió una pared de ladrillo decorada con bisontes y con ciervos que corrían. En un solar al sur de Market encontró una torre construida

de pomos de puerta de cristal, botellas transparentes, vidrios de ventana, copas y vajillas de vidrio de todo tipo. El suelo que rodeaba la torre estaba lleno de arcos iris trozos de cristal roto de luz coloreada que cambiaban de posición al moverse el sol.

A veces se encontraba a gente. Una tarde fría, cuando el sol acababa de abrirse camino entre las nubes, caminaba por la calle Haight sin dirigirse a ninguna parte en especial. A mitad de una manzana descubrió que alguien había pintado una serie de huellas en el pavimento. Dos tipos de huellas: unas con pintura rosa, y otras de azul pálido. Jax las estudió un momento y se puso sobre las huellas rosa.

Intentó seguir su paso, aunque parecía más bien raro. Para poner los pies sobre las huellas tenía que dar un paso largo, luego dos pequeños, y luego otro largo. Al seguir las huellas, Jax descubrió que seguía un recorrido giratorio peculiar. Se detuvo, mirando al suelo confundida.

– Necesitas un compañero –dijo un hombre.

Levantó la vista. Serpiente la miraba desde la acera. Lo reconoció de la reunión en el Ayuntamiento. Llevaba la misma chaqueta de cuero, la misma sonrisa arrogante.

– Te enseñaré –dijo. Se acercó a ella y se puso sobre las huellas azules. Ella acercó la mano al cuchillo instintivamente–. Oh, anímate –dijo con cierto desprecio.

No te voy a hacer daño. ¿Quieres aprender a bailar el vals, o no?

Se sintió estúpida y soltó el cuchillo.

– Relájate –dijo, poniendo una mano sobre su cintura y tomándole la otra con la suya–. Pon tu mano sobre mi hombro. Ahora, sígueme: da un paso a cada número. Un, dos, tres; un, dos, tres; un, dos, tres.

Ella daba los pasos al ritmo que él marcaba. – Déjate llevar –dijo–. No te resistas.

La presión de su mano sobre su cintura le hacía girar, y sus pies seguían con naturalidad los pequeños pasos pintados sobre el pavimento. La forma de las huellas empezaba a cobrar sentido. Serpiente dejó de contar y tarareó una alegre melodía que llevaba el mismo ritmo.

Ella murmuraba los números para sí: «Un, dos, tres; un, dos, tres.» Se dio cuenta de que sonreía mientras pasaban girando por delante de la manzana, y olvidó su desconfianza inicial: «Un, dos, tres; un, dos, tres.» Él se detuvo y la soltó, y ella siguió dando vueltas tres pasos más.

«... dos, tres; un, dos, tres.»

– Se te acabaron las huellas –señaló él.

Ella se detuvo y le sonrió.

– Quizá debiéramos pintar algunas más.

– Se lo diré a Lily de tu parte. Ella fue quien las pintó, y me enseñó a bailar el vals.

– Me gusta –dijo ella.

El enarcó una ceja.

– No me pegaba que bailases el vals.

– Nunca lo había intentado.

– Supongo que no tuviste demasiadas oportunidades en el lugar de donde vienes –se metió las manos en los bolsillos y miró sobre su cabeza–. Y, ¿dónde vas, a todo esto?

Ella estudió su cara, y decidió que quizá no fuese tan malo. Lo que ella había tomado por arrogancia era una forma automática de protección, una barricada que él levantaba contra el mundo. Extendió la mano en la dirección en la que había ido andando.

– Por allá.

– ¿Buscas algo en especial?

– Lo que la ciudad quiera enseñarme.

– ¿Te importa que te siga un rato? Me gustaría preguntarte cosas de ese tal Cuatroestrellas.

Anduvo a su lado, con los pulgares metidos en las trabillas del cinturón de los vaqueros y con los hombros caídos. Le preguntó sobre el discurso de Cuatroestrellas, y ella repitió

todo lo que recordaba. Le preguntó sobre Woodland, sobre el mercado, sobre el ejército.

Y asentía con la cabeza mientras ella hablaba.

– Mira, lo que yo creo es que Cuatroestrellas nos tiene miedo –dijo al fin. Ella le miró y sacudió la cabeza.

– ¿Me has estado prestado atención? A mí no me parecía que tuviese miedo.

– Vaya si lo tiene.

Los tacones de Serpiente resonaban sobre el asfalto y llevaban el ritmo de sus palabras.

– No encajamos en ese nuevo mundo bonito y ordenado que está construyendo. Y eso no le gusta.

Jax lo pensó un momento.

– ¿Por qué no encajamos? A mí me parece que encajamos perfectamente.

Serpiente no pareció hacerle caso.

– Yo estaba por aquí antes de la epidemia, y sé de sobra que no encajo. Danny–boy y tú... estáis tan lejos de encajar que ni siquiera sabéis que no encajáis. No sabéis ni lo que es encajar. Y eso pone muy nerviosa a la gente como Cuatroestrellas. Por eso quiere barrernos del mapa.

– Habló de los recursos que había aquí –dijo ella, recordando el discurso de Cuatroestrellas.

– Bobadas. Para hacer que la gente le siga. Hazme caso. Quiere quitarnos de en medio porque somos rebeldes, no encajamos. A la gente como Cuatroestrellas no le gusta la gente como nosotros.

Jax frunció el ceño. No estaba de acuerdo en que a Cuatroestrellas le diese miedo la gente de la ciudad, pero le gustaba que la incluyese en «la gente como nosotros». Nunca había formado parte de un grupo. Siempre había estado sola y le atraía la idea de una identidad comunitaria.

– Nunca lo había visto de esa manera –reconoció Jax con indecisión–. Nunca había pensado que formase parte de un grupo.

Serpiente le miró a la cara.

– Desde luego, aquí encajas. Yo diría que eres tan rara como el resto de nosotros. La ciudad admite de todo. Tienes que mejorar un poco tu actitud, por supuesto.

Ella torció el gesto, confundida.

– ¿Qué quieres decir?

El dejó de andar. Cuando ella se detuvo a su lado, giró los hombros hasta estar frente a ella. Ella lo miró airada, sorprendida por este escrutinio repentino.

– No estás mal –dijo–. Pareces bastante dura. Pero necesitas algunos accesorios. Ven.

La guio por la acera hasta una tienda en la esquina. La puerta de vidrio llevaba años rota. Pasaron entre los restos. Serpiente se abría camino por el interior poco iluminado, sobre los montones de embalajes tirados y de vidrio roto.

– Aquí están –dijo, mientras alcanzaba un estante lleno de gafas de sol al fondo de la tienda. Eligió un puñado.

– Estas podrían valer –murmuró–. Vamos.

En la acera, delante de la tienda, hizo que se quedara quieta mientras le deslizaba un par de gafas de sol en la cara. A través del cristal oscuro, el mundo parecía apagado y frío.

– Mírate allí –le ordenó, señalando el escaparate.

Ella contempló su reflejo en el cristal. Las gafas de espejo reflejaban su imagen.

– ¿Te gusta? –preguntó Serpiente.

– No lo sé.

Su nuevo aspecto le parecía a la vez atractivo y un poco turbador. Parecía una extraña de la que ella no se hubiese fiado.

– Pruébalas un rato. Te acostumbrarás.

Cuando Danny-boy volvió del puente aquella tarde, ella lo recibió con gafas de sol de espejo y con una cazadora de cuero nueva.

CAPÍTULO XIII

LA MÁQUINA OYÓ EN PLENA NOCHE UNAS garras de metal que rascaban su ventana.

Trasladó la lámpara de queroseno de su mesa de oficina al alféizar para que la luz cayese al callejón.

A través del vidrio sucio pudo ver una especie de cara: mandíbulas con forma de hoz bajo unos ojos con muchas facetas. Unas piernas articuladas que terminaban en pinzas rudimentarias asían el alféizar, sostenían el torso redondo de metal y elevaban la cabeza hasta la ventana. El resto del cuerpo se perdía entre las sombras.

La cabeza oscilaba de un lado a otro bajo la mirada de La Máquina. La luz de la lámpara caía sobre uno de los seis ojos compuestos de facetas, después sobre el otro, y brillaba sobre las células fotovoltaicas que componían las facetas. Las mandíbulas repicaban sobre el vidrio.

Quería sol; La Máquina lo sabía. Sus células fotovoltaicas convertían los rayos del sol en electricidad, que impulsaba sus movimientos. Su lámpara de queroseno era un mal sustituto, pero era lo mejor que podía encontrar en la ciudad oscura.

– Ten paciencia –le dijo–. Pronto saldrá el sol. Ahora, duerme.

La criatura raspó las mandíbulas contra el vidrio. El alféizar de madera empezaba a astillarse bajo la presión de sus pinzas. La Máquina retiró la lámpara del alféizar, apagó la llama y se metió en su estrecha cama. Sonrió al oírla alejarse, y se la imaginó levantando la cabeza hacia la débil luz de la luna. Tranquilizado por el sonido metálico sobre el asfalto, se quedó dormido.

El dormitorio de la Máquina había sido antaño la oficina del director del Taller de Chapa de la calle Cole. En el garaje inmediato, La Máquina construía criaturas metálicas, que soltaba para que merodeasen por las calles vacías de la ciudad. Algunas, como este visitante nocturno, recogían energía del sol y almacenaban la débil corriente en grupos de baterías que llevaban en el vientre. Torpes y lentas, tomaban el sol como reptiles. Otras llevaban turbinas eólicas que convertían la brisa en energía. Otras aún funcionaban únicamente a base de baterías, y se pasaban toda su vida improductiva deslizándose por el arroyo. La

Máquina había experimentado con una raza que ingería materia orgánica y producía gas metano por fermentación, pero éste había resultado demasiado volátil, y dejó de construir esta especie después de algunas explosiones.

Llamaba a sus criaturas «Las Niñas del Sol». Aunque él construía sus cuerpos, sentía que no creaba verdaderamente a las Niñas. Le parecía que las Niñas ya existían en algún otro tiempo o lugar. Les ayudaba construyendo cuerpos que pudiesen ocupar en este mundo.

Buscaba por la ciudad trozos de metal que pudiese convertir en abdómenes, torsos, mandíbulas, patas. Reconocía los tapacubos o las cañerías o los barriles de aceite o los parachoques que pertenecían a las Niñas. Era capaz de poner la mano sobre un tornillo de banco y de saber inmediatamente que la herramienta se convertiría en una garra, manipulada por un complicado juego de engranajes. Era capaz de pasar la mano por la superficie brillante metálica de un foco industrial y de saber sin dudar que la forma metálica se convertiría en una cabeza, engarzada de células fotovoltaicas que guiarían a la criatura hacia la luz. La Máquina daba cuerpos a las Niñas, y las dejaba en libertad para que merodeasen por la ciudad.

A veces soñaba con el hogar de las Niñas: un mundo caluroso y desierto con un sol abrasador. Había cañones y acantilados grises por los que trepaban Niñas con forma de

ciempiés. Otras Niñas, con alas de avispa, que podían volar a causa de la pequeña gravedad de aquel mundo, zumbaban por encima y se posaban sobre torres de piedra esculpidas por el viento. Niñas hormigas subían por las paredes empinadas, agarrándose a la roca con sus pinzas.

El sol calentaba a La Máquina, y sintió aumentar sus fuerzas al cargarse sus baterías con la luz. Levantó las alas y echó a volar, subiendo para unirse a las Niñas que trazaban círculos sobre su cabeza.

La mañana: Las puertas dobles del garaje estaban abiertas, y la luz del sol trazaba un paralelogramo dorado sobre el suelo de cemento. Fuera, un ciempiés de metal tomaba el sol, recargando sus baterías.

La Máquina sacó su girocóptero del garaje empujándolo. El sueño del vuelo le había dado ganas de volver a hacer volar la pequeña aeronave. La carlinga tenía el tamaño de un kart que llevase ruedas desmesuradamente grandes. Cuando el girocóptero estaba en el suelo, las palas del rotor caían un poco y daban a la aeronave un aspecto lúgubre. Una vez en el aire, la hélice trasera impulsaba la nave, y el movimiento hacia adelante hacía girar el rotor superior, que proporcionaba un impulso constante hacia arriba.

El diseño estaba inspirado en el autogiro, inventado en 1923 por Juan de la Cierva. El girocóptero de La Máquina era una aeronave muy manejable, adecuada para volar bajo

sobre la ciudad. Había construido la pequeña nave como prototipo, esperando que su diseño y su construcción llevasen al desarrollo de Niñas que pudiesen volar. Pero los mecanismos de control que necesitaría una Niña voladora habían resultado ser demasiado complejos. Aunque el girocóptero en sí funcionaba bastante bien, no tuvo suerte a la hora de extender sus principios a la construcción de Niñas.

La Máquina dejó el vehículo apuntando hacia la calle Cole. Tenía más de cien metros de pista, lo que era más que suficiente para despegar. Se ató al asiento, que había tomado de un automóvil deportivo potente. Al hacer girar la llave de contacto, el motor Volkswagen que impulsaba la aeronave arrancó con un rugido gutural. Ajustó con cuidado el paso de las palas del rotor hasta ponerlo a cero, y soltó el embrague, conectando el motor con el rotor. Las palas empezaron a girar, y se ponían rectas a causa de la fuerza centrífuga. Mientras ajustaba el acelerador, observaba una aguja que marcaba la velocidad del rotor.

Con un movimiento repentino desembragó el rotor. Al mismo tiempo ajustó el paso del rotor, de tal forma que las palas agarrasen el aire y empujasen el vehículo hacia arriba. Al terminar su ascensión, la hélice posterior empezó a empujar, y empujó hacia arriba la pequeña aeronave.

Se relajó. Ajustó el paso del rotor sin pensarlo, equilibró su ascensión y voló sobre la calle Haight, pasó por el parque Golden Gate y se dirigió a la bahía. Dio una vuelta sobre la isla de Alcatraz, y se dirigió al puente Golden Gate. Podía ver a Danny-boy hacia la mitad del tramo central, muy por debajo de él. Danny-boy le saludó con una seña, y La Máquina le devolvió el saludo. Luego, se volvió a dirigir a su taller.

No tenía ninguna razón para dar ese vuelo mañanero. Sólo quería sentir el viento sobre su cara; quería elevarse sobre los edificios y ver la ciudad desde arriba. Se sentía culpable por haberse dado ese capricho, pero había veces en que no podía evitar ceder al deseo. Esta debilidad y falta de control por su parte le parecían que no eran más que una nueva señal de que era una máquina defectuosa. Si su padre hubiese sido mejor diseñador, el deseo de volar sin motivo no le resultaría irresistible.

A última hora de la mañana volvió a tierra, aterrizando en los cuatro anchos carriles de la calle Fell y conduciendo el aparato a su taller por tierra. Cuando apagó el motor, el mundo parecía haberse callado de repente. Empujó el vehículo dentro del garaje, y se estaba quitando el casco cuando una mujer lo llamó.

– ¡Eh!

La Máquina miró hacia la puerta. Jax estaba en la acera justo delante de la puerta del garaje. La contempló sin saber cómo reaccionar. Era una mujer pequeña, pero tenía un aire insolente, como si fuese la dueña de la acera que había bajo sus pies, de la calle que había tras ella y del sol que estaba arriba en el cielo. Llevaba unas gafas de sol de espejo que ocultaban sus ojos.

– Eh –volvió a decir–. He estado esperando que aparecieses. Hay algo atrapado en el callejón.

– ¿Algo?

– Como eso –señaló la Hija ciempiés que seguía tomando el sol en la acera–. Algo así.

Te lo enseñaré.

La siguió por la acera a disgusto.

Cuando se acercaban a un callejón pudo oír el frotar rítmico del metal sobre el asfalto.

Desde la entrada del callejón vio a la Hija atrapada. Era una de sus favoritas: tenía cuerpo de avispa, y el tórax tan grande como el pecho de un hombre fuerte. Tenía unas alas de murciélago unidas al tórax, estructuras membranosas reforzadas con varillas de metal.

Los días de sol extendían esas alas para exponer dos juegos de células solares.

Se había atrapado de alguna manera un ala en el hueco que había entre un tubo de desagüe y una pared de cemento. Cuando se dirigía hacia adelante, atraída por la luz del sol que brillaba al fondo del callejón, se le había doblado el ala y se le había enredado al tubo hasta que no pudo avanzar más. El asfalto, a sus pies, estaba lleno de rayas blancas donde sus pies lo habían rozado insistentemente.

La Máquina corrió hacia ella; se quitó la camiseta y la tiró sobre su cabeza para bloquear las células fotovoltaicas. Cegada, empezó a mover la cabeza de un lado a otro, buscando la luz. Las poleas que controlaban el movimiento de su cabeza jadeaban y crujían. Cuando volvió la cabeza hacia la izquierda, él hurgó en la parte trasera de su cuello. Descubrió y apagó el interruptor que cortaba la corriente de sus acumuladores, y se quedó helada con un pie levantado para dar un paso hacia adelante. La Máquina le retiró la camiseta de la cabeza y dio un paso atrás para estudiar los daños.

El ala no tenía arreglo: las varillas de metal estaban torcidas de forma imposible de enderezar; la mayoría de las células fotovoltaicas estaban rajadas o rotas. Tiró suavemente del metal doblado, intentando liberarlo.

– Espera –dijo Jax; y sólo entonces se dio cuenta de que ella seguía a su lado–. Si tiras de allí y yo de aquí, se soltará.

Asintió, y ella agarró la varilla. Él sentía el calor de las manos de Jax junto a las suyas mientras tiraban. El metal cedió con un fuerte crujido, doblándose bajo su esfuerzo conjunto, y el ala quedó libre. La Máquina retrocedió, satisfecho de poder apartarse de la mujer. El calor de sus manos le intranquilizaba.

– ¿Está muerto? –preguntó Jax.

– Es hembra –aclaró él.

– ¿Está muerta?

Sacudió la cabeza.

– Puedo arreglarla –dijo–. En el taller.

Se acercó a su torso, desabrochó las ataduras del cuerpo metálico, y retiró las baterías de automóvil. Podría volver más tarde a recoger las baterías; sin ellas, el cuerpo pesaría mucho menos. Jax le observaba, y cuando empezó a arrastrar el cuerpo hacia el taller, ella le ayudó. Levantaron juntos a la Niña: La Máquina sostenía la cabeza, y la mujer llevaba el abdomen sobre su hombro.

Cuando llegaron al garaje, él le dio las gracias de forma seca, pero ella no se marchó todavía. Se quedó de pie en la puerta, y le observó mientras tomaba una llave fija y empezaba a desmontar el ala doblada. Le sostenía firme el ala mientras él trabajaba, y la sujetaba de forma que no se golpease contra el suelo.

Él no le hizo caso, y siguió trabajando, desconectando el cableado que controlaba la expansión y la contracción del ala, y luego extendiendo el ala rota sobre el suelo y recuperando las partes que valía la pena guardar. Ella se fue del garaje, y él se quedó aliviado al pensar que se marchaba. Volvió minutos después con una de las baterías de automóvil. Hizo cinco viajes más, y trajo las seis baterías. Luego, se quedó apoyada en el guardabarros de un coche, y le observó mientras escarbaba en el montón de chatarra para encontrar tubos que le sirviesen para reemplazar las varillas dobladas.

– No hablas demasiado –dijo ella al fin.

El no dijo nada.

– Está bien –dijo ella al cabo de un momento–. La mayoría de la gente de por aquí se pasa todo el tiempo hablando.

Siguió trabajando. Ella no se marchaba.

– ¿Por qué te llaman La Máquina? –preguntó un rato después.

– Porque soy una máquina.

– A mí me pareces una persona normal.

– Pues no lo soy.

– ¿Una máquina como un reloj o algo así?

– Más delicada que un reloj. Me construyeron antes de la epidemia. La gente tenía mucho mayor dominio de la maquinaria complicada en aquel tiempo. Pero por eso sobreviví a la epidemia. Porque no soy humano.

Jax frunció el ceño.

– ¿Quiere eso decir que todos los que sobrevivieron a la epidemia son máquinas?

– Claro que no –dijo él con impaciencia–. Pero algunos pueden ser máquinas sin saberlo.

– ¿Sí? ¿Crees que Danny–boy es una máquina?

– No, es demasiado desordenado. Pero yo diría que Cuatroestrellas es una máquina.

Jax sacudió la cabeza.

– No lo creo. Suda como una persona normal.

– Eso no importa –siguió diciendo La Máquina con calma. Yo aparento sudar, pero sigo siendo una máquina. Cuatroestrellas es una parte pequeña de una maquinaria militar mayor, que se puso en marcha antes de la epidemia. Ahora que está en marcha, no se parará.

– En eso tienes razón.

Ella no dijo nada más. Al cabo de un rato, él se acostumbró a su presencia. Cuando se detuvo para descansar, seguía allí.

Se sentó a la sombra, al exterior del garaje, y ella fue a sentarse con él.

– ¿Serás capaz de arreglarla? –le preguntó.

El asintió con la cabeza.

– Eso está bien.

Estaba sentada con una pierna estirada cómodamente y la otra doblada. Sus manos rodeaban débilmente la pierna doblada, y miraba a lo lejos.

Un momento de silencio. La sombra de una farola se había movido y caía a través de la espalda del ciempiés que estaba tumbado en la calle, junto al garaje. Mientras ellos miraban, la Niña ciempiés alzó la cabeza, y se deslizó hasta que tuvo todo el cuerpo al sol. Una vez allí, bajó la cabeza y se volvió a quedar quieta. Comprendía a las Niñas: reaccionaban a los estímulos externos de forma predecible. La gente le ponía nervioso.

– ¿Qué haces aquí? –le preguntó secamente.

– He venido a verte, eso es todo.

– Nadie viene a verme.

– Yo, sí.

– ¿Por qué?

Ella no respondió, y él la observó. Las manos que rodeaban su pierna doblada se habían crispado. Parecía más pequeña y menos segura de sí misma. Se encogió de hombros.

– Quería preguntarte una cosa.

El esperó sin decir nada.

Recogió la otra rodilla, como para protegerse, y rodeó ambas rodillas con sus manos.

Habló con indecisión.

– Cuando llegué a la ciudad, vi un ángel. La mitad de su cara era de metal en vez de piel. Y su mano –vio de reojo cómo ella levantaba la mano mientras hablaba–... Su mano era de metal, con juntas como esas –señaló las patas del ciempiés–. Y, yo quería saber... ¿Has construido tú algo así alguna vez?

El sacudió la cabeza, recordando el sueño que había tenido meses atrás.

– Yo no construyo nada –dijo por fin–. Sólo ayudo a la ciudad a que piense sus pensamientos. Esas... –extendió la mano hacia el ciempiés y hacia las otras Niñas del garaje–. Ésas son pensamientos de la ciudad. El ángel es lo mismo, creo.

– Creo que el ángel era el mismo que se llevó a mi madre –dijo ella.

La miró. Ya no tenía confianza en sí misma. Parecía mucho más pequeña que antes.

– Tu madre debía pertenecer a la ciudad –dijo él–. La ciudad fue y se la llevó.

– Pero, ¿dónde está ahora? –preguntó Jax–. No la encuentro.

– No lo sé.

– A veces creo que pronto la podré encontrar –dijo ella. A veces, cuando voy andando por la calle, sé que encontraré lo que busco a la vuelta de la esquina. Doy la vuelta a la esquina y la calle está vacía. Pero la impresión sigue allí. La esquina siguiente. O la otra.

¿Sabes lo que quiero decir?

– Lo sé.

Él había sentido la opresión sutil de la ciudad, que le rodeaba y le constreñía.

El calor que salía de ella ya no parecía tan desagradable como antes. Recordaba una vez que se había encontrado un gatito enfermo en la calle. Le había ofrecido comida, pero no la había tomado. Por último, se lo había llevado a Danny-boy, que lo había alimentado con leche en un biberón. Pero se había muerto igual. Prefería a las Niñas. Sabía arreglar las Niñas. No le gustaba ese sentimiento de

confusión. Le molestaba la presencia de ella, pero no podía decirle que se marchara.

– Viene Cuatroestrellas –dijo ella–. Quiere destruir la ciudad –recostó la cabeza sobre las rodillas–. A veces quiero escaparme, pero no puedo. Le dije a mi madre que ayudaría.

Y Danny–boy... –dejó la frase inconclusa, sin decir nada de Danny–boy. Parecía triste y abatida.

Él intentó pensar en cosas que la animasen.

– ¿Tienes sed? –preguntó de repente–. Mira, tengo bebidas frías. Tengo una nevera.

Toma –se marchó corriendo hacia la nevera y trajo una Coca–Cola fría–.Toma, es para ti.

Ella aceptó la botella.

– Todo saldrá bien –dijo él, sin saber de dónde venían las palabras. De algún lugar del pasado, de antes de la epidemia, de antes de saber que era una máquina–. Yo colaboraré.

Ella le sonrió y se arrepintió de sus palabras inmediatamente, pero era demasiado tarde para retirarlas.

Mucho después de que ella se hubiese ido, el aire del garaje estaba cargado de su aroma: un poco de sudor, un toque de humo de leña. Intentó trabajar en la placa solar del ala nueva, pero los minúsculos componentes no hacían más

que caérsele. La tarea le agotaba la paciencia. Empezó a cortar tubos para la armadura del ala, pero el primer corte que hizo estaba mal, y echó a perder un trozo de tubo.

Lo dejó también.

Se lavó las manos con agua fría, pero seguía sintiendo el calor de su contacto, donde sus dedos se habían rozado contra los de ella al darle la Coca-Cola. Se quedó de pie en la puerta del garaje, mirando la calle. Se ponía el sol y las farolas arrojaban largas sombras.

En la penumbra sintió que algo iba a suceder. El aire estaba fresco, azul y puro, y la calle parecía esperar algún tipo de señal. Esperó con ella, pero no sucedió nada, aparte de la puesta del sol.

CAPÍTULO XIV

LIBROS SE LLEVÓ UNA SORPRESA AGRADABLE CUANDO Jax vino a visitarle a la biblioteca. Le ofreció una infusión de menta y galletas danesas de una lata metálica.

– Están un poco duras pero, aparte de eso, se han conservado estupendamente –dijo–. He recuperado docenas de latas del departamento de delicatessen de los almacenes Macy. Toma las que quieras.

Jax aceptó una galleta y mordisqueó una esquina de la misma, mientras se sentaba tímidamente sobre una silla de madera.

– Estaba deseando que te pasases por aquí –dijo él.

Jax asintió.

– La ciudad me trajo aquí –dijo–. Empecé a andar y acabé ante la escalinata de la biblioteca. Pensé que debía entrar.

– Sea lo que sea lo que te trajo, bienvenido sea. ¿Lo has pasado bien en la ciudad hasta ahora?

Parecía que no quería comprometerse.

– Siempre estoy conociendo gente nueva.

– Eso no tiene nada de malo, ¿verdad?

– Supongo que no. Todos quieren hablar y hacer preguntas.

– Creo que te darás cuenta de que la mayoría de la gente de por aquí es bastante amistosa –dijo Libros.

Jax parecía pensativa.

– Yo no entiendo mucho de eso, supongo. Nunca he tenido amigos. Mi madre y yo vivíamos solas.

No tenía rastro de autocompasión en la voz. No hacía más que afirmar la verdad.

– Tu madre y tú debisteis de ser amigas –dijo Libros. Le inquietaba un poco su aceptación tranquila de una vida solitaria.

Ella sacudió la cabeza.

– No lo creo. Ella me cuidaba pero no solíamos hablar demasiado. Puede que tarde una temporada en acostumbrarme a eso de la amistad.

– Estoy seguro de que te irá bien.

Libros la estudió. La señora Migsdale tenía razón: la mujer tenía algo de salvaje. Un poco tímida, un poco peligrosa.

– Ser amigos es muy sencillo. Los amigos hacen cosas como ésta: se sientan juntos, toman el té y hablan.

– ¿Ah, sí? –tomó un trago de menta y le contempló fijamente por encima de la mesa.

— ¿Quiere esto decir que somos amigos?

Libros se acarició la barba, estudiando su respuesta con cuidado.

– Supongo que quiere decir que podríamos llegar a ser amigos con el tiempo. No creo que hayamos llegado todavía. Pero ya no tienes la mano en el cuchillo todo el tiempo, así que nos vamos acercando.

Ella miró su cuchillo. Cuando volvió a levantar la vista, él creyó percibir una sombra de turbación en su mirada.

– Danny–boy me dijo que podrías contarme muchas cosas sobre la ciudad.

– Eso es cierto. He estado trabajando en un libro que relata la historia de la ciudad desde la epidemia. O sea, que supongo que sé bastante.

Vio como ella miraba hacia la ventana. Afuera, en el alféizar, un par de monos se atusaban el pelo mutuamente.

– ¿Qué puedes decirme de los monos? –preguntó ella, inclinando la cabeza hacia la ventana–. A veces me siguen –contempló los animales con expresión intranquila–. A veces intentan hablarme. Pero no sé lo que quieren decir.

– Oh, sí, seguramente puedo decirte de los monos más de lo que estás dispuesta a oír.

Salen en mi historia de la epidemia. La trajeron a la ciudad, ¿sabes?

Jax le observaba con gran interés.

– Háblame de eso.

Libros daba una clase semanal a los niños que vivían en la ciudad. Después de enseñarles a leer o matemáticas, siempre les contaba un relato, algo relacionado con la ciudad. Ya les había contado la historia de los monos, y por eso empezó a relatarla con soltura.

– Antes de la epidemia, los monos vivían en un país que se llama el Nepal. Está lejos de aquí; hay que cruzar el océano y luego medio continente. Allí arriba, en las montañas del Nepal, hay un monasterio, que es un lugar donde viven hombres santos. Durante centenares de años, los hombres santos han vivido en el monasterio, y durante centenares de años los monos han vivido con ellos.

Libros tomó un trago de menta. Jax se inclinaba hacia delante y le clavaba los ojos en la cara.

– El monasterio era un lugar pacífico, incluso en tiempo de guerra –prosiguió Libros–. Y las gentes del Nepal contaban la leyenda de que eran los monos los que hacían que el monasterio fuese pacífico. Según la leyenda, si los monos se iban del monasterio la paz llegaría al mundo. Antes de la epidemia, el mundo no era un lugar pacífico.

Libros titubeó, y se preguntó si debería intentar explicar a Jax la Guerra Fría. Las actitudes de las naciones, las amenazas y las contraamenazas, las armas nucleares disuasorias y las conferencias en la cumbre; todas parecían tan lejanas como un libro que hubiese leído de niño. Recordaba el miedo constante, la conciencia de la muerte. Pero no era capaz de empezar a describir sus razones y solía saltárselo en la historia.

– Todo el mundo tenía miedo de que todos muriésemos en una guerra –dijo por fin–. Y mucha gente se asoció para intentar hacer algo al respecto. Se fue formando una asociación internacional por la paz: coalición de docenas de grupos de docenas de países. En algún momento, los monos se convirtieron en un símbolo de paz. La Coalición por la Paz quiso traer los monos del Nepal, y todos los parques zoológicos del mundo quisieron tener una pareja. Los niños de las escuelas donaban el dinero que les daban sus padres para la leche de media mañana, para colaborar en la construcción de recintos para los monos en los zoos; los

promotores de rock and roll organizaban conciertos benéficos. Parecía que todo el mundo estaba preparado para la paz. Los monos llegaron a San Francisco, a Washington D.C., a Moscú, a Tokio, a Beijing, a París, a Londres. La gente los recibía por todo el mundo como a mensajeros de paz. En el zoo de San Francisco, cientos de miles de personas hicieron cola para verlos. El alcalde declaró un día festivo para la ciudad.

Libros se quedó callado un momento, recordando los sentimientos de esperanza y de alegría que habían rodeado la llegada de los monos. Se había tomado el día libre en su trabajo, y se había sumado a la multitud que esperaba para ver los monos. Aunque había sabido que importar unos cuantos monos no podría traer la paz, había deseado que no fuera así. Quería creer en los monos.

– ¿Qué sucedió?

La pregunta de Jax le hizo volver al relato. Le escuchaba con atención, sosteniendo la taza entre las manos.

– Los monos trajeron la paz –dijo Libros–. Pero no como la habíamos esperado. En todas partes donde estaban se declaró la epidemia. La gente moría. Morían centenares de miles. La enfermedad se esparció de las ciudades al campo, y moría más gente –descubrió que tenía los puños apretados, e intentó relajarlos. No le gustaba recordar aquellos días–. Al principio se enterraban a los muertos con

funerales adecuados. Pero al final, abrumados por la cantidad de cadáveres los funcionarios de sanidad habían recurrido a quemar los cuerpos. El humo se había mezclado con la niebla de la ciudad y había flotado por las calles. Pronto descubrieron que los monos eran la causa, y que las portadoras habían sido sus pulgas. Pero ya era demasiado tarde. Entre los humanos se transmitía la enfermedad por un virus aerobio, como si se tratase de un resfriado. La epidemia resistió a todos los esfuerzos que se hicieron para combatirla. Y después de la epidemia llegó la paz. Tuvo que llegar: no quedaba nadie para luchar.

Libros levantó la vista. Jax estaba mirando por la ventana, contemplando los monos. Le miró.

– Pero, ¿por qué están los monos en la ciudad?

Libros se encogió de hombros.

– Supongo que alguien les dejó salir del zoo. Después de todo, no fue culpa suya.

Trajeron la paz, como había dicho la leyenda. Lo que sucedió fue que no era el tipo de paz que esperábamos.

Jax asintió, mirando todavía por la ventana.

– Me pregunto por qué me siguen.

– Son unos animales curiosos. Seguramente lo único que quieren es enterarse de lo que haces.

– Puede ser –dijo ella–. Puede que tengas razón.

Después de hablar con Libros, Jax regresó al hotel y esperó a que llegase a casa Danny-boy. Se quedó sentada en el sillón junto a la puerta del hotel. Caía el sol, y las calles próximas al hotel ya estaban en penumbra, oscurecidas por los rascacielos del centro. Hacia el este, el cielo era de un azul luminoso; empezaba a salir una luna creciente. El aire se llenaba de expectación ante la noche que se aproximaba.

Cerca de allí, dos monos jugaban en un coche abandonado. Las ventanas llevaban rotas mucho tiempo, y los animales se perseguían el uno al otro, entrando y saliendo por las aberturas. Luego, el mayor de los dos se detuvo, para empezar a golpear el capó con un palo, y el otro se agarró al volante y empezó a hacer gestos a su propio reflejo en el espejo retrovisor.

Jax los contemplaba perezosamente. La explicación de Libros no le había servido para comprender mejor a los animales. La observaban y la seguían. Parecía a veces que supiesen algo que ella debería saber, pero que no quisieran hablar.

Jax sostenía en su regazo la esfera que contenía la ciudad de San Francisco en miniatura. La sacudía de vez en cuando y veía bailar los copos dorados.

A la vuelta de la biblioteca había visitado a Tigre. Le había quitado por fin el vendaje en forma de ocho, y había afirmado que tenía el hombro como nuevo. Se sentía aliviada de no llevar el vendaje que la oprimía, pero la retirada del mismo le hizo darse cuenta de cuánto tiempo llevaba en la ciudad. Semanas explorando las calles de la ciudad y conociendo a sus habitantes.

Estudió la ciudad de la esfera. La miniatura había desempeñado un papel en el hecho de que ella viniese a la ciudad, pero no bastaría para retenerla. La ciudad misma se encargaba de ello. No podía huir. Sentía que ella formaba parte de ese lugar, y aquel sentimiento la sorprendía.

Se recostó en el sillón, mirando los altos edificios que la rodeaban. Cuando oyó el timbre de la bicicleta de Danny-boy a lo lejos dejó la esfera sobre la acera y se puso de pie para recibirle. Le hizo señas mientras se acercaba.

Oyó parlotear a un mono tras ella y se volvió hacia el sillón, justo a tiempo de ver que el animal daba un salto y tomaba la esfera de la acera.

– ¡Eh! ¡Deja eso!

Empezó a correr hacia el mono, pero éste salió de estampida. Cuando el animal saltó a la seguridad del toldo del hotel, dejó caer la esfera.

El vidrio se hizo añicos sobre el cemento de la acera. El agua salpicó en todas direcciones y formó una estrella oscura sobre el cemento. El mono le dirigió un chillido desde su puesto elevado.

Jax recogió la minúscula ciudad de entre los trozos de vidrio. Los edificios estaban moldeados en plástico, con ventanas pintadas. Había algunos fragmentos del polvo brillante que se habían quedado entre los intersticios y las irregularidades del plástico. La ciudad era mucho más pequeña de lo que había parecido a través del vidrio. No era lo que ella había esperado. No era ni mucho menos lo que había esperado.

CAPÍTULO XV

AL DÍA SIGUIENTE, LLOVIERON FLORES. UNAS FLORES doradas pequeñas, sin tallo, del tamaño de la uña del dedo más pequeño de Jax. El golpeteo suave de las flores contra el cristal la despertó. Formaban pequeños montones sobre el alféizar.

Abrió la ventana, sacó la cabeza y giró el cuello para poder ver el cielo sobre su cabeza. Unas motas amarillas caían del gris sin relieve, y bailaban al descender.

Danny-boy estaba de pie en la calle, por debajo de ella, y las flores le llegaban a las rodillas. Tommy y su hermana tenían una batalla de flores más abajo, en la misma calle, y se las tiraban a grandes puñados. Jax le llamó, y Danny-boy alzó la vista y la vio en la ventana.

– Vamos, baja –le gritó.

Barrió con la mano las flores del alféizar y vio cómo descendían revoloteando, hasta caer en la cabeza de Danny-boy.

– Voy a subir al tejado –gritó ella, y corrió por los salones y por las escaleras.

Las flores cubrían el hibachi y alfombraban la gravilla. El sol se abría paso entre las nubes, pero las flores seguían cayendo, en espiral, como los copos de nieve un día sin viento.

Jax se asomó por el borde de la azotea. Copos dorados llenaban los espacios entre las hileras de matas de judías. Cada edificio, cada coche, cada farola, estaban recubiertos de un polvo amarillo.

Estiró el cuello para ver caer las flores, y luego se tumbó entre ellas. Tenían un olor dulce y verde, como la hierba recién segada. Cuando oyó los pasos de Danny-boy en las escaleras, le llamó; y cuando llegó, le señaló el cielo de forma apremiante.

– Mira cómo reflejan la luz –dijo.

Se tendió junto a ella. Ella sintió el calor del cuerpo de Danny-boy junto al suyo y el calor del sol en su cara. Las manos de Danny-boy encontraron las de ella entre las flores, y, cuando la tocó, ella no se retiró. Las flores rozaban su cara como besos, y cada una dejaba una señal de polen y

el olor de la primavera. Danny-boy le apartó las flores de la cara. Por donde pasaba su mano parecía quedarse el calor. Su mano apartaba suavemente pétalos de su cuello, de sus pechos, de su vientre. Él la acarició en el cuello, siguiendo con la mano la línea de músculos que bajaban hasta la clavícula, siguiendo el borde de la clavícula.

Las flores caen del sol, pensó ella. La luz del sol, las flores y las manos de Danny-boy sobre su cuerpo; todo formaba parte del mismo momento. Respondía a la luz del sol, a las flores y a las manos de Danny-boy.

En aquel momento no existía la tensión que antes le había hecho ponerse tensa cuando él le tomaba de la mano o la miraba con demasiada solicitud.

Él le desabrochó la camisa de franela y le acarició los pechos. La luz del sol tenía algo de incitante, y el calor procedía de dentro de ella, así como del sol. Se quitaron la ropa torpemente, y finalmente se quedaron desnudos sobre el montón de flores. La piel desnuda de Danny-boy estaba llena de polen, y las flores desperdigadas se le habían enredado en el pelo.

La estaba mirando, y dudó un momento.

– ¿Te hago daño? –preguntó, tocándola en el hombro. Ella negó con la cabeza, y lo atrajo hacia sí para que la besara. Él la besó en la boca, en los pechos, en el vientre, en la ingle.

Se quedó allí hasta que el calor que procedía de ella pulsaba e irradiaba un calor peligroso. Ella soltaba exclamaciones con una voz pequeña, aguda y quebrada, que se elevaba y caía.

Apretó su cuerpo contra el de ella. Ella sentía cada contacto de forma tan intensa que la sensación estaba próxima al dolor: las flores que le caían sobre la cara, el suelo caliente de la azotea contra la espalda, las manos de Danny-boy sobre sus pechos, su cuerpo que se movía junto al de ella. La penetró, y ella gritó. El calor formaba olas que la rodeaban y la cercaban. El también soltó una exclamación, un suspiro ahogado que apenas era más fuerte que su respiración.

Se quedaron juntos, tumbados sobre las flores. Ella sentía un latido rítmico entre las piernas. Cerró los ojos y contempló las formas que el sol trazaba en el interior de sus párpados. Sentía la ciudad a su alrededor, como extensión de su propio cuerpo. El latido de su corazón era el palpitar de la ciudad. El viento soplaba por las calles de la ciudad como la respiración que fluía en sus pulmones. Sus nervios llegaban más allá de su piel y alcanzaban la azotea, las calles, los edificios que la rodeaban. El sol caldeaba el asfalto y ella se sentía segura y satisfecha.

Medio dormida, oyó un ruido, como el flujo del agua en un río. Al escucharlo, se dio cuenta de que era un aleteo y tuvo

miedo. Por el sonido sabía que el ángel volaba en picado sobre ella. Quiso salir corriendo, pero no se pudo mover. La ciudad la había capturado: la red de calles se le ceñía a las piernas; el cemento la lastraba. No podía respirar. Llena de terror, abrió los ojos para ver el ángel.

Las flores habían dejado de caer. El cielo estaba azul, despejado y vacío. Estaba tendida junto a Danny-boy bajo una manta de flores amarillas que ya empezaban a marchitarse y a ajarse por los bordes. Danny-boy dormía con un brazo bajo la cabeza, y el otro sobre la cintura de Jax. Ella se zafó de él y se puso de pie. Lo contempló un momento. Estaba sonriendo mientras dormía.

Ella todavía sentía que la ciudad la rodeaba, pero ya era una impresión más lejana.

Ahora quería tenderse junto a Danny-boy. Quería acariciarle el brazo y despertarle, para que se acercase a ella. Sabía que si se volvía a tumbar se quedaría junto a él hasta que se despertase. Sabía que si se despertaba y le pedía que se quedase con él, ella lo haría.

Y, por alguna razón, le daba miedo saber aquello.

Recogió sus ropas y se las puso. Mientras Danny-boy dormía, bajó corriendo las escaleras y llegó a la calle. No sabía dónde iba, pero sabía que tenía que ir a algún sitio, que tenía que hacer algo. Recogió su bicicleta de la

recepción del hotel, y se dirigió hacia la plaza del Centro Cívico.

Libros estaba sentado en la escalinata de la biblioteca, examinando una de las flores con una lupa. La saludó al pasar, y ella se detuvo a su lado. Tenía un libro abierto en las rodillas y otros más en los escalones a su lado.

– No las encuentro en ninguno de los libros –dijo, sacudiendo la flor que tenía en la mano–. Podría ser una especie totalmente nueva. Me pregunto de dónde vinieron. Mira, echa una ojeada.

Ella dejó la bicicleta apoyada sobre el caballete y se sentó a su lado en los escalones.

La flor parecía enorme a través de la lente. Podía ver nervios dorados más oscuros en los delicados pétalos dorados; los granos de polen eran grandes como cantos rodados. Sus propios dedos eran manchas rosadas, cubiertas de surcos.

– ¿Dónde vas? –le preguntó Libros.

Ella se encogió de hombros y deseó que no se lo hubiese preguntado. Siguió mirando a la flor, aunque sabía que él la estaba mirando a ella. ¿Por qué no la dejarían en paz toda esa gente? No sabía que decir. Aplastó la flor entre sus dedos y la dejó caer sobre los escalones.

– Algo te preocupa –dijo él, escudriñándole la cara–. ¿Qué es?

Ella se encogió de hombros.

– Sabes, desde el día en que te encontré, Danny-boy ha tenido miedo de que desaparecieses cualquier día. Pero sigues aquí. Eso está bien. Espero que te quedes por aquí.

– La ciudad me dio nombre –dijo ella–. Nunca había tenido nombre.

El asintió, como si esperase algo más. Ella se puso de pie de forma abrupta y le devolvió la lupa.

– Tengo que irme –dijo.

Se marchó en la bicicleta, sin volver la vista atrás. Subió por la calle Fell, hacia el océano. La rueda de su bicicleta deshacía montones de flores. Fuera del centro, la lluvia de flores había sido más ligera, sólo de algunas flores aquí y allá.

Llegó hasta la playa Océano y se sentó sobre el muro contemplando cómo rompían las olas contra la playa. Se quitó los zapatos y se paseó por el borde del agua. Las olas avanzaban y volvían al mar, volvían a subir y se volvían a retirar con indecisión eterna. El agua fría le lamía los pies. Cuando se retiraban, las olas absorbían la arena bajo sus pies.

El ritmo regular de las olas y la línea interminable de horizonte azul la tranquilizaban. El aire estaba lleno del perfume salado del varec que se secaba. Contempló una hilera de pelícanos que volaban sobre el agua en fila india.

Se agachó sobre la arena húmeda al borde del agua y empezó a dar forma a la arena con las manos. Una línea diagonal larga era la calle Market. Utilizó una tabla de madera arrojada por el mar para aplanar los lados de los montones de arena y formar los rascacielos del centro. Trazaba calles sobre la arena con un palo y creó el barrio Misión, el ensanche del Oeste, el distrito Richmond, el Haight, el distrito Sunset. Amontonó arena para formar la colina Nob y el monte Sutro. Recogió palos ennegrecidos de una antigua fogata, cerca del muro, y los esparció sobre las partes quemadas de la colina Nob. Con trozos de vidrio roto realizó un diseño intrincado en el lugar donde estaba el Jardín de la Luz de Frank.

El sol subió hasta lo más alto del cielo, pero ella no se dio cuenta. Cuando la arena se secó hasta el punto que ya no podía modelarla, buscó una lata oxidada y llevó agua para volverla a mojar. Recogió algas para el verde del parque Golden Gate, y construyó bloques de apartamentos en el ensanche del Este. Poco más allá del distrito Sunset, excavó una zanja para indicar el límite de la ciudad, y aplanó los

bordes de la zanja para formar la misma playa en la que trabajaba. Las olas llenaron la zanja y lamieron la playa.

El miedo que la había dominado en la azotea del hotel se había apartado. No había desaparecido del todo: recordaba el terror que le había cortado la respiración en la garganta y le había acelerado el corazón. Pero ahora, agachada sobre la arena, el terror estaba muy lejos.

Se sentó sobre sus talones y enderezó los hombros. Le dolía la espalda de agacharse; llevaba horas sintiendo el dolor pero no había querido hacerle caso. Le gruñía el estómago, recordándole que no había desayunado.

Al ponerse de pie oyó un aleteo. Su movimiento repentino había asustado a una gaviota, que se había echado a volar. Sonrió al ave. Tenía una ciudad minúscula a los pies y los aleteos no la asustaban.

– ¡Hola, Jax! –Jax miró sobre su hombro y vio a la señora Migsdale, que andaba por la playa rápidamente hacia ella. Me alegro de verte. Acabo de pasar por la biblioteca.

Libros dice que Danny-boy te anda buscando.

Jax se estiró, disfrutando de los calambres de sus músculos que se desentumecían. La señora Migsdale estudiaba la ciudad en la arena.

– Qué bonito –dijo–. Has debido de dedicarle horas.

Jax miró el sol, que estaba bajo.

– Creo que sí.

La señora Migsdale volvió la vista hacia la cara de Jax.

– ¿Qué te impulsó a emprender esta tarea?

Jax se encogió de hombros. Extendió las manos, sin poder explicar el sentimiento que la había incitado.

– La ciudad es demasiado grande para mí –dijo al fin–. Quería algo más de mi tamaño.

La señora Migsdale asintió.

– Ya veo. Magia simpática. Creando algo, obtienes un control sobre ello. Tiene sentido.

Jax bajó la vista hacia la ciudad. Si la señora Migsdale quería buscar una explicación, era muy dueña de hacerlo. Jax se sentía libre de la opresión de la ciudad, y con eso estaba satisfecha. Pensó en Danny-boy, y sonrió.

– Creo que será mejor que vuelva a casa.

Aquella noche, cuando Jax se desvistió y se metió bajo los cobertores de la gran cama de matrimonio, vino Danny-boy y se echó junto a ella. La rodeó con sus brazos y la besó suavemente.

Le hizo el amor otra vez, y volvió a ella el calor que había sentido sobre la azotea, que se movía por su cuerpo en una oleada irrefrenable. Se dio cuenta de que aquella impresión

no tenía nada que ver con el sol ni con las flores. Procedía de dentro de ella, en respuesta al contacto con Danny-boy.

Después, se quedó despierta, oyéndole respirar de forma suave y regular en la oscuridad. Dormía sobre su espalda con un brazo sobre el muslo de ella y el otro relajado junto a su costado. No comprendía cómo él podía dormir de esa manera tan abierta y vulnerable. Cuando ella se dio la vuelta en la cama, inquieta, él no se despertó, como hubiese hecho ella. Todavía dormido, se limitó a ajustar su cuerpo al de ella.

Se despertó más de una vez aquella primera noche sobresaltada cuando él se movía en sueños o cambiaba el ritmo de su respiración. Le tocó mientras dormía, sin motivo alguno, acariciándole el hombro o rozándole el brazo. Decidió que estaba bien que durmiese con ella. Si surgía una amenaza, ella se despertaría. Estaba claro que él necesitaba protección.

Incluso dormida, era consciente del cuerpo cálido que había a su lado. Soñó con tiempos felices, o eso creyó recordar.

Danny-boy se despertó al amanecer, cuando se asomaba la primera luz por la ventana.

Jax estaba dormida en posición fetal, protegiéndose el vientre vulnerable con la curva de la espalda, y con los brazos apretados a la cabeza. Mientras contemplaba su cara

dormida a la pálida luz, se preguntó si ella se llegaba a relajar en algún momento.

Mientras contemplaba su cara en reposo, que no sonreía, decidió que ella le necesitaba. Le demostraría que no necesitaba estar siempre en guardia. Podría relajarse a su lado. Envolvió el cuerpo de ella con el suyo, ajustándose a la curva de su espalda. La protegería. Se daría cuenta de que allí estaba segura.

CAPÍTULO XVI

LA LUZ DE LA MAÑANA SE FILTRABA a través de las ventanas sucias de la biblioteca. En su catre del departamento de historia, Libros bostezó y guiñó los ojos. Se había quedado despierto hasta tarde la noche anterior, intentando detectar un error en un antiguo manuscrito chino. Llevaba algunos años estudiando tanto la escritura china como el alfabeto Siddham que se utilizaba para transcribir el sánscrito en el siglo séptimo.

El texto que le había hecho quedarse despierto era el sutra «Corazón de la Perfecta Sabiduría». Después de comparar los ideogramas chinos con el original sánscrito, había llegado a la conclusión de que un traductor chino había transcrito incorrectamente dos sílabas, lo que quitaba todo su sentido al texto chino. Sólo cuando hubo descubierto esto fue capaz de irse a dormir.

Libros se frotó los ojos, se estiró y salió hasta la sala de lectura. La luz brillaba por las ventanas. En la mesa central, junto al manuscrito de Libros y su juego de diccionarios había una pila ordenada de libros. No estaba allí la noche anterior. Junto a la pila había un solo volumen delgado abierto sobre la mesa.

Libros dirigió la mirada alrededor de la sala. Nada más estaba revuelto. Tres gatos dormían pacíficamente sobre el fichero.

El viejo se acercó a la mesa e inspeccionó el libro abierto. Era una recopilación de ensayos traducidos del chino. La página abierta llevaba el título: «El Arte de la Guerra, por Sun Tzu». Libros miró los otros volúmenes de la pila: Las Obras Escogidas de Mao Tse Tung, Minimanual de la Guerrilla Urbana, Breve Historia de la Guerra de Guerrillas, El Manual de Cocina del Anarquista, y La Guerra de Guerrillas, del Che Guevara.

El aire de la sala era caluroso, y olía a cerrado. Como siempre, olía también levemente a gatos. Pero Libros sintió un escalofrío repentino, como si hubiese soplado un viento frío por la biblioteca. ¿Tendremos que llegar a esto? Él no era hombre violento. Era verdad que había participado en algunas riñas de taberna, en su juventud, pero eso había sido hacía mucho tiempo. Nunca había buscado pelea: siempre había intentado irse cuando empezaba una.

Además, era un viejo; no podía dirigir una guerra. Todo lo más podría servir de asesor de un líder más joven.

Se apartó de la mesa, recogió el cubo metálico que guardaba junto a la mesa de referencias, se echó al hombro una toalla y bajó las escaleras. Una vez fuera, se agachó junto al arroyo que fluía junto a la biblioteca. El agua se reía para sí misma, calladamente, mientras rodeaba las piedras de mármol de la escalinata de la biblioteca. Una rana saltó al arroyo, sobresaltada por la presencia de Libros. Los pececillos se escondían cuando su sombra cruzaba el agua. Allí fuera, Libros podía olvidar lo que se había encontrado en la mesa.

Se quitó la camisa y tomó una pastilla de jabón de su jabonera improvisada, un orificio entre los relieves floridos que decoraban la farola que había junto a la escalinata. Se lavó la cara y se salpicó el pecho; se le cortaba la respiración al sentir el agua fría sobre la piel.

Metió la cabeza bajo la superficie del arroyo, y luego se secó y se peinó el largo pelo blanco, tranquilamente, dejando que el sol le llegase a los huesos.

Cuando ya no podía perder más tiempo, llenó el cubo de agua y lo subió hasta la sala de lectura, donde llenó la tetera y prendió la llama de su infiernillo de queroseno. Cuando hirvió el agua, la tetera empezó a silbar suavemente, un sonido doméstico y reconfortante.

Se hizo una taza de menta, y se tomó un desayuno de pan y de queso. Luego, no se le ocurrió otra manera de retrasar el momento de mirar los libros. Desde que la señora Migsdale le había llevado el mensaje de la botella, había temido tener que llegar a esto.

Llevándose una segunda taza de menta, volvió con desgana a los libros que había sobre la mesa y se sentó ante el que estaba abierto para leer lo siguiente: La guerra se basa siempre en el engaño.

Por tanto, cuando tengas capacidad, finge no tenerla; cuando seas activo, aparenta inactividad.

Cuando estés cerca, haz que parezca que estás lejos; cuando estés lejos, que estás cerca.

Ofrece al enemigo un cebo para atraerlo; finge el desorden y golpéalo.

Cuando se concentre, prepárate contra él; cuando sea fuerte, evítalo.

Haz que su general se enfurezca, y confúndelo.

Finge inferioridad, y alimenta su arrogancia.

Mantenlo en tensión, y cánsalo.

Cuando esté unido, divídelo.

Ataca cuando no esté preparado; haz salidas cuando no te espere.

Estas son las claves de la victoria para el estratega.

Eran buenos consejos, pensó Libros. Siguió leyendo, deteniéndose a veces para beber su menta. Uno de los gatos dormidos se trasladó a su regazo. El texto tenía cierta gracia, una lógica elegante que elevaba la guerra de ser una lucha brutal a algo más próximo a la filosofía o a la poesía. Y eso no era tan extraño. Al fin y al cabo, un general chino tenía que ser poeta además de guerrero.

Libros terminó el ensayo y tomó *Las Obras Escogidas* de Mao Tse Tung. Tendría que estudiar, pero quizá pudiese prepararse para la guerra.

Jax daba brochazos lentos de azul celeste a un tramo de barandilla. A principios de la semana, Danny-boy y La Máquina habían aplicado chorro de arena a la barandilla para quitar la pintura suelta y que se estaba pelando. El metal recién dejado al descubierto estaba carcomido por el aire cargado de sal, y la pintura lo cubría de forma irregular, y se quedaba en los orificios.

El tiempo era bueno y despejado, un día de trabajo perfecto para una fiesta de trabajo.

Danny-boy había recibido un buen número de personas: habían venido treinta y cinco para ayudar a pintar. Venía una brisa ligera de la torre norte, que llevaba fragmentos de

conversaciones y de risas. Jax conocía a casi todos los que estaban colaborando. Eran bastante amistosos; bromeaban entre sí y se gritaban a lo largo y ancho del puente, compartían la comida y el vino cuando se detenían para comer, hablaban continuamente de sus planes y proyectos. Gambito seguía gritando a la gente desde arriba, hablándoles de la música que tocaba el viento en los cables. «Eso es una quinta perfecta. ¿No lo oyes?». La señora Migsdale recitaba poesías mientras esparcía pintura por la base de una torre. En la torre más apartada, Mercedes y sus dos ayudantes charlaban en español.

Pero Jax no comprendía los chistes, y la discusión constante le producía dolor de cabeza.

A lo largo del día se había apartado de los demás, y había elegido un lugar para pintar que estaba tan lejos de los otros como pudo. Trabajaba en un punto intermedio entre las dos torres. Allí, en el centro del tramo central, el cable bajaba hasta la calzada, y se volvía a elevar hacia la cúspide de las torres, formando un arco elegante. Un mono parloteaba a Jax desde su asiento en el cable del puente. El animal la había seguido desde la ciudad y había pasado el día viéndola pintar.

Podía percibir a los otros a lo lejos. En la torre sur, Mercedes y sus ayudantes pintaban un diseño complicado de triángulos que se superponían, en azul marino, turquesa

y de ultramar. En la torre norte, Serpiente colgaba de una cuerda. Jax veía la silueta de un dragón enorme; sus espirales majestuosas rodeaban la torre. El cuerpo estaba trazado en azul claro. Serpiente se ocupaba de la cabeza, a unos siete metros por encima de la calzada. Danny-boy estaba debajo de él, gritándole consejos e instrucciones. Las palabras, que el viento llevaba hasta Jax, estaban tan vacías de significado como los gritos de las gaviotas o el aullido de los leones marinos bajo el puente.

En el extremo más apartado del puente, Gambito subía metódicamente por el cable principal con una lata de pintura en spray; llevaba cuatro latas de repuesto, atadas con cuerda y colgadas al cuello. Lily utilizaba una máquina industrial para esparcir una capa de turquesa brillante en la base de la torre norte.

El mono volvió a parlotear a Jax. Se había acostumbrado a los monos, y su ruido no le importaba. Parecían bastante amistosos, y muchas veces era más fácil de soportar su parloteo que la conversación de la gente. Los animales no esperaban que ella parlotease, ni que se riese en el momento oportuno, ni que fuese educada.

– Yo también estoy algo cansada de tanto pintar –dijo al mono. Este torció la cabeza a un lado, contemplándola, y volvió a parlotear. No entiendo una palabra –dijo ella, y

volvió a mojar la brocha y a cubrir un tramo de barandilla de pintura azul.

Cuando volvió a levantar la mirada, el mono había empezado a trepar por el cable, a cuatro patas, con el trasero al aire. A unos cinco metros de altura, el animal se dio la vuelta y la miró. Tenía una expresión alentadora.

Jax miró hacia Danny-boy y los otros artistas. Nadie la miraba. Dejó la brocha sobre el borde de la lata de pintura, trepó sobre la barandilla hasta el cable, y siguió al mono.

La superficie del cable tenía estrías, que permitían que sus zapatillas se agarrasen.

Había dos cables menores, uno a cada lado del cable principal, que ofrecían un asidero frágil. Por delante de ella, el mono subía el cable a saltos. Jax siguió subiendo, atraída por la promesa del cielo profundo y azul sobre su cabeza.

Había un largo paseo hasta el cielo. El viento hacía oscilar el cable principal y tiraba de la cazadora de Jax, como si quisiera tomarla y llevársela por los aires como una cometa o como una nube. Veía manchas de espuma blanca en el agua, por debajo. El mono siempre iba un poco por delante de ella, y se detenía de vez en cuando para mirar por encima del hombro.

Se detuvo a mitad de camino. No había querido subir tan arriba, pero le gustaba recibir el viento sobre la cara. La

gente de abajo, en el puente, era minúscula. Cuando le hicieron señas, ella se las devolvió, pero no sintió la necesidad de volver a la calzada.

La pendiente del cable aumentaba al ir acercándose a la torre. La pintura que cubría la superficie estriada del cable se había pelado. Crujía bajo sus pies, como si anduviese sobre hojas secas. Cada vez que daba un paso, los trozos recién arrancados volaban al viento, una confusión de fragmentos de color naranja.

Resbaló una sola vez, y tuvo que agarrarse al cable delgado para no caerse. El mono se detuvo y la contempló en silencio desde pocos metros más arriba. Tenía las manos insensibles de frío, y apenas sentía el cable delgado, a pesar de que lo sujetaba con fuerza. Una gaviota, llevada por el viento, la llamó al pasar. No entendió sus palabras, pero parecía una advertencia.

El viento había limpiado la cúspide de la torre. El cable atravesaba un ojo en el centro.

Se sentó junto al cable y recogió las rodillas, abrazándolas para entrar en calor. El mono se acurrucó, apoyándose en ella.

– Menuda subida –dijo al animal, pero el mono no respondió.

Tenía a la izquierda el Golden Gate, la boca que la bahía de San Francisco abría al océano Pacífico. A su derecha, San Francisco, encogido por la distancia hasta el tamaño de la ciudad de su esfera de vidrio. Podría habérselo metido en el hueco de las dos manos.

Estaba sola. No oía a los artistas, ni a las gaviotas, ni a los leones marinos, sólo el viento constante que retumbaba en sus oídos. Dirigió la vista a la ciudad, y exploró el hueco que había encontrado en su interior. No era un dolor, en realidad, sino un vacío. Lo había notado al oír las bromas que hacían los artistas entre ellos.

Llevaba casi dos meses en la ciudad, pero no había encontrado a su madre. La ciudad la llevaba a un lugar y a otro, pero nunca adonde quería ir de verdad.

Se quedó tumbada sobre la cúspide de la torre. El cielo, sobre su cabeza, era exactamente del color de la cinta de raso que había enterrado con su madre. De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas. Su madre había muerto. Lo había sabido siempre, pero había dado la espalda a la realidad, la había mantenido aparte. Aunque llegase a encontrar al ángel, lo máximo que podría conseguir sería encontrar el espectro de su madre.

Una ráfaga de viento arrancó las lágrimas de los ojos de Jax. Pero cuando el viento se las llevó, ya no eran lágrimas sino minúsculas mariposillas azules que luchaban contra el

viento para volver volando hacia ella. Flotaban cerca de su cuerpo, y se protegían del viento entre los pliegues de su ropa. Andaban por sus manos, y le hacían cosquillas en la carne fría con sus patitas delicadas. Cada pequeño alfilerazo, donde se posaba cada pata, irradiaba calor.

No pudo evitar llorar. No sabía bien por qué lloraba. ¿Por su madre? ¿Por la ciudad?

Pero llegaron las lágrimas, y no podía contenerlas. Levantó las manos para limpiarse los ojos, y las mariposas aletearon, posadas en la punta de sus dedos. La rodearon, alas frágiles y cuerpos aterciopelados que rozaban su cara suavemente. Las vio trepar por el puente, aplastando sus alas contra la superficie naranja y temblando un poco cuando soplaba el viento. Se aplastaban tanto que se fundían con el metal y cubrían la pintura naranja con sus alas iridiscentes.

Las lágrimas le salían más lentamente. El aire estaba lleno de mariposas, y le dolían los ojos, con esa sensación áspera que sigue a las lágrimas.

– ¿Jax? –la voz de Danny–boy resonaba en algún lugar por debajo de ella–. ¿Jax? –el eco amplificaba y distorsionaba su tono de voz angustiado. Oyó un rechinar metálico, y se abrió una trampilla. Danny–boy saltó fuera.

No volvió a llamarla, sino que se dirigió a ella y la rodeó con los brazos. Ella no se retiró. Él estaba acalorado por la

larga ascensión por el interior de la torre, y olía a sudor y a pintura. La última mariposa aterrizó en el pelo de Danny-boy, con las alas temblando.

– ¿Estás bien?

– Estoy bien.

Asintió con la cabeza y miró hacia abajo, al puente. Todo lo que veía era azul, del color de la cinta de raso de su madre, del cielo en el crepúsculo, de las alas de las mariposas.

Un granjero de Marin, que se dirigía al mercado de Duff para ofrecer alimentos frescos a cambio de herramientas, detuvo su carreta junto a la primera torre del puente Golden Gate.

– Cáspita –dijo–. Lo veo y no lo creo. Lo han pintado de azul.

Contempló el dragón que se retorció alrededor de una de las torres.

Su hijo de diez años ya había saltado de la carreta de bueyes. Corrió a examinar la torre más de cerca.

– Son mariposas, papá –exclamó.

– ¿Qué quieres decir? ¿Mariposas?

El granjero bajó de la carreta y siguió a su hijo hasta la torre. Allí cerca pudo ver los huecos en la pintura azul. Sí que parecía como si alguien hubiese pintado miles de mariposas

sobre la superficie metálica. Se veían motas de color naranja en las partes en que las alas no habían llegado a cubrir toda la superficie; el azul era más oscuro donde se superponían las alas de dos de los insectos. El azul relumbraba al sol, ligeramente iridiscente.

El granjero rascó la superficie con una uña endurecida por el trabajo. El azul no se despintaba.

– Mira, papá –dijo el muchacho. Había encontrado una mariposa viva, que tomaba el sol sobre la barandilla, y la había atrapado en el hueco de sus manos–. He pillado una.

– No tiene sentido –gruñó el granjero–. Ven, vámonos.

El niño soltó la mariposa, a pesar suyo, y volvió a la carreta con su padre. El insecto, que se había rezagado arrastrado por el viento, descubrió un hueco del tamaño de una mariposa en el que todavía se veía la pintura azul, abrió las alas y se aplastó contra la superficie. La carreta de bueyes se puso en marcha hacia San Francisco.

– Los que viven en esta ciudad están locos –murmuró el granjero, más para sí mismo que para su hijo–. Siempre ha sido así.

Pero su hijo sonrió, pensando en las mariposas; y el granjero, por razones que no pudo comprender, también se sentía algo alegre.

CAPÍTULO XVII

ROSE MALONEY SE HABÍA CRIADO EN EL distrito Richmond, a pocas manzanas de la iglesia de Santa Mónica. Su madre la llevaba a misa cada domingo. Su padre era un contratista de obras que bebía demasiado, y siempre era generoso a la hora del arrepentimiento.

Maloney y Cía., reparaba el techo de la iglesia, arreglaba la fontanería, mejoraba la instalación eléctrica.

Los recuerdos de infancia de Rose estaban llenos de bancos de iglesia pulimentados, de agua bendita perfumada, de vidrieras en las que cada trozo de vidrio brillaba como una joya. Cuando Rose tuvo edad para ingresar en el jardín de infancia, acudió a la escuela parroquial, y pasaba los días de entre semana bajo los ojos vigilantes de las monjas vestidas de negro. En el recreo, los alumnos jugaban en el terreno asfaltado que servía también

de aparcamiento los domingos. Jugaban a las cuatro esquinas, a la comba, a las tabas y al rescate bajo la sombra del campanario de Santa Mónica.

Rose tenía treinta y nueve años cuando llegó la epidemia. No se había casado, y siempre había vivido en casa de sus padres. Cuando terminó el bachillerato se había puesto a trabajar de secretaria. Era una mujer delgada, de rasgos duros y pelo gris, que la peluquera de su madre cortaba y peinaba con un estilo que hacía juego con el de su madre. Cuando vino la epidemia, Rose llevaba trabajando muchos años en una pequeña empresa de seguros: pasaba impresos a máquina, rellenaba impresos, archivaba impresos, sacaba impresos de los archivos. Colaboraba en las clases de catecismo los sábados, y tocaba el órgano en las bodas.

Entonces llegó la epidemia. Su padre fue una de las primeras víctimas: media parroquia acudió al funeral. El funeral de su madre, que tuvo lugar sólo dos semanas después, tuvo poca asistencia: para entonces, la muerte ya era algo corriente, y todas las familias tenían que ir a sus propios funerales. El sacerdote había consolado a Rose, y había murmurado algunos lugares comunes sobre la voluntad de Dios.

Después de la epidemia, cuando Rose era el único miembro de la congregación que había quedado, siguió acudiendo a la iglesia cada día. Se sentaba sobre un banco

de madera y miraba la efigie de Cristo sobre la cruz, admirando la luz de colores que entraba por las vidrieras. Echaba de menos la charla con sus amigas después del servicio religioso; echaba de menos las cenas informales del domingo por la tarde. Pero se encontraba a gusto en la iglesia vacía.

Cuidaba bien la iglesia. Barría el suelo de mármol cada mañana. Llenaba las pilas de agua; no era agua bendita, pero no podía hacer nada al respecto. Regaba las plantas que crecían en jardineras, junto a la puerta. Esta última era su tarea favorita; siempre había sido aficionada a la jardinería.

Un domingo, tres meses después del Éxodo, estaba sentada en la iglesia vacía y contemplaba el altar. Parecía tremendamente desnudo. Se preguntaba si a Dios le importaría que lo decorase un poco con flores y plantas. Seguro que a Él no le importaría, pensó.

Mientras lo estaba pensando, entró una curruca por la puerta abierta de la iglesia, se posó en el altar, echó la cabeza hacia atrás y empezó a cantar; luego, se posó sobre la cabeza de Cristo. Era una señal de Dios, pensó Rose.

Empezó de forma lenta, con algunas macetas de geranios bajo el crucifijo, y cestos de hiedra inglesa junto a cada paso del vía crucis. Tomaba las plantas del vivero y apagaba sus

remordimientos sumando el coste de las plantas y dejando un pagaré en la caja.

Abrió las ventanas de la iglesia para que entrase más luz y aire. Entraron pinzones y gorriones para explorar el interior fresco. Se acostumbró a darles de comer: esparcía alpiste por el suelo de mármol junto al altar. Añadía algo cada día: una jardinera llena de esa planta de interior de hojas blandas que se llama amor del hombre, una imitación de una urna griega, hecha de escayola, en la que crecía un olivo de hojas brillantes, una palmera en una maceta que había rescatado del cuarto de estar de alguien.

Al cabo de un año, más o menos, se mudó a la casa parroquial, para estar más cerca de su jardín. Instaló un sistema de barriles para recoger el agua de lluvia, para disponer de agua para el riego en los meses de verano. Plantó hiedra en la base del campanario, bambú en la fuente bautismal. Cuando un pequeño movimiento sísmico rompió tres vidrieras, retiró el resto del vidrio para que entrase más luz. Las plantas florecían, los pájaros cantaban entre el follaje y hacían sus nidos sobre los brazos del crucifijo.

Danny-boy observaba a Libros, que ojeaba una guía de campo de mariposas.

– ¿Y ésta? –dijo Libros, alcanzando a Jax el libro y señalando con el dedo la foto de una mariposa azul pálido–. Viene a ser del tamaño adecuado. Y es de un azul uniforme, como dijiste.

Jax examinó la foto y sacudió la cabeza.

– No es el color. Lo podrías ver si fueses a mirar el puente. Ésas eran de un azul más oscuro.

Libros siguió ojeando el libro. Había pasado las últimas horas tomando nota de la relación de Jax del incidente del puente, apuntando los detalles para su historia de la ciudad. Estaba empeñado en identificar la especie exacta de mariposa, pero con poco éxito.

– ¿Estás segura de que no eran polillas? –murmuró.

– Supongo que podrían haberlo sido –dijo Jax–. Me imagino que las polillas y las mariposas no son tan diferentes.

Libros sacudió la cabeza y extrajo otro libro de la pila que había sobre la mesa. Danny-boy se separó de ellos y los dejó estudiando una guía de campo de polillas. Bajó la ancha escalinata que llevaba hasta el vestíbulo, y se quedó de pie en la puerta, abarcando con la vista la plaza del Centro Cívico.

Lloviznaba de forma intermitente desde la mañana, y el cielo tenía un color gris húmedo. Estaba inquieto, cansado

de estar bajo techo. Desde que las mariposas habían hecho que no fuese necesario pintar el resto del puente, no sabía en qué ocuparse, y necesitaba emprender un nuevo proyecto.

Oyó un timbre de bicicleta, y vio a la señora Migsdale que bajaba por la calle McAllister hacia él. Su poncho naranja ondulaba al viento tras ella, como un ave tropical que se quisiese escapar de aquel medio de transporte terrestre. Se detuvo junto a la acera y apoyó la bicicleta contra una farola.

– Hola –le saludó mientras subía los escalones de la biblioteca–. Me alegro de encontrarte aquí. Venía a decir a Libros que Cuatroestrellas ha enviado un grupo de reconocimiento hasta donde Duff. Esto ya es más que el típico espía disfrazado de mercader. Parece que va en serio.

Danny-boy sintió cierta emoción, que intentó reprimir. Parecía mal alegrarse de que la invasión, tanto tiempo esperada, se hiciese realidad por fin.

En el vestíbulo, la señora Migsdale se quitó el poncho, esparciendo gotas de agua sobre el suelo de mármol. Extendió la prenda mojada sobre el mostrador de recepción y lo dejó gotear. Danny-boy la siguió hasta el piso de arriba, donde ella interrumpió a Jax y a Libros para contarles las noticias.

– Diez hombres, mandados por un tipo moreno y bajito que se llama Rodríguez. Parece que han dado toda la vuelta: por el puente de Richmond y luego por el Golden Gate.

Según Duff, Rodríguez aduce que quería evitar una escaramuza con los Dragones Negros de Oakland. Pero Duff cree que querían evitar la ruta directa a través de la ciudad.

Yo diría que se trata de un hombre precavido.

Danny-boy se dio cuenta de que Jax tenía la cara seria. La acarició suavemente en el hombro, pero ella no pareció darse cuenta.

– Duff dice que ha estado haciendo preguntas sobre la ciudad. Dice que quiere hablar con algunos representantes de la administración local.

– Hablaré con él –dijo Danny-boy, a la vez que Jax decía:

– Iré yo.

La señora Migsdale miró a Libros.

– Creo que podríamos ir todos. Juntos formamos una buena representación de la ciudad, ¿no os parece?

Como siempre, el patio asfaltado ante el mercado de Duff estaba muy animado, lleno de granjeros, de mercaderes, de recolectores y de habitantes de la ciudad. Los granjeros vendían verduras desde sus carromatos o en tenderetes improvisados. Los toldos lánguidos que protegían las

mercancías desprendían vapor; el sol de la tarde evaporaba los últimos restos de lluvia.

Danny-boy siguió a la señora Migsdale y a los demás a través del mercado. La anciana saludaba a muchos mercaderes por sus nombres, les preguntaba por sus familias y les prometía pasarse a charlar con ellos cuando terminase su asunto con Rodríguez.

– La señora Migsdale conoce a casi todos los que comercian donde Duff –dijo Danny-boy a Jax–. Es una de sus fuentes para los artículos del *New City News*.

Jax asintió con la cabeza, pero no respondió. Sostenía su ballesta en la mano derecha, y bajaba la izquierda constantemente hasta el cuchillo.

– ¿Estás bien? –le preguntó él, rozándole el brazo.

– Ojalá me hubiese equivocado –apenas oyó su voz con el ruido del mercado–. Creía que quizá no viniesen nunca.

Le oprimió el brazo para intentar tranquilizarla.

– No tienes por qué hablar con ellos. Puedes volver a la ciudad.

Le lanzó una mirada de incredulidad.

– ¿Volver a la ciudad? Ni lo sueñes. Tengo que quedarme. Estos tipos os comerían crudos a vosotros tres y se quedarían con hambre.

– Nos estás infravalorando –protestó Danny–boy–. Te sorprenderías si vieras...

– Bueno –dijo ella con escepticismo. Irguió los hombros y silbó a Jezabel, que estaba husmeando delicadamente una cesta de pescado seco que nadie vigilaba–. Allá voy.

Ante el porche de la entrada principal de una de las casas de Duff encontraron un soldado descalzo que se apoyaba en la pared y sacaba brillo a sus botas.

– Perdone –dijo la señora Migsdale–. Buscamos a un señor que se llama Rodríguez.

El soldado, era un chicano que no tenía más edad que Danny–boy, alzó la vista de su labor y los estudió con unos ojos tan negros y tan desprovistos de expresión como su bota brillante.

– ¿Se refiere al comandante Rodríguez?

– Supongo que sí –dijo la señora Migsdale.

– ¿Qué quieren?

Danny–boy se dio cuenta de que Jax se ponía rígida, pero sin decir nada. La señora Migsdale no hizo caso del tono del soldado.

– Creemos haber entendido que quería hablar con representantes de la ciudad –dijo amablemente.

– ¿Ustedes representan a la ciudad? –el soldado observó al grupo, contempló el poncho naranja de la señora Migsdale y el manchado traje gris de Libros, y se rio–. ¿No estarán de broma? Este lugar debe estar todavía peor de lo que creíamos. ¿El perro también es un representante?

– Verdaderamente, no es necesario adoptar esa actitud –empezó a decir Libros–. No veo...

Danny-boy miró a Jax y la vio alzar la ballesta.

– Soldado, no tenemos por qué perder el tiempo con tus idioteces –dijo, y disparó la saeta, que se clavó en la pared a pocos centímetros de la cabeza del hombre. La saeta se incrustó en la madera con un crujido seco. Jax montó otra saeta en la ballesta sin retirar la vista del soldado, y la volvió a alzar.

Danny-boy advirtió que los mercaderes que estaban más cerca de la casa se habían quedado callados y contemplaban al soldado. Vio que la mirada del soldado oscilaba entre los mercaderes y Jax. Esta levantó las comisuras de los labios con una especie de sonrisa.

– Sólo quería conseguir tu atención –dijo en voz baja.

– ¿Por qué no intentas tener un poco de educación, hijo?
– sugirió un mercader.

– No sé si sabe lo que es eso –dijo un granjero que estaba de pie allí al lado.

– Todo esto es innecesario –intervino la señora Migsdale. Si hace el favor de avisar al comandante Rodríguez de que estamos aquí, estoy segura de que se alegrará de recibirnos.

El soldado retrocedió, abandonó sus botas en el porche y desapareció por la puerta principal. Danny-boy puso una mano sobre el hombro de Jax.

– Tranquila –murmuró. Ella temblaba, ligerísimamente–. Todo va bien.

Se movió la cortina de una ventana del piso superior, como si alguien mirase al exterior. Momentos después, otro soldado (éste tenía las botas puestas, y un fusil en la mano) bajó para escoltarles hasta un cuarto de estar pequeño.

El comandante Rodríguez era un hombre con el rostro bien afeitado y con un corte de pelo militar. Sonrió cuando Libros presentó a los miembros del grupo, pero la expresión era un simple movimiento de labios. No le llegaba a los ojos.

– Me disculpo por el incidente de la puerta. No esperaba una delegación de ciudadanos.

Su tono era más de molestia que de disculpa.

Dio la mano a Libros, a la señora Migsdale y a Danny-boy. Jax se quedó atrás, junto a la puerta. El soldado que les había escoltado hasta la sala tenía el fusil preparado y vigilaba a Jax. El comandante señaló el sofá, y la señora Migsdale, Libros y Danny-boy se sentaron.

– Póngase cómoda, por favor –dijo a Jax.

No se movió.

– Estoy cómoda –dijo.

La sonrisa del comandante Rodríguez se esfumó un momento, pero volvió a aparecer rápidamente. Se encogió de hombros.

– Como guste –dedicó su atención a Libros, al que consideraba evidentemente el jefe del grupo–. Ahora bien; ¿a qué parte de la población de la ciudad representan?

Libros se humedeció los labios y frunció el ceño.

– Nos representamos a nosotros mismos, por supuesto. Y podemos hablar con los demás. Pero, sabe usted, no tenemos una forma de gobierno representativa. Nuestro modelo es más bien el de un concejo ciudadano. Cuando queremos decidir algo, nos reunimos y lo discutimos. Pero le sorprendería saber qué pocas cosas afectan a todos en realidad. La mayoría de las decisiones se pueden tomar en grupos menores.

– Ya veo. Pero, ¿les han designado para hablar en nombre de las otras personas que viven en la ciudad?

– Nada de eso –dijo Libros–. Pensamos que podríamos venir simplemente a enterarnos de lo que querían.

Rodríguez frunció el ceño.

– Entonces, ¿no forman ustedes una delegación oficial?

Libros miró a Danny-boy y a la señora Migsdale.

– Todo lo oficial que usted podría encontrar en la ciudad, diría yo. ¿No opináis lo mismo?

Danny-boy se encogió de hombros.

– Supongo.

– No podría encontrar nada más oficial que esto –dijo la señora Migsdale–. Yo diría que tiene suerte de encontrar alguien que esté dispuesto a hablar con usted.

– Puede hablar con nosotros –dijo Libros–. Podemos decirle a los demás lo que usted diga. Así que, ¿por qué no nos explica lo que hace aquí?

Rodríguez se revolvió inquieto en su asiento, pero irguió los hombros, como si se hubiese decidido a proseguir incluso en circunstancias tan irregulares.

– Estoy seguro de que son conscientes de los esfuerzos por parte de Sacramento para reunificar nuestra nación –dijo–. Bajo el liderazgo del general Alexander Miles, los ciudadanos del Valle Central se acercan a sus vecinos. Donde encontramos bolsas de sobrevivientes, que luchan desesperadamente por labrarse una nueva vida entre los restos de la vieja, nos unimos a ellos, añadimos nuestra

fuerza a la suya. He venido a invitarles a que se unan a nosotros.

Danny-boy estudiaba las caras de sus compañeros durante el discurso de Rodríguez.

Libros tenía una expresión reservada, Jax abiertamente hostil, y la expresión de la señora Migsdale se iba endureciendo abiertamente. Cuando Rodríguez terminó de hablar, se quedaron sentados en silencio un momento. Por último, la señora Migsdale tomó la palabra.

– Yo no diría que estuviésemos luchando desesperadamente –dijo con sequedad–. De hecho, diría que nos va bastante bien –miró a Rodríguez con firmeza. Danny-boy había visto la misma expresión en su rostro cuando Tommy se portaba mal–. Y, por lo que he oído decir, las invitaciones del general Miles son difíciles de rehusar. Tengo entendido que la gente de Fresno prefirió no aceptar la invitación; pero ahora forman parte del imperio del general.

Rodríguez se recostó en su asiento. Danny-boy tuvo la impresión de que se alegraba de la objeción que le planteaba la señora Migsdale.

– En Fresno, una facción minoritaria quiso impedir que la ciudad se uniese a nuestra alianza. El ejército del general ayudó al gobierno legítimo a superar esta resistencia

–sonrió, mostrando una hilera delgada de dientes amarillentos–. Si visita Fresno hoy en día, descubrirá que los ciudadanos están orgullosos de formar parte de nuestra alianza.

– Me resulta difícil de creer –murmuró la señora Migsdale.

– ¿Podría dar más detalles, comandante? –preguntó Libros–. ¿Qué espera de nosotros exactamente?

– Queremos unir nuestras fuerzas a las tuyas –dijo Rodríguez–. Nuestras fuerzas les protegerán de sus enemigos. A cambio, los recursos de San Francisco nos ayudarán en nuestra labor. Ambas partes saldrán beneficiadas.

Danny–boy habló por primera vez, verdaderamente desconcertado por Rodríguez.

– No lo entiendo. ¿De quién nos van a proteger? Los únicos que nos molestan a veces son los Dragones Negros, y llevan años sin pasar a este lado de la bahía.

Rodríguez miró a Danny–boy claramente molesto por lo que consideraba como una interrupción por parte de un miembro menor de la delegación.

– Estoy seguro de que son conscientes de los fanáticos del sur y de los bígamos del este –dijo Rodríguez–. El tejido de nuestra sociedad está amenazado por vagabundos, que van de un lugar a otro esparciendo infecciones, robando. El

general Miles quiere devolver el orden a una nación a la que le hace mucha falta.

Danny-boy se rascó la cabeza.

– Siempre me han caído bien los vagabundos y los mercaderes. Tienen ideas interesantes. ¿Cómo recibiríamos noticias si no fuese por ellos?

– Estoy de acuerdo –dijo Libros–. Vaya, precisamente tuve una conversación apasionante el otro día con un mormón que se había quedado a pasar la noche aquí, en casa de Duff. Era un hombre bastante inteligente, aunque me pareció que tenía una visión bastante cerrada de la Biblia. Con todo, fue un intercambio de opiniones interesante.

– Parece que tenemos un desacuerdo fundamental –interrumpió la señora Migsdale–. Parece que ustedes creen que unirse para formar una nación mayor y más poderosa es bueno automáticamente. No estamos de acuerdo necesariamente. Personalmente, siempre he creído que se daba demasiado valor al concepto de nación. No puedo decir que me sintiese demasiado orgullosa de ser estadounidense; nunca me importaron mucho los Estados Unidos en conjunto, aunque sí que tenía bastante cariño a mi propio barrio. Siempre he sido partidaria de un sistema algo menos estructurado, más bien como las ciudades-estado de la antigua Grecia.

Danny-boy tomó la palabra e intentó explicar su posición más claramente.

– La verdad es que no me gusta este asunto de querer restaurar el orden –dijo–. Creo que el desorden funciona bastante bien. El caos tiene sus ventajas. Es un entorno mucho más creativo. Por tanto, creo que no tenemos mucho que decirnos. Parece que no tenemos demasiado en común –titubeó, contemplando la expresión de la cara de Rodríguez. Parecía muy alterado. Danny-boy buscó desesperadamente una sugerencia que pudiese tranquilizarle–. Pero quizá pudieran enviar aquí a algunos de sus artistas.

Podrían aportar nuevas ideas, y sería interesante.

– No es mala idea –dijo Libros–. Una especie de programa de intercambio cultural.

Unos cuantos poetas y pintores. Y escultores: tenemos un grupo de escultores muy activo.

– Escultores –repitió Rodríguez con voz ahogada–. Poetas y pintores. –Sacudió la cabeza lentamente–. Parece que no se hacen cargo de su posición –dudó un momento, y respiró hondo–. El general Miles quiere establecer una alianza con San Francisco. Les interesaría aceptarla. Ya que reconocen que no disponen de un gobierno central, les ayudaríamos a

instituir inmediatamente un gobierno provisional.
Después...

– ¿Y si rechazamos la oferta del general Miles?
–interrumpió la señora Migsdale.

Rodríguez se encogió de hombros. Su cara volvía a tener una expresión cuidadosamente agradable, pero su sonrisa tenía un tono de amenaza.

– Les recomiendo encarecidamente que la acepten. De una manera u otra, el general se apoderará de San Francisco.

Danny-boy oyó moverse los pies de Jax sobre la moqueta. Le lanzó una mirada de advertencia. Se humedeció los labios y se quedó quieta.

– No estoy de acuerdo –dijo la señora Migsdale–. No estoy de acuerdo en absoluto –se puso de pie–. Quizá sea mejor que nos vayamos. Creo que hemos oído lo suficiente.

Danny-boy agarró fuertemente el brazo de Jax mientras el soldado les escoltaba hasta la puerta. Parecía que pronto habría problemas. No quería que ella los desencadenase demasiado pronto.

CAPÍTULO XVIII

LA MAÑANA SIGUIENTE, RODRÍGUEZ CONSULTÓ SU MAPA y entró en la ciudad con una partida de cinco hombres. Bajaron a caballo por la calle Geary, y se dirigieron a lo que había sido el distrito financiero. Si aquel grupo de excéntricos que le había visitado representaba a la población de la ciudad, sería fácil tomarla. Sin gobierno central, sin organización... la resistencia sería mínima.

El cielo estaba cubierto, y flotaban flecos de niebla por la ciudad. El silencio de la calle sólo estaba roto por el sonido de los cascos de los caballos sobre el asfalto y por el cascabeleo de sus arreos.

En un principio, la ciudad no le pareció nada especial a Rodríguez. Ya había explorado otras ciudades abandonadas. San Francisco era mayor que las demás, pero, aparte de eso, era más o menos lo mismo.

A pocas millas de casa de Duff, Rodríguez ya se había dado cuenta de que esto no era lo mismo que en Fresno ni en Modesto. En un cruce había centenares de muñecas pequeñas que contemplaban a los soldados con ojos azules y cristalinos, muy abiertos.

Las muñecas estaban sentadas en el bordillo, sobre la acera, sobre los bancos verdes de la parada del autobús. En la entrada de una tienda había una estructura metálica que en tiempos había sostenido un toldo; la lona se había podrido hasta convertirse en jirones.

Había centenares de muñecas posadas sobre el armazón, abrazando los tubos metálicos con las piernas regordetas. Cuando soplabla la brisa, los jirones de lona ondulaban al viento y hacían cosquillas en las barrigas desnudas de plástico.

El casco de un caballo rozó una muñeca y la volcó. Salió un lloriqueo extraño del interior de la muñeca: «Maaa–Maaa».

El caballo se asustó, pero el soldado pudo contener al animal. No tenía sentido, pero la mirada sin pestañear de los ojos azules pálidos intranquilizaba a Rodríguez. ¿Quién se molestaría en recoger tantas muñecas? ¿Por qué se tomaría alguien ese trabajo? Parecía propio de un mal sueño. No exactamente de una pesadilla, sino de un sueño vagamente molesto en el que nada es lo que debía ser.

– Pérdida de tiempo –murmuró al hombre que montaba a su lado, y el soldado asintió con la cabeza, nervioso.

En la esquina siguiente, Rodríguez oyó un chillido lejano: un sonido mecánico agudo que tenía algo de histérico. Tiró de las riendas a su caballo y buscó el origen del sonido.

En aquel momento aparecieron por una bocacalle docenas de coches de juguete dirigidos por control remoto. Cada uno de ellos era del tamaño de una rata grande. Estaban hechos de plástico de vivos colores y decorados con bandas de colores y números, como coches de carreras.

Su yegua se aterrorizó y levantó las manos, mientras los coches de juguete estruendosos pasaban por debajo de ella en zigzag, siguiendo un recorrido demencial e imprevisible. La yegua saltó y coceó, como si quisiera levantar todas sus patas del suelo a la vez. Rodríguez luchó por controlarla, pero no hacía caso del freno ni de las espuelas.

Los otros caballos a su alrededor daban coces al aire. El caballo que se había asustado antes salió desbocado hacia donde estaban las muñecas pequeñas.

Los coches dieron una vuelta a su alrededor, y se metieron por una bocacalle, zigzagueando. Rodríguez controló a su yegua. «So, so», le murmuraba, mientras le daba palmadas en el cuello. Tenía ojos de espanto, pero se quedó quieta.

Un caballo había pisado uno de los juguetes. Estaba medio aplastado en el suelo; se movía convulsivamente, y todavía producía el terrible chillido.

Rodríguez desmontó para examinar el objeto más de cerca. El chillido infernal procedía de un aparato que estaba montado sobre el techo del coche. Tocó el juguete con el cañón de su fusil y le dio la vuelta. Las ruedas giraban en el aire, y el ruido subió una octava.

Alguien debía estar controlando los juguetes. Miró a su alrededor. La niebla se arremolinaba alrededor de los edificios altos. No había gente; no había ruido. No lejos de allí, la aguja de una pagoda de cemento señalaba el Centro Japonés. Sabía por su mapa que estaban como a la mitad del camino hasta el centro.

– No es más que un jodido juguete –dijo con desprecio. Pisoteó el cochecito. El metal se doblaba, y el plástico crujía bajo sus botas, pero siguió pisoteando hasta que cesó el chillido. Levantó la vista, y vio que sus hombres le miraban fijamente. Tiró los restos al arroyo de una patada.

Desde la azotea del hotel Miyako, del Centro Japonés, Danny-boy contemplaba con prismáticos cómo Rodríguez destrozaba el juguete.

– Una baja –dijo–. Lo siento, LM.

La Máquina se ocupaba de los controles, y dirigía el enjambre de coches hasta una distancia prudencial de los soldados.

– No hay problema. Hay muchos más en las jugueterías.

– Parece que está cabreado –dijo Jax. Estaba sentada junto a Danny-boy; se inclinaba hacia delante y miraba por otros prismáticos–. Ha perdido el control.

Danny-boy le puso la mano sobre el hombro. Ella tenía los músculos en tensión.

– Tranquilízate –dijo él–. Relájate.

Ella lo miró, y volvió a observar a Rodríguez.

– Díselo al hombre que está destrozando un juguete a patadas. Yo estoy bien.

Retiró la mano de su hombro y volvió a mirar por los prismáticos. Pero no la creyó, ni por un momento.

Rodríguez volvió a montar y dirigió a los demás por la calle Geary. La niebla se había espesado. Parecía cerrarse tras ellos y absorbía los sonidos que producían. El ruido de los cascos de los caballos quedaba amortiguado, el mismo tintineo de los arcos del caballo de Rodríguez parecía distante. La neblina fría les rodeaba, arrastrada por rachas de viento.

– Unas corrientes extrañas –murmuró Rodríguez, deseando romper el silencio–. Debe ser por la disposición de las calles. Los edificios canalizan el viento.

El silencio se tragó las palabras de Rodríguez. El sonido de su propia respiración resonaba en sus oídos. Seguía llevando el fusil preparado; no lo había metido en su funda después de utilizarlo para hurgar en el juguete, y tampoco quería meterlo ahora. Advirtió que los demás llevaban también sus fusiles preparados.

– Tranquilos –dijo en voz baja–. Es sólo un poco de niebla. No le gustaba el sonido de su propia voz.

Siguieron cabalgando un trecho, y no les sucedió nada malo. Empezó a tranquilizarse.

Cualquier ciudad extraña tenía que poner nervioso a uno, se dijo a sí mismo. Al tranquilizarse, la ciudad ya no parecía tan opresiva. Casi parecía acogedora. Algunos de los edificios incluso le parecían familiares. Entonces se dio cuenta de que los edificios sí le resultaban familiares. Acababan de llegar a la curva que llevaba a casa de Duff y se veía el mercado a lo lejos.

– Nos debemos de haber desorientado con la niebla.

Hizo girar su caballo para volver a seguir adelante. Llegaron a la esquina de las muñecas, pasaron la calle por la que habían salido los coches de juguete. Poco después, los

edificios volvieron a resultarles familiares. Y luego descubrieron que volvían a dirigirse hacia casa de Duff.

Rodríguez soltó una palabrota y consultó su mapa. Lo intentaron de nuevo, siguiendo la calle Balboa, que era una calle residencial que discurría en paralelo a la calle Gear, y de alguna manera, entre la niebla espesa, se volvieron a encontrar en casa de Duff.

Y así siguieron, aquel día, el siguiente y el otro, hasta que, por último, Rodríguez regresó a Sacramento para recomendar al general Miles que entrase en la ciudad por otro camino.

CAPÍTULO XIX

EL DÍA DESPUÉS DE QUE SE MARCHASE Rodríguez, Jax estaba sentada en la azotea del hotel Saint Francis, y se ocupaba en emplumar un nuevo juego de saetas para su ballesta. El astil de cada nueva saeta estaba hecho de tubo de aluminio de seis milímetros, recogido en una ferretería del centro. A petición de Jax, La Máquina había cortado el tubo en trozos de treinta centímetros, y había colocado en cada uno de ellos una cabeza afilada de acero inoxidable. La Máquina también se había ofrecido a emplumar las saetas: disponía de láminas delgadas de cobre que servirían para sustituir a las plumas. Pero Jax rechazó la oferta y prefirió las plumas que había recogido en el parque Golden Gate. Plumas de halcones, y plumas de búhos: a Jax le parecía que éstas harían que una saeta volase mejor que un emplumado de cobre sin vida. Era de sentido común.

El cielo era de un azul pálido y despejado, limpiado por la lluvia de la tarde. Se había formado un charco de agua en un rincón de la azotea, y tres gorriones se bañaban en el agua, salpicando y piando ruidosamente.

Jezabel los contemplaba, pero no se movía de su sitio junto a Danny-boy. Danny-boy estaba tendido sobre el suelo de la azotea, con una mano debajo de la cabeza. Jax colocó una pluma sobre el suelo. La dividió en dos limpiamente, a lo largo del cañón, con su cuchillo de monte. Recortó ambas mitades hasta las dimensiones adecuadas.

– ¿Por qué estás haciendo esas saetas metálicas? –preguntó Danny-boy. Ella lo miró, y vio que él la estaba contemplando-. Todas las viejas eran de madera.

– Serán más fuertes –dijo ella. Le ofreció una de las saetas terminadas.

– Estás haciendo muchas.

– Creo que necesitaré muchas.

La miró mientras pasaba las manos por el astil de metal y probaba la punta.

– La señora Migsdale cree que disponemos de cerca de un mes antes de que llegue Cuatroestrellas con su ejército. Hizo girar la saeta entre sus manos-. ¿Esperas enfrentarte a él con una ballesta?

– Es mejor que nada.

Le devolvió la saeta, y volvió a escrutar el cielo.

– Parece que debería de haber una manera mejor.

– Sí, puede ser.

Puso la saeta con las demás, y eligió otra pluma.

– Serpiente ha estado buscando armas de fuego, pero la mayoría de los lugares más evidentes fueron limpiados hace años. Encontró un depósito escondido en una casa de Sunset, y busca más. Pero sigue habiendo el problema de las municiones.

La contempló, con la saeta todavía entre las manos.

– Pero, de una forma u otra, ¿quieres matarlos?

Ella frunció el ceño, y se preguntó adónde querría ir a parar. Claro que quería matarlos.

– Seguro. Matarlos antes de que me maten a mí.

Intentó dividir otra pluma en dos por el cañón, pero se le escapó el cuchillo y estropeó una de las mitades. Sus preguntas la intranquilizaban.

– Hay algo de malo en eso –dijo él con voz tranquila.

– ¿Ah, sí?

Ella empezó a recortar la mitad intacta de la pluma, pero se le volvió a escapar el cuchillo. Envainó el cuchillo y dedicó toda su atención a Danny-boy.

– Está bien: dime qué tiene de malo.

– Cuatroestrellas viene por nosotros con armas de fuego y violencia, y le respondemos con lo mismo. Eso no parece bien. El fusil y el cuchillo: esos son los símbolos de Cuatroestrellas. Si adoptamos sus armas, parece que no somos mejores que él. Nos convertimos en el enemigo al que queremos derrotar.

Ella contempló las saetas a medio terminar. No le gustaba esa forma de hablar. ¿Por qué se convertirían ellos en el enemigo?

– No sé lo que quieres decir.

– No podemos ganar con armas de fuego –dijo Danny-boy–. No es así de fácil.

Se echó sobre un costado y se alzó con un codo, mirándola a la cara.

– No hables así –dijo ella–. Podemos ganar. Sólo necesitamos más armas de fuego. O explosivos. Podríamos hacer saltar el puente antes de que llegasen allí.

Danny-boy sacudió la cabeza.

– Ese es un planteamiento equivocado. No podemos ganar así.

Ella cruzó los brazos para que no le temblasen las manos.

– Entonces, ¿cuál es el planteamiento correcto?

– No te enfades –dijo él–. Eso es lo que intento descubrir –se frotó la barbilla, pensativo–. Sabes, Duff me enseñó una vez a jugar a un juego que se llama el póquer. Y yo siempre perdía.

– ¿Y qué?

– Cuando le pregunté a Duff por qué perdía yo tanto, sonrió y me dijo que no puedes ganar a un viejo en su propio juego. Creo que tiene razón –después de hacer una pausa, Danny-boy prosiguió–: Crees que sólo existe una manera de luchar: con armas de fuego, cuchillos, matando. Pero yo lo veo así: estáis dejando que Cuatroestrellas os lleve a su terreno. Ese es el tipo de guerra de Cuatroestrellas. Es su juego, y se le da bien.

Tenemos que conseguir que juegue a nuestro juego, no intentar ganarle al suyo.

– ¿Cuál es nuestro juego?

Danny-boy se miraba las manos. Tenía una media luna de pintura azul pálida bajo cada uña, recuerdo del puente Golden Gate.

– ¿Nuestro juego? Se nos da bien hacer que los mercaderes no quieran visitar el centro. Se nos da bien hacer que los granjeros se queden donde Duff y no pasen al resto de la ciudad. Se nos da bien mostrar a la gente una visión del mundo que nunca vieron antes. Se nos da bien intranquilizar a la gente. Se nos da bien convencer a la gente de que vea las cosas de otra manera.

– Hasta el momento, esas habilidades no parecen nada útiles. No para la guerra –dijo ella.

Levantó la vista de las manos, y sus ojos se cruzaron con los de ella.

– Podrían serlo –dijo–. No tenemos que matar a los soldados de Cuatroestrellas. Lo único que tenemos que hacer es que cambien de opinión. Sólo tenemos que conseguir que crean que podemos matarlos en cualquier momento. Eso bastaría. Pensemos en esta guerra como en un proyecto artístico.

Jax sacudió la cabeza.

– No.

Él no pareció darse cuenta de su negativa.

– He estado hablando con Libros. Dice que el resultado de una guerra depende sobre todo de la moral y el convencimiento de los combatientes. Me ha hablado de una guerra que tuvieron los Estados Unidos en un sitio que se

llama el Vietnam. El Vietnam era un país muy pequeño, que se enfrentaba al enorme poderío militar de los Estados Unidos –se incorporó, inflamado por su propio entusiasmo–. Pero el Vietnam ganó. Echaron a los estadounidenses.

– ¿Sin matar a ningún soldado?

– Oh, mataron a muchos; pero no es eso lo que importa. Lo que era importante, dice Libros, era la falta de moral de las tropas estadounidenses. No creían que pudiesen ganar. Y, en consecuencia, no ganaron –Danny–boy se inclinó hacia delante y extendió las manos–. Libros me habló también de ese tipo que se llamaba Gandhi. El país en que vivía había sido invadido por los británicos. Y Gandhi expulsó a los británicos luchando un nuevo tipo de guerra. En lugar de atacarles, se dedicó a estorbarles. La resistencia pasiva. Los británicos no sabían qué hacer. No sabían cómo enfrentarse con ese tipo. Y, por último, se marcharon. Parece que podríamos conseguir algo así.

Jax sacudió la cabeza.

– No lo entiendes. La guerra no puede ser un arte. Tenemos que matarlos.

Danny–boy extendió la mano y tomó la de ella.

– Mira, ellos también son personas. Puede que no te gusten, pero no creo que debamos matarlos mientras nos queden otras alternativas. Me parece que...

Ella retiró la mano y se puso de pie.

– No lo entiendes –repitió. Se apartó de él, abandonó su ballesta y sus saetas, corrió por la azotea y bajó las escaleras. Oyó que Danny-boy la llamaba, pero no se detuvo a escuchar.

Tenía un nudo sensible en algún lugar del estómago, y no podía permitirse tocarlo.

Podía rodearlo, determinar su tamaño y ubicación, sentirlo en el vientre, duro y pesado.

Pero no podía tocarlo. Cuando tocaba sus bordes, sentía la sensación de frío que acompaña a una grave lesión, como el frío que sigue al corte de un cuchillo un momento antes de que empiece el dolor.

Se quedó de pie en la entrada principal del hotel. En el centro de la plaza, la mujer de bronce sin nombre que estaba sobre la columna alzaba el tridente sobre los restos de las matas de calabacines y de las tomateras que se secaban. La lluvia la había lavado, y relucía a la luz de la primera hora de la tarde. Como la estatua de bronce, Danny-boy fijaba los ojos en el cielo, no haciendo caso de la basura que tenía a los pies.

Cuatroestrellas entraría en la ciudad y se haría dueño de ella mientras Danny-boy miraba las nubes y hablaba de símbolos.

Jax empezó a andar sin rumbo fijo. Los charcos de la calle reflejaban los edificios del centro. Cada charco ofrecía una visión ligeramente distinta de la ciudad, y la mostraba desde una perspectiva diferente.

Siguió andando y dejó atrás a Danny-boy. Le daba miedo. No le comprendía. Sus palabras tenían un sentido por separado, pero juntas eran absurdas. Pero él creía en sus propias palabras, y eso era lo que más miedo daba de todo.

Él confiaba en el mundo, en la gente del mundo, y eso le daba terror a ella. Le decía que se relajase, como si ella fuese la que tuviese que cambiar. Ella le decía que ella tenía razón y él no, y él se limitaba a sonreír. Él era el agua de un arroyo, que va desgastando las piedras de la orilla. ¿Qué es más fuerte: la piedra o el arroyo?

Siguió andando, contemplando los reflejos de los charcos. Podía irse de la ciudad, se dijo a sí misma. Irse antes de que llegase Cuatroestrellas, y salvarse ella por lo menos.

Pero sabía, aun cuando intentaba convencerse a sí misma, que no podía irse. Ahora, su sitio estaba en la ciudad.

Al cabo de un rato, descubrió que los edificios de los charcos ya no le resultaban familiares. Había dejado el centro y estaba en un barrio residencial. Siguió andando.

La conciencia de la presencia de su madre fue invadiéndola poco a poco. No pudo determinar el momento en el que tuvo la certeza de que su madre la dirigía a alguna parte, pero cuando vio el reflejo de su madre en uno de los charcos no se sorprendió.

Mientras Jax miraba, la imagen de su madre la miró a los ojos, le sonrió y desapareció.

Jax alzó la vista del charco. Estaba frente al 738 de la calle Ashbury, un edificio victoriano de dos pisos que había estado pintado de azul ultramarino, con bordes blancos y dorados alrededor de las ventanas. La pintura estaba descolorada y desconchada por los años. Un tejadillo que cubría los escalones de la entrada daba sombra al jardincillo que rodeaba la puerta principal. Había allí un ramillete de espigas doradas de trigo que destacaban sobre el fondo de color crema.

Era la casa de su madre. Jax lo supo con una certeza extraña. Subió los escalones y probó el pomo de la puerta. Estaba cerrada con llave.

Cuando se retiró de la puerta, una ardilla la riñó desde las ramas de un árbol del alcanfor. El árbol crecía en un

cuadrado de polvo, en la acera. Había superado sus límites a lo largo de los años: sus raíces habían rajado el cemento que las rodeaba; las ramas se habían extendido hasta rozar la casa. Jax observó que una rama gruesa pasaba bastante cerca del tejadillo que cubría la puerta principal. Desde aquel tejadillo alcanzaría las ventanas del piso superior.

El árbol del alcanfor tenía unas ramas generosas que le proporcionaban buenos apoyos. El salto de la rama al tejado sólo fue de un par de metros.

El interior quedaba oculto por persianas de papel de arroz blanco, pero Jax pudo ver que la ventana no estaba cerrada desde dentro. La empujó, pero no se abría. La empujó otra vez, más fuerte. El marco temblaba, pero no se abría. Se desprendieron fragmentos de pintura color crema y cayeron sobre el tejadillo. Se preparó, y empujó con el hombro.

La ventana se movía trabajosamente, y se abrió unos centímetros. Jax deslizó los dedos en el hueco y tiró de la ventana hacia arriba. Se movió otros centímetros, y luego dos palmos, tres palmos. Retiró la persiana y se metió por la abertura, con la cabeza por delante.

El aire olía a polvo. Distinguía las formas confusas de los muebles: algunas estanterías de libros, un piano vertical, un sofá, dos sillas con asiento tapizado. Encima del piano había un jarrón que contenía unos tallos secos de flores.

El aire que la rodeaba estaba cargado de pasado. Era sobrecogedor y opresivo.

Atravesó la habitación, y sus pasos resonaron por el suelo de madera. Cuando tocó algunas notas, probando el piano vertical, se quedaron en el aire, como una pregunta que no hubiese querido hacer.

Tomó de la repisa de la chimenea la fotografía de una familia sonriente. En la media luz, Jax pudo ver una mujer de pelo oscuro, un hombre de pelo rojo rizado, y dos niños.

La mujer se inclinaba hacia el hombre, con cariño; le rodeaba la cintura con el brazo.

Tenía la mano derecha sobre el hombro de uno de los niños.

Jax llevó la fotografía hasta la ventana, donde la luz era mucho mejor. La mujer de la foto se parecía mucho a su madre, pero nunca había visto sonreír así a su madre. Era una sonrisa feliz y abierta; la mujer de la foto estaba tranquila y a gusto consigo misma.

Jax observó las caras del hombre y de los niños, y se preguntó qué tendrían para hacer sonreír así a su madre.

Volvió a dejar la foto sobre la repisa y exploró la casa. Estaba acostumbrada a las casas deshabitadas: refugios rodeados de paredes, techo y suelo, lugares donde la gente había vivido y había muerto, dejando detrás trozos de sus

vidas. Había recorrido muchas casas, examinando fotos, libros, trofeos de bolos, dibujos de niños pegados a las neveras con imanes con forma de frutas, chucherías de cerámica que representaban caballos y perros.

Pero esta casa era diferente. Estas cosas querían decir algo. Había vivido dieciséis años con su madre, pero de alguna forma la mujer con la que había vivido parecía un casco abandonado, una mujer mecánica. La esencia de su madre estaba allí, todavía estaba en esa casa, todavía estaba en aquella ciudad, subsistía allí con las cosas que su madre había dejado atrás.

Cuando era niña, había espiado a su madre en secreto a veces. Una vez se había subido a un árbol que crecía junto al jardín. Se había quedado escondida entre las hojas todo el día. Toda la tarde calurosa había estado viendo a su madre limpiar las malas hierbas y los bichos de las tomateras. A última hora del día, cuando su madre hubo entrado en la casa, se había bajado en silencio y había entrado en la casa metiendo ruido, y alegando que la caza se le había dado mal. No sabía de qué esperaba enterarse observando a su madre, pero no podía evitar hacerlo.

Una tarde, cuando su madre la había enviado a recoger leña para el fuego, se había quedado junto a la ventana y había mirado adentro. Su madre leía un libro junto a la lámpara de queroseno. Jax recordaba haber sentido como si

una manaza le oprimiese el pecho. No había podido respirar. Le había palpitado el corazón como si hubiese corrido mucho. Se había apartado de la ventana, había recogido la leña y había alimentado la lumbre, sin decir nada a su madre. No había sabido qué decir. Ahora, al explorar la casa Jax sentía lo mismo que cuando había mirado a su madre por la ventana.

En un dormitorio que estaba decorado con cuadros de perros descubrió a sus hermanos, los dos niños de la foto de la repisa. Estaban tendidos en dos camas. Se les había descompuesto la carne: sólo quedaban huesos descoloridos. En la cabecera de cada cama había una matrícula en miniatura que tenía el nombre de cada uno. Mark estaba tendido de espaldas, con los cobertores hasta la barbilla. John estaba hecho un ovillo sobre un costado. Sobre la mesilla que había entre las camas había medicinas: un frasco lleno de cápsulas azul claro, una botella en la que se había cristalizado el jarabe para la tos.

Jax se quedó sentada largo rato en la mecedora que había entre las dos camas. Allí se había sentado su madre para leer cuentos a los niños para hacerlos dormir. Jax intentó imaginarse a su madre, la madre de la foto, sentada en la mecedora y contando un cuento en voz baja. Cerró los ojos, pero el único sonido era el piar de un pájaro en la ventana.

Dejó la habitación de los niños y volvió al recibidor. Junto al cuarto de los niños había un pequeño estudio. Allí Jax sentía con más fuerza la presencia de su madre. Se sentó en una mesa de despacho de roble, ante un escritorio lleno de objetos. Había una fotografía en color clavada a un tablón de anuncios: su madre estaba de pie con otras dos mujeres bajo una pancarta que decía: «Paz en Nuestro Tiempo». Bajo la foto había una caricatura de tipo político: había un mono desaliñado entre dos hombres: el Tío Sam y un hombre gordo que llevaba el símbolo de la hoz y el martillo. Cada uno de los hombres sostenía una mano del mono.

Jax estudió lo que había sobre el escritorio. En el centro había una carpeta llena de recortes de periódico amarillentos. Había una goma alrededor de la carpeta para mantenerla cerrada; como si su madre la hubiese preparado para llevársela, pero hubiese cambiado de opinión. La goma se deshizo en pedacitos duros cuando Jax intentó quitarla.

Jax ojeó los recortes. Parecía que todos hablaban del movimiento que había descrito Libros, el que había traído los monos a San Francisco. Los revolvió distraídamente, mientras se preguntaba por qué se habría molestado su madre en recortarlos. «Una Tropa de Exploradoras Consigue 10.000 Dólares Para los Monos de la Paz», «El Director del Zoo da la Bienvenida a los Monos de la Paz», «100.000 Personas en el Desfile».

Hacia la mitad del montón, Jax descubrió una foto de su madre, bajo un titular que decía: «Activista Budista Quiere Traer los Monos de la Paz a San Francisco».

Jax leyó el artículo, alumbrada por la débil luz que entraba por la ventana sucia. El periodista relataba la leyenda de los monos, de forma muy parecida a como la había relatado Libros. El artículo describía el movimiento que pretendía traer los monos del Nepal a los Estados Unidos, y citaba las declaraciones de la madre de Jax.

«La gente dice que los monos no son más que un símbolo –dice la señora Laurenson–, y yo estoy de acuerdo. Pero no debemos infravalorar el poder de los símbolos. La cruz de los cristianos, la estrella de David, la esvástica: todos ellos no son más que símbolos.

Pero son unos símbolos muy poderosos. La gente ha sostenido guerras en nombre de símbolos. Parece adecuado que utilicemos un símbolo para traer la paz.

»No me entienda mal: no soy enemiga de todo tipo de conflicto. Por desgracia, los conflictos son inevitables: siempre habrá discusiones, peleas matrimoniales y luchas territoriales. A lo que me opongo es a la guerra: la deshumanización institucional del grupo de gente al que ponemos la etiqueta de Enemigos. La Biblia dice: «No matarás», pero eso se refiere a la gente, y, cuando estamos

en guerra, los habitantes de la otra nación ya no son gente. Son el enemigo, y por lo tanto podemos matarlos.

Jax se revolvió nerviosamente en su asiento. Leer las palabras de su madre le hacía sentirse incómoda.

«Por supuesto, hay cosas por las que lucharía: lucharía por defender a mis hijos, mi hogar. Pero puede que no luchase de la manera que usted se figura. Creo que, a lo largo de los siglos, nos hemos quedado atascados en una sola forma de luchar. Por eso se quedaron tan sorprendidos los británicos por el planteamiento que hizo Gandhi del conflicto. Sacó una nueva manera de luchar, un método que reconocía la humanidad fundamental de la gente del bando contrario. Los británicos no sabían qué hacer con él.

»La organización militar reconoce que el movimiento por la paz ha descubierto una nueva manera de luchar, un arma nueva, que son los monos de la paz. Todavía intentan decidir cómo enfrentarse a este movimiento. Han intentado pasarlo por alto, desacreditarlo, impedirlo. Pero ninguna de sus tácticas tradicionales ha dado resultado.

Sólo cabe esperar que adopten la táctica que claramente les queda. Sonríe, como si algo le hiciera gracia, cuando se le pregunta cuál puede ser esa táctica: Unirse a nosotros, por supuesto».

Jax volvió a meter el artículo en la carpeta, y ojeó rápidamente los otros. En la parte posterior de la carpeta, debajo de todo lo demás, estaba la primera plana de un periódico, doblada y metida en la carpeta. Jax la desdobló con cuidado de no romper el papel quebradizo. Las letras de los titulares medían ocho centímetros de alto:

«LOS MONOS DE LA PAZ, RELACIONADOS CON LA EPIDEMIA.»

Jax no leyó el artículo. Volvió a meter la hoja en la carpeta, y dejó ésta sobre el escritorio. Se recostó en la silla y miró la foto del tablón de anuncios. Su madre sonreía.

Su madre la había llevado hasta allí para que pudiese leer esos recortes y pensase en los símbolos, en la paz y en la humanidad del enemigo. Jax no quería pensar en esas cosas.

Jax abandonó el estudio y se quedó quieta un momento en el recibidor. La puerta al final del pasillo estaba abierta y entró por ella silenciosamente. En la pared blanca tras la cama había colgado un rollo japonés en el que había pintado un paisaje empapado de lluvia. Los colores pastel de la pintura estaban apagados por la capa de polvo. La habitación estaba ordenada, aparte del polvo y de las moscas muertas que había por los rincones, y no había muestras de que la hubiesen abandonado precipitadamente.

Jax se sentó en la silla junto a la mesa de tocador de su madre. Los objetos que había sobre la mesa estaban cubiertos de polvo. Jax los limpió uno a uno con los dedos y los inspeccionó. Tomó una horquilla para el pelo de metal esmaltado, decorada con flores y pájaros. Limpió parte del espejo con una mano, se acercó la horquilla al pelo y miró su reflejo: una cara pequeña, sucia; el pelo revuelto, sin peinar desde ayer; las uñas rotas.

Volvió a dejar la horquilla sobre la mesa con cuidado.

El cepillo para el pelo tenía algunos pelos negros. Había un frasco pequeño de cristal tallado que todavía tenía restos del perfume de su madre. Jax quitó el tapón, y el cuarto se llenó de un aroma fresco y salvaje, como las flores de la primavera después de la lluvia.

Cada objeto del cuarto parecía cargado de fuerza: un espejo de mano con marco de plata; un brazalete de diamantes falsos; una caja de cristal que contenía un revoltijo de pendientes; un pañuelo de seda, descolorido por el sol; un colgante de plata que colgaba de una cadena también de plata.

Jax tomó el colgante y lo examinó. En un círculo de plata había un hombre sentado con las piernas cruzadas. Levantaba una mano, en un gesto que parecía una bendición; la otra mano se dirigía a la tierra, por debajo de

él. Tenía la cara tranquila. Un hombre pacífico. A Danny-boy le hubiese gustado.

Oyó ruidos distantes: la risa de niños, ahogada por las paredes del dormitorio, el sonido de unos pasos ligeros que venían por el pasillo. Oprimió el colgante y cerró los ojos, con miedo de que si lo miraba se desvanecería el hechizo.

Los pasos se acercaron. El cuarto estaba lleno del aroma del perfume de su madre.

Sintió que una brisa le hacía cosquillas en la nuca, un soplo desvaído de aire fresco.

Alguien extendió la mano sobre su hombro y le tomó el colgante de la mano. Jax siguió quieta. Sintió el frío de la cadena de plata contra su cuello, el roce ligero de dedos que manipulaban el cierre. El colgante era un círculo frío en el hueco de su garganta.

Jax extendió las manos.

– Espera –susurró. La mano de su madre rozó ligeramente el dorso de su mano, una caricia de urgencia–. Esto no me gusta. No entiendo otra forma de luchar. Espera.

Oyó el sonido de pasos que se alejaban.

Jax abrió los ojos y vio que estaba sola en el cuarto. Se miró al espejo, y tocó el Buda de plata.

– No me gusta –dijo, dirigiendo su protesta al cuarto vacío. Nadie respondió.

Huyó por la ventana abierta, como una ladrona.

Danny-boy encontró a Jax delante del hotel, hecha un ovillo en el sillón. Estaba contemplando cómo jugaban los monos entre los automóviles abandonados. Cuando llegó él y se sentó a su lado, en el bordillo, ella no dijo nada.

– Te he estado buscando –dijo él.

Lo miró, pero él no fue capaz de interpretar la expresión de sus ojos oscuros.

– Encontré la casa de mi madre –tenía la voz dura, como si luchase por controlarla–. Mi madre habría estado de acuerdo contigo.

El advirtió el colgante de plata que llevaba al cuello.

– No puedo decir que me guste –dijo ella–. No puedo decir que esté de acuerdo. Pero te ayudaré a luchar esta guerra estúpida a tu manera. Haré lo que pueda.

Se le quebró la voz, y él extendió los brazos para abrazarla, murmurando palabras tranquilizadoras.

– Todo irá bien. Tranquila.

Ella sacudió la cabeza y se apartó de él, frotándose los ojos con la manga de la camisa.

– Todo no irá bien. No vale la pena engañarse –le miró con firmeza–. Pero seguiré hasta el final. Supongo que me quedaré y moriré con el resto de vosotros.

– Quizá no muramos.

Ella se encogió de hombros, como si ya hubiese aceptado lo inevitable.

– Puede que no. Pero diría que tenemos grandes probabilidades.

TERCERA PARTE

El arte en la zona de guerra

«En la guerra no hay nada imposible,
siempre que se haga uso de la audacia.»

General GEORGE SMITH PATTON, 1944.

CAPÍTULO XX

– SERÁ MEJOR QUE NO LE QUITES LA CORREA los primeros días –dijo Jax, mientras pasaba la correa de Jezabel a Tommy–. Si no, se te puede escapar.

La perra movía la cola, indecisa, mirando primero a Jax, luego a Tommy, y volviendo a mirar a Jax. Jax evitaba mirar a Jezabel y a Tommy. Miraba a través del patio. El mercado de Duff, que solía bullir de mercaderes y de granjeros, estaba casi desierto. Había corrido el rumor de que se avecinaba una guerra. Los forasteros no querían acercarse a la ciudad hasta que se hubiese tranquilizado el panorama.

Al final del espacio abierto, un granjero cargaba el equipaje de Ruby en una carreta de caballos. Ruby, Tommy y su hermana, y todos los demás no combatientes, estaban siendo evacuados a Marin, donde los granjeros que simpatizaban con la causa habían aceptado protegerlos.

– No entiendo por qué no nos podemos quedar Jezabel y yo –dijo Tommy.

– Jezabel sería fatal en una emboscada –dijo Jax–. Saldría a saludar a Cuatroestrellas, meneando el rabo, y le volarían la tapa de los sesos.

Al reconocer su nombre, la perra lloriqueó en el fondo de su garganta, y acarició la pierna de Jax. Jax se inclinó, a disgusto, y frotó las orejas de la perra. Ella comprendía ahora por qué Danny–boy había decidido echar una última mirada a las barricadas, y por qué le había pedido a ella que llevase a Jezabel para dejársela a Tommy. Decir adiós era más difícil de lo que ella había pensado.

– Pero, ¿por qué no puedo quedarme? –dijo Tommy–. Mi hermana podría cuidar de Jezabel.

Jax sacudió la cabeza, pero el niño insistió.

– Se me dan bien las emboscadas –dijo–. Pregúntaselo a quien quieras. Se me da muy bien el escondite. Nadie me encuentra nunca. Se me da bien sorprender a la gente.

Jax se irguió.

– Maldita sea; esto no es el escondite. Esto no es un juego. Tienes que entenderlo. Esto es una guerra. Parece que nadie lo quiere reconocer.

Tommy se miró los pies, retorciendo la gorra con las manos.

Jax se mordió el labio, avergonzada de sí misma inmediatamente. No había querido ser brusca con el niño. No era culpa suya que nadie pareciese tomar aquella guerra en serio.

Era verdad que la gente había estado construyendo barricadas y acopiando armas y practicando maniobras de combate, pero lo hacían todo con un aire de juego, como si no tuviese más importancia que pintar el puente de azul o escribir una buena poesía.

– Lo siento –dijo a Tommy–. Estoy preocupada, eso es todo. No quería... –no terminó la frase–. Mira, cuando vuelvas, te enseñaré a disparar con mi ballesta. ¿Vale? ¿Te gustaría, verdad?

El niño no respondió.

– Lo siento –repitió en voz baja–. Ya sé que se te da bien sorprender a la gente. No me agobies, por favor. Tienes que cuidarnos a Jezabel. Danny–boy y yo contamos contigo.

El niño alzó la vista y la miró a los ojos por fin.

– Bueno –murmuró.

– Será mejor que te vayas –dijo Jax–. Cuida de tu madre y de tu hermana. Te necesitarán.

Tommy dio un paso hacia la carreta, pero se volvió. Dio un abrazo rápido a Jax, como si no quisiera decir nada con ello.

– Adiós –murmuró, y echó a correr hacia la carreta, donde Zatch estaba dando un abrazo de despedida a Ruby. Jezabel miró sobre su hombro, como si se preguntase por qué Jax no la seguía. Jax se retiró; no quería verlos marchar.

Danny-boy estaba admirando la barricada que bloqueaba la avenida Van Ness. Era una construcción complicada de automóviles, señales de tráfico y alambre de espino. Las señales, que habían sido recogidas de los accesos a las autopistas, decían todas DIRECCIÓN PROHIBIDA o PROHIBIDO EL PASO. Los edificios de alrededor estaban decorados de flechas, recogidas en las calles de sentido único. Todas las flechas señalaban el camino de vuelta hacia el puente de la Bahía.

Inmediatamente detrás de la barricada, una trinchera impedía el paso por la calle a los jeeps y a los automóviles. La Máquina había excavado trincheras en un gran círculo que rodeaba el Centro Cívico, con una pala mecánica que había encontrado en una antigua obra. Querían limitar la movilidad de Cuatroestrellas todo lo que pudiesen.

Danny-boy entró por la puerta abierta de un bloque de apartamentos que había junto a la barricada. Subió las escaleras y se metió por un agujero que había hecho La Máquina con explosivos, y que conectaba el bloque de

apartamentos con el edificio de oficinas contiguo. Atravesó el vestíbulo, subió tres pisos por las escaleras, pasó a la azotea y de ahí pasó a la azotea de otro edificio. Llevaban semanas creando y cartografiando rutas complicadas a través de la ciudad. Habían instalado escaleras de mano, habían abierto boquetes en los muros con explosivos, habían explorado las alcantarillas, y habían ubicado las vías de entrada a los túneles por los que antiguamente circulaba el «metro».

Por medio de aquellas rutas, una persona podía cruzar la ciudad y mantenerse a cubierto durante casi todo el trayecto.

Desde la azotea del tercer edificio, Danny-boy contempló la calle Polk. Veía a sus pies a Rose, que regaba las plantas que decoraban una barricada de hierro forjado. Llevaba guantes de goma, y se alejaba cuanto podía de los retoños de roble. Las hojas brillaban al sol con un color rojo que las delataba. Eran robles boreales rojos. El soldado que se rozase contra las bonitas hojas se llevaría una irritación que le escocería durante semanas.

Danny-boy atravesó las azoteas y bajó por una escalera de incendios hasta un callejón.

A una manzana de distancia, la Sagrada Familia protegía la calle Larkin. Zatch había liberado estatuas de cemento de Jesús, María y José de varios cementerios parroquiales.

En el centro había media docena de Cristos, rodeados de una docena de Vírgenes a la izquierda y un grupo de Josés a la derecha. Las imágenes estaban hombro con hombro, y cortaban el paso. Zatch había embellecido con alambre de espino la corona de espinos que llevaba cada Cristo en la cabeza. El alambre rodeaba las otras estatuas formando bucles sueltos.

Danny-boy se retiraba de las estatuas cuando sintió una mano sobre el hombro y un brazo que le oprimía la garganta.

– ¿Dónde está tu fusil? –le susurró Jax al oído.

Danny-boy volvió la cabeza para aliviar la opresión de su garganta.

– No creía que lo necesitase –dijo.

– ¿No te ha dicho nadie que hay guerra?

Aflojó el brazo, y él se volvió hacia ella.

– Mira –dijo ella–, no he pasado semanas enseñándote a disparar para que te dejases el arma en casa. Quiero luchar esta guerra a tu manera, pero tienes que estar preparado para otras posibilidades.

Le observó con los brazos en jarras. Ella portaba un fusil ametrallador Uzi al hombro desde hacía dos semanas. Llevaba dos cintas de municiones cruzadas sobre el pecho.

– No estoy haciendo más que comprobar las barricadas –dijo él–. Parecen buenas.

No podía ver los ojos de ella tras sus gafas de sol de espejo.

– Tendrán que serlo. Pronto las necesitaremos.

Él alzó la mano y le retiró las gafas de sol de la cara, las dobló y las guardó en el bolsillo delantero de ella. Ella enarcó las cejas y frunció el ceño.

– Casi ha caído el sol –dijo él–. No las necesitas. Además, me gusta verte los ojos.

– Está bien –dijo ella–. Míralos.

Se metió las manos en los bolsillos. Cuando él echó a andar hacia la calle Hyde, donde estaba la barricada siguiente, ella se puso a andar a su lado.

– Por cierto, Tigre ha terminado otra partida de bombas de humo. Quiere que le digas dónde las debe guardar.

Danny-boy pensó un momento. Habían estado escondiendo provisiones y armas en puntos estratégicos de la ciudad.

– Creo que detrás del altar de la iglesia de San Patricio. Pídele a Libros que compruebe el mapa, para estar seguros.

Pasaron junto a una barricada hecha de huesos humanos y de espejos rotos, obra conjunta de Lily y de Frank. Una hilera de calaveras les miraba desde los escalones de una

escalera de incendios próxima. En la pared blanca, bajo las calaveras, alguien había escrito con letras negras: «ARRETE C'EST ICI L'EMPIRE DE LA MORT».

Danny-boy frunció el ceño al leer las palabras.

– ¿Qué quiere decir eso?

– Se lo pregunté a Lily. Dice que quiere decir: «¡Detente! Este es el reino de la muerte».

Dice que lo tomó de la entrada de las catacumbas de París.

– ¿Dónde está eso?

Jax se encogió de hombros.

– No lo sé. Muy lejos.

Jax se quedó mirando la barricada. Danny-boy veía su cara reflejada en los espejos rotos que estaban esparcidos entre los huesos.

– Ésta no me gusta mucho. Me inquieta –dijo ella.

Danny-boy rodeó sus hombros con un brazo.

– Con suerte, a los soldados les pasará lo mismo.

– Sí –dijo ella–. Con suerte.

Tenía la voz tranquila, pero él advertía que su cuerpo estaba en tensión.

– Estoy asustada. Tengo miedo de lo que va a suceder. Quiero hacerles daño, antes de que nos lo hagan a nosotros.

– Yo también tengo miedo –reconoció él.

Ella sacudió la cabeza.

– No tienes tanto miedo como debieras. No tanto como yo.

– ¿Quieres marcharte? –dijo él–. Todavía te puedes ir a Marin. Todavía hay tiempo.

Le dolía, pero tenía que decirlo.

Ella sacudió la cabeza.

– No voy a ninguna parte. No puedo dejaros a vosotros que intentéis hacer esto solos, pobres idiotas. Necesitáis una persona práctica.

– Estás aquí porque éste es tu sitio.

– ¿Quieres hacer el favor de llevar tu fusil? –le dijo ella de repente–. Sé que no lo utilizarás, pero llévalo por lo menos. Me sentiré mejor si lo haces.

– Bueno –dijo él–. Lo haré.

– Sabes –dijo ella pensativamente–, todavía podemos volar el puente antes de que lleguen. O, mejor aún, volarlo cuando esté encima Cuatroestrellas.

– No podemos hacer eso. Si lo hiciésemos, seríamos tan malos como ellos.

– Yo no soy mejor que ellos –dijo ella. Se encogió de hombros–. Sabía que ibas a decir eso. Pero tenía que preguntarlo.

CAPÍTULO XXI

JAX LEVANTABA LOS HOMBROS POR EL FRÍO de la mañana. Apenas percibía por sus prismáticos la avanzadilla del ejército de Cuatroestrellas. Estaba sentada con Danny-boy en la azotea de la torre Union 76, que les daba una vista excelente del puente de la Bahía. Mientras ella miraba, el caballo que abría la marcha de la avanzadilla empezó a tirar coces, y otros dos se desbocaron. Al mismo tiempo, empezó a salir un chirrido extraño de la radio de campaña que tenía al lado.

– Deben de ser los grillos –murmuró Danny-boy. A intervalos irregulares a lo largo del puente, Gambito había instalado cables que, al ser pisados, desencadenaban sirenas, timbres de alarma y grabaciones de sonidos diversos. El favorito de Gambito era una grabación de unos

grillos copulando. Reproducida al máximo volumen, sonaba como un choque de trenes.

Los jinetes pudieron refrenar sus caballos. Jax veía por los prismáticos que el primer caballo bailaba nervioso. Reconoció al hombre que lo montaba. El comandante Rodríguez no parecía más contento que su caballo.

Jax examinó la procesión que seguía a Rodríguez. Diez jeeps muy viejos cargados de soldados y de material, unos cuarenta de acaballo, un lento vehículo de transporte y un carro de combate. El sol brillaba sobre los cañones de los fusiles, pero Jax no era capaz de identificar las armas a tal distancia. Confiaba en que el transporte llevase municiones que pudiesen utilizar los artistas.

– Son unos ciento cincuenta, ¿no te parece? –comentó Danny-boy–. No está mal.

– Nosotros sólo somos unos cincuenta.

– Sí, pero estamos en nuestro propio terreno.

Jax no se molestó en responder. No quería oír una nueva conferencia sobre la guerra de guerrillas y sobre la ventaja que tienen las tropas en su propio terreno.

– Casi han llegado a la Embajadora –dijo.

La Embajadora era un maniquí que La Máquina había provisto de un transmisor y receptor de radio. Con la radio

de campaña, Jax y Danny-boy podrían comunicarse con el ejército por medio del maniquí.

La Embajadora estaba posada sobre un soporte para señales de tráfico que cruzaba por encima de la autopista, donde ésta empezaba a descender hacia las calles de la ciudad. Lily había vestido al maniquí con una cazadora de cuero, una minifalda a juego y medias de malla. De las orejas le colgaban pendientes de diamantes que reflejaban la luz de la mañana; llevaba delicados guantes de encaje en las manos.

– Dudo que tengan demasiado que decirnos –dijo Jax.

– Nunca se sabe.

– Yo lo sé –dijo ella con certeza.

Los jeeps siguieron adelante despacio sobre el asfalto rajado. El jeep delantero llevaba una bandera de los Estados Unidos.

– Ese es Cuatroestrellas –dijo Jax–. El que está justo debajo de esa fea bandera.

Cuatroestrellas miraba hacia delante con feroz intensidad.

– ¿Sí? No parece muy contento.

Jax se encogió de hombros.

– A lo mejor no le gustan los ruidos fuertes.

Uno de los soldados de a caballo percibió a la Embajadora e hizo señas a Rodríguez.

La procesión se detuvo. Rodríguez volvió para conferenciar con Cuatroestrellas, y luego cabalgó hacia adelante solo.

Jax sostuvo sus prismáticos con una mano y tomó el micrófono con la otra. Había insistido en ser la primera que hablase con Cuatroestrellas. Danny-boy se lo había concedido a disgusto.

– Tranquila – le recomendó. Ella no le hizo caso.

– Hola, comandante Rodríguez –dijo.

Rodríguez miró fijamente al maniquí.

– ¿Cómo sabe mi nombre?

– Nos conocimos la última vez que estuvo por aquí. Soy Jax, ¿se acuerda? Quería advertirle a usted y a sus amigos. A la ciudad no le gustan las visitas si no han sido invitadas. Y ustedes no han sido invitados.

Jax vio por los prismáticos que fruncía el ceño y estudiaba la estructura metálica, buscando una forma fácil de trepar.

– Tendría usted un aspecto bastante tonto si intentase bajarme de aquí –dijo Jax–. Límitese a decirle a Cuatroestrellas que estoy sola y desarmada. Me gustaría hablar con él un momento.

– ¿Se refiere al general Miles?

– Por aquí le llamamos Cuatroestrellas –dijo ella–. Y ahora están en nuestro territorio.

Rodríguez hizo dar la vuelta a su caballo y trotó hasta el jeep, donde sostuvo una larga conferencia. Después, el jeep avanzó rebotando sobre los baches del asfalto.

Cuatroestrellas no se quedó mirando el maniquí fijamente, como había hecho Rodríguez. Lo examinó, lo juzgó y lo rechazó.

– No tengo por costumbre hablar con máquinas –dijo.

– Por lo que a mí concierne, no tenemos nada que hablar –dijo ella–. Mi mensaje es muy sencillo. Lárguense. Aquí no son bienvenidos.

Estudió el maniquí con calma.

– Y, ¿qué piensan hacer si no nos largamos?

– Les declararemos la guerra –dijo ella. Le intranquilizaba verlo, incluso a través de los prismáticos. Luchaba por mantener la voz tranquila y regular–. Nuestra guerra, no la suya.

– Y, ¿cuál es su guerra?

El general estudiaba el maniquí con expresión tolerante y divertida.

– Les mataremos –se le quebró un poco la voz. Sentía la mano tranquilizadora de Danny–boy sobre el hombro–. Les mataremos a todos, uno a uno.

Cuatroestrellas sonrió, y las líneas de granito de su cara se movieron. Jax tembló, pero le echó la culpa al frío.

– No lo creo –dijo–. Si fueran a matarme, ya podrían haberlo hecho fácilmente. Un francotirador a la entrada del puente, una carga explosiva en el mismo puente. Cuatroestrellas sacudió la cabeza.– Por lo que me cuenta Rodríguez, yo diría que no quieren matarme de verdad. Creo que son amenazas huecas.

– Le he avisado.

Jax apagó el micrófono y miró fijamente a Danny–boy.

– Parece que tenemos una guerra por delante.

– Estamos preparados –dijo él.

– Ojalá no te equivoques.

Ella inspeccionó el ejército por los prismáticos. Dos soldados subieron a la estructura metálica y retiraron a la Embajadora. Mientras Jax los miraba, la pierna derecha del maniquí se escurrió de su soporte, y cayó hasta que las medias de malla la retuvieron. La pierna oscilaba en un ángulo extraño, mientras los soldados bajaron el maniquí hasta los brazos del joven que conducía el jeep de

Cuatroestrellas. Este lo cargó en la parte trasera del jeep. Jax oyó por la radio una orden ininteligible de Cuatroestrellas, y la procesión siguió adelante.

– Oye, Cuatroestrellas –dijo por el micrófono–. Yo no iría por allí si estuviese en tu pellejo.

No recibió respuesta. Sólo el gruñido del motor del jeep, y el saltar irregular de los neumáticos sobre el asfalto desigual. Ella apagó la radio.

– Por ahí va LM –dijo Danny–boy. Jax alzó la vista a tiempo de ver pasar el girocóptero sobre ellos. Apenas percibía el zumbido distante de su motor. La Máquina voló bajo sobre los soldados, y dejó caer tres bombas de humo. Al caer soltaban humo de colores: rojo, blanco y azul.

Los caballos se asustaron de las explosiones, y luego quedaron ocultos por nubes de humo. La Máquina ganó altura, y se alejó del tiroteo de fusiles. Jax siguió mirando, mientras el humo se dispersaba y se reagrupaba el ejército. Siguieron la autopista, y luego la dejaron por la salida del Centro Cívico, y desaparecieron de su vista.

– A mí no me parecía que estuviese asustado –dijo Jax, bajando los prismáticos–. No estaba intimidado para nada.

– Acaba de empezar el juego –dijo Danny–boy–. Espera y verás.

Ella sacudió la cabeza.

– Eso es lo que no hago más que decirte: no es un juego – oyó tiros a lo lejos, y se preguntó a qué dispararían los soldados.

Lily y Zatch estaban tendidos sobre el techo de un almacén, apretando el vientre contra la gravilla y la tela asfáltica. A sus pies, el ejército estaba respondiendo de forma exagerada a una obra de arte.

Zatch había descubierto en un almacén al sur de Misión una docena de caballos de plástico de tamaño natural, que eran para las muestras de las tiendas de guarniciones y arreos. Los había cubierto de arreos de montar que había recogido, y los había colocado en la Novena avenida, mirando al puente. Había montado con gran cuidado un esqueleto humano sobre cada caballo, sujetando los huesos con alambre en posturas realistas de jinetes.

Lily había sugerido el toque final. Juntos, habían sustituido los cráneos humanos por cráneos de animales, recogidos de las trastiendas de los taxidermistas y de las colecciones de la Academia de Ciencias. Los cráneos de animales contemplaban la calle con órbitas vacías: un cocodrilo, un lobo, un león de las cavernas, un gorila, toda una variedad de perros, una cebra, un ciervo con la cornamenta completa.

Cuando soplaban el viento, las cabezas oscilaban hacia delante, como si emitiesen un juicio solemne. La horda

esquelética saludaba al ejército como si fuesen los guardianes del templo de una religión olvidada. El ejército los recibió con fusiles.

– Sobre gustos no hay nada escrito –murmuró Lily al oír los disparos.

– Espero que no estropeen ese cráneo de león de las cavernas –murmuró Zatch–. Me sentí un poco culpable al tomarlo.

– Era para una causa justa –Lily se asomó con cuidado sobre el borde del tejado.

Debajo de ella, los soldados seguían disparando a las esculturas. El jinete cocodrilo había caído al suelo, empujado por un caballo asustado. Mientras ella miraba, uno de los hombres disparaba una andanada al jinete lobo, en respuesta, al parecer, al movimiento del cráneo al viento. – Jesús –dijo ella bajando la cabeza– estos tipos disparan a todo lo que se mueve.

– Pues no te muevas –le recomendó Zatch secamente.

Siguió su propio consejo y se quedó quieto hasta que el ruido de disparos se perdió a lo lejos.

Desde un ático del complejo Opera Plaza, Frank observaba a través de un telescopio cómo se acercaba el ejército al Ayuntamiento. Gambito estaba sentado en un sillón a su lado.

– Ahora llegan a las esculturas de Lily –retransmitía Frank.

Lily había hecho un tirannosaurus rex de tamaño natural; había construido el reptil gigante enteramente a base de objetos recogidos: bisutería, zapatos de tacón, trozos de linóleo, hojas de papel de estaño, ralladores de queso, cucharas de madera, tuberías de cobre, juguetes de plástico. Una señal de tráfico doblada formaba su espina dorsal, y dos tiradores de puerta de vidrio brillaban de forma maléfica en sus órbitas. En una farola próxima estaba posado un pterodáctilo hecho de retazos de cuero y de medias de nailon viejas, sobre una estructura de huesos humanos.

– Vaya ¡Qué pena! –dijo Frank.

– ¿Qué ha pasado?

– Un soldado acaba de volarle la cabeza de un tiro al pterodáctilo –dijo Frank–. ¡Qué mal le sentará a Lily!

– ¿Dónde van?

– Se detienen delante de ese edificio feo de hormigón que está en la avenida Golden Gate. Desde luego que tienen mal gusto para la arquitectura –Frank siguió observando un momento–. Me pregunto dónde estarán los monos –dijo. –Es raro que no haya algunos por la biblioteca.

– Están escondidos, como animales listos que son –dijo Gambito–. No tiene sentido estar por donde hay gente disparando.

– Están izando la bandera de los Estados Unidos en el mástil que hay en la plaza –observó Frank–. Sabes, nunca me había dado cuenta antes, pero es una bandera bastante fea.

– Puede que no sea más que por el entorno –dijo Gambito–. En manos de una fuerza de asalto, cualquier bandera parece fea.

Frank asintió mientras seguía observando a los soldados de la plaza.

– Supongo que tienes razón. Pero es verdad que es fea.

Por la noche, la niebla abrazó a la ciudad como un amante. La neblina de la bahía subió por las calles y por los callejones de la ciudad, se mezcló con el humo de colores que había quedado de las bombas de La Máquina y adquirió un tono poco natural y un olor acre.

En la plaza del Centro Cívico, los soldados se apretujaban alrededor de sus fuegos de campamento. La niebla se pegaba a ellos, humedecía sus ropas y sus ánimos, silbaba en las hogueras como el susurro de los niños. Era un tiempo malvado, sigiloso.

Los soldados habían bloqueado las calles próximas a la plaza del Centro Cívico con rollos de alambre de espino. Unos reflectores blancos, duros, iluminaban las barreras.

Dentro del campamento de los soldados, el generador que alimentaba los reflectores gruñía fuertemente, un ruido feo

y continuo. La niebla se deslizaba por los haces de luz de los reflectores y relucía en las púas agudas del alambre.

El centinela de la esquina de la avenida Golden Gate y la calle Larkin se ciñó más el abrigo y bostezó. Estaba dentro de la barricada y miraba hacia la ciudad oscura.

Jax estaba agazapada en las sombras, tras él. Había venido por las alcantarillas, por debajo de su aparato defensivo. Iba sola. A pesar de las protestas de Danny-boy, había insistido en trabajar por sí sola. Sentía que la presencia de Danny-boy la hubiera distraído. No se hubiera podido concentrar en la lucha si él hubiese estado a su lado.

Después de mucho refunfuñar, Danny-boy se había ido con Serpiente a la primera tarde de combate.

El centinela cambió el fusil de posición; evidentemente se aburría. Se metió el fusil bajo un brazo y buscó algo en un bolsillo. Jax le vio liar un cigarrillo y encenderlo. Cuando la llama arrojó un breve resplandor sobre su cara, Jax pudo ver que no era mayor que Danny-boy.

Jax deslizó un dardo en su cerbatana y le apuntó al cuello. Llevaba semanas practicando, pero la tensión nerviosa le afectaba la puntería. El primer tiro ni siquiera le rozó. Ella maldijo en silencio, y se quedó en la oscuridad. Él se puso firme, escuchando algo: quizá el leve ruido del dardo al caer

sobre el asfalto. Después de un momento, el centinela volvió a relajarse.

El segundo dardo le dio en la parte posterior del cuello, justo por encima del cuello de la camisa. Dio una palmada al dardo, como se puede dar a un insecto, luego dio una segunda palmada y el dardo cayó al suelo. Jax retrocedió aún más en la sombra, y esperó que la droga tranquilizadora que había preparado Tigre hiciese efecto. El centinela intentó tomar su fusil, pero se le resbaló de entre las manos.

Cayó lentamente sobre una rodilla, y por último se desmayó.

Jax salió corriendo a la luz, lo agarró de los hombros y arrastró su cuerpo flácido hasta la oscuridad. La adrenalina bailaba por sus venas, y la noche parecía más fría de lo que había parecido un momento antes. Se le agudizaban los sentidos: advertía cada detalle de la escena. La niebla trazaba formas delicadas al deslizarse bajo el reflector; el cigarrillo que había dejado caer el centinela resplandecía como una luciérnaga; la barbilla del joven soldado estaba marcada por un pequeño rasguño que se había producido al afeitarse su barba incipiente.

Con movimientos rápidos lo tumbó de espaldas, le cruzó los brazos sobre el pecho de forma ordenada y abrió la faltriquera que llevaba en el cinturón y que contenía

pinturas indelebles para la piel. Trabajó con cuidado, y sólo utilizó la pintura roja y la negra.

Opinaba que lo mejor era la sencillez.

Con letras mayúsculas negras escribió sobre su frente: MUERTO. Firmó en la mejilla derecha con letras rojas: «Por Jax». Colocó el Certificado de Defunción entre sus manos cruzadas. Lo había impreso la señora Migsdale en la prensa del *New City News*, y decía: CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN

Le rogamos que se considere apartado de la lucha.

Piense que podríamos haberlo matado.

Si no deja de combatir, le mataremos de verdad la próxima vez.

Firmado,

El Pueblo de San Francisco.

Danny-boy, la señora Migsdale y Libros habían pasado varias semanas discutiendo el texto. A Jax le gustó este borrador; pero también es verdad que los cinco anteriores también le habían gustado.

Tomó el fusil del centinela y le quitó todas las municiones que llevaba. Luego, levantó una rejilla y se metió por el túnel de desagüe.

Semanas atrás había aflojado las rejillas en zonas estratégicas, preparando vías de escape por los

subterráneos de la ciudad. Volvió a colocar la rejilla en su sitio y descendió por los escalones oxidados que había en una de las paredes del túnel. Pisaba con precaución: los peldaños metálicos estaban cubiertos de algas resbalosas. El túnel en el que había entrado era más ancho que la mayoría de los otros: podía andar agachada en lugar de arrastrarse sobre el vientre.

A Jax le gustaban los túneles. Tenía algo de reconfortante el estar oculta completamente, contenida por la ciudad misma. El aire estaba frío, y solía oler mal, pero aceptaba el olor de la descomposición a cambio de la sensación de seguridad.

Oía el martilleo de su corazón en la oscuridad cerrada. Encendió su linterna, que iluminó un trozo de cañería. El cemento había sido gris en un principio; ahora estaba manchado y descolorido, con marcas y vegetaciones indefinibles. Un moho azul verdoso formaba líneas y manchas irregulares, como si fuesen inscripciones en algún alfabeto desconocido.

Siguió el túnel hasta que éste conectó con el alcantarillado antiguo. Encontró un lugar seco junto a la tubería del alcantarillado, donde pudo dejar el fusil y las municiones del centinela. Luego, se metió por otro desagüe, buscando una segunda víctima.

El segundo centinela se parecía mucho al primero: un soldado aburrido en un puesto avanzado. Lo dominó con facilidad, y disfrutó al hacerlo: un placer que sabía a humo y a miedo y a dolor. Cuando estaba terminando su firma, oyó pasos a lo lejos y se lanzó por el túnel. Al bajar por el desagüe, oyó un grito, al que siguió el chirrido de un silbato. No se quedó a escuchar.

En la calle Market salió al aire de la noche y estiró sus músculos agarrotados. El viento había empezado a disipar la niebla. Al levantar la mirada atisbaba algunas estrellas.

Escuchó a lo lejos un momento: oía el ulular de una sirena. Un coro de ladridos de perros se unió a la sirena: venía de mucho más cerca. Los perros dejaron de ladrar y empezaron a aullar: un ruido quejumbroso primitivo que le ponía de punta el pelo de la nuca. Se preguntaba cómo se sentirían los soldados.

Un aullido respondió a los otros desde un callejón próximo. Ella se asomó a la oscuridad y vio un par de ojos brillantes.

– ¿Buena caza? –preguntó.

– Buena caza –respondió Randall, que salió de la sombra. A pesar del frío, no llevaba puesto más que un pañuelo rojo anudado al cuello.

– Mercedes y sus amigos soltaron los caballos del ejército, y nosotros hicimos que salieran de estampida. El resto de la manada los persigue por el parque Golden Gate –sonrió–. Buena caza.

– Me dirijo al cuartel general para hablar con Danny–boy –dijo ella–. ¿Quieres venir?

El negó con la cabeza.

– La noche es joven. Tengo tiempo de cazar.

Se desvaneció entre las sombras y la dejó sola. Oyó tiros a lo lejos.

– Buena suerte –dijo a la oscuridad. Con los fusiles capturados al hombro, marchó a buen paso hacia la playa Norte, donde los artistas habían establecido su primer cuartel general provisional en un bar que se llamaba Club ChiChi.

La Máquina vigilaba desde la azotea del Club ChiChi cuando se acercó Jax. La vio correr por la acera del otro lado de la calle, entrando y saliendo de los portales, pendiente de cualquier sonido en la oscuridad que la rodeaba.

– Jax –la llamó en voz baja. Cuando ella levantó la vista, él le hizo señas–. Sube por la escalera de incendios.

Ella desapareció de su vista, y él oyó el traqueteo de sus pasos sobre los escalones metálicos. Subió a la azotea y

colocó los fusiles que llevaba sobre la superficie de tela asfáltica y gravilla.

– Pillé a dos centinelas –le contó, con voz baja y emocionada–. Y Randall me ha dicho que han soltado los caballos.

– Danny–boy me dijo lo mismo.

– ¿Ha vuelto Danny–boy?

– Está abajo, con los demás.

– ¿Qué haces aquí arriba?

– Tengo la primera guardia. Todos los demás están abajo. Rose está preparando un estofado de gamo. Deberías bajar.

Ella sacudió la cabeza.

– Todavía no tengo hambre –dijo–. Te haré compañía un rato.

Se sentó a su lado con los pies colgando por el borde de la azotea. Sus talones golpeaban la pared nerviosamente.

En las últimas semanas, La Máquina se había acostumbrado a la presencia de ella.

Cuando se estaban preparando para la guerra, ella se había pasado muchas veces por su taller.

– ¿Qué crees, entonces? –le preguntó ella de repente–. ¿Crees que tenemos alguna posibilidad?

Tenía los hombros inclinados hacia delante, como si tuviese frío. Su mano derecha jugueteaba con el colgante de plata que llevaba al cuello. La Máquina la estudió detenidamente. Supuso que no esperaba una respuesta categórica.

– ¿Tú qué crees? –preguntó.

– Nos ha ido bien esta noche, pero ha sido sobre todo porque les hemos tomado por sorpresa. No sé cómo nos irá mañana –se frotó las manos en los vaqueros, nerviosamente–. Pero, ¿sabes una cosa rara? Me alegro por primera vez de que estemos luchando esta guerra de la manera que quería Danny-boy. Me alegré de no tener que matar a esos soldados esta noche. ¿Sabes lo que quiero decir?

El asintió lentamente.

– Sí, lo sé.

Últimamente, trabajando con Danny-boy, con Jax y con los otros en los preparativos de la guerra, había empezado a sentir que la gente quizá no fuese tan mala como había creído. Todavía no se fiaba de esa impresión, pero estaba dispuesto a aceptar la posibilidad.

Jax le sonrió de repente, extendió la mano y tomó la de él, que no se resistió. Ella le apretó la mano, y él se sintió feliz un momento.

La primera noche de la guerra, los artistas mataron a quince soldados: cada uno de ellos con la inscripción «MUERTO», una firma y un certificado de defunción entre las manos. Además, recogieron quince fusiles y muchas municiones. Los artistas sufrieron una baja: un poeta se torció el tobillo al resbalar en los escalones del Club ChiChi.

CAPÍTULO XXII

JAX HABLÓ CON CUATROESTRELLAS POR MEDIO DE la Embajadora.

– Hola –dijo al micrófono–. ¿Hay alguien ahí? ¿Me oyen?

– Si, señora –la voz de la radio titubeaba–. La oigo.

– ¿Con quién hablo?

– Con el soldado de primera Johnson –dijo la voz.

– Encantado de conocerte, Johnson. Oiga, ¿me podría poner con el general Miles? Quiero hablar con él.

Esperó, recostada en un sofá de terciopelo rojo de la oficina del Club ChiChi. Danny-boy y ella habían dormido allí algunas horas, y no se habían despertado hasta que La Máquina había venido a decirles que ya era de día, hora de ponerse en contacto con Cuatroestrellas. Jax se incorporó

para hablar con Cuatroestrellas. Danny-boy siguió tendido en el sofá, con la cabeza sobre su regazo.

Oyó por la radio de campaña que se abría y se cerraba una puerta.

– Se lo he dicho al sargento –dijo Johnson–. El general Miles recibirá el mensaje en seguida.

– Está bien –dijo Jax–. Y, ¿cómo te fue anoche? ¿Sigues vivo?

– Sí, señora. Estoy bien.

– Puedes llamarme Jax, Johnson. No hace falta ser tan formalistas.

– Pillaste a un amigo mío anoche –dijo Johnson, vacilante–. Dice que no te vio llegar.

– Claro que no, Johnson. Así me gusta hacer las cosas. Tú tampoco me verás llegar.

Una pausa larga.

– ¿Por qué no matasteis a esos tipos? –preguntó Johnson por fin–. Parece raro.

– ¿Preferiríais que lo hiciésemos? –preguntó Jax–. Podemos hacerlo si os gusta más así.

El ruido de una puerta que se abría cortó la respuesta de Johnson.

– ¿Eres tú, Cuatroestrellas? –preguntó.

– ¿Tienes algo que decirme?

Por el tono de su voz, Jax juzgó que Cuatroestrellas no estaba contento. Oyó el crujido de una silla al sentarse.

– Quería sugerirte que os fuerais de la ciudad.

– ¿Por qué debería irme ahora? ¿Simplemente porque han pintado la frente de algunos de mis hombres?

Cuatroestrellas se rio, un sonido forzado y abrupto.

– Hemos matado a quince de tus hombres. A este paso, estarán muertos todos dentro de una semana.

– ¿De qué habla? No han matado a nadie. Un poco de pintura, eso es todo. Esto es absurdo.

– Estoy de acuerdo –dijo ella con calma–. Es absurdo sostener una guerra contra nosotros. No tenéis nada que hacer. En la primera noche perdisteis el diez por ciento de vuestros efectivos. Parece estúpido que os quedéis por aquí cuando os superamos tan claramente.

– Están haciendo la guerra de una forma estúpida –murmuró Cuatroestrellas.

– Nunca habíamos hecho la guerra –reconoció Jax–. Estamos improvisando.

Acarició el pelo de Danny-boy, y éste sonrió.

– Si no te gusta nuestra forma de luchar, búscate otra guerra. No nos importaría.

– Mis hombres tienen balas de verdad, mujer –dijo Cuatroestrellas–. Cuando matamos a un hombre, se muere de verdad.

– ¿Nos sugieres que hagamos lo mismo? –alzó la voz–. ¿Qué opinas de eso, Johnson?

¿Crees que deberíamos matar de verdad a la gente? Si hubiésemos decidido luchar de esa manera, tu amigo estaría muerto ahora.

Johnson no dijo nada.

– ¿Quiere responder, soldado? –dijo Cuatroestrellas.

– No, mi general.

– ¿Ha recibido órdenes sobre la comunicación por este aparato?

– No, mi general.

– Eso ha sido un descuido, soldado. No se comunicará por medio de este aparato.

¿Comprendido?

– Sí, mi general.

Cuatroestrellas volvió a dirigirse a Jax. Tenía la voz peligrosamente tranquila.

– Sus intentos de intimidar a mis soldados son risibles –dijo–. Su guerra es ridícula.

– La muerte no es cosa de risa, general.

Oyó el ruido de su silla, que se arrastraba por el suelo al levantarse él.

– No tiene nada más que decirme.

– Supongo que no. La guerra sigue.

Oyó que Cuatroestrellas cerraba la puerta tras él.

– Eh, Johnson –dijo al centinela–, ¿de verdad crees que deberíamos matar gente?

No recibió respuesta, pero al escuchar atentamente creyó oír su respiración.

– Piénsalo –dijo–. Hablaré contigo más tarde.

Apagó el micrófono.

– Parece que tendremos que seguir luchando –dijo.

Danny-boy abrió los ojos y le sonrió.

– Tanto mejor. Hubiera sido una pena hacer tantos preparativos en balde.

Aquella primera mañana, Jax se unió a Serpiente y al Viejo del Sombrero.

– Necesitamos ayuda para llevar unas cosas a Misión –dijo el Viejo del Sombrero a Jax.

Ella aceptó la mochila que éste le entregó. Al asir la correa, sintió una pequeña vibración.

– Está zumbando –dijo ella.

El pelirrojo sonrió.

– No lo dejes caer –dijo–. Está lleno de tarros de vidrio, y los tarros están llenos de avispas. Esas desgraciadas tienen unos aguijones muy dolorosos. Las atrapé ayer, y creo que ahora estarán de bastante malhumor.

Tiró de la cámara de bicicleta que llevaba al cuello.

– Si atas esto entre dos postes, tienes un tirachinas gigante. Y nuestros amiguitos insectos son la munición. Me imaginé que serviría para distraer a la tropa mientras Serpiente y tú los ibais cazando uno a uno.

Su mochila zumbaba furiosamente mientras seguía a Serpiente hasta Misión. Sentía el golpeteo irregular de los insectos airados que rebotaban en el interior de los tarros.

En la azotea de una tienda de la calle Harrison, el Viejo del Sombrero ató su cámara entre dos chimeneas de ventilación. Jax ayudó a Serpiente a preparar una hoguera en el centro de la calle de abajo. Cuando el fuego ardía bien, Serpiente le echó encima un par de ruedas de repuesto que tomó de coches próximos. Los neumáticos, al arder, producían una columna apestosa de humo negro.

– Esto debería llamarles la atención.

Esperaron sobre la azotea de una tienda de muebles, enfrente de donde estaba el Viejo del Sombrero. La fachada subía algunos pies por encima del nivel de la gravilla y de la tela asfáltica, y les ocultaba de la calle. El viento de la madrugada había disipado la niebla, y el calor del sol daba sueño a Jax. Los ataques de la noche anterior parecían muy lejanos. La Máquina voló sobre ellos, hacia el centro de la ciudad. Jax le hizo señas, pero no dio muestras de haberla visto. Jax podía ver la calle por un orificio de desagüe que atravesaba la fachada.

– Cuando hayas pillado al tuyo, desaparece –dijo Serpiente–. No tendremos la menor oportunidad de reagruparnos.

Ella asintió.

– ¿De verdad crees que vendrán?

– Desde luego. Tienen que investigar. Un humo como éste... Cuatroestrellas se imaginará que estamos quemando la ciudad. –Serpiente tenía los ojos entrecerrados–. Tú tranquila. Relájate. Cuando empiece la acción, no podrás hacerlo.

– Si es que empieza –dijo ella. Bostezó.

– Tienes que tener paciencia –murmuró Serpiente–. Este juego se basa en esperar. Dale tiempo.

Cuando empezaron a responder los soldados, él le impuso silencio con un gesto. Ella oyó la llegada de los soldados: el ruido de pasos que corrían, el traqueteo del material. Un hombre dobló la esquina a paso ligero y se refugió en un portal. Hizo señas a los otros para que avanzasen. La patrulla siguió adelante con precaución, oteando los edificios y los tejados que les rodeaban.

Ella esperó, y vio que el primer hombre se arriesgaba a salir. Sacó de una patada un neumático de la hoguera que se iba consumiendo.

– Una pérdida de tiempo –le oyó decir–. Aquí no pasa nada.

Los otros hombres salieron y se unieron a él.

El Viejo del Sombrero les lanzó tres bombas de humo para cubrirse, y empezó a tirar las bombas de avispas. Ella oyó romperse los tarros sobre el asfalto. Se oyeron tiros; un soldado había disparado a algo, pero alguien gritó:

– ¡Alto el fuego!

Otra voz soltaba palabrotas.

– Vámonos –dijo Serpiente.

Desde la misma escalera de incendios, Jax abatió a un hombre con su cerbatana.

Aunque ya había dejado atrás los insectos, seguía dando palmadas al aire desesperadamente. Corrió algunos pasos más, y luego tropezó y cayó.

Ella lo marcó, rodeando con la pintura las picaduras de avispa. Tomó su fusil y escapó del humo que se extendía, subiendo por otra escalera de incendios. Le ardía la garganta por el humo. La calle, bajo ella, seguía oculta por una niebla gris. Hizo señas con la mano al Viejo del Sombrero, le levantó los pulgares y se marchó para seguir cazando sola.

Los soldados estaban acostumbrados a la guerra convencional corriente. Danny-boy y sus colegas no creían en los planteamientos convencionales; sus ataques eran todavía más elegantes por el hecho de ser tremendamente inesperados.

Jax estaba esperando, oculta en un callejón, cuando un soldado hizo saltar una de las trampas de Tigre. Se había retrasado de su patrulla, distraído por las joyas que brillaban en el escaparate de una joyería. Cuando se detuvo ante la puerta de la tienda rompió un alambre con los pies. En la oscuridad, sobre el dintel de la puerta, un recipiente Tupperware grande lleno de cucarachas se abrió y se volcó sobre la cabeza del hombre.

Los insectos se le metieron corriendo en el casco, en las perneras de los pantalones y en las mangas de la camisa; querían refugiarse en cualquier rincón oscuro y reservado.

Jax sonrió cuando el soldado dejó caer su arma, gritó como una niña y se empezó a azotar el cuerpo, bailando y dando voces. Mientras estaba distraído en ello, ella lo abatió de un golpe por detrás, lo marcó y le dejó en el umbral de la puerta, mientras las cucarachas investigaban su cuerpo con curiosidad.

Siguió a otra patrulla, retrasándose y esperando su oportunidad. Parecía que la ciudad ponía nerviosos a los soldados. Disparaban a sus propios reflejos en los escaparates, a las palomas, a los gatos vagabundos y a la oscuridad. Ella mantenía su distancia y se deslizaba en silencio de un refugio a otro. A veces le parecía que la ciudad le ayudaba.

Cuando necesitaba un escondrijo, siempre había un portal vacío en el que meterse, una sombra que la cubriese.

Regresó a última hora del día al cuartel general, que se había trasladado a un bloque de apartamentos del Haight. Allí encontró a Lily y a Gambito recostados sobre un sofá viejo de un apartamento del primer piso; estaban intercambiando información sobre los combates que se habían mantenido hasta el momento.

– He oído decir que Mercedes los ha estado desnudando después de marcarles la frente –dijo Gambito–. Tiene tres uniformes, hasta ahora. Quiere rellenarlos de periódicos y colgarlos de las farolas del centro.

Lily asintió.

– He oído decir que La Máquina ha bombardeado a algunas patrullas con globos llenos de perfume barato. Parece que acertó a algunos de lleno. Si empiezas a oler a Lirios del Valle, ponte a cubierto, porque vienen algunos soldados que huelen muy bien.

– ¿Cuál es el resultado hasta el momento? –preguntó Jax–. ¿Cuántos muertos?

Lily se encogió de hombros.

– Tendrías que preguntárselo a Libros para estar segura, pero yo diría que unos treinta o así. Diría que vamos ganando.

Jax asintió con la cabeza, pero se reservó su opinión.

– Puede –dijo–. Pero yo no contaría con ello. Yo diría que Cuatroestrellas todavía no ha empezado a luchar de verdad.

La tarde siguiente, Jax estaba en el túnel del «metro» que discurría bajo la calle Market cuando oyó la primera explosión, un ruido sordo a lo lejos. La ciudad tembló a su alrededor. Antes de que se hubiese apagado el temblor, otra explosión sacudió el túnel.

Cuando llegó la tercera explosión, casi la esperaba, un nuevo latido en el ritmo inexorable de destrucción.

Huyó del sonido, llegó a la estación Embarcadero y después salió a la luz y a continuación se dirigió al cuartel general provisional, que se había trasladado a un almacén al sur de la calle Market.

Llegó mientras La Máquina refería a Danny-boy la situación en el Centro Cívico.

– Volé tan bajo como me atreví –decía La Máquina–. Están bombardeando los edificios que rodean el Ayuntamiento. Parece que quieren despejar la zona. Hasta ahora, han demolido algunas hileras de tiendas. Pero no creo que se detengan allí.

Danny-boy sacudió la cabeza. Se sentó sobre un embalaje de madera vacío.

– No lo entiendo. ¿Para qué querrían hacer tal cosa?

– Se están librando de los posibles escondrijos –dijo Jax–. A Cuatroestrellas no le gustan los ataques por sorpresa.

– Hablaré con él –dijo Danny-boy–. Creo que debería hacerlo.

Jax siguió a Danny-boy hasta lo que había sido en tiempos la oficina del director del almacén. Desde allí, Danny-boy estableció contacto con Cuatroestrellas por medio de la Embajadora.

– Ah –dijo Cuatroestrellas–. Una voz nueva. Parecía estar a gusto, satisfecho de si mismo. Jax oía al fondo el ruido sordo del fuego de morteros. – ¿Quién es usted?

– Soy Danny–boy. Quería saber por qué están destruyendo la ciudad.

– Encantado de conocerle –dijo Cuatroestrellas con voz suave–. No creo que les sorprenda. Si insisten en esconderse, está claro que tengo que eliminar sus escondrijos. No me queda otro recurso. Esto no me gusta: me duele tener que demoler unos edificios en buen estado.

– Para encontrarnos, tendrá que demoler toda la ciudad.

– Si es preciso, lo haremos.

Danny–boy sacudió la cabeza, asombrado por la respuesta de Cuatroestrellas.

– No entiendo qué vais a sacar en limpio de esto. Si destruíis la ciudad para conquistarla, ¿qué os quedará cuando acabéis? Una ciudad en ruinas, que no servirá a nadie para nada.

– ¿De verdad no lo entiende? –dijo Cuatroestrellas, con el tono de voz de un maestro que está decepcionado por la falta de comprensión de un alumno–. San Francisco en ruinas tendrá un valor de otro tipo. Los demás no querrán seguir su ejemplo. Los gobiernos municipales se lo pensarán

dos veces antes de declinar la oferta de unirse a nuestra alianza.

– ¿Vas a destruir toda una ciudad para dar ejemplo?

– En nombre de toda la nación, Danny-boy –dijo Cuatroestrellas–. En nombre del bien común. Esta ciudad es un sacrificio pequeño. Unos pocos edificios, unas pocas vidas humanas, ¿qué importan? La nación seguirá adelante. Ustedes no son capaces de percibir el plan general. Están recluidos en su provincialismo. Si vieran el plan general, como lo veo yo, lo entenderían.

– O sea, que estás destruyendo la ciudad para salvar la nación.

– Exacto. A no ser, por supuesto, que podamos llegar a un acuerdo. Si pudiésemos llegar a un compromiso...

– No –dijo Danny-boy.

– No hay posibilidad de acuerdo –dijo Cuatroestrellas. ¡Qué pena!

No parecía sentirlo.

– No me deja otra posibilidad.

Jax oyó una nueva explosión a lo lejos. Danny-boy apagó la radio; no quería seguir escuchando.

– No me creo que esté haciendo esto –dijo Danny-boy.

– Créetelo –dijo Jax–. Esto es la guerra.

Se alejó de ella, sacudiendo la cabeza. Se quedó de pie un rato mirando por la ventana. Jax estaba sentada junto al maniquí, preguntándose qué hacer. Quería ayudarle de alguna manera, pero no sabía qué decir.

– No me lo creo –volvió a decir Danny–boy, pero su tono de voz era diferente–. Es que no me lo creo.

Por fuera de la ventana nevaba: unos copos de nieve imposiblemente grandes y húmedos. Las calles se oscurecían al fundirse la nieve sobre el pavimento. La ventana repiqueteaba al recibir los copos de nieve impulsados por el viento.

El cielo estaba gris, pero las nubes eran más oscuras en la dirección de la plaza del Centro Cívico. Jax se imaginó cómo se pegaría la nieve húmeda a las botas de los soldados, cómo empaparía su ropa, cómo cubriría las cadenas del carro de combate.

– La ciudad contraataca –dijo Danny–boy. Sonrió–. Me pregunto qué tal está preparado su tanque para combatir el frío.

CAPÍTULO XXIII

LA GUERRA CONTINUÓ. EL CARRO DE COMBATE se quedó inmovilizado por el frío, a pesar de los grandes esfuerzos de los mecánicos del ejército. El viento y la nieve se aliaron para enterrar el vehículo en un montón de nieve, y por último los soldados dejaron de intentar sacarlo.

Los soldados complementaban sus uniformes con prendas de las tiendas del centro, y el ejército adquirió un aspecto desigual, a retazos, mezcla de plumíferos, chaquetones de caza de franela y prendas de esquí de vivos colores.

Los soldados patrullaban por las calles en pequeños grupos nerviosos, y siempre llevaban las armas preparadas. Hablaban con voces que parecían innecesariamente altas, y se sobresaltaban al menor sonido.

Jax pasaba casi todo su tiempo en la calle; seguía a las patrullas y esperaba la oportunidad de tender una

emboscada a un soldado desprevenido. La ciudad era grande, y todo el mundo tiene que estar solo en algún momento. Un hombre que se quedaba atrás de sus compañeros para orinar o para hurtar algo en una tienda era buena caza, creía ella.

Cuando dormía, lo hacía de forma ligera, alerta incluso en sueños. A veces se echaba a dormir en el cuartel general provisional. Lo más corriente es que durmiese donde podía: en azoteas apartadas, oculta por las chimeneas; en el parque Golden Gate, subida a los árboles; en los túneles, con el abrazo seguro de la ciudad.

Estaba echando una cabezada en un desagüe cuando una patrulla se detuvo junto al vapor que salía por la rejilla. Podía oír sus voces, que resonaban por la tubería. Un hombre que tenía la voz profunda estaba tomando el pelo a un soldado que había perdido la cabeza la noche anterior y había roto a tiros todas las ventanas de un edificio vacío.

– Ranger, chaval, echaste a perder ese edificio –decía la voz profunda–. Destrozaste todas las ventanas. Y ya sabes cuánto insiste el general en conservar la munición.

– Los vi allí –dijo la voz resentida de un joven–. Los vi que cercaban mi posición –Jax percibía la tensión de su voz–. Jodidos fantasmas. Viven aquí.

– No puedes pegarle un tiro a un fantasma, Ranger –dijo otra voz–. Si les disparas, vienen por más.

– Jodida ciudad –murmuró Ranger–. Tiene demasiadas sombras –Jax cerró los ojos y se lo imaginó: era delgado, creyó, y joven; no mucho mayor que ella. Llevaba el pelo tan corto que se le apreciaba el cuero cabelludo a través de la pelusa. Cuando hablaba, echaba los hombros hacia delante, como para protegerse. Tenía un aspecto enloquecido, de persona acosada. Le daba pena.

– ¿Habéis oído lo de los perros? –dijo el hombre que decía que no se puede pegar un tiro a un fantasma–. Wilson los vio allá abajo, junto al mar. Perros monstruosos, con ojos relucientes, que corrían por la arena.

Tigre había sugerido que pintasen la jauría de Randall con pintura fluorescente. Al parecer, éste lo había hecho así.

– ¿Les disparó? –preguntó Ranger.

– No se puede pegar un tiro a un fantasma, Ranger –repitió la voz–. Ya te lo he dicho.

– Algo habrá que hacer –murmuró Ranger.

– ¿Habéis visto los monos? –preguntó el primer hombre–. He oído decir que los monos que andan por aquí son los mismos que desencadenaron la epidemia. Eso he oído decir.

O puede que también sean fantasmas.

– Estáis locos –dijo la voz profunda–. Fantasmas –el hombre acumuló un desprecio enorme en una sola palabra–. Los fantasmas no existen. Son sombras, como en todas partes.

– Sí, eso es –dijo Ranger con voz desesperada–. Por eso nadie ha podido ver nunca a Jax, ni a Danny-boy, ni a ninguno.

– Oye, chico, lo que pasa es que tienes miedo de que Jax te pinte en la cara.

– Lo que me preocupa no es mi cara.

Jax se imaginó que Ranger se estaba frotando el cuello. Había tomado la costumbre de trazar una línea roja ancha por el cuello de cada víctima, de oreja a oreja. Pensaba que tenía un efecto muy sugerente.

– Sólo hará falta una bala para quitar de en medio a Jax, lo mismo que a cualquiera –dijo la voz profunda.

Jax estaba tumbada de espaldas, con un brazo bajo la cabeza, mientras oía al hombre que hablaba de su muerte.

– Si, eres un tipo duro, Marcos. Un tipo duro de verdad. Tú ya tienes la señal, macho.

No deberías hablar. ¿Por qué no sales una noche a buscar a Jax? Vete a buscarla, a ver qué pasa.

– Si, hombre –dijo Marcos–. Eso te gustaría ver a ti. No tengo tiempo para idioteces.

Jax oyó los pasos de Marcos, que se alejaba.

– El muy desgraciado –murmuró un hombre–. Ya es hombre muerto. Sí que tiene narices que nos quiera dar consejos a los demás. Creo que deberíamos volar todo el lugar. Reducirlo a cenizas.

– Hace tanto frío... No es corriente –Jax se imaginó a Ranger, arrebuñado en su chaquetón, ciñéndoselo por el frío. Su voz tenía algo de histerismo–. Tendríamos que largarnos, eso es lo que tendríamos que hacer. Irnos de aquí mientras podamos.

– Cuidado con lo que dices, Ranger –dijo el otro hombre en voz baja–. Al general no le gusta que se hable así.

– No quería decir nada –gruñó Ranger–. Lo único que quiero es irme a casa, eso es todo. Este no es nuestro sitio.

El sexto día (o quizá fuese el séptimo, era difícil llevar la cuenta), Jax participó en un ataque conjunto a una patrulla, con un tipo de bomba que había desarrollado Tigre. En lugar de humo, la bomba emitía perfume de jazmín mezclado con una variedad de LSD. A última hora de la tarde, La Máquina dejó caer las bombas sobre una patrulla del ensanche Oeste. Jax y sus compañeros disponían de máscaras antigás; los soldados no las tenían.

Jax se tumbó en el suelo mientras los soldados malgastaban sus municiones sobre las sombras y las alucinaciones. Luego, ayudó a Serpiente, a Zatch y a Gambito a reducir a los soldados drogados y a marcarlos uno a uno.

Jax atrapó al último cuando caía el sol. Había vagado hasta lejos del punto del ataque.

Cuando Jax lo encontró, se paseaba por el centro de la calle Haight y cantaba alegremente. De vez en cuando se tambaleaba, pero la debilidad de sus piernas parecía divertirle, más bien que preocuparle. Iba desarmado. Cuando ella se acercó, le sonrió como un niño feliz.

– ¿Todo va bien, soldado? –le preguntó ella.

– Muy bien –dijo–. Sabes, he visto un ángel que volaba por allí. Un ángel dorado, que volaba sobre la ciudad.

– Yo he visto al ángel –dijo ella.

– Debes de ser Jax.

– Eso es.

Se rio alegremente.

– Eres igual que mi novia, allá en mi pueblo –tenía el pelo negro y los ojos pardos, y parecía satisfecho de sí mismo–. ¿Vas a pintarme la frente?

– Con esa intención venía –dijo ella.

– Está bien.

Se recostó en una pared e inclinó la cabeza, obediente, de forma que le diese la luz menguante sobre la cara. Ya que disponía de tiempo, ella adornó la palabra MUERTO con una parra que trepaba por la E y una calavera que sonreía desde el agujero de la O.

Mientras se ocupaba en ello, charlaba con el soldado.

– ¿Cómo te llamas, soldado?

– Soldado de primera Davis –dijo él–. Pero todo el mundo me llama Dave.

– No arrugues la frente, Dave –dijo ella–. Se va a correr la pintura.

Dave intentó dejar de arrugar la frente, y soltó una risita. Era un soldado muy feliz.

– Y, ¿cuándo vais a dejar esta guerra? –le preguntó–. ¿No creéis que ya es hora?

– Oh, yo la voy a dejar –dijo él–. No me importa. La voy a dejar en cualquier momento. Es el general el que no la va a dejar. Nunca se rinde.

– ¿Cómo lo sabes?

– Oh, lo sé –asintió solemnemente con la cabeza–. Yo era de su guardia personal.

Claro que nunca volveré a ser de la guardia. El general no se fía de uno cuando lleva la marca.

– Claro que no –dijo ella, mientras añadía otra hoja a la parra–. Pero, si Cuatroestrellas no abandona, ¿por qué no abandonáis vosotros a Cuatroestrellas?

El soldado se mordió el labio y puso cara de jovencito serio.

– El general hace matar a los desertores –dijo.

– Si desertas, ¿cómo podrá matarte? Tendría que atraparte primero –lo miró con seriedad–. Claro que te puedes escapar. No es más que un hombre.

– Eso no es verdad –dijo el soldado. Tenía los ojos abiertos de par en par y llenos de terror–. Es más que eso. Me encontraría. Como tú.

– ¿Qué quieres decir? ¿Como yo?

Pero él no respondió. Se estaba mirando la mano, y parecía que se había quedado fascinado de repente por la textura de sus huellas dactilares. Ella oyó un bombardeo lejano y las explosiones apagadas de las bombas de humo. Terminó la última letra de su firma. Era hora de marcharse. Le tocó la mano, y le dijo: «Adiós. Cuídate.» Y echó a correr por las calles.

CAPÍTULO XXIV

DURANTE LA ÚLTIMA SEMANA DE LA GUERRA, Gambito empezó con sus Campanas Automáticas. Antes de la guerra había buscado incansablemente los edificios que tuviesen las mejores condiciones de resonancia, y también había buscado las campanas y los gongs que produjesen los mejores tonos. Su combinación favorita era la de un gong que había tomado de un templo budista y había instalado en la catedral de Santa María.

Cada quince minutos un mazo metálico golpeaba el gong y producía un do persistente que se oía a varias manzanas de distancia. El mazo era impulsado por la caída de una caja fuerte llena de sacos de arena, unida al mismo por un sistema complicado de poleas.

Gambito había repartido veintiuna campanas similares por toda la ciudad, y las había preparado para que sonasen según un esquema matemático preciso.

Danny-boy podía oír las campanas hasta en la oficina más recóndita del edificio de la compañía telefónica Pacific, que hacía de cuartel general provisional. El ruido sacudía e interrumpía sus pensamientos. En los breves intervalos en los que no sonaba ninguna campana descubrió que no hacía más que prepararse para el siguiente tañido. Se preguntó cómo sonarían de fuerte en las habitaciones de Cuatroestrellas, y esperaba que le doliese la cabeza a Cuatroestrellas tanto como a él.

Danny-boy estaba intentando no hacer caso de las campanas y discutir la estrategia con Libros, cuando Jax irrumpió en el cuarto.

- Tienes que venir a hablar con Frank -dijo-. Date prisa.
- ¿Por qué? ¿Qué pasa?
- Ven.

No quiso quedarse para responder a sus preguntas. Le agarró de la mano y lo sacó por la puerta. Cuando ya no tenían el edificio de por medio para que apagara el sonido, cada tañido grave le resonaba hasta los huesos. Dejó de intentar preguntarle a Jax, y se limitó a seguirla, corriendo

por callejones y azoteas. Ella le guio hasta el Jardín de la Luz. O, más bien, hasta lo que quedaba del mismo.

Todavía seguía en pie el esqueleto del laberinto de espejos, una estructura complicada de varillas de metal que se entrecruzaban. Algunos espejos estaban intactos, pero la mayoría estaban rotos: tiroteados, destrozados de una patada o de un culatazo. Jax le guio. El vidrio roto crujía bajo sus pies. Danny-boy la seguía, contemplando con horror los destrozos.

– No quiere moverse –dijo Jax sobre su hombro–. No pude convencerlo.

Frank estaba sentado junto a los restos de la vidriera. El suelo, a su alrededor, estaba lleno de esquirlas de vidrio de colores y de fragmentos de espejos. Alguien había utilizado la vidriera para hacer puntería. Había desaparecido la parte superior. La inferior estaba acribillada.

Frank no levantó la vista al llegar ellos.

Danny-boy se agachó junto a Frank y puso una mano sobre el hombro del viejo. Jax se quedó atrás, vigilando la calle por si aparecían los hombres de Cuatroestrellas.

– ¡Frank! –Danny-boy tenía que gritar para que le oyese por encima del ruido de las campanas–. Tenemos que ponernos a cubierto. Aquí no estamos seguros.

El viejo levantó la vista, y Danny-boy vio lo que sujetaba. La cara de la Virgen María, milagrosamente intacta, sonreía desde las manos de Frank.

Frank dijo algo, pero Danny-boy sólo pudo oír algunas palabras entre una campanada y la siguiente.

– Es que no entiendo...

Danny-boy estaba desorientado. Las campanas le martilleaban la cabeza.

Frank llevaba años trabajando en el Jardín de la Luz, y Cuatroestrellas lo había destruido en un día.

– Tienes razón –dijo. Su voz sonaba de una forma extraña, como la voz de otra persona–. No tiene sentido –no podía decir más.

La gente esperaba que tuviese algo que decir. Desde que había propuesto el plan para llevar a cabo la guerra, todo el mundo esperaba que él dijese las cosas. Pero ya no le quedaban palabras. Buscaba algo que decir, y encontraba un vacío donde debería haber palabras. Bajó la vista, con miedo de cruzar su mirada con la de Frank, con miedo de mirar a Jax, con miedo de ver su propia cara en un espejo.

– Habla con él –dijo Jax–. Tienes que hablar con él.

Danny-boy sacudió la cabeza. Las campanas llenaron el silencio.

– O sea, que está roto –dijo Jax de repente. Tenía la voz tan fuerte que superaba las campanas–. Y qué. Puedes volver a construirlo cuando se acabe todo esto. No es más que un montón de vidrio, Frank. Tú ya lo sabes. Era maravilloso, pero no era más que eso: un montón de vidrio. Puedes volver a construirlo. O hacer algo mejor.

Agarró el hombro de Frank y lo sacudió un poco. Las campanas se habían quedado mudas un momento, en una de las pausas imprevisibles que formaban parte de su esquema.

– Imagínate que hubieses podido elegir. Podrías haber salvado el Jardín entregándole la ciudad a Cuatroestrellas. Pero, si Cuatroestrellas se hiciese dueño de la ciudad, no te hubiese dejado volver a construir nada más. ¿Qué hubieses elegido: el Jardín como estaba, o todos los jardines que todavía puedes construir?

Frank la miró a la cara.

– Esa pregunta no es justa –dijo en voz baja.

– No tengo tiempo de ser justa –dijo ella–. Si alguien aparece ahora, estamos muertos –miró a Danny-boy–. Una persona me dijo una vez que si construyes algo hermoso te cambias a ti mismo. Aunque lo que hagas no dure más que un día, eres una persona diferente gracias a ello. El construir el Jardín te ha cambiado a ti, y eso no lo han roto –sacudió

la cabeza, y volvió a mirar a Danny-boy-. No lo estoy diciendo bien. No sé las palabras adecuadas.

Frank miró el rostro que tenía entre las manos, y luego miró a Jax.

- Por supuesto, elegiría los jardines del futuro. No me queda elección. Pero me gustaría que todo fuese de otra manera.

- Vamos -dijo Jax. Extendió la mano, y le ayudó a levantarse-. Tú también -dijo a Danny-boy. Tenía la voz extrañamente suave-. Será mejor que volvamos al cuartel general.

Una sola campana dio un tañido bajo y profundo; luego, empezaron las demás, y un alud de música les persiguió por las calles. Una vez en el edificio de la compañía telefónica Pacific pusieron a Frank en manos de Tigre, aunque el viejo ya decía que estaba bien, y que sólo había sido el susto.

- Gracias -dijo Danny-boy a Jax-. No sabía qué decir. Fue por mi culpa, por mis planes, por lo que los soldados destruyeron el Jardín. Si yo no hubiera...

- No seas estúpido -le interrumpió ella-. Échale la culpa a Cuatroestrellas, no a ti mismo. Y yo no he dicho nada que no me hayas dicho tú a mí antes -estudió su cara-

¿Cuánto tiempo llevas sin comer? -le preguntó.

Se encogió de hombros.

– No lo sé. Un buen rato, supongo.

Ella sacudió la cabeza.

– Ven.

Rose había instalado su cocina de campaña en la cafetería de empleados. Jax le llevó una taza de sopa caliente para que bebiese, y él la tomó, aunque en realidad no sentía mucha hambre. No recordaba la última vez que había comido. Pudo ser en el desayuno: recordaba haber comido tostadas. Pero eso podría haber sido ayer. Los días se confundían. Le dolía el cuerpo, pero en realidad no estaba cansado. No podía estar cansado: tenía que seguir luchando. La guerra era responsabilidad suya, y no podía descansar.

La única luz era la del sol que brillaba a través de las ventanas llenas de polvo. La gente se movía por la penumbra y hablaba en voz baja. Estaba sentado junto a una mesa, con Jax y algunos otros. Jax sonreía y le tocaba la mano. A la media luz, parecía menos que real. Casi podía creer que ella era un fantasma, que todos ellos eran fantasmas, nada más que sueños de la ciudad.

– Hoy los fantasmas se lanzaron al ataque –dijo Zatch, como si se hiciese eco de los pensamientos de Danny-boy–. Esta mañana he visto la procesión del Año Nuevo Chino que

bajaba por la calle Market. Una pareja de bailarines con máscaras de león casi se echó encima de una patrulla del ejército. Los soldados se volvieron locos de verdad cuando empezaron a sonar los petardos.

– La ciudad hace lo que puede –murmuró otro–. He visto una estampida de bisontes que se dirigía hacia el Ayuntamiento. Debían ser unos cien, y bajaban por la calle Fulton.

– Esos eran de verdad –dijo Jax–. La jauría de Randall los persiguió desde el parque, y les mordían las patas todo el camino para hacerlos correr.

– He oído decir que un par de soldados intentaron quedarse donde estaban, y les pasaron por encima –Danny-boy reconoció la voz de Serpiente, pero no distinguía su cara a la media luz–. Eso es lo que más me gusta. Cuando se creen que algo debe ser un fantasma, y resulta que es de verdad.

– La mayoría disparan ahora a todo lo que se mueve –dijo Jax–. Hay que tener cuidado.

– Es verdad. Pero eso tiene unos efectos secundarios afortunados: a veces, se disparan unos a otros.

La voz de Serpiente estaba cargada de humor negro.

– ¿Alguna baja? –preguntó Jax.

– Todavía no. Por desgracia, tienen muy mala puntería.

– Qué pena –dijo Danny–boy. Percibió un matiz duro en su propia voz.

Jax lo miró, frunciendo el ceño.

– ¿Estás bien? –le preguntó en voz baja.

Él se encogió de hombros.

– Claro. Estoy un poco cansado, eso es todo.

– Tienes que dormir un poco.

El sacudió la cabeza.

– No puedo dormir con ese ruido de campanas.

– Sí que puedes. Ven.

Le tomó de la mano y lo sacó de la cafetería, le hizo bajar las escaleras hasta llegar al sótano. Había un colchón y algunas mantas en el suelo. Todavía podía oír las campanas, pero ya eran una molestia más lejana. Se tumbó al lado de ella y la abrazó. Le parecía que ella temblaba, pero al cabo de un momento se dio cuenta de que eran sus propios brazos los que temblaban de cansancio.

– ¿Qué pasa? –le preguntó ella–. ¿Qué hay?

– Estoy cansado, nada más –dijo él–. Muy cansado.

Ella lo besó suavemente.

– Duérmete. Aquí estamos seguros.

Lo abrazó hasta que se quedó dormido en sus brazos.

CAPÍTULO XXV

LA GUERRA CONTINUÓ.

La Máquina volaba, como siempre, fuera del alcance de los fusiles, y arrastraba una pancarta que decía RENDIOS YA. La señora Migsdale empezó una serie de emisiones de propaganda por un sistema de altavoces que La Máquina había instalado en la plaza del Centro Cívico antes de la guerra. Emitía una grabación de la voz de Lily, que les reprendía con dulzura:

– Soldados –decía la voz grabada de Lily–, ¿por qué seguís luchando? No es necesario, no hace ninguna falta. Deponed las armas y uníos a nosotros. Estaremos encantados de recibirlos. ¿No comprendéis que sois hombres libres?

Hacia el final del segundo día de emisiones, los soldados ya habían descubierto todos los altavoces y los habían destruido.

Se rumoreaban sucesos extraños. Centenares de ratas pululaban bajo el alambre de espino e invadían el campamento enemigo. Los centinelas les disparaban, pero sólo acertaban a una de cada diez. Los roedores se hicieron los amos de la cocina de campaña: ensuciaban la comida y aterrorizaban a los cocineros. Los soldados disparaban a las ratas, las pisoteaban, las atacaban con cuchillos de carnicero. La hierba que rodeaba la cocina estaba llena de ratas muertas. Los cocineros no hacían más que fregar sus cacharros, pero seguían sin atreverse a probar la comida.

Cayó una lluvia de ranas sobre la plaza del Centro Cívico. Eran minúsculas ranas arbóreas, no mayores que la última falange del pulgar de un hombre. Se agarraban a los árboles, a las tiendas, a los cascos de los hombres, y cantaban con voces agudas y dulces. Por cualquier lugar por donde anduviesen los soldados, aplastaban a los pequeños animales bajo sus pies.

El aire apestaba a humo, y la niebla era constante. A veces, a última hora de la noche o primera de la mañana, cuando la niebla se empezaba a iluminar con la luz del amanecer, Jax empezaba a creer que sí podía ser un fantasma de verdad. Era difícil creer en el sol: llevaba tantos días sin verlo. Y si el sol no existía de verdad, quizá se hubiese imaginado también todo lo demás. Quizá se la hubiese llevado el ángel, cuando llegó a la ciudad, y todos los recuerdos desde aquel

momento no fuesen más que delirios febriles, a la deriva entre la neblina multicolor.

Resultaba fácil perderse en la niebla. Jax se guiaba por olores y sonidos: la peste de la pólvora, el aroma del mar. Una vez oyó las voces de unos soldados que pasaban a pocos metros.

– He visto un ángel –dijo uno–. Tenía la cara hecha polvo, pero las alas eran de oro puro.

– Estás loco –dijo otro–. Acabarás diciendo que has visto a Jax en persona.

– Nadie ve a Jax –dijo el primero.

Ella escapó, en busca de caras familiares. El cuartel general provisional se había trasladado al Palacio de Bellas Artes, que era una estructura cavernosa que se había construido para una exposición muy antigua. Para llegar allí subió la cuesta de la calle Divisadero. Por primera vez en diez días dejó atrás la niebla y salió al sol. Desde la cima de la cuesta veía la cúpula gris de la rotonda del Palacio, rodeada de una selva que había sido antiguamente un parque de la ciudad. Anduvo hacia allí lentamente, disfrutando del calor del sol sobre su cara.

Cuando se acercó, pudo divisar las columnas romanas y los relieves primorosos del Palacio, cubiertos ahora de plantas trepadoras. Se abrió camino por un sendero estrecho, a la

sombra de los árboles, y entró por una puerta que tenía un letrero de «Privado».

Encontró a Danny-boy sentado en lo que había sido antes una oficina. Levantó la vista al oír los pasos de Jax. Tenía los ojos inyectados de sangre y parecía estar muy cansado.

Tenía las manos vacías, y el escritorio delante de él también estaba vacío.

– ¿Qué haces? –le preguntó ella.

– Pensar.

Tenía la voz ronca.

– ¿En qué piensas?

Se miró las manos.

– ¿Has estado en el parque Golden Gate? Allí viven algunos soldados. Se han escapado de la guerra.

– Ya lo he oído –dijo ella–. Randall me lo contó.

El asintió lentamente.

– ¿Has hablado con ellos?

Ella negó con la cabeza.

– Yo sí he hablado con ellos. Sabes, tienen tanto miedo a Cuatroestrellas como a nosotros. Dicen que mata a los desertores. Dicen que no se rendirá nunca.

– Ya lo sé –dijo ella.

– Tenemos que llegar hasta Cuatroestrellas –dijo él–. Tenemos que hacerlo.

– Tenemos que matarlo –dijo Jax.

Danny–boy asintió.

– Creo que tienes razón.

– No –dijo Jax–, no sólo ponerle la etiqueta de muerto. Tenemos que matarlo de verdad.

No le sorprendió ver que Danny–boy meneaba la cabeza.

– Basta con que sepa que podemos llegar hasta él –dijo Danny–boy.

– Sabes que no es verdad. No se asustará. Eso no funcionaría. No con Cuatroestrellas.

Danny–boy volvió a menear la cabeza.

– Si lo marcamos, sus hombres sabrán que no es más que un hombre. Entonces se atreverán a dejarlo. No tendrán miedo.

– No funcionará –dijo Jax.

– ¿Por qué estás tan segura? Podemos intentarlo, a ver qué pasa. Lo marcaremos y veremos el resultado.

– ¿Se te ha olvidado, Danny–boy? –no podía evitar la dureza de su voz–. Esas balas son de verdad. Y Cuatroestrellas siempre se queda en las zonas más vigiladas.

- He estado allí –dijo–. Lo recuerdo.
- A veces creo que se te ha olvidado. O quizá estés empezando a creer los cuentos de los soldados. Que eres un fantasma y que no te pueden hacer nada.
- Yo no me creo eso.
- Crees que esto es un juego. No lo es.
- Sé que no es un juego.
- Entonces, ¿qué es? ¿Por qué no debemos matar a Cuatroestrellas?

El no quiso levantar la vista para mirarla a los ojos.

- Debes darte cuenta de que la violencia y la muerte no son las únicas fuerzas que pueden cambiar el orden social.

Ella sacudió la cabeza, empezó a hablar y volvió a sacudir la cabeza.

- No me hace falta darme cuenta de eso. No me hace falta darme cuenta de nada. ¿No lo entiendes? Esto es de verdad.

– Hemos empezado así, y tenemos que seguir así, o no habrá servido para nada –hablaba con voz monótona–. Si le matamos, eso no sería el final. Tenemos que hacer que se vaya. Tenemos que jugar con las reglas que nosotros mismos establecimos. Tenemos que avisarle, y luego, si es necesario, podremos matarlo –hablaba como si intentase convencerse a sí mismo–. Es responsabilidad mía. Iré por él.

– No pasarías del primer centinela –dijo ella.

– Puede que te dé una sorpresa.

– Sí, puede que llegues al segundo centinela –extendió la mano y tomó la suya. Lo protegería de su propia inconsciencia, aunque él no quisiera–. No puedes ir. Tienes que seguir adelante con la guerra. Iré yo. Ayudaré a cambiar el maldito mundo.

– No –dijo él–. Ésta es mi guerra.

– Olvídate de eso, Danny–boy. Esta no es sólo tu guerra. Esta es mi ciudad y mi guerra ¿entiendes?

– No dejaré que vayas –dijo él.

– Tienes que hacerlo –dijo ella–. Soy la única que tiene alguna posibilidad de llegar hasta allí.

Se dio la vuelta y salió corriendo de la oficina antes de que él pudiese volver a protestar.

Atravesó lo que había sido antiguamente la sala de exposiciones del museo. El sol atravesaba los tragaluces, creaba manchas de luz en el interior oscuro. En una de esas manchas encontró a La Máquina, que ajustaba las válvulas de su girocóptero. Se sentó a su lado sobre el suelo de asfalto y miró cómo trabajaba.

– Y, ¿qué aspecto tiene la guerra desde allí arriba? –le preguntó por fin.

Él se encogió de hombros.

– Pequeña. Todo parece pequeño desde allí arriba.

– Sí, eso me imaginé.

– ¿Cómo parece desde abajo?

Ella se miró las manos, que tenía unidas en el regazo.

– Un poco demasiado grande, creo.

Oía el arrullo de las palomas en las vigas del techo. La Máquina esperó con paciencia a que siguiese hablando.

– Voy a intentar marcar a Cuatroestrellas –dijo.

– Eso no será fácil.

– Ya lo sé.

Se dio cuenta de que estaba manoseando el colgante de plata que llevaba al cuello. Lo soltó y volvió las manos al regazo.

– ¿Crees que marcar a Cuatroestrellas significará el fin de la guerra? –preguntó La Máquina.

– No lo creo. Pero tengo que intentarlo. Si no lo hago yo, lo hará Danny-boy.

Se quedó callada de forma abrupta.

– No quieres que lo haga.

– No tiene la menor posibilidad de llegar. Lo matarían, seguro. Yo tengo más posibilidades –sacudió la cabeza y habló en voz baja–. Tengo que hacerlo.

Se estaba mirando fijamente las manos. Oyó que La Máquina colocaba una herramienta sobre el suelo de asfalto, y luego sintió que le tocaba la mano. Por primera vez desde que lo conocía, él había extendido la mano para tocarla: un golpecito tranquilizador suave y titubeante.

– Ayudaré –dijo.

Su madre habría estado de acuerdo, pensaba mientras corría por las calles de la ciudad llena de niebla. Su madre habría estado de acuerdo con Danny-boy. Pero su madre no tenía que encontrar una forma de llegar hasta Cuatroestrellas.

No fue difícil encontrar el campamento donde vivían los desertores. Olía el fuego de su hoguera. Se habían refugiado en una zona de merenderos, donde una arboleda les ocultaba. Pero ella veía sus huellas de botas en la hierba, una clara pista que llegaba hasta su refugio. Se subió a un roble, a poca distancia del campamento, y se tranquilizó, apoyada en una rama gruesa. Desde allí veía pasar a los soldados que iban a recoger leña o agua, que volvían de cazar conejos o codornices. Esperó hasta que vio uno al que reconocía.

– Oye, Dave, ¿has visto algún ángel últimamente? –le preguntó.

Él la miró, agarrado todavía a su brazada de leña.

– He desertado, como dijiste –le dijo rápidamente–. Quiero irme de la ciudad, pero el general ha puesto guardias en el puente. Todos los que estamos aquí queremos irnos.

– No hay problema, Dave. Tranquilízate. Ven aquí.

Inclinó la cabeza hacia un tronco caído, junto al sendero. Se sentó sobre el mismo y dio una palmadita sobre el tronco, a su lado, para indicar al soldado que se sentase. Este miró nerviosamente hacia su campamento.

– Si sales corriendo, te atraparé –dijo ella, y él se sentó sobre el tronco–. Estabas mucho más tranquilo la última vez que hablamos.

– Cuando uno ha visto un ángel, unos pocos fantasmas no importan –murmuró él.

– En realidad no soy un fantasma.

El volvió a mirar el sendero.

– Escucha, no te hice daño la otra vez y esta vez tampoco te haré daño. Lo único que necesito es un poco de información. Estoy buscando la manera de entrar en el cuartel general de Cuatroestrellas. Sin filtrarme por las paredes ni volverme invisible.

- ¿Vas a matarlo?
- ¿Crees que debería?

Asintió lentamente.

- Si le matas, podremos volver a casa.
- Lo marcaré, como os marqué a vosotros.

El sacudió la cabeza.

- Deberías matarlo. Matarlo de verdad. Si es que puedes.
- ¿Sabes cómo están colocados los centinelas alrededor de su cuartel general? –le preguntó–. ¿Podrías ayudarme a encontrar una entrada?

Con un palo puntiagudo, él dibujó en el polvo un plano de la casa en la que dormía Cuatroestrellas. Trazó unas equis donde estaban colocados los centinelas–. Se cambia la guardia a las tres de la madrugada. Es una hora tranquila. Nadie presta demasiada atención. Podría ser buen momento.

Jax escuchó con cuidado y estudió el plano. Le hizo marcar todas las ventanas y puertas, señalar la ubicación de las salidas de incendio y de emergencia.

– Tiene buen aspecto –dijo al fin. Extendió la mano y tocó la suya–. Gracias.

– O sea, que no eres un fantasma –dijo él, mirándola atentamente.

– Todavía no –dijo ella–. Pero si esta información está equivocada, puedo serlo pronto.

– No lo está –dijo él–. Buena suerte.

Entonces, ella se fue corriendo a matar a Cuatroestrellas.

Echó la vista atrás y vio que empezaban los fuegos artificiales que Danny-boy y Serpiente iban a lanzar para distraer la atención de la plaza del Centro Cívico. Un brillante estallido de color se abría en la oscuridad como una flor luminosa.

CAPÍTULO XXVI

LA MÁQUINA CONSULTÓ SU RELOJ DE PULSERA. Era exactamente medianoche. Trazó un círculo y descendió sobre la plaza del Centro Cívico para soltar su carga de globos.

Estaban llenos de una sustancia sintética cuyo olor imitaba sorprendentemente el hedor de las mofetas. Tigre había trabajado en una casa aislada en las afueras para elaborar la sustancia y para cargar los globos.

La Máquina se elevó rápidamente y dejó atrás los gritos y el tiroteo. La luna menguante se cernía sobre la bahía y apenas le daba luz para ver los rascacielos de bordes rectos.

La luna, al reflejarse en los montones de nieve de la plaza del Centro Cívico, los hacía relumbrar como si estuviesen iluminados por dentro. Vio correr a los soldados para dejar atrás el hedor de sus bombas. Se refugiaron en el

Ayuntamiento y en la biblioteca, y él sonrió, esperando que se quedasen dentro el tiempo suficiente para que Jax entrase y saliese.

Ya había cumplido su misión y podía regresar al cuartel general, pero decidió no hacerlo. Era una noche maravillosa para volar. Trazó círculos y ascendió. Cuando pasaba sobre el hotel Holiday Inn de la octava avenida, percibió a Danny-boy y a Serpiente, que le hacían señas desde la azotea.

Jax entró por los túneles, arrastrándose por un desagüe. Miró la hora a la luz de la linterna en el delicado reloj de pulsera de oro que la señora Migsdale le había dado para que lo utilizase en esta operación. Pocos minutos antes de la medianoche, Jax salió del desagüe a un callejón que daba a la parte trasera del edificio en el que dormía Cuatroestrellas.

Dave le había asegurado que no se colocaba ningún centinela en el callejón. Se sintió aliviada al ver que le había dicho la verdad. Subió por la alcantarilla y esperó, descansando en la sombra. En la franja estrecha del cielo sobre su cabeza, las estrellas parecían muy frías y lejanas. El hedor a mofeta le hacía llorar.

Oyó una explosión a lo lejos y vio un estallido de color en el cielo: chispas rojas brillantes trazaban espirales alocadas en todas direcciones y silbaban. Se produjeron otras tres

explosiones ahogadas, acompañadas de estallidos verdes, plateados y dorados.

Mientras explotaban los fuegos artificiales, Jax subió por la escalera de incendios hasta el cuarto piso. Todos los centinelas estaban al final de la sala, mirando los fuegos artificiales por una ventana abierta.

– Nunca he visto nada parecido –decía un soldado joven a otro.

Jax se deslizó por detrás de ellos, entró en la habitación de Cuatroestrellas y cerró la puerta tras ella en silencio. Se quedó completamente quieta en la oscuridad, escuchando el ritmo regular de la respiración de Cuatroestrellas. Se acercó en silencio y miró al hombre dormido.

Parecía más viejo de cerca de lo que había parecido a distancia. Tenía despeinado el pelo gris, y su piel estaba llena de arrugas y de bolsas. Tenía un gesto de dureza, incluso dormido. Ella se preguntó en qué soñaría.

Respiró hondo y sacó un trapo empapado en éter de una bolsa de plástico. Cuando él hubo terminado una exhalación, lo colocó suavemente sobre su boca y su nariz, para que la inhalación siguiente estuviese cargada de éter. Gruñó dormido, y movió la cabeza inquieto. Ella siguió el movimiento de su cabeza con el trapo y lo mantuvo en el mismo sitio. El movió los párpados y luego se volvió a

quedar quieto. Su respiración se tranquilizó y volvió al ritmo regular del sueño profundo. Se le relajó la cara.

Cuando ella estuvo segura de que estaba sin sentido, volvió a guardar el trapo en la bolsa de plástico y abrió la ventana, para dejar entrar una ráfaga de aire fresco. Respiró hondo y sacudió la cabeza para despejarse. Volvió a la cama en la que yacía dormido Cuatroestrellas.

Con un gesto que le parecía extrañamente íntimo, le ordenó el pelo del flequillo. Ahora era difícil considerarle peligroso. No era más que un viejo triste. Inspeccionó las cosas que tenía en el cuarto. Tenía el uniforme extendido sobre la silla de forma ordenada; la gorra estaba colgada en una esquina del respaldo. Había una botella de whisky del de antes de la epidemia en la mesa. Había un libro de bolsillo abierto en la mesilla de noche; parecía una novela de espionaje.

Con la pintura roja que ya era como su marca personal le trazó con cuidado la palabra MUERTO en la frente, y firmó POR JAX en la mejilla. Cuando empezó a moverse inquieto bajo el pincel, ella le acercó a la nariz el pañuelo mojado en éter. Oía las explosiones de los fuegos artificiales a lo lejos. A veces eran recibidas con tiros. No permitió que los ruidos la distrajeran; trabajó sin pausa. Cuando hubo terminado, metió el Certificado de Defunción entre las manos de Cuatroestrellas.

Se dirigió a la ventana abierta y se asomó. Le parecía que la calle de abajo estaba vacía. El Edificio Federal tapaba la luz de la luna y dejaba la fachada bajo la ventana de Cuatroestrellas en una sombra densa.

Jax ató un extremo de su cuerda de alpinista a la cama de hierro, dejó caer el otro extremo por la ventana e hizo un rappel por la fachada del edificio, con movimientos rápidos e intentando no salir de la sombra. Sobre ella seguían los fuegos de artificio, que pintaban el cielo de colores brillantes.

Cuando tocó el suelo vio que un soldado entraba en el callejón. Se aplastó contra el hueco de una ventana e intentó mezclarse con las sombras, pero estaba segura de que la había visto. Se agachó para ponerse a cubierto, agazapándose detrás de un automóvil.

Pasó un momento sin que disparase. Le oía respirar en la oscuridad, casi le oía pensar.

Había disparado a tantas sombras... ¿Era esto otro de los trucos de la ciudad? ¿O era esta vez de verdad?

Vio movimiento al final de la calle. Olió el aroma de la marihuana. Y, de repente, la calle estaba llena de gente: hombres y mujeres que iban codo con codo. Parecía que les brillaba la cara en la oscuridad. Algunos llevaban pancartas: «EE.UU. fuera de América Central». «No más ayuda a la

contra». Tres mujeres llevaban una larga pancarta que decía: «NO MAS GUERRA». Jax oyó a lo lejos el murmullo de una multitud enorme, un gran runrún inquieto que se mezclaba con los gritos de los manifestantes: «No más guerra. No más guerra».

El soldado que estaba detrás del coche disparó un tiro a la multitud, pero la gente no le hizo caso. Los gritos continuaban. Jax vio que el soldado se daba la vuelta y echaba a correr.

Salió de las sombras y se abrió camino entre la multitud hasta el desagüe por el que había venido. La gente le sonreía mientras se deslizaba entre ellos, y sentía el calor de sus cuerpos que la rodeaban. Levantó la tapa de alcantarilla y volvió a alzar la vista. Una de las mujeres le sonrió y le hizo señas, y Jax reconoció a su madre en tiempos más felices. Jax devolvió las señas y se deslizó por el túnel.

Sentía calor en la oscuridad, bajo la ciudad, como si el sol fantasma de aquella tarde lejana todavía brillase sobre ella. Durante algún rato siguió oyendo las voces de los manifestantes, que resonaban por los túneles: «No más guerra». Se apresuró a volver al cuartel general, llena de la alegría histérica que se suele sentir después de que nos hayamos librado de algo por poco. Incluso dentro de los túneles oía a los fantasmas que se manifestaban, percibía el runrún de sus gritos.

La Máquina volvía al cuartel general, cuando vio brillar una luz dorada en la oscuridad, a sus pies. Creyó, por un momento, que se trataba de un fuego, que se habría provocado por una chispa de los fuegos artificiales, y perdió altura para observarlo. Perdió de vista la luz un momento; no la veía por ninguna parte en tierra. Levantó la vista y vio que el ángel volaba sobre él.

No podía verlo claramente: sólo una chispa de luz de un ojo reluciente, y el reflejo de la luz de la luna sobre las alas bruñidas. Pero sintió su presencia, con un sobresalto tan repentino y claro como un calambre. Venía por él.

Lo siguió, aun cuando el ángel volaba muy bajo y zigzagueaba por las callejas. Un sentimiento increíble de rectitud se adueñó de él. Ah, la gloria del ángel. La belleza de un engranaje pulido que engrana limpiamente con otro, tan perfecto y tan inevitable. La satisfacción de un rodamiento de cojinetes que sigue su camino sin irregularidades ni dudas. La complicación maravillosa que formaba una simplicidad tan completa como el complejo mecanismo de un reloj en marcha.

Bajó hasta los desfiladeros del centro persiguiendo al ángel. Los extremos de su rotor pasaban a pocas pulgadas de los edificios, pero no remontó el vuelo. No podía remontar el vuelo sin perder su presa, y no quería perderla.

Oyó el tableteo de las armas de fuego a sus pies. El sonido atrajo su atención un momento hacia la calle. Un grupo de soldados disparaba a un automóvil parado. En una chispa minúscula de tiempo, en una esquirla cristalina desgajada de la eternidad, vio que Danny-boy y Serpiente estaban refugiados detrás del vehículo. Vio que la patrulla se aproximaba.

Todo fue muy rápido o muy lento. No sabía cuál de las dos cosas. No importaba. Lo vio todo: la mano de Serpiente, que tomaba su fusil; la cara de Danny-boy, cubierta de hollín de los fuegos artificiales; los ojos de los soldados en la oscuridad, abiertos de par en par y asustados.

Sabía lo que debía hacer. Comprendió por qué le había llevado hasta allí el ángel.

Gritó, y su voz se sumó al ruido del motor mientras hacía girar el acelerador del girocóptero.

Ah, qué noche tan bonita. Nunca había sentido un aire tan fresco y tan puro como el que acariciaba su cara mientras caía en picado. Le llenaba los pulmones, y le aceleraba el corazón. Su corazón: lo sentía en el pecho, y con cada latido la sangre corría por su cuerpo.

Se rio en voz alta y se echó encima de los soldados.

Jax fue la primera que llegó al cuartel general, que estaba ahora en un bloque de apartamentos de Pacific Heights que tenía vistas al centro.

– Lo atrapé –dijo a Lily, que la recibió en la puerta–. Lo atrapé y me escapé. Ningún problema.

Le temblaban las manos, y no podía hacerlas parar.

– ¿Dónde están los demás? ¿No han vuelto todavía?

– Todavía no –la voz de Lily estaba tensa. Jax no podía verle la cara en el portal oscuro–. Los fuegos artificiales acabaron hace media hora, pero todavía no han dado señales de vida –puso la mano sobre el hombro de Jax–. Estás temblando.

– Estoy bien.

Pero no podía dejar de temblar, ni siquiera cuando Lily le echó una manta por los hombros. Lily la exhortó a que subiese al apartamento del ático, donde algunos otros estaban vigilando por si se veían más fuegos artificiales, pero Jax no quiso subir.

– Tengo que hablar con Cuatroestrellas –dijo Jax–. Eso es lo que tengo que hacer.

Tiene que saber que puedo llegar hasta él. No está a salvo de nosotros.

Trajo la radio de campaña y se sentó con Lily en los escalones de la puerta principal.

– Oye, Johnson –dijo al micrófono. Como los otros centinelas no le querían decir cómo se llamaban, les llamaba a todos Johnson–. Dile a Cuatroestrellas que se ponga, ¿quieres? Tengo que hablar con él.

Lily ciñó la manta a los hombros de Jax y la rodeó con el brazo. El temblor cedía un poco. Desde los escalones veían toda la colina hasta la plaza del Centro Cívico, en la que seguían encendidos los reflectores. Cuatroestrellas tardó un rato en ponerse al micrófono, y cuando la saludó tenía voz de estar atontado.

– ¿Estás dispuesto a rendirte? –preguntó Jax.

Oyó por la radio el crujido de una silla cuando se sentó Cuatroestrellas. Se lo imaginó: llevaba puesta la guerrera y se inclinaba un poco hacia delante. Tenía el pelo suelto sobre la frente, pero las letras que llevaba en la mejilla se veían claramente.

– No me rindo –dijo–. No sé hacerlo.

– No puedes ganar. Este sitio es nuestro. Formamos parte de la ciudad. No ganarás nunca.

Una larga pausa. Se le oía respirar.

– Ha sido un truco muy hábil el que utilizaste para escapar –dijo en voz baja.

– No era un truco. La ciudad me rescató. Eran fantasmas de la ciudad. Viven aquí.

– No creo en los fantasmas. No creo en los espíritus. Creo en las cosas que puedo tocar –parecía por un momento que quería convencerse a sí mismo. Luego, se esfumó la duda y volvió a su tono de seguridad–. Sabes, cuando te atrape tendré que matarte.

– ¿Por qué?

– Para demostrar que no eres más que una mujer. Mis hombres creen que eres un fantasma. Algunos te temen más que a mí. Por tanto, tengo que matarte.

Ella oyó el crujido de la silla al inclinarse él hacia delante.

– Creo que comprendes que la sangre y el miedo son necesarios.

– No me atraparás.

– Pareces muy segura –tenía la voz algo atontada por la anestesia, pero hablaba con confianza–. Puede que te estés empezando a creer tu propia leyenda. Puede que creas que no te pueden matar. ¿Lo crees?

Jax no dijo nada.

– Si lo crees, te equivocas –Cuatroestrellas respiraba con dificultad. Mis hombres llegaron a creer que yo era algo más que un mortal. Ahora saben que no es así. Pero incluso

cuando creían que yo era más que un hombre, yo nunca cometí el error de compartir sus ideas. Siempre recordé que me podían matar. Tú también debes recordarlo. Recuerda que puedo matarte.

– No me atraparás –Jax apagó el micrófono.

– Se oye venir a alguien –dijo Lily de repente. Se puso de pie y miró la ladera de la colina. Jax dejó caer la manta de sus hombros y tomó su fusil. Se lo echó al hombro cuando aparecieron Danny-boy y Serpiente.

Danny-boy se quedó quieto al pie de los escalones. Ella salió a recibirlo. Le abrazó, pero él tenía el cuerpo tenso y tieso.

– ¡Qué tal! –dijo ella–. Habéis vuelto. Estáis bien. ¿Qué ha sucedido?

Lo empujó hacia atrás para mirarlo. El hollín que le cubría la cara estaba lleno de surcos de lágrimas.

– ¿Qué hay?

Él sacudió la cabeza, pero no dijo nada.

Ella le puso las manos en los hombros y le miró fijamente a la cara.

– Dime qué sucedió.

Siguió callado.

– La Máquina está muerta –dijo Serpiente–. Nos perseguía una patrulla. Se echó encima de ellos con su aparato. No podía sobrevivir.

– ¿Muerto? –dijo ella–. ¿Está muerto?

Volvía a temblar. Las vibraciones venían de muy dentro, y sabía que esta vez no podría detenerse.

– Debería haber matado a Cuatroestrellas. Así, La Máquina habría muerto por un motivo.

No sabía que estaba llorando hasta que Danny–boy le limpió una lágrima de la mejilla.

Ella se apartó de él. Él se quedó mirándola, con las manos abiertas junto a los costados.

– Jax –dijo. Se calló, como si no supiera qué decir. Extendió los brazos hacia ella, y ella volvió a retroceder otro paso–. ¿Dónde vas? No te vayas.

Ella se alejó. Cuando llegó al final de la manzana le sorprendió encontrarse todavía con Danny–boy, que seguía a su lado. Él la cogió de la mano. Ella retrocedió y sacudió la mano para soltarse. Cerró los puños.

– No estorbes, Danny–boy –dijo–. Laméntate a tu manera, y yo me lamentaré a la mía. No estorbes.

Se apartó de él y echó a correr cuesta abajo.

Las calles estaban llenas de niebla y de humo. Oyó que Danny-boy la llamaba, pero huyó de la voz. Estaba rodeada de tiroteos, siempre tiroteos a lo lejos. La oscuridad que la rodeaba parecía la oscuridad de un sueño, en el que algunas cosas están claras y las otras son vagas y difusas, como si se imaginasen a medias. Una farola con una cara de mujer; el aullido del viento, que cantaba por la boca de un tubo de órgano; un escaparate lleno de cráneos.

No sabía dónde iba. Se iba, no sabía más. En algún lugar de la oscuridad encontraría lo que necesitaba: un lugar tranquilo en el que no tuviese amigos, y por tanto no pudiese sufrir. El amor traía consigo sufrimiento: ahora lo sabía, y no quería tomar parte en ello.

Estaba muy cansada, y parecía que las sombras se movían y le seguían. En las ventanas de las casas había caras que la miraban.

Oyó un aleteo sobre su cabeza. Vio el brillo del oro entre la niebla, como el sol que reluce sobre el metal bruñido. Levantó su fusil y disparó al ángel. Falló el tiro por culpa de la niebla; por lo menos, ella le echó la culpa a la niebla, y no a las lágrimas que le hacían ver borroso. Siguió el ruido de las alas corriendo por las calles y callejones. Siguió disparando hasta que se quedó sin municiones, y luego tiró el arma inútil.

Las calles la llevaron hasta lo más profundo de la oscuridad. No le importaba. Sabía que encontraría al ángel en la oscuridad.

En vez de ello, se encontró con un soldado. Ella salió corriendo de la niebla y le vio la cara: un óvalo pálido en la oscuridad. Lo esquivó y empezó a correr, persiguiendo todavía al ángel. Pero el hombre gritó, y el resto de la patrulla la alcanzó. Un joven la tiró al suelo con un placaje y la retuvo. Cuando el ruido de las alas se perdió a lo lejos, ella dejó de pelear.

Se quedó tranquila de repente y los miró. Cinco jóvenes, tres de ellos con la marca de MUERTO. Dos la asían de los brazos; los otros estaban a una distancia prudencial, con los fusiles preparados. La registraron, y le quitaron el cuchillo, las pinturas, las bombas de humo.

Se tocó la frente, y cuando retiró la mano la tenía llena de sangre. Le dolía la otra mano. Cuando la abrió, descubrió que tenía un corte en la palma. Recordaba vagamente haberse caído y haberse agarrado a algo con esa mano, pero no se acordaba de dónde ni de cuándo. Se frotó el corte, intentando quitarse algo de sangre, y el dolor la sorprendió.

Los soldados la llevaron por las calles; atravesaron el alambre de espinos y los reflectores.

– Llevamos un prisionero –gritaban a los centinelas–. Un prisionero.

Los centinelas la miraban con curiosidad. La pálida luz del sol naciente les daba en la cara.

– Es demasiado pequeña –gritó un centinela–. No puede ser uno de los artistas.

Los de la guardia no se detuvieron para responder; se dirigieron directamente al edificio que albergaba a Cuatroestrellas. Ella oía el croar agudo y dulce de las ranas que estaban en los árboles de la plaza. Miró a su alrededor: era la primera vez que veía la plaza del Centro Cívico de día desde hacía semanas. Las alcantarillas estaban llenas de nieve sucia. El aire estaba frío, y los hombres que estaban de pie junto a la cocina de campaña parecían cansados y sucios.

– Un prisionero –les oyó decir–. Uno de los artistas.

Los soldados la llevaron directamente a Cuatroestrellas. Mientras ella esperaba en el portal, los soldados se amontonaban a su alrededor; pero sus apresadores les obligaban a retirarse. Caras con la marca de MUERTO la miraban fijamente. Retiró la vista de ellos, y no miró a nadie a la cara. Los de la guardia la llevaron a otra habitación, en la que esperaba Cuatroestrellas.

Tenía el pelo gris revuelto, como si le acabasen de despertar. Tenía la camisa arrugada, con una mancha de café en el puño. Parecía cansado.

– ¿Sabes hablar? –le preguntó.

Ella le observó un momento, y consideró sus posibilidades.

– ¿Por qué?

El extendió la mano con una sonrisa y le dio una bofetada en la cara. Ella no pudo retirarse lo suficiente para evitar el golpe.

– No seas estúpida. Estás desarmada y rodeada de todos mis soldados. Di «Sí, mi general».

Ella le miró fijamente.

– Sí, mi general.

– Bien –dijo él–. Muy bien. ¿Cómo te llamas?

Ella se dio cuenta de repente de que podía mentir. Podía negar su propio nombre, y él no se enteraría. Titubeó, contemplando la firma de la mejilla. Él estaba de pie, con las manos cruzadas en la espalda. Parecía importante que él lo supiese. Ella quería que él lo supiese.

– Me llamo Jax –dijo.

Él la contempló un momento. Ella le devolvió la mirada, con una cara cuidadosamente inexpresiva.

– Ya veo –dijo él–. Cuando te dije que te atraparía, no creía que fuese tan pronto.

Ella se encogió de hombros, cansada.

– ¿Está desarmada? –preguntó Cuatroestrellas.

– Sí, mi general.

– Bien. Dejadla, entonces –dijo a los de la guardia. Estos parecían contentos de poderse retirar–. Que se ponga un centinela a la puerta.

– Sí, mi general.

Los soldados se marcharon, y él escrutó su cara.

– Siéntate –dijo, indicando una silla. Ella se sentó. Él se sentó en otra silla, y siguió contemplándola. Tenía ojos astutos.

– Por supuesto, me doy cuenta de que podrías haberme matado anoche –dijo por fin.

Ella asintió.

– Así es.

Él asintió, y juntó los dedos delante de la barbilla.

– Deberías haberlo hecho. Porque, si crees que te voy a agradecer que me hayas perdonado la vida, te equivocas.

Ella no dijo nada. No se hacía ilusiones.

– ¿Por qué viniste aquí? Has sido tan hábil tanto tiempo que no me creo que te topases con la patrulla por error.

– Seguía al ángel –dijo ella.

– ¿El ángel?

– El ángel. Oí sus alas y seguía el ruido.

Se sentía fría y vacía. Sus propias palabras parecían venir de lejos, como si resonasen por los túneles del subsuelo de la ciudad.

– ¿Así que el ángel te guio hasta mí? –dijo él–. ¿El ángel de la muerte quizá? Parece apropiado.

Se inclinó hacia delante, y llenó dos vasos con la botella que había sobre la mesa. Le dio uno a ella y él tomó el otro. Ella probó la bebida: era whisky, e hizo un gesto de dolor cuando el whisky tocó un corte que tenía en el labio.

– No tengo escrúpulos si hay que matar a alguien.

Ella no dijo nada.

Él bebió su whisky.

– Me he estado preguntando cuándo cambiaría mi suerte. Parece que ya ha cambiado.

Y ahora, la pregunta es: ¿Qué voy a hacer contigo?

– Creía que ya lo habíamos hablado –dijo ella lentamente.

El asintió con la cabeza. Estaba claro que le divertía todo esto.

– Sí que lo hablamos. Pero esa situación era diferente, ¿verdad? En aquel momento nunca hubieras dicho «sí, mi general».

– Es verdad.

– Cambia eso a «sí, mi general» –dijo él.

– Los soldados no están aquí –dijo ella–. ¿Por qué mantener las apariencias?

La sonrisa de él se hizo más ancha.

– ¿Puede ser porque a mí me divierte?

Su sonrisa llegaba hasta el fondo del cansancio de ella.

– Si vas a matarme de cualquier forma, prefiero no divertirme antes.

Sabía que podía ordenar a los soldados que le pegasen, pero no le importaba.

Él se rio y dio una palmada sobre el brazo del sillón.

– Me caes bien, Jax. Tan enfadada, tan arrogante. Sabes, es posible que ni siquiera te mate.

Ella ocultó su sorpresa y siguió impassible. Qué raro, pensó, qué raro. Esa posibilidad no la había tenido en cuenta.

– Necesito ciertas informaciones –dijo él–. En primer lugar, puedes decirme dónde está vuestro cuartel general.

Ella se encogió de hombros.

– El cuartel general cambia cada día. Ya lo han cambiado de sitio.

– ¿Dónde estaban? –se puso de pie y se acercó un poco más–. ¿Cuál es el último lugar en que estaban?

Cuando ella no respondió, él sonrió y le dio tranquilamente un bofetón. Ella sentía el dolor, pero era lejano, como si le hubiese sucedido a otra persona. Ella sacudió la cabeza, intentando quitarse de encima el dolor. Había derramado su bebida: sentía el whisky frío que le empapaba la pierna.

– Creí que ya habíamos superado eso –dijo.

– Es para recordártelo, nada más –dijo él–. Ahora, ibas a hablarme de vuestro cuartel general.

– Allí no hay nada para usted –dijo ella–. No puedo decirle nada de valor. El cuartel general provisional puede estar en cualquier parte. Nuestras armas las llevamos siempre encima. Aunque le dijera todo lo que sé, no aprendería nada de valor.

El volvió a su silla y se recostó sobre la misma.

– Por desgracia, sospecho que dices la verdad. Podría hacerte hablar, pero la información que me proporcionarías ya sería inútil. Me pregunto si pagarían un rescate por ti. ¿Cuánto valdrías? –se frotó la barbilla, pensativo–. O quizá te pueda convencer de que trabajes para mí. ¿Y si te perdono la vida en un momento de debilidad? Podrías rendirte públicamente y jurarme fidelidad. ¿Qué te parece?

Ella se lamió el labio, que sabía a sangre. Le miró a la cara. Ya no le daba miedo.

Quería regatear con ella, como hacían los mercaderes en el mercado.

– Si dijese que sí, ¿qué pasaría?

– Me dirás todo lo que sabes. Y luego reuniré a la tropa y me jurarás fidelidad.

– ¿Y si no?

– En ese caso, creo que tendremos una ejecución pública. Un ahorcamiento en la escalinata del Ayuntamiento.

A ella le gustaba la vida. Dio un trago, y el whisky sabía bien. Oía una de las campanas de Gambito a lo lejos, pero el sonido no afectaba al silencio de la habitación. ¿Qué diferencia habría si juraba fidelidad a Cuatroestrellas? Ninguna. No querría decir nada.

Las palabras no serían más que palabras, palabras como «sí, mi general». Le gustaba la vida. Hizo girar el whisky en su vaso. Danny-boy diría que las palabras eran símbolos.

Luchaban una guerra de símbolos. Danny-boy estaba loco. No tenía razón, a ella le gustaba vivir.

– Creo que el ahorcamiento es una de las formas más dramáticas de ejecutar a un reo.

Verdaderamente, es ideal. Está toda la expectación mientras se prepara el escenario: los hombres construyen el cadalso en un lugar céntrico, y todo el mundo lo ve tomar forma.

Luego, está la ejecución en sí: el momento de silencio cuando se hace avanzar al reo, la emotiva ceremonia cuando se le ofrece la venda para los ojos, la breve espera mientras se ajusta el lazo al cuello del condenado. Luego, el chasquido repentino cuando se abre la trampilla, y el momento patético y estremecedor en el que el reo baila en el aire, lucha contra la muerte y pierde. Y cuando se ha acabado la ceremonia, queda su recuerdo. La sombra del cadalso se extiende por la plaza, el cuerpo oscila con la brisa, recuerdo constante de la muerte. Por supuesto, dejaré tu cuerpo en la horca hasta que se acabe la guerra.

Ella le miraba fijamente, sin escucharle realmente.

Él sonrió y asintió con la cabeza.

– Dramático –dijo–. Y efectivo. Os puedo dar lecciones de puesta en escena, ¿sabes?

– Debería haberte matado –dijo Jax sin pasión–. Danny–boy no tenía razón.

Él se encogió de hombros tranquilamente, se inclinó hacia delante y volvió a llenar el vaso de ella.

– Sí que deberías haberlo hecho. Sabes, en algunos aspectos me defraudáis. Había oído decir que erais artistas, pero no lleváis eso del arte hasta sus últimas consecuencias.

Dio un trago de whisky, y volvió a asentir con la cabeza.

– Os tiráis a lo fácil. No os arriesgáis.

– ¿Qué demonios sabe usted de todo eso?

– Sé que os trazáis límites estúpidos. Queréis morir por el arte, pero no estáis dispuestos a matar por él –se inclinó hacia delante, para apoyar los codos en las rodillas–. Una muerte bonita puede ser una obra de arte. Y también una bonita ejecución.

Deberías aprender de mí.

– No creo que me dé tiempo –dijo ella fríamente.

El asintió. Cuando sonrió, la firma que llevaba en la mejilla se arrugó.

– Muy cierto. Morirás mañana.

CAPÍTULO XXVII

AQUELLA NOCHE SOÑÓ CON TEJADOS OSCUROS y calles vacías. Cabalgaba por la ciudad, y Cuatroestrellas cabalgaba a su lado. De alguna manera, en el sueño no sabía si luchaba del lado de Cuatroestrellas o contra él. Mientras cabalgaban, Cuatroestrellas se dedicaba a aleccionarla sobre la naturaleza del arte y de la muerte.

Soñó con la oscuridad y con el olor a humo. Danny-boy estaba con ella en el cuarto sin ventanas en el que estaba presa.

– Supongo que voy a morir –le dijo.

Él le dio una rosa roja, y sonrió.

– ¿Sabes cómo se sabe cuándo una obra es arte? –preguntó él con calma–. El verdadero arte cambia al artista. El artista pone algo suyo en la obra, y cambia. Así se sabe.

Sonrió, y desapareció entre el humo.

Se despertó al oír un martilleo regular, como los cascos de los caballos al galope. A la media luz del alba, daban golpes los martillos de los soldados que construían el cadalso en el que iba a morir.

No fueron por ella hasta el mediodía. El centinela de la puerta le llevó una palangana de agua, una pastilla de jabón y una toalla para que pudiese lavarse. Era un joven alto y pelirrojo, y llevaba la firma de Serpiente en la mejilla.

Terminaba de lavarse, cuando el soldado volvió a llamar, y le trajo una lata de macedonia de frutas para que desayunase. Se quedó en el cuarto, incómodo, mirándola comer. Por su expresión y por la forma en que miraba hacia la puerta, ella sospechó que este desayuno no lo había ordenado Cuatroestrellas.

– ¿Cómo te llamas, soldado? –le preguntó.

– Dan.

– Me alegro de conocerte, Dan –dijo ella–. Sabes, Serpiente es un gran artista.

Deberías sentirte orgulloso de llevar su firma. Él fue quien pintó casi todos los murales del Haight.

El soldado asintió. Parecía incómodo, pero era claro que quería seguir hablando con ella.

– ¿Qué opinas de todo esto? –le pregunto–. ¿Qué opinas de esta guerra?

El soldado se encogió de hombros.

– Siento que tenga que morir, señora.

– ¿Sí? ¿Por qué?

– No ha matado a nadie. No parece justo.

Titubeó, y ella supo que no había terminado de hablar.

– ¿Qué hay?

– Espero que sus amigos la liberen, señora. Buena suerte.

Ella sonrió, y le devolvió el recipiente vacío.

– No contaría con eso. No contaría con eso para nada.

Vinieron por ella cinco soldados. Todos ellos tenían la marca de MUERTO. Le ataron las manos a la espalda con una suavidad sorprendente. Dan se hizo a un lado, con la cara cuidadosamente inexpresiva. Ella le sonrió al pasar. Siguió a los soldados de buen grado. No había motivo para luchar. Ahora ya no.

La plaza estaba en silencio, aparte del croar de las ranas de los árboles. Los soldados estaban formados delante del cadalso, y sus guardianes la escoltaron por el pasillo entre las filas. Los soldados estaban firmes. Aunque no volvían la cabeza para verla pasar, se daba cuenta que forzaban la vista

para verla. Se sintió muy vieja, y ellos parecían todos muy jóvenes. Se alegraba de no haberlos matado.

El sol brillaba débilmente entre el humo y la niebla. Sentía la brisa sobre el rostro. Unas banderolas brillantes ondeaban sobre la plaza. Ella había ayudado a los otros a instalarlas antes de la guerra. Ahora estaban sucias de humo y un poco estropeadas. Aun así, eran un espectáculo bonito, bizarro. La ciudad era un sitio tan hermoso –pensó–, un sitio tan hermoso.

Sus guardianes esperaron abajo mientras ella subía los escalones rudimentarios del cadalso de madera. Cuatroestrellas estaba de pie a su lado sobre el estrado. Cosa rara, ahora no lo odiaba. Ahora parecía mucho más pequeño. Había visto la mancha de café que tenía en el puño de la camisa, había visto su cara tranquila mientras dormía. No lo odiaba.

Cuatroestrellas dio un discurso, pero Jax no prestaba atención. Mientras Cuatroestrellas hablaba de sus crímenes y del futuro glorioso de los Estados Unidos, ella admiraba el juego de la luz sobre los árboles. Saboreaba el contacto de la brisa sobre su cara.

Muy pronto para ella, Cuatroestrellas le ofreció una venda. Ella la rechazó. Quería ver volar las banderolas sobre los soldados reunidos. Mientras ella los miraba, un soldado de la formación se santiguó.

Cuatroestrellas le puso una cuerda al cuello y apretó el nudo. Levantó la mano, dispuesto a hacer una seña al hombre que tiraría de la cuerda que abriría la trampilla y la mataría.

Vio movimiento en una azotea a un lado de la plaza. Oyó un solo disparo de fusil. Vio una flor de sangre en la frente de Cuatroestrellas; éste se tambaleó y cayó. Perdió su rigidez al caer; se dobló, se arrugó. Su cuerpo cayó sobre los escalones y rodó hasta el suelo. Rodó más como un saco de ropa vieja que como un hombre.

Jax levantó la vista para ver al asesino. Danny-boy estaba de pie sobre la multitud, al borde de la azotea. El sol rutilaba sobre el cañón de su fusil. Estaba demasiado lejos; no podía verle la cara. El mundo pareció quedarse helado un momento. Las banderolas de colores se quedaron quietas; el olor a humo colgaba en el aire.

Un soldado disparó rápidamente, y Danny-boy dio un salto. Cayó contra un relieve de piedra de la fachada del edificio, se agarró un momento, y luego cayó a la calle. Ella lo contemplaba desde tan lejos; no podía moverse. Los soldados reaccionaron en aquel momento: algunos corrieron hasta el cadáver de Cuatroestrellas, otros se pusieron a cubierto.

– Caballeros –la voz de la señora Migsdale retumbaba desde un altavoz que estaba oculto en algún lugar de la

plaza-. El suelo que pisan fue minado antes de su llegada. Las cargas harán explosión a una señal mía. Habríamos querido no tener que llegar a esto.

Era mentira, por supuesto. Pero la señora Migsdale mentía bien, y los soldados estaban dispuestos a creer cualquier mentira que les permitiese irse, que los librase de la guerra que estaban cansados de luchar.

- Si deponen las armas, a nadie se le hará daño. Daremos la bienvenida a los que se quieran unir a nosotros, y acompañaremos a los demás hasta que crucen el puente. Por favor, depongan las armas. Ya.

La última palabra estaba cargada de una energía poco corriente en ella.

El soldado que había disparado a Danny-boy fue el primero que puso su fusil en el suelo. La plaza estaba en silencio. Danny-boy yacía donde había caído. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, y el agujero de su pecho era de un rojo profundo.

Cuatroestrellas estaba caído al pie de los escalones. El agujero de su frente era del mismo tono de rojo.

Jax estaba todavía sobre el cadalso. Los soldados dejaban las armas a sus pies y luego retrocedían, como asustados. Se quedó de pie, tambaleándose un poco. Todavía tenía las manos atadas a la espalda. Estaba perdiendo la falta de

sensibilidad que la había defendido, y empezaban a dolerle las muñecas.

– ¿Y bien? –dijo a los soldados–. ¿Quién ha ganado? –miró a Danny–boy y a Cuatroestrellas–. Los dos están muertos, ¿quién ha ganado?

Se quedó quieta un momento, mirando al otro lado de la plaza.

– Una muerte bonita –dijo, a nadie en especial– es una obra de arte.

Empezó a reírse, pero se le atascó la risa en la garganta.

Las banderolas oscilaban con la brisa de la tarde. El sol atravesó la niebla y le calentó la cara. El ruido de los cascos sobre el asfalto llegó desde el otro extremo de la plaza.

Serpiente venía a caballo por el ancho espacio vacío. Se detuvo ante ella, y ella le miró un rato, preguntándose si formaría parte del largo sueño del que empezaba a salir.

Pasó la pierna por encima del caballo, y saltó al suelo. Cuando le desató las manos, ella le sonrió con dulzura desacostumbrada.

– Se acabó –dijo ella. Y entonces le fallaron las rodillas. Él la sostuvo y la llevó hasta el extremo del cadalso. Ella le cogió la mano y no la soltó.

Zatch, Lily, Frank, Tigre y los demás atravesaron la multitud, separando a los soldados en grupos: los que se querían quedar; los que se irían. Jax tiritó, y Serpiente le puso su cazadora por los hombros.

– Estuvimos discutiéndolo toda la noche –dijo Serpiente–. Danny–boy insistió en hacerlo él.

Ella miró las banderolas y el caballo. Los arcos del caballo tintineaban cuando el animal movía la cabeza, buscando algunas hojas de hierba. La mayoría de la hierba estaba pisoteada: quedaba muy poca. Miró a Cuatroestrellas. A través de la sangre de su frente y de su cara, todavía podía leer las palabras: POR JAX.

CAPÍTULO XXVIII

EN UN VALLE AISLADO DEL HIMALAYA HABÍA una estupa, una gran cúpula encalada rematada por una torre dorada. A cada lado de la torre, unos ojos pintados miraban las montañas cubiertas de nieve y vigilaban eternamente a los seguidores del Buda. Los banderines de oraciones ondeaban con la brisa, colgados de cuerdas que iban de la cima de la torre a la base de la cúpula.

El Rimpoche, jefe de la lamasería que cuidaba la estupa, estaba asomado a la ventana de su estudio. Le llegaban desde el templo el sonido de los monjes que entonaban sus oraciones y el tintineo de las campanillas que colgaban de los aleros. Era la última hora de la tarde, y la mayoría de los monjes ya habían regresado de los campos para las oraciones vespertinas.

Mientras el Rimpoche miraba, un monje joven entró corriendo en el patio; su túnica roja aleteaba al viento. Llevaba un cuenco de arroz y un puñado de flores. Le seguían a poca distancia tres de los monos sagrados que vivían cerca de la estupa.

El joven monje colocó su ofrenda delante de la capilla de Ajima, la diosa de la salud.

Cuando se postró devotamente, el más valiente de los monos tomó un puñado de arroz y saltó al tejado inferior de la pagoda de Ajima para comer allí. Antes de que el joven hubiese tenido tiempo de terminar sus devociones, el cuenco ya estaba vacío. Los monos se sentaron en el tejado de la pagoda y le tiraban al monje las flores que habían recogido con el resto de la ofrenda, ya que habían descubierto que no se comían.

La población de monos había vuelto a su nivel anterior. El Rimpoche lamentaba que no volviesen los americanos a llevarse más animales. Sonrió, y se acarició la calva, mientras pensaba en los americanos. Le habían caído de maravilla: eran tan intensos, tan impacientes, y estaban tan convencidos de su propia importancia. Como niños. Al Rimpoche le gustaban los niños.

Los americanos se habían dirigido a él para confirmar una leyenda que habían oído contar acerca de los monos del monasterio. Con ayuda de un voluntario del Cuerpo de la

Paz, les había relatado la leyenda. Sí, el monasterio se llamaba la Montaña de la Paz.

Hacía siglos, un poderoso señor feudal había llegado con su ejército al monasterio. El señor había conquistado muchas tierras, pero estaba cansado de guerrear y quería mantener su reino en paz. Había exigido que el Rimpoche le entregase el secreto de la paz.

– Me incliné con respeto, y me negué –había contado el Rimpoche a los americanos–. La paz no se puede conseguir por la fuerza.

Los americanos habían asentido, cruzándose miradas de asombro y de duda. El Rimpoche sabía que no creían que fuese la reencarnación del Rimpoche de aquel tiempo, pero no hablaron de su duda.

– El señor ofreció oro y plata por el secreto de la paz, pero volví a negarme. La paz no se puede comprar con dinero. Por último, sacó la espada y me amenazó con cortarme la cabeza si no le decía el secreto. Le pedí siete días para pensarlo, y aceptó –el Rimpoche contempló las jóvenes caras de asombro, mientras el traductor les retransmitía sus palabras–. El séptimo día me volví a reunir con el señor, y le dije que no me podía obligar a revelar el secreto. Levantó la espada para cortarme la cabeza, y sucedió algo muy extraño. Cuando levantó el arma, se cayó y cerró los ojos. Se quedó dormido allí mismo, tumbado en el suelo a mis pies.

Todos los soldados que nos rodeaban cayeron, incapaces de levantar sus armas. La paz los invadió, aunque no la quisieran.

Los americanos asintieron impacientes, mientras el traductor les transmitía sus palabras.

– Los monos se reían y parloteaban desde los tejados del templo, y los soldados no luchaban. Los monos, saben ustedes, son los guardianes de la paz. Si saliesen del monasterio, la paz llegaría al mundo. Aunque puede que no fuese el tipo de paz que ustedes se esperan.

La leyenda había gustado a los americanos. Se habían intercambiado sonrisas, y habían hablado entre sí rápidamente. El Rimpoche sonreía al recordar su entusiasmo. Le habían pedido permiso para capturar algunos monos.

– ¿Quieren llevar la paz a su país? –les había preguntado, y ellos le habían respondido que por supuesto. Le dijeron, por medio del traductor, cuánto significarían los monos para el mundo, qué símbolo más poderoso serían.

– Cambiarán su país –les había advertido–. Cambiarán el mundo.

Ellos habían asentido y sonreído.

– Sí, sí. Será maravilloso.

Por último, les dio permiso de buena gana. Por mucho que fuesen guardianes de la paz, los monos eran unos bichos sarnosos y antipáticos, y la estupa tenía francamente demasiados. Si los americanos querían llevar la paz a su país, podían llevárselos.

Habían venido unos zoólogos con redes y con jaulas. Habían apresado docenas de monos y se los habían llevado. El Rimpoche no había vuelto a oír hablar de ellos. Un viajero que había llegado al monasterio procedente de Katmandú había dado noticias al Rimpoche de la epidemia que se había desencadenado en San Francisco, Moscú, Washington D.C., Tokio, Londres y todos los demás lugares adonde habían ido los monos.

La epidemia no había afectado al monasterio. Los monjes seguían cultivando cebada y maíz en sus bancales. La boda de una mujer en una aldea cercana era más importante que la muerte de miles de personas en América.

A veces, el Rimpoche se preguntaba por los americanos. ¿Habían entendido lo que hacían cuando se llevaron los monos? Desde luego, la leyenda estaba clara. Les había dicho que el mundo cambiaría, y había cambiado.

Se retiró de la ventana. Sobre el altar, una estatua dorada del Buda miraba serenamente sobre su cabeza. Tomó una naranja del cuenco que había sobre la mesa y la colocó sobre el altar. Una oferta de los americanos, pensó mientras la

colocaba junto a las frutas y la comida que habían dejado allí los otros monjes. Esperaba que les fuese todo bien.

EPÍLOGO

Ido. Ido. Ido completamente. Ido más allá. Iluminación.

Sutra Hridaya, del Prajnaparamita

(Sutra del Corazón, de los Libros de la Perfecta Sabiduría)

ENTERRARON A CUATROESTRELLAS, A DANNY-BOY y a La Máquina en la plaza del Centro Cívico, y rodearon sus tumbas de monumentos.

Zatch y Lily, con ayuda de algunos de los soldados que se habían quedado con ellos, construyeron el Arco de la Paz con armas que habían tomado al ejército. El arco era tan ancho que podían pasar cuatro personas codo con codo, tan

alto que una persona a caballo podía pasar por debajo sin agacharse.

La señora Migsdale redactó una crónica oficial de la guerra y la publicó en una edición muy limitada. Libros pintó en la pared blanca de la casa en la que había vivido Cuatroestrellas la historia de la guerra en jeroglíficos egipcios. Danny-boy era Ra, el dios del sol; Jax era Isis; Cuatroestrellas era Anubis, el dios de la muerte con cabeza de chacal.

Rose Maloney enterró los Jeeps del ejército y el carro de combate hasta la mitad en el césped, y los utilizó de jardineras para plantas trepadoras. La pintura de camuflaje se confundía con las hojas. Los pinzones acudían allí a cantar y a hacer sus nidos.

Gambito revolvió entre los restos del campamento militar y utilizó los objetos que encontró allí para construir una fuente cantarina. Colgó miles de casquillos de bala en sartas. Cuando el agua fluía sobre ellos, repicaban como dientes que castañetean.

Frank colocó en un árbol, cerca de las tumbas, un espejo semiplateado que había encontrado en un almacén años atrás. La imagen del espejo cambiaba al variar la luz. A veces el vidrio hacía de ventana, y mostraba claramente la vista del otro lado. A veces, era un espejo, y reflejaba la imagen de la persona que miraba. Y, a veces, era las dos cosas: si dos

personas se ponían una a cada lado del espejo, veían una mezcla de ambas caras, que tomaba rasgos de cada persona para crear una mezcla de los dos.

Jax no colaboró en ninguno de estos proyectos. Estaba inquieta, desequilibrada, intranquila. Seguía en las habitaciones que había compartido con Danny-boy, pero no dormía bien. Se despertaba de noche, miraba la oscuridad e intentaba oír un aleteo. De día vagaba por la ciudad, buscando algo que no sabía determinar. La gente intentaba ocuparse de ella: Serpiente intentó interesarla en la pintura mural. Randall le enseñó sus valles secretos en el parque, en los que ciervos blancos espectrales retozaban y se apareaban. Tigre le propuso tatuarle la espalda. Ruby le hacía galletas e intentaba consolarla. Jax no hacía caso de tantas atenciones.

La señora Migsdale insistió en que Jax fuese a su casa a cenar, e intentó hablar con ella. Comieron juntas en la pequeña cocina de la señora Migsdale, pero Jax no se quedaba quieta un momento. No hacía más que dirigirse a la ventana y asomarse.

– Todo parece tan tranquilo ahora –decía.

– Es difícil acostumbrarse a que Danny-boy ya no esté aquí –dijo la señora Migsdale, abordando la cuestión de forma directa–. Todos le echamos de menos.

– Ojalá pudiese decirle que creo que tenía razón en lo de la guerra –murmuró Jax, asomada a la oscuridad–. ¿Crees que lo sabe? A veces me pregunto por qué no se puso a cubierto cuando hubo matado a Cuatroestrellas. Me parece que tuvo tiempo. Creo que quizá quisiera morir. Creo que quizá él creyese que debía morir.

La señora Migsdale contempló a Jax, buscando algo que decir.

– No lo sé. Creo que se alegraría de cómo salió todo.

– Oh, eso ya lo sé –dijo Jax con impaciencia–. Lo único que me gustaría es poder decirle que creo que tenía razón. En el último momento discutimos, y nunca llegué a decírselo –volvió a su asiento, junto al fuego–. A veces me da la impresión de que está a la vuelta de la esquina. La Máquina y él: todavía están en la ciudad, en alguna parte. Pero no sé dónde buscarlos –sacudió la cabeza–. Pero todavía no he terminado. Lo sé con seguridad. Lo único que tengo que hacer es buscar en el sitio adecuado.

Tommy tuvo mejor suerte a la hora de hablar con Jax. Le pidió las lecciones de ballesta que le había prometido, y pasaron la tarde en la plaza Union, tirando a un blanco que Jax había colgado de un poste de teléfonos. Jezabel estaba con ellos. La perra parecía dividida en su cariño entre Tommy y Jax: a veces se sentaba a los pies de Tommy, y a veces a los de Jax.

– Si yo me marchase –dijo Jax–, te encargarías de Jezabel, ¿verdad?

– ¿Vas a alguna parte? –preguntó Tommy– ¿Dónde vas?

Jax sacudió la cabeza.

– A ninguna parte. Te lo preguntaba, nada más. ¿Por qué no sigues cuidando de ella?

Te quiere. Y necesitas un perro.

– Bien, pero no te vas, ¿verdad?

Jax se encogió de hombros. Le dio otra saeta para la ballesta.

– Toma, inténtalo otra vez.

Tensó la ballesta, apuntó y disparó; acertó al poste de teléfonos, pero no dio al blanco.

– No está mal –dijo ella–. Intenta relajar los hombros. Sigues estando tenso.

Lo intentó de nuevo.

– Mejor. Con un poco de práctica, lo harás bien.

Al terminar la lección, él le devolvió la ballesta.

– ¿Me ayudarás a hacerme una ballesta? –le preguntó él–. Así podré practicar solo.

Ella titubeó, con el arma en la mano, y luego se la dio.

– Toma ésta –dijo–. Yo ya no la necesito.

Él sacudió la cabeza.

– ¿Qué quieres decir? Esta ballesta es tuya. Claro que la necesitas.

– Tómala –se la puso en las manos–. No la volveré a utilizar.

Antes de que él pudiera responder, ella salió corriendo. Él la persiguió, pero la perdió de vista entre las vueltas y revueltas de las calles del centro.

Jax exploró los puntos altos de la ciudad; se subió a la colina del Telégrafo, al monte Sutro, al monte Davidson. En el distrito Sunset encontró una alta colina, tan empinada que nunca habían construido casas allí. El terreno era seco y arenoso; sólo algunos pinos deformados se agarraban a la ladera.

Excavó con sus manos desnudas una pequeña depresión en el terreno suelto, y se puso a esperar allí. Ayunó; sólo bebía el agua clara que había llevado consigo. De noche salieron las estrellas a verla, y la luna pasó sobre su cabeza con calma. El aire llevaba el aroma claro y penetrante de los pinos, y los animales que compartían la colina con ella hacían su vida. El zorro que vivía en una madriguera entre las raíces del pino mayor la miró con curiosidad, y luego se fue a cazar roedores. Un búho voló por encima, en silencio. Tres monos que la habían seguido hasta la colina se

apretujaban en un árbol, y la miraban con ojos amarillos de curiosidad.

La tercera noche hubo luna llena. Había dejado de dormir, además de no comer, y tenía los sentidos más agudizados. Oía el humo de leña lejano de alguien que cocinaba en la ciudad, oía el ruido de las ramitas bajo los pies del zorro. Oyó el sonido suave de la respiración de su madre y sintió el calor de su cuerpo cercano.

– Me has estado buscando –dijo su madre.

– A veces.

– La paz cuesta –dijo su madre–. Debí habértelo advertido.

Jax miró la cara de su madre. Su madre era ahora una mujer joven, un poco mayor que Jax. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, y la pálida luz de la luna le daba en la cara.

– La paz tiene un precio –dijo su madre–. Siempre lo tiene. Cuando empiezas, nunca sabes cuál será ese precio.

– Ya lo entiendo –dijo Jax. Miró más allá de su madre, y vio a Danny-boy y a La Máquina juntos, a la luz de la luna.

Entonces llegó hasta ella el ángel; sus alas crujían suavemente. Jax le sonrió a la cara estropeada. Ya no le daba tanto miedo.

– Supongo que éste es mi sitio –dijo Jax, y tomó la mano de metal del ángel con la suya.

A última hora de la noche, cuando la gente narra cuentos, los artistas que viven en San Francisco hablan de la guerra. Tommy, que ya es un anciano, recuerda aquellos tiempos y habla de Danny-boy, de La Máquina, de la señora Migsdale, de Libros, de Serpiente, y sobre todo de Jax. La describe a los demás: una forastera que vino para salvar la ciudad, una mujer salvaje de ojos oscuros y genio vivo. Algunos de los más jóvenes tienen sus propias historias que contar acerca de Jax: la han visto entre la niebla del alba; aparecía brevemente y volvía a desaparecer entre la neblina.

Los artistas dicen que si volvieran a invadir la ciudad, Jax volvería con Danny-boy y con La Máquina para defender su hogar. Pero nunca se ha comprobado la validez de la leyenda. La ciudad es ahora un sitio pacífico. Los monos duermen en los árboles de la plaza del Centro Cívico, y las palomas hacen sus nidos entre los pies de las estatuas de la fachada de la biblioteca. Los días de mercado, los granjeros de Marin cruzan el puente azul brillante para comerciar donde Duff. A pesar del paso del tiempo, su color no se ha desvaído. Y a veces, aunque raras en estos tiempos, llueven flores.

FIN